

# PALADIN

C. J.  
Cherryh



Lectulandia

Chiyaden es un país de mitos y demonios, de dragones y de magia, una tierra regida por los espíritus del viento y del agua. Pero los asuntos humanos no están tan benignamente gobernados.

El viejo Emperador ha muerto y su heredero, un joven débil y malcriado, es tan sólo un muñeco en las manos del cruel señor Ghita, que es en realidad quien gobierna. Todos los que eran leales al viejo emperador han muerto o han sido expulsados y sus tierras se han visto arrasadas. El cruel Señor Ghita reina en el trono de Phoenix y la otrora pacífica Chiyaden está anegada en sangre...

Taizu, una joven campesina procedente de la región de Hua, al noreste de Chiyaden, ha perdido a su familia a manos de los sicarios de Ghita. Impulsada tan solo por su deseo de venganza, atraviesa bosques y montañas, esquivando a los bandidos y mercenarios que, en esos días, pueblan los caminos, y pasando mil penalidades, para llegar a las montañas de Mon, al sur del país, donde desde hace nueve años el maestro Saukendar, antiguo miembro de la guardia del viejo Emperador, vive desterrado, absolutamente solo como un ermitaño y ajeno por voluntad propia a todo lo que sucede fuera de los límites de su cabaña. Durante este tiempo, Saukendar ha ido convirtiéndose en un mito y Taizu sólo desea una cosa: que el maestro la acepte como su discípula y le enseñe el arte de la guerra.

**Lectulandia**

C. J. Cherryh

**Paladín**

ePub r1.2

patrimope 05.07.13

Título original: *The paladin*

C. J. Cherryh, 1988

Traducción: Mágina Averbach

Editor digital: patrimope

Corrección de erratas: ebookofilo

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# CHIYADEN



## PRÓLOGO

Eran colinas encantadas. Los aldeanos de Mon lo dijeron, tratando de advertir al muchacho. Le hablaron de fantasmas vengativos que podían hacer que un muchacho se perdiera, demonios que se aparecían como zorros o búhos y dragones que tomaban forma humana. Y una razón todavía más persuasiva según ellos: el viaje del muchacho no tenía objeto. El maestro no aceptaba discípulos. Hijos de hombres ricos habían venido a rogar a Saukendar que los tomara como discípulos, y habían bajado de la montaña de Saukendar y se habían negado a hablar con los aldeanos y a quedarse. Los mensajeros de los grandes señores habían acudido al maestro Saukendar para pedirle ayuda en sus pleitos, y habían vuelto tristes y sin respuesta. Habían venido monjes a pedirle al maestro de armas sus secretos y habían vuelto a bajar sin iluminación alguna, porque el maestro rechazaba todas las peticiones. Dos veces por año, un muchacho de la aldea subía a la choza de la montaña para llevarle la sal y el té, y las pequeñas cosas que el maestro necesitaba, y tomar su pedido de arroz y paja, que después dejaba en un lugar convenido. La aldea le daba esas cosas, más otros pequeños regalos, frutas de estación, unas pocas manzanas o peras elegidas, o verduras frescas, porque el temor al maestro alejaba a los bandidos. Ése era el único contacto con el mundo que Saukendar se permitía.

El maestro no aceptaba discípulos... y menos un discípulo tan harapiento como ése... pequeño y hambriento, obviamente hijo de algún granjero, como cualquier otro chico de la aldea.

El viajero llevaba una chaqueta a cuadros que alguna vez había sido azul; pantalones negros de paño basto cuyos bordes deshilachados aleteaban sobre dos flacas rodillas; una cicatriz roja, casi curada, le corría desde la mejilla hasta el mentón, y luego el cuello, y seguía por debajo de la ropa mugrienta. Llevaba un arco tosco como bastón, y un carcaj de flechas adornadas con plumas blancas en bandolera, el tipo de armas que podía llevar legalmente un granjero para defenderse de bandidos y asaltantes.

Había problemas en el Este. Con una voz ronca, baja, el viajero les contó las noticias del corazón del Imperio; les habló de granjas quemadas en la provincia de Hua y en Yijang; de ganado sacrificado; de familias enteras asesinadas, la suya entre otras.

Pero todo eso quedaba muy lejos, aseguraron los aldeanos al muchacho. En la aldea había seguridad. Los bandidos que vivían tras las colinas de la provincia de Hoisan no entraban en aquel valle, a salvo dentro de las fronteras de Hoishi, bajo el mando del buen señor Reidi; y los dioses y el miedo al maestro mantenían los problemas lejos de la aldea de Mon.

—Tengo sitio en el suelo para un jergón —dijo la viuda Gori con tristeza. Gori



sólo tenía hijas, seis—. Tengo una huerta que cuidar. Podría ofrecer acomodo a un muchacho honesto que trabajara por su comida.

Pero el viajero —no podía tener más de dieciséis años—, en cuclillas a la sombra del pozo, bebió la taza de agua que le habían ofrecido, dio las gracias a la viuda con su voz baja y devolvió la taza, y después anudó su sombrero de paja a su mentón, volvió a pasar los brazos por las cuerdas de junco que sujetaban la canasta, una canasta del tamaño de un barril, se puso en pie con el arco como bastón y se fue caminando como una hormiga bajo aquel peso, que manejaba con poca habilidad, y casi desapareció bajo el sombrero y el inmenso cesto. Sólo se veían las piernas por debajo, los pantalones harapientos, las pantorrillas raspadas, cubiertas de barro y polvo.

Los aldeanos menearon la cabeza, sobre todo Gori.

—Volverá —dijo el vecino de Gori.

El camino, que había sido ancho, agradable y lleno de sol en el valle, se consumió hasta convertirse en un sendero, y finalmente en una estrecha ranura entre los cantos rodados y las raíces de los árboles del bosque, que serpenteaba hacia las colinas, cada vez más empinado y sinuoso.

El joven harapiento se abrió camino luchando contra las ramas bajas y la pronunciada pendiente, usando el bastón para mantener el equilibrio en la ascensión.

Tal vez, habría sido más sabio dormir al borde del camino esa noche, e intentar el sendero de las colinas al día siguiente, pero Taizu estaba más allá del miedo a los fantasmas y los demonios, y los únicos dragones que creía dignos de temer aparecían siempre en forma humana.

El sol se escondió tras las colmas y el sendero que corría bajo los árboles se sumió en la más profunda de las sombras. «No está lejos», habían dicho los aldeanos; pero si bien en eso estaban equivocados, pensó Taizu, al menos tenían razón en una cosa: esos bosques no tenían bandidos; el bandido que cazara en la montaña de Saukendar era un tonto.

Y eso le proporcionó una gran tranquilidad, por primera vez desde hacía semanas.

Así que subió, a la sombra del bosque, luchando contra una canasta que se le enredaba entre las ramas, hasta que un olor a humo y a caballo llegó volando en el viento; hasta que la forma de unas construcciones rústicas apareció a la luz del crepúsculo: un corral, pastos y la sombra de un hombre recortada por el sol con un cubo de agua en la mano para un caballo cuya piel brillaba, roja, en los últimos rayos del atardecer. Había tormenta en el norte, nubes como un muro de pizarra gris sobre las colmas. La luz roja del sol moribundo lo incendiaba todo: el caballo, el contorno de los edificios, el hombre.

Taizu dejó de respirar por un momento. Saukendar parecía menos real en ese momento de lo que había sido todas esas semanas, desde la provincia de Hua. Menos

real y más parecido a un dios. Pero no se podía juzgar a un hombre que había dejado el mundo como se juzgaba a los demás. Saukendar había dado la espalda a la corte, a su gran fortuna y a su rango, y había escapado del Regente y del Emperador que lo habían traicionado. Había venido aquí, más allá de los límites del reino, a perfeccionar su arte y perfeccionar su alma en la soledad de las montañas. Saukendar había llegado más cerca que ningún otro hombre de la perfección cuando estaba en el mundo... la mano derecha del viejo Emperador, el único hombre honesto en una corte cada vez más corrupta y llena de perversiones. Saukendar había defendido a la ley y al Emperador, había apoyado a los pobres contra los ricos y a los señores honestos contra los aduladores, mientras el viejo Emperador se hacía más y más débil.

Pero no había podido contra la estupidez del heredero varón, Baijun, que se había aliado con el señor Ghita, de la provincia de Angen, y había acusado al Regente designado por su padre, el señor Heisu, de conspiración y adulterio con su esposa.

Así fue como el señor Ghita de Angen quedó detrás del trono y cómo el señor Heisu y la Emperatriz Meiya terminaron bajo el hacha, y cómo quinientos hombres de la Guardia Imperial persiguieron a Saukendar para asesinarlo; pero Saukendar mató a veinte de esos hombres en su huida hacia la frontera y, según decían, otros tantos después, hasta que encontró un lugar retirado en esas colmas, justo en la frontera de la provincia de Hoishi; y el señor Ghita y sus hombres habían comprendido que era mucho más sabio dejarlo hacer y no molestarlo.

Ése era Saukendar. Y si había renunciado al mundo y decidido buscar su propia perfección, tal vez en eso también había tenido éxito, y los dioses lo iluminaban de una forma especial.

Pero al mirar otra vez, vio que el hombre cojeaba; y la luz se apagó cuando pasó el granero y el caballo se alejó hacia la cerca de troncos: no era el señor Saukendar, solamente algún sirviente. Taizu comprendió su error. Por supuesto, el maestro de armas, el guardia de corps y paladín del Emperador debía de haber traído al menos un sirviente con él, o tal vez había tomado uno de la aldea... Alguien que le cocinara y se ocupara de las cosas de todos los días. Saukendar había sido un gran señor, con tierras y sirvientes. Incluso como ermitaño eso no debía de haber cambiado.

Así que Taizu salió a la luz del crepúsculo, a campo abierto; sentía desilusión, pero al mismo tiempo un mayor coraje ante su fallido milagro.



# 1

Shoka ya estaba casi en el umbral cuando la aparición salió del bosque, un gran bulto que caminaba sobre dos piernas delgadas, nada más que una canasta y un muchacho flaco con sombrero.

Lo había visto primero con el rabillo del ojo. Pensando en los bandidos, vertió el agua para el viejo caballo, lo palmeó en el cuello y caminó aparentando tranquilidad hacia la casa, donde guardaba el arco, llevando el cubo vacío en la mano, para utilizarlo como arma si no había otra cosa a mano.

Pero se dio cuenta de que el visitante estaba solo, probablemente otro suplicante con alguna petición. Fingió no verlo, por precaución —los bandidos podían usar chicos— y porque, para su pesar, la hora lo obligaba a ofrecer hospitalidad, una taza de té, un poco de arroz y un lugar para dormir, así que pensó que podía ir primero a la casa. Por el tamaño de las piernas que soportaban la inmensa canasta, el niño extraviado era demasiado joven para volver por el camino en la oscuridad de la noche.

Así que se dirigió hacia la vieja galería de madera, bajo el techo de paja, cerca de la puerta y de sus armas, por si acaso; después soltó el cubo, se dio la vuelta y miró fijamente al muchacho, que se detuvo con su fardo en los escalones de entrada.

El muchacho se deshizo de las cuerdas y dejó la canasta en el suelo, después de lo cual hizo una reverencia.

—He venido a ver al maestro.

—Ya lo has encontrado —dijo Shoka, y vio lo que estaba cansado de ver: la cara joven que se alzaba, la boca abierta y los ojos enormes y desilusionados—. Soy Saukendar. ¿Qué quieres?

El muchacho se sacó el enorme sombrero y lo miró... un muchacho flaco y exhausto con una cicatriz que hacía que todos vieran eso primero y la desesperación de los ojos después. Esa atracción por la cicatriz avergonzó a Shoka, que se dio cuenta de que había sido grosero y descuidado, y entonces se descubrió atrapado en una atención intensa por la cara entera, una atención que no solía brindar a sus visitantes.

—Quiero justicia —dijo el muchacho, y Shoka se sintió atrapado por segunda vez.

—¿He cometido algo reprobable? —preguntó Shoka.

El muchacho meneó la cabeza y por un momento pareció que iba a llorar, la barbilla temblorosa. Después apretó la mandíbula y se apoyó con todo su peso sobre el arco que usaba para caminar, un arco para niños, tosco y mal hecho.

—No, señor. Quiero que me enseñéis.

Shoka frunció el ceño y retrocedió, enojado por la forma que había usado el

muchacho para acercarse a él, y apenado ahora, cuando por un instante había sentido una punzada de interés, ante la perspectiva de verse implicado en un problema.

—Otro. ¿No te lo dijeron en la aldea? ¿O acaso no los escuchaste?

—Dijeron que vos erais un hombre honesto. La gente habla de vos en todas partes. Dicen que si todavía estuvierais en Chiyaden, mataríais al señor Ghita y a todos los señores que están con él. Tal vez no queráis volver al mundo, maestro Saukendar, pero podéis enseñarme y yo lo haré, y vos ni siquiera tendréis que moveros de aquí. Trabajaré para pagar vuestras enseñanzas. Cortaré la leña y alimentaré al caballo...

—Y yo te digo, deberías haber escuchado el consejo que te dieron en la aldea. No tengo nada que ver con Chiyaden. Ya no. No soy un maestro. No tengo sabiduría, maldita sea, ni soy un santo. No tengo nada que darte y puedo cortar la leña que necesito. Caminaste hasta aquí para nada. ¡Fuera de mi galería! ¡Vuelve a la aldea! ¡Ellos te cuidarán!

El joven lo miró desesperado.

—¡Fuera!

El muchacho retrocedió y se volvió hacia los escalones.

Hubo un matiz en ese movimiento, un ángulo en la cadera.

Una forma de centrar el equilibrio que atrajo la mirada de Shoka y confirmó sus sospechas. Sí. No. Mientras, el visitante se volvió para mirarlo desafiante, desde una distancia segura.

—Muchacha —dijo Shoka; y vio un pequeño brillo en los ojos: era de alarma, no de ofensa. Meneó la cabeza y cruzó los brazos, pensando en los bandidos y sus trucos—. Soy maestro de armas. Estaría ciego si no me diera cuenta de algo así. ¿Pensaste que ibas a engañarme? ¿Qué estás haciendo en esta montaña? ¿Quién te mandó? ¿A quién perteneces?

—Mi nombre es Taizu. De la provincia de Hua. Vine caminando a veros. Dicen que sois el mejor, dicen que podríais volver a Chiyaden y arreglarlo todo, pero que habéis decidido quedaros aquí y alejaros del mundo. Pero yo lo haré. Tengo razones. Haré las cosas que vos haríais si volvierais.

El río. No era algo común en él.

—Cuéntame otra fábula, muchacha. ¿Qué es lo que quieres realmente?

—Quiero que me enseñéis el arte de la espada.

—No eres de Hua. Eres de Hoisan. Eres una espía de los bandidos.

—¡No!

—¿Creen que yo no haría daño a una niña?

—Tengo dieciséis años. Y no soy un bandido. No quería engañaros, solamente hasta que me aceptarais y pudiera demostraros que puedo aprender. Tengo mi propio arco. Tengo una espada. —Hizo un gesto hacia la canasta—. Tengo mi propia ropa,

mis mantas; yo hice el arco y las flechas.

Shoka fue hasta el último escalón, tomó el arco de manos de la muchacha, echó un vistazo a la lamentable obra y se la devolvió.

—Funciona mejor como bastón.

Ella frunció el ceño.

—Entonces enseñadme a hacerlo mejor.

—No voy a enseñarte nada. ¿De dónde vienes?

—De la provincia de Hua.

—Eso está a cuatro semanas de camino, muchacha. No me digas eso.

—No sé a qué distancia está. —La voz era baja y ronca. El mentón temblaba levemente—. Pero la recorrí.

—Sola.

—Hay mucha gente en el camino hasta Yijang: ellos también huyen de los incendios. Caminé con ellos; y después con algunos que iban a buscar a sus parientes en Botai...

—¿De dónde eres? ¿Quién es tu señor?

—De la aldea de Kyutang, en Hua. Pertenecíamos al señor Kaijeng. Ahora está muerto. Toda la familia. Todos. El señor Gitu cruzó su frontera y quemó el castillo Kaijeng y quemó Kyutang y Jhi y todas las aldeas y mató a todos, hasta a los cerdos. —El mentón de la muchacha tembló y luego se afirmó de nuevo—. El señor Ghita no hace nada. Todos lo saben. El señor Gitu puede asesinar a la gente y nadie hará nada... Pero yo sí. Lo prometo. Y lo haré.

—Vas a conseguir que te corten la cabeza. Eso es todo lo que harás, muchacha. Deja la lucha para los hombres.

—No hay hombres. No queda nadie.

Shoka la miró, la chaqueta raída, la cicatriz, los ojos ardientes, y sintió que algo se conmovía en su interior, algo que no había sentido por ninguno de los otros suplicantes, incluso los serios y honestos. Desconfiaba de ese impulso. Tal vez la chica era parte de una banda después de todo, alguien que había venido a ver si él realmente estaba solo; o que había venido a matarlo mientras dormía si era lo bastante tonto. Tal vez pensaban que estaba muy desesperado por una mujer. Pero el acento de la chica era genuino: cortaba los finales de las palabras como hacían en las provincias al este de Chiyaden, como en la provincia de Hua, y en ese sentido, también podía ser una espía traída a salvo por los caminos y enviada allí con órdenes del mismo señor Ghita. Durante un momento, eso le pareció mucho más probable que la idea de los bandidos: pero Ghita no se había ocupado de él en años, y no veía razón para que empezara a hacerlo ahora. O tal vez era un demonio, eso también era posible, pero tenía los pies descalzos y eran pies humanos, y los pulgares estaban ubicados en la dirección correcta; y él llevaba nueve años en las colinas sin haber

visto un solo demonio.

—Entra —le dijo, cediendo sin ganas al impulso que lo hacía hospitalario. Hizo un gesto hacia la puerta—. Por lo menos, te daré algo de comer.

—¿Me enseñaréis?

El frunció el ceño.

—Enseñarte... He rechazado a muchos jóvenes, jóvenes brillantes, estudiantes serios y capaces... y ¿ahora voy a recibir a una muchacha? ¿Qué diría a los que rechacé? ¿Que soy maestro de armas de mujeres? Dioses. Entra... Y no te preocupes. No tengo intención de atacar a una niña.

Ella se quedó quieta.

—Mierda. —Él bajó las escaleras y ella retrocedió de nuevo, aferrando la canasta—. Tonta niña. Una espada, por los dioses. ¿Sabes que si los magistrados te encuentran con una podrías perder la mano derecha, por lo menos?

—No hay ley aquí.

—Aquí la ley soy yo —dijo él. Y cuando ella volvió a retroceder, agitó una mano hacia ella—. Si quieres irte, hazlo entonces y no te detengas en el camino. Si te encuentro por aquí después, descubrirás lo que es la ley de esta montaña.

—Quiero que me enseñéis.

—Ya te lo he dicho: he rechazado a hombres mejores que tú. Vete.

—No sin lo que vine a buscar.

—Demonios —dijo él, pensando en ella rondando por ahí...— Si robas algo o le pones una mano encima a mi caballo, te voy a mostrar lo terrible que puedo ser.

Y de repente pensó, una idea casta, que ella no era el chico que simulaba ser, y que una muchacha sola tenía todas las razones del mundo para tener miedo de unas puertas cerradas y de un hombre desconocido en la noche:

—Mira, si no quieres entrar, te traeré un bol y una taza de té a la galería. Ésa es mi hospitalidad. Puedes dormir ahí y nada te molestará. Pero te irás por la mañana.

—Acepto la comida —dijo ella.

Shoka trajo té y arroz hasta la galería y los puso en el último escalón. Cenó en el otro extremo. Se sentó cuando la muchacha tomó el bol y los palillos. Ella se sentó y empezó a comer. Era como si no pudiera detenerse ni siquiera para respirar. Él había cocinado más del doble de lo que solía, y le había dado un bol repleto. Vio cómo la comida desaparecía a una velocidad impresionante. Se sentaron en la galería, con las piernas cruzadas, en el crepúsculo que se hacía más y más oscuro. El comió lo suyo sin pensar en los buenos modales; de vez en cuando le echaba una mirada. Ella estaba sentada como un bulto, metida en la chaqueta harapienta, la cabeza desnuda inclinada sobre el tazón... el cabello negro, espeso, corto como el de un muchacho de granja, las manos tan delgadas que se le marcaban las venas, y las venas hacían sombras

cuando se movían los dedos, los ojos dos veces sombríos en la noche, mirándolo desde el borde del tazón.

—Podría haber cocinado para los dos —dijo ella con la boca llena—. Necesitáis ayuda aquí. El arroz está pasado.

—No parece haber disminuido tu apetito, por cierto.

—Pero podría estar mejor. Mañana os lo demostraré.

—Te digo que no. Esta noche duermes en la galería. Por la mañana, te llevaré a la aldea. Arreglaré que alguien te acoja.

Ella meneó la cabeza, un movimiento lento, definitivo.

El frunció el ceño, pensando en la soledad de la muchacha y en la paz que él había logrado en la montaña, y pensando en las noches. A veces, odiaba la soledad; pero tenía su forma de vida: se levantaba todas las mañanas y atendía el caballo y la huerta; o cazaba o arreglaba lo que hubiera estropeado el tiempo o el clima, y no pensaba en el mundo. Se negaba a extrañar la corte o Chiyaden, o las ropas finas o el halago de hombres que no hicieron nada cuando llegó el momento, nada excepto salvarse a sí mismos.

Hasta que apareció esa tonta muchacha a hablarle de justicia, a perturbar su paz y mirarlo con esos ojos oscuros, furiosos, obligándolo a pensar en otras ventajas de la compañía humana que él había rechazado hacía nueve años, eso a pesar de que no era más que una huérfana sucia. Ya le estaba prometiendo cosas que no había prometido nunca, bajar con ella a la aldea y hablar con la gente; pero ella había hecho un camino largo y peligroso con su tonto propósito... un camino muy largo desde la provincia de Hua, y lo había hecho con una astucia que lo atraía. Nadie habría adivinado a la muchacha bajo la enorme canasta, la chaqueta demasiado holgada, el sombrero de paja.

La canasta cambiaba el centro de equilibrio del cuerpo, cambiaba la forma de caminar, convertía al que la llevaba en un ser neutro que los demás ni siquiera miraban. Incluso sus ojos de guerrero le habían engañado, hasta que la vio caminar sin ella.

Inteligente, pensó Shoka... si es que era ella la que lo había planeado.

Pero hasta un hombre con una canasta podía atraer bandidos y problemas por el camino. Cuatro semanas. No lograba imaginar cómo había llegado tan lejos.

A menos que tuviera una suerte excepcional.

O que fuera en realidad espía de alguien, y la hubiera ayudado a llegar hasta allí.

—Sé mucho de ganado —dijo ella—. ¿Tenéis cerdos?

—No. Cazo.

—Puedo cuidar al caballo. Y sé cocinar conejos de muchas formas.

—Eso está muy bien. Tu nuevo patrón en la aldea se alegrará de eso. Y ellos sí que tienen cerdos.

—Quiero que vos me enseñéis.

—¿A hacer qué? —preguntó él—. ¿A ser una tonta? No podrías ni volver a Hua. Ya tienes suerte de haber llegado hasta aquí.

—Claro que voy a volver. Y voy a vengarme. Nadie puede detenerme.

La provincia de Hua. Gitu. Los nombres conjuraban imágenes de la corte y de Ghita, y los que lo rodeaban. La antigua rabia lo sacudió por dentro, rabia por los viejos insultos; se la sacudió como a una lluvia súbita y desagradable, y dijo con la boca llena de arroz:

—Llevar una espada. Tienes mucha, mucha suerte de no haber caído en manos de los magistrados. ¿No conoces la ley?

—Por eso la llevo en la canasta.

—Perderías la mano derecha, muchacha. ¿Entiendes eso?

—Eso, si me atrapaban —dijo ella—. Nadie lo ha hecho. Nadie os atrapó a vos. Cabalgasteis solo, con todos los soldados persiguiéndoos.

—Escapé para salvar mi vida, niña. Ésa es la verdad desnuda.

—Matasteis a los hombres que enviaron a perseguiros.

—Tuve suerte. Fue un mal día para ellos. Un buen día para mí. Pero yo voy a cojear para toda la vida. No tengo grandes secretos que enseñar. No soy maestro. Vivo aquí arriba en paz, gracias, y no necesito una cocinera y no necesito una cuidadora de cerdos.

—Ya cambiaréis de idea.

—Escúchame, muchacha. No voy a cambiar de idea. No a ese respecto, como no he cambiado de idea con respecto a nada desde hace nueve años. Ese es uno de los privilegios de vivir solo y lo que quiero es mi montaña, y estar a solas; y mi paz; no quiero a una muchacha charlatana que me complique la vida. Hablas demasiado. Vas a bajar a la aldea donde alguien pueda cuidarte, conseguirte un marido y poner un techo sobre tu cabeza.

—No.

—El camino que baja por allá es la frontera del Imperio. Si tengo que bajar hasta la aldea, estaré violando los términos de mi exilio. Pero te llevaré hasta el pie de la montaña. Te llevaré hasta la aldea misma.

—No.

—Es todo lo que puedo hacer. Olvídate de Gitu. Olvídate de la provincia de Hua. Estás a salvo. Estás fuera del alcance de Gitu y de Ghita, y harás bien en seguir así.

—Lo único que tenéis que hacer es enseñarme. Entonces, ya no tendréis que preocuparos por llevarme a ninguna parte. Podré ir sola, nadie podrá detenerme.

—Tonta —dijo él. Y pensó, mirándola en la luz suave del atardecer, que debía de haber habido cierta belleza en la muchacha antes de que la hirieran; sabía muy bien lo que podía pasarle a una mujer en los caminos, en un asalto... cómo podían lastimarla

de forma mucho más profunda que esa cicatriz en la mejilla...

Era demasiado mayor para no estar casada. Y demasiado joven para ser una viuda. Pero eso era totalmente posible. Que la hubieran violado en el camino era muy probable. No quería provocar un estallido de llanto, pero cuanto más lo pensaba, tanto más le parecía posible que la muchacha, con aquella herida y en un lugar extraño, y casi con seguridad ya no una virgen, tuviera dificultades para encontrar un marido en la aldea, y pasara el resto de sus días como gobernanta en una familia, trabajando como esclava para alguien o como concubina de algún granjero. Pensó en el problema que le planteaba su presencia. Pensó, finalmente, con la agradable sensación de estar haciendo un gran sacrificio moral, una sensación que no había tenido en años, que había un convento en Muigan, unos pocos días hacia el norte, dentro de la provincia de Hoishi, y que tal vez podría hacer algo caritativo y apuntarse algo de virtud en la cuenta de los dioses, si es que los dioses se preocupaban por eso últimamente. El poco oro que tenía habría sido realmente poco para él en los días en que vivía en Chiyaden, pero era mucho para la gente de la frontera en tiempos de incertidumbre; y si podía darle a esa muchacha una dote suficiente para comprar su entrada al convento Muigan, ella no olvidaría a su benefactor: rezaría por su bienestar y el de su padre. De esa forma, Shoka haría un favor a su padre y se descargaría de una obligación que lo había preocupado siempre; se haría un favor a sí mismo, si es que eso importaba, y una muchacha sin futuro encontraría una vida decente y una vejez respetable, mucho mejores que las que tendría como esposa de un granjero en la provincia de Hua.

Era un plan arriesgado. De ninguna manera podía confiarle el dinero a ella o a un muchacho de la aldea. Tendría que ir a Muigan él mismo y violar flagrantemente el exilio. Pero probablemente el Regente no lo notaría u oiría toda la historia y la interpretaría como lo que realmente era; sería sensato y no perturbaría con un acto apresurado un problema resuelto hacía ya muchos años. Había pasado mucho tiempo sin que nadie le presentara un problema que tuviera una solución tan fácil, tan sencilla. Se sintió magnánimo, se felicitó por su buen criterio y su conducta ejemplar e hizo un gesto hacia la muchacha con los palillos.

—Te diré lo que haremos. Te quedas aquí y descansas un día o dos. Después te llevaré a través de las montañas hasta Muigan, en Hoishi. Hay un convento que...

—No.

—Escúchame, tontita. Yo pagaré tu ingreso. Puedo hacer eso por ti. Tendrás una dote respetable. ¿Qué te parece?

—No quiero conventos ni rezos. No me ayudaron nunca. Quiero la cabeza de Gitu. Quiero...

—Te estoy ofreciendo una dote respetable. Te ofrezco un lugar seguro donde vivir, con bastante comida, buena ropa, seguridad para tu vejez. Piensa en cuando



seas vieja. Piensa un poco más allá de este año, muchacha. ¡La cabeza de Gitu! No sabes lo que dices.

—No quiero ser monja.

—Entonces toma el dinero. Trata de encontrar marido en la aldea. No hay forma de que puedas volver a salvo a Hua; ya tienes suerte de haber llegado hasta aquí viva.

—Quiero matara Gitu.

—Si sigues ese camino, la que va a morir eres tú.

—No si vos me enseñáis.

El trató de dominar la furia. Tomó un largo trago de té, casi frío.

—Tú quieres que yo vaya, ¿verdad? Quieres que vaya a Hua y actúe como un tonto por tu causa.

—No.

—Déjame decirte algo. Mata a Gitu y habrá otro de su calaña en su lugar antes de que se enfríe el trono. No es un hombre. Es toda la corte, maldita sea. Es el jovenzuelo tonto que está al mando. ¿Crees que yo no me habría quedado si hubiera habido una posibilidad de hacer algo? No había forma. Por eso estoy aquí, en esta montaña. ¡Matar a Gitu! Irás a ese convento, muchacha, y pasarás una vida muy larga rezando por tu familia, eso es lo mejor que puedes hacer por ellos. Yo no puedo hacer nada. No tengo intenciones de arrojar mi vida a los cerdos por un tonto... ya seas tú o el Emperador. Escucha. Eres una muchacha valiente. Has hecho un largo camino. No tengo ninguna duda de que crees en lo que dices. Pero no te harás ningún favor si haces lo que dices que quieres hacer. Si fueras un chico, te diría que eres muy pequeño. Pero no eres un chico, y lo que pides no tiene ningún sentido. Escucha — dijo, y levantó el dedo cuando ella abrió la boca como para decir algo—, por la mañana será diferente. Ahora duerme. Piensa en lo que te digo. Es una estupidez perder la vida así. Nadie espera que hagas el trabajo de un hombre, y lo que hace de ti una tonta es el intentarlo. No tienes que morir; y eso es lo que vas a lograr porque no tienes ninguna posibilidad de llevar a nadie contigo. Acepta lo que te ofrezco y vete a Muigan. Si quieres aprender... las monjas pueden enseñarte mucho.

—No.

—Mierda, claro que vas a hacerlo. Lo que te ofrezco es generoso. Mejor será que lo reconozcas.

—No.

Él se pasó una mano por el cabello.

—Estás cansada. Pasaste por una prueba terrible. Escucha: esto es lo que haré por ti. Puedes quedarte aquí y descansar mientras entras en razón. Te prometo que no te voy a poner una mano encima. Puedes dormir donde quieras. Estamos en verano. La galería es agradable, mucho mejor que el camino. No tienes que hacer nada hasta que recuperes la fuerza. Después, comprenderás que tengo razón y te llevaré a Muigan, y

me aseguraré de que quedes bien situada antes de volver.

—No.

—Estás sorda, niña. Todo tu plan es imposible. Ya basta. Te vas. —Puso el bol de té dentro del pote de arroz vacío y se puso de pie, caminó y tomó el de ella, en el que no quedaba ni un granito.

Ella lo miró de frente cuando se lo dio.

—Te traeré una esterilla y una manta —dijo él—. Puedes usar la galería. O tal vez quieras ser razonable y entrar. Adentro está un poco más tibio.

Ella no dijo nada.

—La galería, entonces —dijo él, y meneó la cabeza al entrar.

Dejó los cacharros sobre la mesa, enrolló una de sus dos esterillas y cogió también una de las mantas.

—Muchacha —dijo mientras salía a la galería.

Pero ella se había ido, con el arco, la canasta, todo.

El dejó caer la esterilla y la manta.

—¿Muchacha?

Tal vez había ido un momento a los bosques, siguiendo un reclamo de la naturaleza.

Pero... ¿para qué la canasta?

—¿Muchacha?

Maldita sea.

Tal vez tenía miedo de sus intenciones. Los dioses sabían que tenía todas las razones del mundo para tener miedo.

Tal vez se había llevado la canasta llena de trapos al bosque para hacerse una cama donde pasar la noche. O se había ido al establo. Ambos lugares eran bastante seguros.

Pero el comportamiento de la muchacha lo preocupaba; no por ella, sino por lo extraño de todo aquel asunto; por la oscuridad, en medio de la cual la mayor parte de las muchachas no habría elegido los bosques para dormir, ni habría entrado en un establo oscuro y desconocido, si tenía tanto miedo de un caballero como para no querer dormir en su galería. Mierda, ella le había propuesto vivir allí como discípula y tenía miedo de compartir la galería con él.

Ahora estaba inquieto: por la muchacha, la hora, la forma extraña en que ella lo había mirado.

Le disgustaba la idea de volver a llamarla y mostrarle que estaba preocupado. Tenía vergüenza de volver a la casa y tomar su espada del gancho junto a la puerta, pero sería un tonto si entrara en el establo desarmado.

Jiro estaba allí, en el establo, como todas las noches, atado en el corral donde podía defenderse de un intruso. Al menos, pensó Shoka, podía soltar el caballo, y la

muchacha cometería un grave error si entraba en el corral o hacía destrozos en el establo con el caballo suelto.

Pero no había ninguna conmoción en el establo. Nadie podía haberse acercado a Jiro sin que diera la alarma, estaba seguro de eso. Pero pensó en los bandidos otra vez; en un incendio, si la muchacha estaba lo bastante loca; y Jiro era la única criatura viviente que le importaba. La idea de que la muchacha o sus posibles cómplices le hicieran daño le resultaba insoportable.

Mierda, pensó, no puede haber entrado en el establo sin hacer ruido. Se estaba portando como un tonto. La muchacha había perturbado su noche y su sentido del orden, y de pronto, le pareció que todo el mundo se sacudía, que los viejos instintos se despertaban en él, que los fantasmas de antiguas aprensiones volvían a dominarlo.

Llegó al establo medio derruido, caminó junto a la pared en una oscuridad casi completa, oyó los ruidos normales, tranquilos, de Jiro al otro lado y eso lo tranquilizó.

Después algo golpeó el cobertizo, junto a su cabeza; y él se dejó caer y rodó por el suelo; los músculos habían reaccionado antes de que su mente se diera cuenta de que lo que había en el polvo, junto a él, era una flecha con plumas blancas, recortadas, y una punta de bronce forjado.

Llegó a la oscuridad de la puerta del establo, rodó sobre los hombros y se dejó caer al interior, arrodillado sobre la paja. El bufido suave y preocupado de Jiro le aseguró que era el primero y el único que había perturbado la oscuridad interior; y confiaba absolutamente en lo que tenía detrás. Afuera, la linde del bosque, la oscuridad casi completa, ése era el problema; y es ahí donde clavó los ojos.

—¡Muchacha! —gritó—. Demonios, te preparé una cama en la galería, tal como te prometí. He hecho exactamente lo que te dije. ¡No me obligues a lastimarte!

—Volveré a la casa —dijo la voz de ella, lejos entre los árboles— cuando me juréis por vuestro honor que vais a enseñarme.

—Muchacha, no tengo por qué tolerar toda esa estupidez. ¡Me estás pidiendo que te lastime!

Silencio. Un largo silencio desde los bosques. Saukendar cambió de posición en la paja para acomodar la pierna, lisiada por el cuchillo de un asesino, apoyó la espalda contra el poste tosco y áspero de la puerta y miró hacia los bosques en la noche temprana.

Pensó en el fuego otra vez, en la vulnerabilidad total de todo lo que tenía en la cabaña.

En Jiro, un blanco que hasta esas tontas flechas podrían alcanzar, si estuviera afuera, en el corral.

Si la muchacha hubiese tirado desde más cerca, esa flecha de plumas raídas podría haberlo matado.

Maldijo en voz baja y apretó los puños, y pensó que podía quitar el barro y el musgo que había entre los maderos del establo y podría observar la casa desde la pared del fondo. Podía hacer agujeros como éstos en todo el perímetro del establo y vigilar el claro, tanto como se lo permitiera una noche sin luna.

Pensó que tal vez la muchacha era realmente parte de una banda; o que tal vez era un demonio disfrazado.

Una loca suelta en la oscuridad con un arco y una idea de venganza en la mente era suficiente para que un hombre perdiera el sueño.

## 2

Shoka cambió de posición en el jergón de paja que había apilado contra la pared del establo, se frotó el calambre que sentía en la pierna (le había estado doliendo toda la noche, con pequeños intervalos de descanso, y las malditas briznas de paja se le metían en el cuerpo a través de la camisa abierta y los pantalones). El suelo era suelo de establo, y olía a pesar de la limpieza del lugar; una cama muy húmeda y muy incómoda para pasar la noche.

Había atravesado un fino cordel en el umbral y lo había atado a un cubo al otro lado. Mantuvo la guardia en varias direcciones, sin olvidar la lejana ladera de la colina que se veía desde la pradera desnuda donde había construido su cabaña. No sabía cuántos lo atacarían, ni si ella era en verdad una muchacha loca y sola; pero si había vivido tanto era porque no se tomaba las cosas a la ligera.

Nueve años en la montaña le habían enseñado a dejar correr las sospechas, a oír caer una hoja sin pensar que alguna mano lo había provocado, a ver saltar un pez en el arroyo sin tensar el cuerpo y prepararse para las cosas que su padre le había enseñado, con la mente y con los músculos. Tranquilo, se había dicho a sí mismo año tras año, aspira el viento, deja que caigan las hojas y que corran las estaciones, y olvida la vieja vida.

Ésa era toda la sabiduría que había encontrado en la montaña, el simple arte de dormir profundamente en la noche sin trampas a su alrededor, la simple capacidad de ir hasta el arroyo sin armas, ver las travesuras de un zorro en el bosque, montar a pelo al viejo Jiro y dormitar sobre su lomo en las praderas de más abajo, los dos tranquilos, bajo el sol, el verano y el perfume del pasto caliente al mediodía.

Ahora estaba sentado en la oscuridad, con la espada sobre las piernas, la paja atravesando sus ropas y la humedad atacando sus coyunturas de hombre de cuarenta años: y cada uno de los nervios de su cuerpo estaba tenso y el estómago inquieto con la vieja ansiedad, la cabeza ocupada en cada uno de los detalles de la zona y cada uno de los ruidos en la oscuridad.

Como en los viejos tiempos.

Como todo lo que había intentado enterrar durante años.

A la mierda con la muchacha; que, sin hacer nada, lo estaba haciendo todo bien: otros que habían venido contra él no habían logrado nada, salvo convertirse además en fáciles blancos.

Esperó y vigiló la casa y la pradera, los bosques y el claro. Nada se movía y Jiro no daba la alarma, tan sólo cambiaba suavemente de posición.

Esperaba problemas antes del amanecer, y se frotó los ojos y siguió observando las sombras a ambos lados del establo para detectar pequeños movimientos. Lo que le helaba la sangre era la idea, que lo había perseguido toda la noche, de que lo único

que tenía que hacer esa muchacha tonta si quería asesinarlo era incendiar los bosques y salir al camino. Si lo hacía, y lo hacía bien, desde distintos puntos alrededor del claro, sería bastante difícil salir con Jiro por el camino lleno de raíces; y si lo lograba, habría enemigos que sabrían cuál era el único camino hacia abajo y lo esperarían en una emboscada.

Había estado en peores situaciones, incluso si se incendiaban los bosques; pero le costaba mucho imaginar una situación más embarazosa, acorralado por una granjera de dieciséis años. Mientras salía el sol luchó contra el deseo de dormir, tratando de pensar si había alguna posibilidad que no hubiera considerado, cualquier cosa que pudiera hacer un enemigo; y por dónde podrían acercarse los bandidos o los aliados de Ghita, y dónde podría organizarse una emboscada.

Pero finalmente, con la luz del día, que mostraba y a el verde de los árboles y acababa con las sombras alrededor del establo, se puso en pie, ofreció a Jiro un cubo de grano y sacó agua del gran barril que recogía la lluvia, sin perder de vista los bosques, sintiendo que en cualquier momento podía haber otra flecha apuntándolo.

Jiro quería salir del establo y pateaba los tablones, impaciente al verse allí dentro en una mañana tan hermosa.

—Ya lo sé —dijo Shoka al caballo, y le habló con calma, razonando con él y palmeándole el cuello—. Paciencia. Paciencia.

No era fácil, se dijo a sí mismo. No creía que la muchacha se hubiera ido. Se sintió expuesto mientras caminaba hasta la cabaña, cojeando en el fresco de la mañana... caminando, como un tonto; pero ya se había sentido un tonto por la noche y no iba a correr ahora. A la luz del día sabía lo que daba de sí ese arco; era peligroso, pero le faltaba fuerza para disparar desde el bosque. Si había alguien con ella, no habían hecho ningún movimiento cuando habían tenido más probabilidades de éxito en la oscuridad, por eso pensó que no eran bandidos; esperar hasta el amanecer cuando habían tenido la noche para ellos no era la forma en que solían actuar, y tampoco era una elección propia de los asesinos de Ghita.

No, seguramente era una muchacha que estaba ahí afuera portándose como una tonta, y que le había proporcionado una pierna y un hombro doloridos esa mañana.

Una muchacha que tal vez estaba lo bastante loca o furiosa como para atreverse a eso; pero con ese arco tenía que acercarse más.

A menos que ya hubiera entrado en la cabaña.

Caminó desde el costado de la galería hasta la puerta y la abrió de un golpe, mientras entraba de un salto en la única habitación.

Vacía. Nada parecía distinto. Se inclinó contra la pared y se quedó ahí observándolo todo, para ver si algo había cambiado de lugar o faltaba algo; y pensó en venenos y en sus utensilios de cocina, en los que hacía algunos años había puesto sellos protectores; y se preguntó qué podría traer una loca en una canasta tan grande

como ésa.

Mierda, no. Estaba atribuyéndole a una pobre muchacha de dieciséis años cosas que tal vez haría un enemigo más astuto. Estaba luchando contra sí mismo, ése era el fantasma que había conjurado la última noche. Estaba luchando contra Saukendar, no contra una muchacha campesina con una idea loca y ridícula para obligarlo a cumplir con sus deseos.

Removió los carbones en el pequeño hornillo, logró hacer un pequeño fuego, y mientras seguía mirando hacia afuera puso un poco de arroz y agua en la olla. Tomó el desayuno sentado en el umbral, desde donde podía vigilar todo el claro, especialmente el establo; pensaba que el olor de la comida y el humo del desayuno tal vez atraerían a la muchacha a campo abierto. Tenía una esperanza sincera de que fuera más razonable de día, cuando todo lo demás era cuerdo y lógico.

Pero no apareció.

El dejó el pote y pensó en lo que iba a hacer, y en dónde podía haber pasado la noche aquella muchacha, y en dónde podía estar en ese momento. Vigilando desde el bosque, pensó, y por primera vez en años, fue a buscar la armadura de acero y seda que guardaba entre paños engrasados, se puso las mangas y la túnica de la armadura y se ajustó el cuerpo de acero.

El acero se acomodó a su cuerpo como la afirmación de un pasado que no deseaba recordar. Una precaución ridícula, se dijo. La muchacha, que probablemente estaba escondiéndose entre los arbustos bien a la vista de la cabaña, se reiría cuando lo viera, mierda, pero no quería morir a manos de una loca o por la suerte ciega de una muchacha.

Se puso la espada; y salió y se sentó sobre los escalones de la galería, mirando con amargura su reino, el espacio libre alrededor de la cabaña y el establo. Por primera vez desde que había llegado a la montaña, algo que hacía otra persona lo estorbaba y lo limitaba. Le habría gustado ir de caza pero no se atrevía a dejar la cabaña y el establo sin vigilancia; le había gustado salir a cabalgar pero no quería exponer a Jiro a las flechas de la muchacha. Le quedaba trabajar en la huerta, metido en una armadura que pesaba como una piedra, o sentarse y remendar la ropa o trabajar el cuero, sí, eso probablemente.

No, mierda, no podía pasar así días y semanas. Tal vez no se había movido la noche anterior pero estaba seguro de que ella estaba ahí afuera, y los jóvenes no tenían paciencia. Si ella no podía salirse con la suya fácilmente, simplemente lo provocaría de nuevo, y después haría otra cosa y otra, hasta que descubriera cómo conmooverlo, y en ese juego infantil alguien podía resultar herido.

Así que lo que había que hacer, pensó, era buscar el arco y el carcaj y hacer como que se iba de caza... que ella adivinara su juego... después sentarse y esperar escondido a que ella tratara de seguirlo o de atacar la casa.



Había un lugar entre los arbustos, arriba en la colina, que permitía una buena vista de la casa y el establo, y no vio ninguna señal de que la niña Taizu la hubiera usado como punto de observación. Él se arrodilló allí, puso el arco a su lado y sacó una flecha por si acaso: recordaba todavía la posibilidad de que fueran bandidos. Después se recostó contra el tronco de un árbol y se dispuso a esperar.

El sol se levantó aún más, pasó el Cénit y el aire se calentó, los arbustos zumbaban con los insectos y se agitaban en la leve brisa. Él cabeceó sin darse cuenta, levantó la cabeza de un golpe y peleó contra el deseo cada vez más poderoso de dormir, mientras las cigarras y el sol conspiraban para nublarle la mente.

Dormitó ligeramente, sin llegar al sueño, pero al menos descansó algo y vigiló, entre cabezada y cabezada.

A media tarde estaba hambriento, sediento y comido por los insectos, y nada, nada se había movido, excepto los pájaros y Jiro, que había empezado a golpear los tablones del establo en un ataque de rabia.

—Tranquilo, tranquilo —dijo, calmando a Jiro con las manos. El viejo caballo de guerra pateaba los maderos como una vaca, frustrado, y no lo tranquilizó ni el grano ni el agua ni las otras atenciones. Un buen cepillado ayudó algo, pero Jiro tenía las orejas hacia atrás y siguió dándose vuelta para morderlo, nunca con fuerza, solamente la forma en que le decía que estaba muy, muy enojado.

Viendo que nada de eso lo calmaba decidió arriesgar la piel de Jiro y la propia, ponerle el cabestro, montar a pelo y salir al corral, y luego a la pradera, y cabalgar ida y vuelta, ida y vuelta, mientras seguía pensando en lo fácil que resultaban como blanco; y mientras seguía atento a la casa y el establo, sabiendo que la muchacha estaba mirando, y probablemente muerta de risa.

Era una locura. Jiro estaba confundido y él mismo se preocupaba cada vez que sacaba los ojos del claro del bosque, el establo o la cabaña, y pensaba todo el tiempo en las formas que podía elegir un enemigo determinado para atacarlo.

Otra vez luchando consigo mismo. Era el único nivel de excelencia que conocía.

Y ella lo estaba provocando, sin hacer nada. Una fuerza mínima. Ella estaba haciendo las cosas bien.

Si es que estaba ahí afuera.

Mierda, peleando consigo mismo otra vez y otra y otra.

Hizo sudar a Jiro y lo llevó de vuelta al establo de mejor humor que antes, lo secó y lo cepilló, mientras vigilaba la linde de los arbustos y pensaba que el único lugar que no podía ver era la parte posterior de la cabaña, donde los bosques casi tocaban

las paredes, y que era posible trepar al techo y bajar por la chimenea, ya que él había sido lo suficientemente tonto como para dejar el barril de agua y la leña apilada contra la pared de la casa...

Si uno fuera Saukendar...

Tenía miedo de ir a la parte de atrás para retirar aquellas cosas de allí, porque si perdía de vista el frente de la casa, lo único que necesitaba el enemigo era una buena carrera hacia el establo, y si ella pretendía lastimar al caballo...

... para alarmarlo y hacerle correr hacia la cuadra, directo a una emboscada. Lo único que ella tenía que hacer era vigilar sus actividades y ver qué era lo que más cuidaba para darse cuenta de lo que era valioso para él, y cómo hacerlo reaccionar sin pensar.

Mierda.

Cocinó una cena sencilla, y la tomó sentado en el umbral mientras el sol se ponía. Se preguntó si la muchacha tendría comida en la canasta, y cuánto aguantaría, y si sabría proveerse de alimento en esas montañas.

Pero una campesina conocería las bayas y las raíces, lo que era comestible y las tinturas...

Y los venenos...

El arroz supo raro cuando pensó en eso. Siguió comiendo. No había nada en el arroz. Nada en el té.

En Chiyaden, la dama Bhosai había muerto, decían, a causa del veneno en el fondo de una taza de té.

Mierda, ya estaba pensando de nuevo en el pasado, en la corte, otra vez en todo el desastre.

Otra vez en las enseñanzas de su padre, en los ejercicios a la medianoche, en las trampas que le tendía su padre...

... las cosas que lo habían mantenido con vida mientras tres de los amigos del Emperador sufrían accidentes fatales. Había podido probar lo del señor Riga pero no la conexión del asesino con Ghita...

Debería haber matado a Ghita cuando tuvo la oportunidad. Pero entonces Ghita solamente era uno de muchos, y el viejo Emperador había prohibido...

Dejó el pote de arroz y bebió el té, tratando de olvidar el pasado de nuevo mientras la armadura le pesaba en los hombros y le ceñía las costillas, y el sol se hundía hacia el crepúsculo.

El cambio era así en la montaña, de amanecer a oscuridad y de ésta a amanecer, de invierno a primavera y a invierno otra vez... y un día era igual al siguiente, una tormenta igual a otra, una hoja igual a otra, desde las yemas al otoño. Nueve años de ciclos así, todos juntos, podían ser un solo día, un solo año, una vida reducida a

pequeños esquemas. En el cambio, nada cambiaba. Una vez que uno se convertía en parte de esos ciclos, los cambios personales pasaban a ser esos otros cambios, el equilibrio perfecto, tan perfecto como podía ser un hombre.

Todos los días eran el mismo, todos los años eran el mismo, y no tenía importancia que el hombre envejeciera, que un día cayera y muriera en esa montaña, y el pasto creciera alrededor de sus huesos y nadie lo supiera...

Mierda, había entregado una noche y casi un día a esa interrupción de su vida. Era demasiado, incluso ahora.

Una vez había tenido muchos días para desperdiciar, antes de que los días se transformaran en uno solo, en todos los días. Se daba cuenta ahora, y le sorprendía darse cuenta de que no había adquirido paciencia, solamente había perdido la flexibilidad. Podía ver cómo se arrastraba una hormiga a través de la galería sin sentirse culpable por el tiempo perdido. Pero no podía permitir ese cambio en el esquema de su vida. Era una reacción de viejo. Era como un ermitaño, un viejo loco, solitario, de casi cuarenta años.

Esa idea le revolvió el estómago.

De nuevo pasó la noche en el establo.

Como un loco.

Desayunó bajo la primera luz de un amanecer neblinoso, impregnado de rocío, sentado en el umbral de su cabaña, y pensó en gritarle a los bosques, a la muchacha... Ven, charlemos.

Pero la idea se le quedó trabada en la garganta.

Como los dos días de arroz sin pescado, sin conejo.

Tenía muy poca carne ahumada y ninguna fruta en conserva: éstas llegaban en otoño, y él las guardaba para las malas épocas, los meses de invierno. En verano confiaba en la naturaleza y en su huerta.

Pero si la situación se prolongaba...

Dioses, su paciencia no tenía sentido. Tenía que cazar a la muchacha y atarla de pies y manos, si hacía falta, y llevarla a Muigan.

Que las monjas se entendieran con ella.

Si había estado en los bordes del claro, inevitablemente habría dejado rastros, y una vez que se convirtiera él en el perseguidor, ella se aterrorizaría y cometería errores.

Si es que seguía ahí afuera.

Si estaba afuera, había pasado una noche peor que la de él, eso era seguro. El aire de la noche podía ser muy frío en las montañas, incluso en el verano; y cuando bajaba el rocío de esa forma, con la lluvia de paso hacia el norte, las mantas y la ropa se humedecían, las ramas derramaban agua sobre la cabeza y el cuello, y empapaban las

mangas y los pantalones y los zapatos en unos pocos minutos de caminata.

Bien. Esperaba que hubiera unos cuantos días así siempre que la niebla no empeorara... la bruma leve aún permitía ver los bordes del claro. Y eso le convenía a él más que a ella.

Siempre que no empeorara.

Dejó el bol de arroz sobre la mesa, estiró los hombros contra el peso de la armadura y salió a la galería. Después rodeó la casa con rapidez para coger unos palos de la pila de leña.

Mejor más que menos, pensó. Cuanta más madera pudiera llevar de una vez, menos tiempo dejaría de vigilar el campo. Recogió una brazada y dobló la esquina de la casa, hacia la galería.

El ruido inconfundible de una flecha en el aire le pasó junto a la cadera.

Shoka dejó caer la leña, se arrojó contra el umbral y rodó hacia adentro; cogió el arco y el carcaj, que había dejado apoyados contra el marco de la puerta.

—Demonios —aulló hacia los bosques oscuros—, ¡tú te lo estás buscando, niña! Es suficiente. ¡Escúchame! No quiero lastimarte. Ya he sido bastante paciente, los dioses lo saben. Te he ofrecido una dote. Te ofrecí todo el oro que tengo porque no quiero que te pase nada. Creo que eso merece al menos un poco de cortesía, ¿no te parece?

Silencio.

—Escucha, niña. No te obligaré a nada. Si no quieres ir a Muigan, es cosa tuya. Si no quieres quedarte en la aldea, es cosa tuya también. Puedes volver a Hua, puedes ir adonde quieras. Te prometo que no te voy a tocar ni un pelo. Pero ven y habla como una persona civilizada y deja de hacer tonterías.

Silencio.

—Mierda, te lo estás buscando, niña... No voy a quedarme aquí como blanco de una lunática.

Silencio y nada más.

¿Hice bien en decir eso, si ella está realmente loca?, se preguntó Shoka, inquieto.

Tenía una idea bastante aproximada del sitio donde ella se encontraba cuando disparó la flecha, y cuando halló la flecha misma, la idea se completó: un árbol de tres ramas y un pequeño bosquecillo de arbustos del otro lado de la casa.

Así que se puso los pantalones de cuero, que generalmente usaba para cazar, pero que estaban reforzados con pedazos de cuerno, sobre todo el frente de los muslos, cubriendo lo que no cubría la armadura. Pero no cogió los cubrepantorrillas, que eran un estorbo en una caminata larga, y tomó la cantimplora y el arco y se fue hacia los bosques. Ya la madrugada lo iluminaba todo; las hojas seguían cubiertas de rocío, y no era difícil ver que ella había estado realmente donde él pensaba... y que había

permanecido unos momentos allí y después se había marchado, y luego había vuelto.

Y se había vuelto a marchar.

Había sido un momento tonto para disparar, pensó, con la aurora de parte de él. Había cometido un error, un error simple, de principiante... producto de una confianza exagerada en sí misma, un deseo de provocar, estando las cosas demasiado tranquilas para su gusto.

La idea lo alegró muchísimo.

Sonrió cuando vio el rastro tan evidente entre los arbustos.

Luchando consigo mismo, sí. Ninguna muchacha, ni siquiera una que conociera el lugar, iba a pasar por los bosques sin dejar huellas en una mañana como ésta, y por el estado del rocío sobre las hojas, podía juzgar muy bien el momento en que ella había pasado.

La huella lo llevó lejos de la casa y más y más hacia los bosques. Eso no le gustó. Ella tenía tiempo suficiente para regresar por la espalda si él no se apresuraba y caminaba con más seguridad; así que dejó de pensar en la pierna que le dolía y se lanzó al trote siguiendo las claras huellas. El sol naciente estaba empezando a deshacer la niebla, las nubes se alejaban; y la ventaja que podía tener un fugitivo en las colinas era mucho menor a la luz del día.

Una vez que vio las huellas, no fue difícil comprender el esquema que ella estaba siguiendo... podía ver otros signos, un rastro de pisadas en una ladera, las plantas quebradas, las piedras fuera de lugar... clara como un camino real, una vez que empezó a seguirla.

Pero no era ni el lugar ni el momento de descuidarse.

—¡Maestro Saukendar! —bajó una voz hacia él, desde las colinas—. No tenéis por qué seguirme. Yo bajaré. Lo único que tenéis que hacer es prometer que vais a enseñarme. No tenéis que preocuparos por mí.

Él no era tan tonto como para contestarle.

Ahora le toca a ella preocuparse, pensó, y apretó el paso siguiendo las huellas que ella había dejado, sin atajar hacia la voz, aunque la voz llegaba desde el otro lado de la garganta y por encima de otra colina.

Shoka veía claramente dónde se encontraba ella. Si era astuta, tal vez había hablado para descubrir dónde estaba él, o para alejarlo del rastro y después cubrirlo muy bien, y hacerle perder el tiempo retrocediendo para volver a encontrarlo.

Si era astuta. En ese momento, seguramente era una muchacha muy nerviosa; y había huellas en esas colinas, él las conocía mucho mejor que ella. Si podía descubrir en cuál estaba, entonces podría ganar tiempo cortando camino.

—¡Maestro Saukendar! —Muy arriba en la montaña, y muy lejana ahora—. ¿No he probado lo que valgo? Es todo lo que estoy tratando de hacer. Es todo lo que quise hacer desde el principio. Nunca apunté bien con las flechas. Podría haberos herido.

No soy mala con el arco.

El siguió andando. Ahora le parecía que ella sabía adonde iba. Encontró el mismo tipo de pistas, piedras fuera de lugar, plantas aplastadas y algunos brotes quebrados; y no eran sólo de esa mañana.

¿Por qué?

—¿Maestro Saukendar?

Él no contestó. Ella lo llevaba lejos de la casa; después tomaría el camino colina abajo y trataría de llegar a la cabaña antes que él.

Pero había un camino que cortaba por los bosques y llegaba al sendero que ella seguía en ese momento.

Shoka tomó la ladera hacia abajo, bordeando el sendero, de árbol en árbol para detener la inercia de la bajada. La marcha por el otro lado fue una rápida subida entre los pinos, porque las huellas llegaban hasta allí.

Solamente había un camino por ese lado de la colina, a menos que ella bajara la ladera o volviera hacia atrás; y si lo hacía, todavía quedaba otro lugar donde podría atraparla.

Pero, maldición, ella bajó por la otra ladera, más allá del ángulo que formaban las dos colinas: él oyó ruido entre los arbustos y después pensó; no. No.

Se sentó donde estaba. Podía tomar el camino hacia abajo y alcanzarla si estaba equivocado, pero decidió que había sido una roca o un árbol lo que había rodado colina abajo.

Y si estaba equivocado, tenía una ventaja que la muchacha no tendría más remedio que ver cuando cruzara un cierto punto más bajo, o tratara de trepar por la ladera para llegar al sendero que él había dejado.

Pero en realidad, pensaba que no estaba equivocado y que aquel ruido era una distracción; así que se sentó y esperó, y pensó que cuando ella bajara por el sendero, la atraparía y le enseñaría cómo comportarse en una huida.

Pero no hubo sonidos, ningún sonido durante mucho tiempo, y él se puso nervioso, pensando que tal vez la muchacha había tomado una ruta totalmente alejada de los senderos, colina arriba, una ruta lenta pero posible para piernas jóvenes y pies rápidos y leves. En ese momento, podía estar corriendo hacia la cabaña.

O tal vez sabía dónde se encontraba él y se había quedado allí, quieta. La cuestión era quién esperaría más tiempo.

Maldición.

Oyó un ruido, un movimiento de ramas en su dirección.

Se agachó en su escondite junto al sendero.

—¿Maestro Saukendar? —la voz llegaba de bastante cerca, del otro lado de los árboles, trémula y sin aliento.

Mierda, mierda, mierda, Shoka no dijo nada. Dejó de respirar y esperó, y oyó que

el crujido de los arbustos bajaba por el sendero, alejándose de él.

Dejó el escondite y se lanzó sendero abajo en su persecución. Tuvo la breve visión de una chaqueta azul entre las hojas. Aceleró y ella apareció frente a él, corriendo entre las curvas del sendero, los pies leves en el aire, saltó el saliente de una roca y desapareció tras un recodo, mientras él se le acercaba cada vez más.

Shoka sintió la cuerda contra su pie, oyó cómo la rama se desataba y volvía a su posición. Vio venir al árbol contra él, dio una vuelta, un giro que sus músculos conocían y su mente había olvidado por completo; y un viejo cuerpo de cuarenta años golpeó el sendero de piedra con una fuerza que casi lo dejó sin aliento.

Rodó y volvió a ponerse de pie, lastimado y enfurecido, se puso el carcaj en el hombro otra vez y levantó el arco que había dejado caer.

—¡Mierda, muchacha!

—No os atrapé, ¿verdad? —llegó la voz preocupada desde el sendero.

—¡Al carajo contigo! —le aulló él. Y recuperó el aliento y el entendimiento y decidió otra táctica—. Una tregua. ¿Me oyes, niña? Una tregua por un ratito. Escúchame.

—¿No me enviaréis a Muigan?

—Escucha, muchacha. Eres muy inteligente. Alguien te enseñó, ¿verdad?

—Poníamos trampas. Cuando venían los soldados.

—Claro, claro, te creo...

—Es cierto. Poníamos trampas. ¿No estáis herido, verdad?

—No.

—No era un árbol muy grande.

—Escucha, muchacha... —Respiró de nuevo y dominó la rabia—. Estaba muy bien hecha. Te lo reconozco. Quieres que te pruebe, ¿verdad?

—Que me enseñéis.

—Te daré una oportunidad. Pero quiero que algo quede claro.

—¿Qué?

—Que vas a entrar en la casa. Que harás lo que te diga que hagas. Que cuando quieras irte, me lo dices y te llevo a Muigan.

—¿Tengo vuestra palabra, maestro Saukendar? ¿Me tomaréis como vuestra discípula?

Otra respiración profunda.

—Sí. Tienes mi palabra.

—¿Y eso incluye compartir vuestra cama?

Él se enderezó de nuevo; sentía el dolor en los huesos. No había pensado en eso. Todavía.

—¿Y si fuera así? —gritó a los bosques.

—Entonces seguiremos con esto. Ya os he sacado una promesa.



—¡Ah, maldita muchacha! ¡Sí que eres impertinente!

—No soy una prostituta, maestro Saukendar. Cocinaré y limpiaré para vos, pero no haré ninguna otra cosa.

Él se sacó el cabello de los ojos, se secó el sudor de la frente. Estaba ofendido. Y además, deseaba que ella fuera menos virtuosa, aunque fuera un erizo quemado y huesudo.

Pero no iba a quedarse en la montaña de todos modos, así que no tenía importancia. A pesar de todo, terminaría con las monjas o en la aldea, y no pensaba enviarla embarazada.

—De acuerdo —dijo—. Esos son los términos. Cocinas y limpias, y yo te enseño. Y cuando hayas tenido suficiente, me lo dices. Te doy mi palabra. ¿Está bien?

Hubo un movimiento en los arbustos, abajo, junto al sendero. Tras unos momentos, apareció ella, sudorosa y arañada y sucia, el corto cabello tocado con una maraña de ramas y hojas, pero los ojos seguían brillantes.

Él la miró de arriba a abajo y se colgó el arco en el hombro. Luego hizo un gesto hacia el sendero.

—Tú delante —dijo.

### 3

Llegaron a la cabaña sobre el mediodía. La muchacha le había mostrado dónde había escondido su canasta, uno entre el medio centenar de lugares donde él habría buscado si hubiera querido arriesgarse a que le dispararan una flecha por la espalda, o a que ella asaltara la casa mientras él asaltaba el escondite. La canasta estaba en un pequeño rincón bajo uno de los salientes de roca, frecuentes en la montaña, y —él se dio cuenta por la falta de huellas en el suelo— ella había tenido la astucia de caminar sobre la roca, si es que había salido y entrado del lugar muchas veces.

Taizu había vuelto a tomar la canasta, la había arrastrado hasta el saliente donde la esperara él y la había colocado sobre su espalda. Después caminó por delante de él hasta el claro, como lo había hecho el primer día, un bulto de mimbre llevado por dos piernas desnudas y flacuchas.

Puso la canasta en la galería y lo miró; el sudor le corría por la cara.

—¿Qué llevas ahí dentro? —preguntó él, señalando el bulto con el arco desarmado.

—Mi manta, mi ropa, algo de comida.

—Muéstramelo.

Ella vació el cesto sobre el suelo de madera. Sacó el sombrero, una pila de ropa sucia y mantas, la forma envuelta de una espada; unos cuantos potes de arcilla, una olla de lata y otros paquetitos envueltos cuidadosamente con cuerda de esparto.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Habas —dijo ella de uno de los paquetes—. Hongos. Raíz de jengibre. Bayas.

—Muéstrame —dijo él. Le pareció prudente.

Ella frunció el ceño y desató las sogas para mostrárselo todo, y era solamente lo que ella le había dicho. Él revisó los hongos y todos le parecieron bien.

Tomó la espada envuelta en harapos, bajo la tela sintió un mango simple de piel de toro y sacó la hoja de la vaina.

—No está mal —dijo, probando el equilibrio. Volvió a envainarla—. Pero estás muy lejos de necesitarla.

Ella lo miró, nerviosa, y miró la espada que él seguía sosteniendo entre las manos... y que pensaba guardarse.

—Primero —dijo él, levantando con la punta de la espada la esquina de una colcha que alguna vez había sido amarilla—, todo esto necesita un buen lavado. —Tocó el brazo de la muchacha con la espada para señalar la chaqueta azul—. Supongo que ya has visto el arroyo.

Ella asintió.

—Muy bien. —Él removió la pila de ropa que yacía sobre la galería. El olor era a sudor, a ropa vieja y rocío pasado. Shoka arrugó la nariz y entró, apoyó la espada

contra la pared, tomó un generoso pedazo de jabón, lo envolvió en cuero, lo arrojó dentro de un cubo y tomó unos pantalones y una camisa limpios del gancho. Se lo dio todo a la muchacha, que lo miraba desde la puerta—. Toda tu ropa, todas tus mantas y toda tu persona, antes de cruzar este umbral. ¿Entiendes?

—Soy muy limpia...

Eso era lo que uno esperaba.

Uno esperaba que el lavado haría un milagro, pero la figura que volvió caminando, agotada, desde los bosques, tenía los pantalones anudados con mimbre sobre las pantorrillas para que no se mojaran los bordes; la camisa colgaba suelta hasta casi las rodillas. Taizu llevaba la gran canasta, pesada, suponía uno, con la ropa húmeda, y el cabello todavía era un montón informe, la piel tostada por el sol, ahora que habían desaparecido las costras y las manchas de suciedad... uno no había esperado el marfil viejo y el rosado cinabrio de las mujeres de la corte, pero de todos modos, había habido una cierta expectativa.

Decididamente no; y la cicatriz, una lástima, parecía más fea y más inflamada después del baño. Shoka sintió una punzada de comprensión en su pierna izquierda.

No había estado completamente seguro de que ella volvería del arroyo. Si realmente estaba loca, tal vez empezaría todo de nuevo; y por eso, no había dejado salir a Jiro. Pero había colgado una cuerda de un poste a otro en la galería de madera, y cuando ella salió con la canasta, él se la mostró, para que ella pusiera la ropa y las mantas a secar, mientras él iba hasta el establo y dejaba salir a Jiro.

El viejo caballo de guerra bufó y levantó un poco la cola al salir al sol de la tarde, de mucho mejor humor. Corrió un poco y finalmente se tiró al suelo y se revolcó sobre su espalda como si hubiera vuelto de una larga cabalgata.

Así que el mundo de Jiro estaba en orden otra vez, con una carrera y un revolcón en el polvo tibio y un buen cepillado después.

Y para ese entonces, la muchacha ya tenía la ropa tendida y estaba sentada en la galería, esperando a Shoka que volvía por la colina hacia la casa.

Él se quitó la armadura y se puso una camisa liviana y unos pantalones de tela, suspiró de alivio y se acomodó en la galería mientras hacía que la muchacha sacara los hierbajos de la huerta... era algo que ella sabría hacer muy bien, pensaba Shoka, y ella le debía un poco de trabajo por los problemas que le había traído, problemas que él no se había buscado, y especialmente considerando que le pagaría un año de servicios con la dote para el convento de Muigan.

Ella no protestó. En realidad, trabajó muy bien, un buen comienzo, mientras él dormitaba a sus anchas y pensaba en cuestiones tan senas como cuánto trabajo debía

darle a cambio de sus enseñanzas, y si ella sería buena cocinera y, la verdad sea dicha, qué posibilidades había de que ella se quedara y se convirtiera en una sirvienta decente... al fin y al cabo, daba lo mismo que lo sirviera a él que a un granjero cultivador de repollos de la aldea, si es que no quería ser monja.

Era inteligente, había probado eso. Una dama nunca habría sobrevivido en la montaña, pero una muchacha campesina sí; y calentar sus inviernos y cocinar su comida y sacarle los hierbajos de la huerta...

Él y Jiro podrían cazar y descansar en la pradera, y él podría ampliar un poquito la cabaña; trabajar la madera era lo que más le gustaba hacer.

Vengarse contra el señor Ghita. Dioses, era el tipo de tontería que solamente podía pensar una chiquilla, alguien de quien habían abusado, alguien enloquecido de dolor por su familia y por la pérdida de todo lo que había formado su mundo; en realidad (y él lo sabía por experiencia), todo ese sueño loco era solamente el deseo de tener un lugar dónde ir y un propósito que la mantuviera cuerda cuando el mundo le había robado todo lo demás.

Solamente tenía que darse cuenta de que todavía había cosas buenas en su vida, algo que estuviera a su alcance, y que esa loca idea de venganza era imposible para una muchacha, y en realidad para un hombre también, y entonces, usaría su buen juicio. La montaña podía ofrecerle paz. Comida, descanso, un techo sobre su cabeza y nada que temer por el resto de su vida.

Si es que todavía estaba cuerda, y eso no era seguro.

Demonios, no, era una zorra de cabeza dura. Si quería una mujer, podía negociar ese servicio con la aldea: había chicas pobres que se tomarían muy bien la vida allá arriba y que se sentirían muy agradecidas por eso. Simplemente ocurría que ésta estaba frente a sus ojos, encorvada sobre el surco de habas, y que hacía nueve años que él no veía una mujer. Había chicas mucho más dóciles y razonables y dulces que elegir si deseaba un trastorno en su vida. Tal vez una joven sensata y cumplidora, que podría ir y venir de vez en cuando, una vez por mes o algo así, una ligera lluvia refrescante, por los dioses, no una tormenta eléctrica.

Llevarla con las monjas. Una buena cosecha de cueros podría comprar a una aldeana a sus padres, una muchacha de trece o catorce años, que se sentiría muy feliz de cuidar su jardín y su huerta y cocinar su cena, y pensaría en la cabaña como un hogar bueno y abrigado cuando y si él decidiera tenerla allí.

Pero... su mente se deslizó desbocada hacia otras cosas: tener un hijo... dioses, no tenía derecho a tener un varón, a dejarle una herencia de enemigos y asesinos y una madre campesina; o una hija, una mujer, cuyo destino sería la servidumbre brutal en casa de algún aldeano. Por eso, se dijo, no había tomado a ninguna de las hijas de la aldea; por eso y por el hecho de que en esos primeros años, cuando no se sentía realmente a salvo, una mujer le había parecido solamente un rehén potencial de sus

enemigos.

Después, cuando se acomodó a los esquemas de la montaña y llegó a creer que estaba seguro, se había vuelto tan solitario, envuelto en su reputación de infalibilidad entre los aldeanos, tan respetado por ellos... que pedirles una compañera le había parecido demasiado íntimo para decirlo ante ellos y demasiado semejante a una confesión para decirlo ante cualquiera. Además, cualquier muchacha de la aldea que hubiera tomado, habría empezado a hablar de él a sus parientes y a crear rumores que tal vez llegaran a oídos de los mercaderes, y a través de los mercaderes, al corazón de Chiyaden, atribuyéndole entonces quién sabe qué ambiciones.

Así que la joven, tan hábil en la huerta, despertaba ideas que él había ahogado conscientemente, con sensatez, durante más años de celibato de los que quería contar.

Mierda.

Cambió de posición, se reclinó contra el poste junto a los escalones, y la observó moverse e inclinarse, sin olvidar la flecha que había volado a su lado esa mañana, pero sabiendo de pronto que no se había vuelto tan monástico en su soledad. Mierda. Nada de eso.

Incluso si estaba un poco loca, había cosas a su favor, como el hecho de que no tenía parientes en la aldea a quienes ir con cuentos, o el hecho de que había venido con la suficiente sensatez y habilidad como para saber cuidarse en caso de problemas.

Sobre todo... estaba allí, a su alcance, y ninguna hija de la aldea había llegado tan cerca, nunca.

Tomaron la cena en la galería, donde a él le gustaba. Taizu había hecho arroz con setas; y la idea del veneno cruzó la mente de Shoka, pero esa noche tenía la guardia baja, un estado de ánimo extraño para sus formas metódicas de vida y su sentido del orden.

Y el sol se puso en el horizonte y los dejó en medio del crepúsculo, en la galería, con la promesa de él y la expectativa nerviosa de ella.

—¿La galería o dentro? —dijo él.

—Dentro —dijo ella, y le echó una mirada—. Un rincón para mí.

—Te lo prometí —dijo él con firmeza, y hubo una luz en los ojos de ella, la sombra desapareció, toda la mirada se le abrió de pronto de una forma que no tenía sentido durante unos segundos, hasta que él recordó las caras en las calles de Chiyaden, las multitudes llenas de ruido, la adoración en la que había creído... hasta que llegaron los tiempos de necesidad y nadie estuvo a su lado.

Shoka sintió que esa mirada lo quemaba y se alejó de ella bruscamente. Miró los bosques cada vez más oscuros y asintió, ausente, hacia la casa.

—Límpiate.

—Mañana me enseñaréis.

El la miró, y ahora que había logrado una fría distancia, oyó lo que ella le decía, y

se dio cuenta de que si no la llevaba con las monjas en poco tiempo, sería un estúpido.

—Si quieres que te enseñe, muchacha, tendrás que empezar como cualquier aprendiz, como ya has hecho. Trabaja. Cocina, limpia; y aprende a no hacer preguntas ni cuestionar nada. Cuando tengas eso bien aprendido, entonces empiezas con los ejercicios. Y cuando hayas aprendido bien los ejercicios, hablaremos de armas. Hasta entonces, que no te encuentre con las manos sobre la espada o me sentiré liberado de todas mis promesas. ¿Me oyes?

—Sí.

Tal vez la mirada todavía estaba en los ojos de ella. El se había vuelto hacia otro lado, escuchando las ramas en los árboles, y el viento. Se quedó allí sentado un largo rato, hasta que sintió que la voz de ella se había borrado de su mente, al igual que aquellos ojos brillantes, y hasta que logró alejar el recuerdo de Chiyaden.

Se fue a la cama después del anochecer, buscó su propio jergón, se desvistió y se tumbó a pensar, consciente de la presencia de otro ser humano en la cabaña en que nadie había penetrado, excepto él mismo; en la oscuridad pensó en el riesgo que estaba corriendo. Las cosas que había pensado de ella eran todavía posibles, incluyendo la idea, más verosímil en la oscuridad, de que fuera un demonio más apto que los demás para disfrazarse. Los aldeanos de Mon sabían que en la oscuridad los demonios tenían más poder, y que si un hombre era lo suficientemente tonto como para tener relaciones con un demonio y compartir la comida con él o aceptarle favores, entonces ese demonio ganaba poder, y cuando lo tenía, dejaba de lado las apariencias y se mostraba en su verdadera forma, con collares de calaveras y colmillos salientes y ojos enormes...

Era un miedo mucho más fácil de controlar que la sensata idea de que la muchacha estaba loca y algún día se ofendería y pondría hongos venenosos en su sopa.

Y más fácil que la idea de que alguien la había enviado.

Pero él había aprendido hacía ya mucho que un hombre tiene que dormir algunas noches a pesar de las preocupaciones, porque el cuerpo y la mente sólo pueden funcionar hasta un límite sin dormir, vigilantes... cerró los ojos y confió en despertarse si algo andaba mal. Hasta ahora siempre lo había hecho.

Necesitaba un perro, pensó como otras veces. Pero nunca había llegado uno a la montaña, y en su refugio de ermitaño no había pedido ni siquiera ese consuelo a la aldea, y así no había dejado traslucir ninguna preocupación.

Ser una leyenda era un peso muy grande, a veces; pero ser solamente un hombre para la gente en la que confiaba había sido siempre, desde los días de Chiyaden, un riesgo demasiado grande.

Oyó que la muchacha se movía y abrió un ojo, pero ya había notado la luz del día a través de los postigos y bajo la puerta. Vigiló con los ojos entrecerrados cómo ella se levantaba, todavía vestida, y tomaba el cubo de detrás de la puerta. Industriosa. Estaba satisfecho con eso.

Le había mostrado dónde estaba la letrina. Le dio unos minutos, por pudor, y pensó en levantarse y vestirse mientras ella estaba lejos.

No. Ella quería ser su aprendiz, quería que la tratara como a un muchacho, entonces para nada iba a incomodarse por ella.

Se levantó con los dientes apretados; dioses, el movimiento que había hecho; y la caída y el revolcón de ayer se hicieron notar esa mañana; le dolía toda la espalda, el hombro, la pierna mala. Se estiró y maldijo en voz alta; mierda si iba a tropezar y cojear delante de ella. Mierda.

Se envolvió en la manta, hizo un viaje matinal a la letrina, y volvió hacia el barril de agua de lluvia para lavarse en el momento en que ella subía por la colina desde los bosques y el arroyo, arrastrando un cubo lleno de agua potable. Él la miró desde la esquina de la casa y retrocedió para darse una ducha bajo el cubo agujereado colgado en un rincón junto al barril, en la pared posterior de la cabaña.

El agua fría le provocó dolor en las articulaciones y temblor en los dientes; se envolvió en la manta y fue, cojeando, hasta la galería, y entró de nuevo.

Entonces soltó la manta y se vistió mientras ella hervía un poco de té para el desayuno. Ella no lo miró en todo el tiempo, sólo un rápido vistazo y después ya nada. Así que sabía que era una mujer.

El se afeitó, cosa que no hacía todos los días, y ella le sirvió té, y era una sensación nueva y lujosa, pensó él, empezar con algo tibio en una mañana de verano. Se sentó en la galería y bebió el té mientras ella se movía a su alrededor limpiando la cabaña y enrollando los jergones con un celo por el trabajo que él encontraba sorprendente.

Un hombre podía acostumbrarse fácilmente a todo eso.

Pero recordó su decisión sobre las monjas y las razones por las que la había tomado. Cuando Taizu terminó y salió a la galería a decirle que estaba lista para otras tareas, él le dijo:

—Mi caballo necesita agua. Encontrarás el agua y el balde junto a la cerca, allá abajo.

Fue hasta el establo con ella, le dio el cubo y silbó a Jiro para ponerle una soga en el cabestro.

Lo alimentó él mismo. El caballo no tenía ningún humor para esperar el desayuno; pero cuando Taizu llegó arrastrando el agua, él le mostró dónde estaba el grano y cuánto darle y cómo cerrar bien el arcón donde lo guardaba.

También le mostró la pala y dónde poner la bosta al sol, para que se secase y después usarla en la huerta.

Pero nada de eso era nuevo para una muchacha de campo.

—¿Sabéis que estáis plantando las calabazas muy cerca unas de otras? —dijo ella, y frunció el ceño, ansiosa, y él pensó de nuevo que tal vez las monjas eran un error—. Y esas habas no son gran cosa. Deberíais dejarme elegir la semilla, maestro Saukendar. Un caballero no puede saber lo que sabemos nosotros.

Pero él se dijo que ella se habría ido antes de la luna llena.

La muchacha sedujo incluso a Jiro, después de que Shoka hubo calmado al caballo lo bastante para que ella se acercara y él le mostrara qué hacer con la rasqueta. Ella descubrió las partes en que a Jiro le gustaba que lo cepillaran, al cabo de un rato, Shoka, sentado en la cerca, vio a Jiro de pie con las orejas caídas y los ojos entrecerrados, mientras la muchacha trabajaba en los restos de barro seco que el caballo tenía encima.

Shoka se sintió algo traicionado; había pensado que Jiro tal vez la echaría al otro lado de la cerca.

Pero ella era una porqueriza, tenía las manos hechas al trabajo, y Jiro hasta le dejó tocarle las patas y el anca, no la cola (la metió bien adentro entre las patas y ella solamente logró cepillar las puntas), pero su patadita cuando ella trató hacerlo relajarse fue sólo una advertencia, la forma en que Jiro marcaba su territorio. La muchacha ni siquiera salió del establo, solamente se apartó a tiempo, y Shoka se sentó en el poste más alto de la cerca con los brazos sobre las rodillas y miró lo que pasaba, mientras pensaba con tristeza que Jiro estaba empezando a mostrar su edad... poniéndose un poco gris alrededor de los ollares y con una sensación algo más que feliz por su retiro prematuro.

La muchacha se agachó bajo el cuello de Jiro y el caballo no reaccionó. Ella mantenía una mano sobre el lomo del animal, reteniéndolo como él le había dicho que hiciera, y Jiro se sentía caliente y holgazán bajo el sol.

La ayuda de la muchacha, pensaba Shoka, le daría tiempo para reparar el establo, pero no podría hacer eso si se quedaba ahí sentado vigilando, tan tranquilo como el caballo, holgazaneando y dejando que las horas del día pasaran por su mente, pensando, cuando pensaba en algo, que era mucho más fácil quedarse así, sentado.

Se sentó en la galería a observarla trabajar sacando los hierbajos de la huerta; y finalmente aprovechó la oportunidad para arreglar unas puntadas en la brida de Jiro, trabajo que no impedían los músculos doloridos y los golpes que tenía en todo el cuerpo.



Y cuando, por la tarde, ella fue hasta la casa, empapada en sudor y con el cabello pegado al rostro:

—Límpiate —le dijo.

Ella se inclinó y entró y buscó el cubo.

—Ropa limpia —dijo él—. Y lleva el cubo de agua para llenarlo: no tienes por qué hacer dos viajes.

Ella se inclinó de nuevo cuando pasó por la galería, entró y salió con una muda de ropa en la mano y el cubo vacío en la otra.

Y pasó junto a él y se detuvo al final de las escaleras:

—Maestro Saukendar, ¿no tendría que tener mi primera lección antes de lavarme?

—¿Estás cuestionando mis métodos?

—No, maestro Saukendar.

—Estabas jadeando cuando entraste. No tienes aliento suficiente. Cuando lo tengas, hay una ladera, a través de los árboles. Corre hasta la cima, corre hasta abajo de nuevo. Hazlo todas las noches antes del baño.

—De acuerdo —dijo ella, y dejó el cubo en la galería y salió al trote.

Él la miró partir, la vio desaparecer entre los árboles. Sabía lo alta que era la colina y lo que era trepar hasta la cima.

Tenía la idea de que ella seguiría a ese ritmo más o menos la distancia a la que podía llegar una piedra arrojada con la mano, después correría y caminaría a intervalos, y finalmente bajaría la colina caminando, si es que le quedaban fuerzas para eso.

Pasaría un rato, pensó, hasta que volviera; y miró el cielo un poco preocupado: no le hacía gracia la idea de trepar esa colina, aunque fuera caminando, con la pierna dura y dolorida para buscar a la muchacha perdida en los bosques...

No, no esa muchacha. Tal vez no llegaría hasta la cima, pero encontraría el camino de vuelta. Confiaba en ella. Lo encontraría... tarde o temprano.

Se sentó y dormitó en la galería ante una puesta de sol dorada y lavanda, hasta la llegada de la oscuridad, cuando por fin oyó los pasos de la muchacha y la vio volver a la carrera, bañada en sudor, tropezando, como un fantasma de cara blanca en el crepúsculo.

Pero para entonces, él ya estaba camino de la puerta.

No le dijo nada. Entró en la cabaña. La oyó arrastrar los cubos en la galería y se sintió hambriento y enojado ante la idea de cenar tarde.

Colgó en el gancho la brida recién reparada de Jiro, junto a la puerta, encendió la única lámpara y removió los carbones encendidos. Puso el té y el arroz aderezado con algo de la huerta antes de que entrara ella, arrastrándose en la oscuridad con un cubo de ropa mojada y otro de agua potable.

—Llegas tarde —dijo él—. Me gusta cenar al atardecer.

—Sí, maestro Saukendar.

—Come. —Hundió un bol en el arroz y se lo dio.

Ella lo tomó con un:

—Gracias, maestro Saukendar. —Y se alejó, agotada, hacia la galería, para sentarse en la oscuridad, donde una brisa refrescaba el aire.

Él sacó su cena afuera.

—Quiero mi té —dijo.

—Sí, maestro —dijo ella, y se levantó tras un segundo intento, y fue a buscarlo como pudo y sacó la taza de té y la suya propia.

—Come —dijo él cuando ella volvió a sentarse, mirando el tazón entre las manos como si ya no tuviera fuerzas para comer—. Come, no vamos a desperdiciar la comida.

Ella comió, obediente, comió a pequeños bocados y no terminó lo que él le había dado.

—Me lo tomaré en el desayuno —dijo.

Él la miró fijamente, terminó lo suyo y dijo:

—Puedes limpiar la olla antes de irte a la cama.

Ella asintió, se puso de pie y fue a buscar la olla a la cabaña, tropezó en la galería y se alejó hacia la parte posterior de la casa, donde estaba el barril con agua de lluvia.

Él entró, se desnudó y ya se hallaba cómodamente instalado en su cama cuando ella volvió con la olla.

Por la mañana le costó moverse, pero se levantó al amanecer mientras Shoka yacía envuelto en sus mantas prolongando su descanso. Cuando volvió, y mientras hacía el desayuno, él salió para bañarse en el barril, se afeitó con todo el tiempo del mundo y volvió a la galería al encuentro de una taza de té caliente.

No hubo quejas ni objeciones.

Pobre tonta, pensó él, sentado mientras tomaba el té y contemplaba cómo Jiro pastaba junto al establo.

No porque hubiera corrido hasta lo alto de la colina, no creyó eso ni por un minuto; pero al menos lo había intentado. El establo estaba limpio, la huerta cuidada. Él la observó esa mañana mientras ella le servía el desayuno y se sentaba con cuidado en el borde de la galería a tomar el suyo.

Pobre tonta. Le dolían todos los músculos. Él se frotó la cicatriz de la pierna y recordó la herida que lo había dejado así, la lucha en el camino, Jiro arrojado al suelo y tratando de levantarse de nuevo debajo de él, una hoja de espada en un punto en el que los pantalones no estaban reforzados con doble tela de cuero, un golpe que le quitó el aliento y destruyó su creencia en su propia invulnerabilidad.

Al pensar en eso, recordó otra cosa; y mientras la muchacha lavaba los platos,

entró a la cabaña y revolvió las ollas hasta que encontró la pequeña jarra de arcilla con el tapón de cera de abeja. Contenía una grasa de hierbas que en esos días de paz usaba para quemaduras de la cocina y el sol. Pero el ungüento tenía otras virtudes. Gracias a eso él se había curado tan bien.

—Ten —dijo cuando ella entró, y le ofreció la jarrita—. Para la herida. —Indicó la línea de la cara—. Por la mañana y por la noche. Hace que la piel se estire.

Ella lo miró, asombrada, destapó la jarra y la olió.

—Hazlo —dijo él. Ella tomó un poco de ungüento entre los dedos y se lo pasó por la mejilla; y más abajo, por el cuello, siguiendo la herida. Suspiró un par de veces y le miró agradecida por el alivio, alivio que él recordaba muy bien.

—Eso no fue hace cuatro semanas —dijo él señalando la cara, porque esa pequeña discrepancia lo preocupaba.

—No —dijo ella—. En el camino.

Tensa y cerrada. Evidentemente no tenía ganas de hablar del asunto y no complicaba las cosas con lágrimas y confidencias.

Gracias a los dioses. Las mujeres que sollozaban siempre lo habían afectado; las tontas que esperaban que las rescataran de sus tonterías lo enfurecían; y si uno tenía en cuenta que ella era solamente una niña y una persona sin educación, era notable, pensó, muy notable en varios sentidos, sobre todo en cuanto a su sensatez.

Uno esperaba por los dioses que no estuviera encinta, eso era todo.

Hizo un gesto hacia la muchacha cuando ella quiso devolverle la jarra.

—No. Quédatelo. Lo consigo en la aldea. Úsalo todo si quieres. Mientras tanto, hay que cepillar a Jiro, regar la huerta... ha habido pocas lluvias; y cuando termines con eso, te mostraré cómo colocar los arneses.

—¡Más despacio! —le gritó cuando empezó su carrera nocturna entre los árboles: día tras día... y el tiempo que necesitaba era cada vez más corto, el aliento más largo, pero ese ataque desesperado a la colina le decía lo lejos que podría llegar... un tercio de la subida, pensaba, tal vez la mitad. No tenía idea de cómo regular el paso—. ¡Más despacio! ¡Tienes que dominar el ritmo!

Ella disminuyó la velocidad. El la miró desde la galería hasta que desapareció entre los árboles, después volvió la atención hacia el trabajo que estaba realizando, con unas pieles, un martillo, un yunque y un punzón, haciendo agujeros para pasar los cordones en lo que sería, tras pocas horas de trabajo, un buen par de zapatos.

Había guardado ese cuero largo tiempo. Pero la muchacha no podía estar descalza y Shoka lo había cortado esa tarde. Ahora había que coserlo.

Las suelas estaban listas para cuando ella apareció de nuevo, sudada y tosiendo, y se reclinó con los codos sobre la galería.

—Fuera —dijo él—. Ve a lavarte. Estás hecha un asco.

Ella trató de recuperar el aliento y se levantó y miró lo que él estaba haciendo. El trabajo no estaba en una etapa en que pareciera nada en particular.

Era la última vez que le dejaría ver las botas antes de terminarlas en dos días. Habían empezado por ser simples y prácticas, pero después había pensado que un poco de piel de zorro sobre el tobillo era algo fácil de hacer; y que algunas puntadas más en el frente las harían más resistentes; y el dibujo bien podía seguir hasta el empeine, ya puestos.

Nunca se había molestado por hacer decoraciones para sus propias botas: eran botas, y el cuero aceitado le mantenía los pies secos, y eso era todo lo que pedía; además, nunca había tenido tiempo. Ahora se tomaba las horas que quería, teniendo la huerta atendida, el establo lleno de paja, Jiro contento y la cabaña convertida en un lugar maravillosamente ordenado, todo desde que, la muchacha estaba allí.

Así que dejó las botas junto al jergón de ella la noche en que las terminó, mientras ella todavía corría por la colina, y esperó pacientemente a que las encontrara cuando entrara a cocinar.

Ella se quedó callada cuando entró, mucho rato, y no se oía el ruido usual de las ollas de metal al hacer la cena. Salió finalmente con las botas en la mano y se inclinó con formalidad.

—Gracias, maestro Saukendar —dijo con la voz más humilde y ansiosa que él le hubiera escuchado nunca.

—¿Te sirven?

—Sí, maestro Saukendar.

—¿Y bien?

—Gracias, maestro Saukendar. —Taizu acarició el pedacito de cuero de zorro.

Y ése fue todo el agradecimiento que consiguió cuando había esperado tal vez algo más. Pero parecía que ella pensaba que el regalo era extravagante.

—Mañana —dijo él—, te mostraré la montaña.

Ella lo miró con cautela, con una excitación retenida en los ojos.

—Tal vez me den ganas de cazar un poco —dijo él.

Llevarla de caza con él era una forma de no dejarla con Jiro y sus pertenencias en la cabaña; todavía había veces en que, justo a punto de dormirse en el jergón, de noche, recordaba que no sabía nada de ella en realidad, y que podía ser un enemigo paciente, alguien que sabía esperar su oportunidad para hacerle daño.

No creía en eso a la luz del día, pero no lo bastante como para dejarla en posesión de la cabaña durante horas. Por eso le parecía prudente ver qué sabía sobre el acecho y la caza de presas y qué otro tipo de trampas se le podían ocurrir.

Ella quiso coger su arco cuando él tomó el suyo de junto a la puerta.

—No —dijo él—. No, a menos que necesites un bastón.

Ella lo miró, ofendida.

Pero dejó el tosco arco y lo siguió a los bosques.

Shoka había apilado arbustos aquí y allá por la montaña, y eso bastaba para atrapar un par de conejos de vez en cuando, simplemente cuestión de caminar en silencio y no tocar el refugio mientras se ponían trampas en algunos sitios.

Taizu se movía bien junto a él y cuidaba dónde ponía los pies. Hacía muy poco ruido entre las plantas y evitaba las ramas que podían rozarle un brazo o una pierna.

No eran habilidades propias de una muchacha de granja, pensó él. No era la forma de moverse de una muchacha de granja.

Recordó la trampa que le había puesto, una trampa muy hábil, muy bien colocada.

Esa era otra cosa que una muchacha de granja no habría sabido hacer. «Como las que ponemos para los soldados», había dicho ella.

Shoka se detuvo finalmente para dejar que los bosques se calmaran, subió por una pendiente de roca y se sentó, y en ese momento de tiempo libre, pensó en enseñarle algunos signos; como su padre había hecho con él, para hablar con los dedos y no asustar a las presas.

Ella los repitió, rápidamente, con claridad, signos que designaban acciones y direcciones y animales que iban y venían por la colina.

Después él le enseñó uno para los hombres.

—Hay bandidos en Hoishi —murmuró—. Y de vez en cuando viene un muchacho de la aldea con mis alimentos. Ya viste la aldea. Los bandidos... son diferentes... Supongo que te darás cuenta.

Vio una expresión especial en ella mientras asentía... algo furioso y duro y paciente.

—Si ves a alguien que no parezca un aldeano, no lo llesves a la cabaña; no dejes que te atrapen; y me avisas apenas puedas... ¿Entiendes?

Otra vez esa mirada de intensa concentración.

—Repite los signos —dijo él. Era lo que había hecho su padre: obligarlo a recordar una vez que ya había dejado de esperar esa orden.

Ella se los devolvió y los dijo en voz alta, uno por uno, sin error.

Rápida. Muy rápida para entender las cosas.

Era una vergüenza que los dioses hubieran dado a una muchacha un talento que la convertía en una discípula excepcional para las armas.

Pero ese talento no tenía utilidad alguna para una monja, o para la sirvienta de un granjero... Saber cómo cazar. Y se imaginó la burla de la gente de la corte de Cheng'di si lo hubieran visto ahí agachado, conversando seriamente con una porqueriza, o enseñando a una mujer los signos de los cazadores; y se imaginó que la broma se convertiría en algo mucho más serio si se decidía a enseñarle habilidades más marciales que ésas o la llevaba como compañera en una cacería.

Pero si la mantenía satisfecha, si en el proceso de cumplir con su promesa, le enseñaba a protegerse para no tener que preocuparse tanto de verla convertida en rehén o en guía involuntaria de un ataque de bandidos contra la cabaña...

Bueno, por los dioses del cielo y de la tierra, ahora no tenía que luchar contra las habladoras de la corte; ya no vivía en Chiyaden, y si Saukendar tomaba una muchacha para calentar su cama, y si le divertía enseñarle a cazar con él y a hacer trabajos de hombres, entonces era cosa de Saukendar y de nadie más.

Que la furia de ella se quemara en el trabajo pasado; que se encariñara con el lugar y con él. Entonces, la dominarían los impulsos naturales de la mujer, abandonaría sus ideas de venganza y se dejaría ir en los ciclos de las estaciones y la cosecha y la caza.

Mierda, era fácil acostumbrarse a ella.

Podía servir para algo en la montaña, tenía una inteligencia y un valor que él no hubiera esperado de una mujer fuera de la corte. Era...

... era el primer ser humano que había conmovido su interior en muchos años, y no pensaba dejarla marchar por un camino en el que había sobrevivido tanto por suerte como por inteligencia... esta vez armada con una confianza en sí misma que podía ser fatal para ella. Los tontos siempre lo habían alterado. A los tontos jóvenes los podía perdonar, y hasta podía incluso admirar a los tontos jóvenes y justos, recordando su propia juventud y sus viejas ideas de justicia...

Pero el mundo en general no les tenía piedad; los dioses, si es que existían, no hacían excepciones por eso; y los tontos jóvenes nunca querían entenderlo.

Volvieron hacia el atardecer con un conejo que había caído en una trampa: el verano no era época para cazar presas más grandes, eran meses en que la carne se arruinaba rápidamente.

Los ciervos se habían cruzado en su camino, pero los dejaron ir; ya había pasado la época de las bayas, pero había verduras, y volvieron contentos con la cena que tenían por delante.

—Tú prepara el conejo —dijo Shoka, dejando el arco—. Yo me ocuparé de Jiro esta noche.

Y lo hizo, y se tomó más tiempo que el que solía tomarse en los días en que cazaba... pero la cena se estaba preparando sin su intervención y se sentía muy contento con la vida. Subió la colina aspirando el olor de la comida, se sentó en la galería en el crepúsculo, como se estaba acostumbrando a hacer, y tomó té y un sabroso bol de arroz con verduras y conejo.

Y tuvo el regalo de la compañía no desagradable de la muchacha, que le hablaba de los bosques y le preguntaba qué tipo de hongos crecían allí, y los comparaba con los hongos de la provincia de Hua. O nombraba plantas y le preguntaba si crecían en

la montaña, y él confesaba que no sabía todas las respuestas.

—No era parte de mis estudios —dijo él—, en Cheng'di o en Yiungei. Conozco los nombres comunes, y los hongos, y los que hay que evitar.

Ella hizo un sonido con la boca llena.

—Lo sé. Puedo hacer eso por vos también.

Quería decir que no tenía que mandarla con las monjas o a la aldea. Así que todavía quería quedarse, a pesar del trabajo que él había puesto sobre sus hombros...

—Muy bueno —dijo él golpeando el tazón con los dedos—. Muy bueno. Eres una excelente cocinera.

La cara de ella se oscureció, como si él le hubiera hecho recordar a alguien o a algo; y él pensó desesperadamente, tratando de encontrar algo que la hiciera olvidar.

¿Preguntarle qué? Por su familia?

Dioses, no.

¿Por sus planes de matrimonio?

No.

—Lo hiciste muy bien, hoy.

Ella asintió.

Mierda. Una maniobra que fracasaba.

—Ya habías cazado antes...

Otra vez, el gesto con la cabeza.

—Dioses, muchacha. Habla de una vez.

Ella lo miró, sin entender, perturbada.

—¿Qué cazabas en Hua? —le preguntó él.

—Conejos. Buscaba hongos.

—Cosas esquivas y traicioneras. ¿Quién te enseñó?

—Mis hermanos. —La mandíbula de la muchacha se tensó—. Murieron.

Mierda. No había forma de hablar con ella sin tocar una zona oscura. O tal vez no había nada excepto eso dentro de ella, alrededor de ella. El sintió que la noche se hacía un poco más fría.

—Por ahora —dijo él, entre un bocado y otro— no encuentro razones para llevarte con las monjas, y desde luego no pienso hacerlo.

—Me dijisteis que ibais a enseñarme a hacer un arco.

—No recuerdo haber dicho eso.

Ella lo miró; masticaba despacio.

—En primer lugar, no debes cortarlo así. Si había algo de fibra larga en esa madera, la arruinaste. ¿Qué usaste, un hacha?

Ella asintió.

—¿Dónde está?

—La perdí.

—¿Dónde?

—Se la arrojé a un hombre.

—¿A quién?

—En el camino.

—No pregunté dónde, pregunté a quién.

—Un hombre que me atacó en los bosques.

Así, palabra por palabra.

—Un hombre puede cansarse de hablar contigo sin que le digas nada. ¿No sabes contar una historia, por los dioses?

—¿Queréis que os lo diga?

—Quiero que me entretengas.

—Estaba embarrado y yo estaba empapada; iba a hacer un lugar para dormir; pero el hombre llegó desde el arroyo y yo no podía hablar, porque podía darse cuenta de que yo era una chica, así que recogí mis cosas con intención de marcharme, pero él me dijo que me quedara. Entonces le dije que se alejara. Y él cruzó el arroyo y yo le arrojé el hacha y corrí. Tuve miedo de volver a buscarla. Pensé que podía estar siguiéndome con el hacha en la mano.

Él asintió.

—¿Por qué no el arco?

—Estaba mojado. Llovía.

Él suspiró, apoyó el mentón sobre la mano, el tazón vacío en la falda, y la miró mientras ella lo observaba como si él la sorprendiera completamente.

Dioses, ¿qué es esta chica?

—Iba a atacarme —se defendió ella.

—No lo dudo.

Ella lo miró con desconfianza, como si ahora la confusión la dominara por completo; bajó la cabeza y trató de pescar los últimos granos de arroz en su bol.

—Muchacha —dijo él—, no sé lo que pasó en Hua, pero los bandidos casi nunca vienen por aquí. No tienes por qué tener miedo.

—No tengo miedo.

—No puedes arreglar el mundo tú sola, ni siquiera puedes arreglar tus propios asuntos. Aprende de mí. La gente ha venido a verme, me ha pedido que trate de arreglar una injusticia o una ofensa. Todo lo que me cuentan es triste. Pero tú sabes que no puedo ayudarlos, ¿verdad? Ésa es la verdad más grande que he aprendido en esta maldita montaña. Ocupate de lo tuyo. Vive en paz. El amanecer y el crepúsculo son más importantes que el advenimiento y la caída de un Emperador. Ésa es mi filosofía. Te la doy.

Ella frunció el ceño y miró el bol vacío.



—¿Me entiendes? —preguntó él. A veces, con el acento de Hua, no estaba seguro de que ella comprendiera el lenguaje que él usaba, o las palabras que elegía. Trataba de hablar sin complicaciones.

—Os oigo.

—No pregunté si me oías. Pregunté si me entendías.

—Enseñadme a hacer un buen arco. Enseñadme la espada. Eso es lo que quiero.

—Muchacha, puedo enseñarte muchas cosas.

Ella lo miró con preocupación, una ceja baja, el tipo de mirada que tal vez había advertido al hombre antes de que ella arrojara el hacha.

—Entre ellas —siguió el, empecinado—, la dulzura que debe usar un hombre con una mujer.

Ella se puso de pie, desapareció en el interior de la cabaña, volvió con el cubo que usaban para traer agua y lo puso en la galería, como hacía cada vez que iba a emprender su carrera por la colina.

—Puedes dejar eso por hoy —dijo él.

—No —dijo ella.

—He dicho que lo dejes. Mierda, está oscuro debajo de los árboles. Y has caminado todo el día por las colinas. Correrás mañana.

—Dije que lo haría.

—Y yo digo que no. —Shoka puso los pies en el suelo, junto a la galería, se levantó y subió los escalones, un poco rígido: siempre le ocurría después de haber estado sentado con las piernas cruzadas—. También dijiste que harías lo que yo te dijera; y no vas a correr en la oscuridad. —Vio el miedo en los ojos de ella y bajó la voz—. ¿Te inquieto? No. ¿Porque un hombre dice que quiere mostrarte algo de dulzura, ya piensas que tienes que huir de él?

El miedo no desapareció. Ella lo miraba como si estuviera atrapada en medio de una elección difícil entre dos cosas igualmente terribles.

—Muchacha, yo no era célibe cuando llegué aquí, y si crees que pareces un muchacho y que puedo compartir una cabaña con una mujer después de nueve años en esta montaña y no sentir ciertos impulsos, tienes mucho que aprender sobre los hombres...

—Me tomasteis como discípula, maestro Saukendar. ¿Qué clase de hombre pondría las manos sobre sus discípulos?

—¡Eres una muchacha! ¡No puedes cambiar eso!

—Vuestra palabra no decía nada sobre eso. Aceptasteis. Eso fue todo.

—Escúchame, muchacha. No puedes cambiar la naturaleza. ¡Lo que pides es irracional!

—¡Vos me lo jurasteis!

—¡Estaba siguiéndole el juego a una lunática!

—Pero lo jurasteis. Y es vuestro honor, ¿verdad?; si rompéis, vuestra palabra, los dioses lo recordarán. Jurasteis que me tomaríais como estudiante y que no me pondríais una mano encima. ¿Vais a romper vuestro juramento?

—¡Tonta! No podrás acabar el entrenamiento. Ni lo sueñes. Ya es hora de que te des cuenta y empieces a pensar en cómo vas a vivir.

—Lo único que tenéis que hacer es enseñarme. Y llegué hasta aquí, maestro Saukendar, llegué sola, y vos mismo decís que soy buena en los bosques. Preparé una trampa y vos caísteis en ella, ¿verdad? Y hago todo lo que vos me decís que haga, así que no podéis quejaros de mí. Enseñadme como enseñaríais a un hombre y aprenderé como un hombre.

—¿Del mismo modo que corres por la colina?

—Del mismo modo que corro por la colina.

—Ah, vamos, muchacha, no me mientas. Nunca has terminado esa carrera, no puedes subir toda la colina...

—Claro que sí.

—Mierda, ni siquiera has visto la cima una sola vez. Te sientas cuando no tienes más remedio, descansas hasta que crees que es tiempo de volver y bajas de nuevo corriendo, no me digas que corres hasta arriba.

—Entonces, seguidme.

Eso le dolió: él no podía subir esa colina a la carrera, no con su pierna mala, y estaba seguro de que ella lo sabía y de que lo decía por eso. Cruzó los brazos y la miró con severidad.

—Muchacha, me estás cansando.

—Yo no hago trampa.

Él la miró un largo rato.

—Sigues diciendo que llegas hasta arriba. Que no esperas. Que no me mientes...

—No miento.

—Verdad por verdad: y no esperaba que llegaras ni a la mitad. Dime que no llegas hasta arriba y estaremos a la par, y no cambiaré nada. Los discípulos siempre hacen ese tipo de trucos, siempre, desde que el mundo es mundo. Pero por los dioses que si me mientes cara a cara y te descubro, ya no hay acuerdo entre nosotros... y te voy a descubrir, te lo aseguro.

—No estoy mintiendo.

—Última oportunidad.

—No estoy mintiendo.

—No vayas a la colina esta noche. Duerme bien. Lo necesitarás mañana. O me dirás que has mentido. Porque si descubro que lo has hecho, estaré libre de las promesas que te hice. Y ahí terminará todo.

Jiro aplastó las orejas cuando sintió la manta y la montura sobre su lomo y volvió a levantarlas cuando Shoka lo sacó a la luz del sol, donde los esperaba Taizu sentada sobre la cerca.

—De acuerdo —dijo Shoka mientras Jiro mordía el freno y tiraba de las riendas que él mantenía firmes en sus manos—. Te daré ventaja. Hasta el final de la pradera y de nuevo aquí arriba.

Taizu miró en esa dirección, la larga ladera de una montaña en la que un antiguo incendio había dejado muy pocos árboles, una zona de la colina donde ahora crecían el pasto y las hiedras. Shoka había cortado los brotes de los nuevos árboles y había quemado y recortado los tocones viejos; usaba los árboles cortados como parte de la cerca y agrandaba la pastura año a año. Ahora ya abarcaba toda una franja ancha de la ladera descendente antes de que ésta cayera de pronto al final y a los costados.

Taizu asintió y empezó a correr hacia la cerca del corral, se agachó y siguió en un ritmo cómodo hacia la pradera que quedaba más allá.

Shoka llevó a Jiro hasta la tranquera, la abrió, lo sacó por allí y subió de un salto a la montura cuando Jiro mordió el freno y empezó a moverse.

—¡Más rápido! —le gritó a la muchacha.

Ella apresuró el paso; y él dejó que tuviera una buena ventaja sobre la pradera antes de darle la orden a Jiro.

Jiro bufó para que le dieran más rienda. Shoka lo retuvo; sentía la inquietud del caballo, veía la forma en que las orejas de Jiro se levantaban y la figura distante y pequeña de la muchacha entre ambas.

Más y más rápido; Jiro peleaba para liberarse de las riendas y el espacio que había entre ellos y la muchacha era cada vez más corto. Las orejas de Jiro se aplastaron contra su cabeza. El caballo de guerra sabía lo que era una persecución y no iba a detenerse por nada.

—¡Más rápido! —gritó Shoka.

La muchacha no miró hacia atrás. Aceleró de pronto y Jiro agachó la cabeza, forcejeando contra el freno.

—¡Te va a aplastar! —gritó Shoka—. ¡Trata de mantenerte lejos!

Ella evitó uno de los pocos árboles que quedaban en pie y Jiro no necesitó guía para girar y seguirla. El caballo seguía luchando contra el freno, intentándolo con todos sus trucos. La muchacha llegó a la cerca, golpeó el tronco superior con las manos y se lanzó en dirección contraria; había llegado a la mitad de lo que debía recorrer.

El caballo trató de acortar camino y alcanzarla, y Shoka lo llevó dando una amplia vuelta, una vuelta completa, mientras la muchacha subía por la ladera de la colina.

Mierda, todavía tenía aliento.

Shoka espoleó a Jiro y la muchacha aceleró y zigzagueó alrededor de tres árboles vivos, y siguió entre un grupo de pequeños tocones todavía por arrancar.

—De acuerdo, muchacha —murmuró Shoka para sí mismo; y soltó un poco las riendas para que Jiro tomara esa parte sinuosa del camino a mayor velocidad.

Pero de pronto, la muchacha hizo una carrera final hacia la cerca del establo colina arriba.

Mierda, iba a lograrlo.

Shoka golpeó a Jiro con los talones, en una carrera desesperada para cortar el camino entre la muchacha y la cerca en el último momento.

Ella viró cuando el cuello de Jiro la rozó y Jiro giró tras ella, levantándose sobre sus patas traseras cuando Shoka tiró de las riendas, tras lo cual volvió a soltarlas.

Jiro se lanzó tras la muchacha y Taizu corrió directa a la cerca; después, cuando Jiro cerró el camino por ese lado, cortó el sendero y trató de volver hacia el lado del establo.

—¡Ah, no! —aulló Shoka, y tiró de Jiro para cortarle el camino por segunda vez, enojado y sorprendido al ver que mantenía la velocidad después de toda esa carrera.

Ella cambió otra vez de dirección y tiró hacia un lado, una repentina aceleración y un salto hacia la pradera, y él la volvió a llevar hacia atrás; otro intento hacia arriba y él cortó de nuevo.

La muchacha estaba bañada en sudor; y retrocedió cuando Jiro acercó de nuevo su cuello, se tambaleó hacia atrás y se lanzó en dirección contraria al animal, directa hacia la cerca; pero Shoka espoleó a Jiro y éste se interpuso entre ella y la cerca, con la respiración agitada y bufando por el esfuerzo.

Ella casi se metió bajo el anca de Jiro; Jiro coceó y Shoka lo apartó con las riendas, cosa que Jiro tomó como una señal y se lanzó de nuevo tras ella.

Ella volvió a girar, tropezó esta vez; siguió corriendo mientras él hacía girar a Jiro en círculo para evitar que volviera a atacarla; y la muchacha volvió a correr agachada hacia la cerca, tropezando, mientras él hacía círculos a su alrededor.

Shoka no se esperaba la última carrera desesperada que la llevó hasta los troncos de la cerca. Ella se aferró a la madera, trató de trepar y cayó de rodillas en el polvo, sin soltarse. Se inclinó sin fuerzas durante un momento, tosiendo, jadeando, sin aire, después sacudió el cabello mojado de sudor y lo miró de costado, un ojo bajo el flequillo, el otro lleno de reproche entre jadeo y jadeo.

Estaba retándolo a que se atreviera a decirle que mentía. Y ahora él sabía en su corazón que ella no le había mentado. Había corrido por esa maldita montaña, sin duda alguna.

Odiaba estar equivocado. Y sobre todo, aunque ella fuera una tonta, o algo peor, dadas sus pretensiones, por haberle pedido algo imposible y haberla provocado tanto, dos veces, para terminar en una situación en la que era ella la que tenía razón y él,

obviamente, el malo, el equivocado.

Mierda. Y había puesto su palabra en todo eso.

—De acuerdo —dijo finalmente, desde el lomo de Jiro—. Te enseñaré tanto como puedas aprender. Pero cada vez que falles, fallas, y no quiero excusas.

Ella trató de enderezarse. Se asió con fuerza a los troncos y se colgó de ellos.

—Va a darte un calambre si no te enfrías poco a poco —dijo él—. Ve hasta la casa y pondré agua a calentar.

Ella asintió, solamente un pequeño movimiento con la cabeza. Trepó torpemente sobre la cerca y cruzó a tropezones el corral del establo.

Maldición, maldición, maldición.

Pero Shoka se descubrió pensando que tal vez esa muchacha sería una excelente discípula después de todo. Era rápida y fuerte, lo suficiente para aprender mucho más de lo que él había creído al principio, y tal vez, era de esperar, escucharía sus buenos consejos con el tiempo.

Shoka no durmió bien esa noche. Seguía pensando en Chiyaden, por razones que no comprendía.

Tal vez, pensó, era la perspectiva de enseñar, y para enseñar, tenía que recordar cómo había aprendido y las cosas que había aprendido; y el estudio de esas cosas había sido en Chiyaden y en su juventud, y de la mano de su padre y de la del viejo maestro de Yenan, en la corte en Cheng'di.

Muchos de esos recuerdos habrían sido agradables si él no supiera cómo terminaron los planes de su padre. Su padre lo había preparado, antes de morir, para servir al viejo Emperador... y, ocupando el lugar de su padre, él lo había intentado, lo había intentado con toda su alma, había sacrificado todo lo personal; había defendido al viejo Emperador de asesinos; había tomado todas las precauciones posibles para preservar el Imperio y la paz. Pero ninguna habilidad marcial había bastado contra la voluntad de un heredero que conspiró para lograr la ejecución de los tutores que su padre le había designado, y que intentó con todas sus armas que Saukendar los siguiera en su desgracia.

Ninguna sabiduría habría podido salvar a Chiyaden, excepto la de desear que el Emperador hubiera criado un hijo menor, o que hubiera enseñado más a Beijun, lo hubiera mimado menos cuando era joven, usado una mano más fuerte para separarlo de las malas compañías...

Los dioses sabían qué habría servido en realidad: él había intentado aconsejar al viejo Emperador sobre su heredero y los que lo acompañaban; su padre antes que él le había dado el mismo consejo, y el Emperador no los había escuchado. «La madurez le hará cambiar —había dicho el viejo Emperador de su hijo—. La responsabilidad lo cambiará. Dadle tiempo».

En sus pesadillas, Shoka veía a su amigo Heisu bajo el hacha; y a la dama sensata que el joven Emperador había desposado...

... que él, Shoka, debería haber desposado, pero el Emperador había decretado que Meiya era para su hijo...

... Meiya, sentada en la ventana del jardín con la taza envenenada en la mano, porcelana frágil, elegante, como todo lo que la rodeaba.

¡Malditos, malditos! Beijun por tonto, y él mismo...

Meiya había pensado hasta el final que, tal vez, tal vez, él llegaría a tiempo; que él lucharía y se abriría camino hasta ella para rescatarla. Pero nadie se lo había comunicado: la orden estaba sellada y firmada por el Emperador, y los asesinos estaban en camino cuando ella bebió la taza, mientras él se encontraba a dos días de la capital en una estúpida misión que le había asignado el joven Emperador.

El plan no podía ser del Emperador. Era de Ghita, sin duda alguna. Shoka había

tenido nueve años para vivir pensando, se había dado cuenta de que lo habían tomado por tonto, de que si había habido cualquier adulterio con la dama Meiya...

... al menos en el corazón...

Shoka apretó los puños y se retorció en el colchón, y miró la oscuridad, donde el dulce rostro de Meiya no tenía la misma sustancia que en sus recuerdos.

«Tienes un deber —le había aconsejado su padre, cuando el viejo Emperador proclamó su voluntad sobre el compromiso de su hijo con la dama Meiya—. El bienestar del Imperio está antes que cualquier otra cosa. Piensa en tu juramento».

Shoka se había rebelado contra esa decisión personal: había servido al Emperador... y ése era el pago que recibía. Meiya para ese tonto, porque el Emperador, en su lenta muerte, sabía que su hijo necesitaba consejeros fuertes y eligió a Meiya, y a través de Meiya, a su padre, el señor Peidan; y además de Meiya, el señor Heisu de Ayenden; y Saukendar, heredero de la provincia Yiungei, uno entre los demás y no el menos importante.

Su padre le había aconsejado con sabiduría en todo excepto en esto: que diera su devoción al nuevo Emperador cuando llegara el momento, como se la había dado al viejo; que persuadiera lentamente a Beijun para que mejorara; que confiara en Meiya y en Heisu y en su propia influencia para convertir a un muchacho tonto y autoindulgente en un buen Emperador.

Lo cierto era que si hubiera llegado a tiempo y hubiese llevado a Meiya al exilio, los asesinos de Ghita nunca se habrían dado por vencidos; y que si Meiya hubiera estado con él en el camino, él nunca habría llegado tan lejos.

Pero Shoka había sabido las cosas demasiado tarde para tener esa oportunidad. Desde el compromiso de Meiya con el joven Emperador, él y Meiya se habían distanciado, así que, en lugar de pensar primero en ella, cuando supo su muerte entre las otras de ese día terrible, Meiya le pareció menos importante que Heisu y Peidan.

Después, se había dado cuenta de dónde estaba el dolor. Los soldados como Heisu, los estudiosos como Baundi, el guardia leal y los criados... todos ellos habían corrido el riesgo y la mayoría tenía armas y al menos una oportunidad para defenderse. Para Meiya de Kiang, encerrada en el palacio, confiando solamente en su inteligencia, tan delicada en su educación que no habría podido levantar una mano para defenderse, solamente había tenido una taza... un recurso que retrasó hasta el último momento, hasta que ya no tuvo salida.

Era ese gesto el que lo perseguía en las noches, la sospecha de que, sin posibilidad de recibir gracia de su esposo, todavía había esperado algo de alguien; eso, y el hecho de que él ni siquiera había pensado en ella entre los otros muertos. Meiya se había sentado con la copa mortífera entre las manos, mirando la ventana del jardín que daba sobre el camino del sur; y esperando hasta el final al amante al que había abandonado hacía más de quince años.

Habían llevado al señor Heisu a juicio por adulterio a la misma hora en que habían invadido sus habitaciones, y lo habían sacado a rastras de su dormitorio; y los jueces elegidos por Ghita lo habían encontrado culpable, tomando como evidencia el suicidio de Meiya. Esa era la justicia en la nueva corte, con las cenizas del Emperador todavía calientes en su tumba. Habían cortado la cabeza de Heisu y la habían colocado en la puerta norte de Cheng'di, la puerta que daba hacia la provincia de Heisu, Ayenden.

Shoka lo había sabido cuando oyó las noticias, había comprendido que era inútil volver a la capital, que no le quedaban aliados: el complot era demasiado bueno, la guardia y el mismo ejército habían sido corrompidos con oro y promesas; había una orden para su arresto como cómplice de Heisu en una traición para hacerse con el trono. Así que la podredumbre que él había notado en la corte había fermentado y ahora estaba en flor, y no hubo ola de indignación entre los señores ni entre el pueblo, solamente una lucha sorda y generalizada para hacerse un lugar en el nuevo régimen.

Y por eso había huido hacia la frontera. Por eso había salvado su vida después de haber previsto tan mal hasta dónde podía llegar el joven Emperador: el tonto y joven Beijun había abandonado la corte en un ataque de rabia y había corrido a buscar refugio con Ghita, había huido de Shoka. El joven Emperador había escapado de él, ésa era la realidad; y Beijun era el Elegido de los Cielos, nombrado por los sacerdotes, y eso le daba una santidad que, incluso en esos momentos, Shoka había respetado demasiado.

Tonto, pensó ahora. Pero cuando consideraba qué otra persona podría haberse sentado en el trono, o quién habría tenido la fuerza para mantenerlo entre sus manos... no había nadie... no después del ejemplo del señor Heisu; y no con la oposición de los sacerdotes, los pagados y los ingenuos, que sencilla, tercamente, apoyaban al Elegido de los Cielos aunque fuera un tonto. Era voluntad de los dioses que el Imperio sufriera. Era voluntad de los dioses que hubiera asesinatos. ¿Acaso el Emperador no era el arbitro de lo justo, el intérprete de lo divino, el Puente hacia los Cielos?

Y donde iban los sacerdotes, iba el pueblo, que creía en los dioses y que esperaba sobre todo que lo dejaran en paz; los sacerdotes eran lo último que atacarían. Shoka había comprendido eso la primera vez que una banda de campesinos trató de cobrar la recompensa que habían puesto por su cabeza. Había pasado su vida pensando primero en sus obligaciones y en su Emperador; había defendido la ley; había abandonado todo por Chiyaden y por el Emperador de Cheng'di, y Chiyaden, al final, lo había traicionado.

Así que ¿qué tengo para enseñarte, jovencita? ¿Sabiduría? Tampoco la encontré aquí.

Tuve una docena de amantes. Y un amor. Lo dejé, no luché por él. Honré a mi



padre. Ella honró al suyo. Teníamos quince años, ¿qué pueden saber los niños?

No podía olvidar la taza, a dama Meiya y la ventana, como lo contaban las leyendas... esa imagen solitaria, perfecta, como si él hubiera estado allí, en esa habitación, en el momento en que ella perdió la esperanza, a pesar de que las conversaciones entre ambos en los últimos años habían sido siempre sobre cómo separar al heredero de sus malos amigos, cómo rodear al señor Ghita y a sus compinches, cómo persuadir al Emperador moribundo de que hiciera al menos algo para protegerse de los asesinos...

Si ella hubiera sido su esposa...

Pero Meiya también había elegido el deber.

Así que ella había muerto y él estaba en el exilio para toda la vida, y ahora lo perseguía una tonta campesina de diecisiete años que pensaba que podía arreglar los males que había sufrido su familia, que la sangre pagaría por la sangre de su gente, o que de lo contrario los fantasmas no dejarían de perseguirla en sueños.

No se podía aconsejar a los tontos. Los tontos, solía decir el viejo maestro Yenan, tienen que superar su estupidez antes de poder escuchar. Tienen que comprender lo que es la verdad.

Así que eso era lo primero... para una chica que no quería ser mujer, para una tonta que quería una venganza que no la ayudaría en nada.

Eso era lo primero que tenía que cambiar.

Dioses, tenía ganas de azotarla. Y no podía comprender el porqué de ese deseo tampoco. Salvo que ella era una tonta.

El hecho de querer dormir con ella, con una porqueriza con la cara atravesada por una cicatriz, le parecía casi un exorcismo: hacer pareja con la criatura más primitiva y menos educada que pudiera imaginar. La elección de Shoka, no la de Saukendar. El consuelo de Shoka. No la mujer que hubiera podido tener.

Mierda, mejor una mujer que pudiera cuidarse sola en el lugar en que estaba condenado a vivir. Mejor una mujer tan real como el polvo y el calor del verano.

Meiya había existido... ¿hacía cuánto?, ¿hacía veintidós años?, cuando él era joven y estaba entero, cuando creía que había justicia en el mundo.

Esta muchacha, Taizu, llegaba como una segunda oportunidad.

Enseñarle el arte de la espada.

¡Dioses!

—El talón así —dijo él, apoyando el palo en el suelo—. Los dedos. —Empujó el pie de ella para ponerlo en línea y caminó a su alrededor, tocando un codo, una rodilla, vigilándola de todos lados—. Basta —dijo entonces—. Tranquila. —Cuando

ella respiró una vez—: mantén la guardia.

Ella lo miró, traicionada, y él la golpeó en las pantorrillas.

—Mantén la guardia.

Ella volvió a ponerse en posición, un movimiento desesperado.

El volvió a golpearla, con rapidez, en un dedo del pie mal alineado, una rodilla, un codo.

Los miembros temblaron nerviosos para ponerse en una postura recordada a medias.

Él la volvió a poner cuidadosamente en posición.

—Quédate quieta un momento —dijo—. Hasta que tu cuerpo lo recuerde.

Y fue a sentarse a la sombra a disfrutar de una taza de té.

—¡Gira! ¡Gira! ¡Gira! —aulló Shoka, y la muchacha giró en la posición de guardia y giró y volvió a girar, y el alineamiento era perfecto. El hizo silbar el palo alrededor de sus flacas espinillas. Ella saltó sobre el palo y aterrizó de nuevo sobre terreno blando: la posición, inmaculada.

Él hizo un movimiento de prueba y la atacó por la parte posterior de las rodillas.

Ella saltó, el movimiento equivocado para ese ataque. El palo le golpeó las piernas. Pero a pesar de todo se recuperó y aterrizó sin caer.

—No —dijo él, y se inclinó sobre el palo con las dos manos, mirándola, midiendo su alcance, su equilibrio.

Solamente había tenido otro discípulo... y Beijun había evadido las prácticas, se había quejado al caerse, había odiado el sudor y el esfuerzo.

Una línea de sudor se marcaba sobre el rostro de Taizu. No se movió. Esperaba.

—No puedes aprender más sin la espada —dijo él—. Hay una forma de contrarrestar ese movimiento. La espada es parte de eso. La espada marca toda una diferencia en el equilibrio.

Fue hasta la casa sin decir nada, tomó la espada envuelta en harapos del rincón donde seguía esperando, frente a la galería.

La desenvainó y la llevó a la galería.

—Descansa —dijo.

Ella dejó la guardia, con cautela, atenta.

—Está bien —dijo él, y le entregó la espada por el mango—. En guardia. Tómala con suavidad, con toda la suavidad que puedas. Te voy a dejar llevar ese peso poco a poco. Suavidad en los dedos, ¿entiendes?

Ella asintió, se puso en guardia con la cara firme y ansiosa, pero no agarró la espada: la tomó con delicadeza, con exactitud.

—Muy bien. Eso con una mano. Ahora con las dos.

Solamente había una forma cómoda de hacerlo en esa posición. Ella la encontró.

—Bien —dijo él con una satisfacción que el joven Emperador nunca le había dado, un sentimiento casi sensual—. Perfecto.

Ella lo oyó. Hizo un gesto mínimo con la cabeza. Pero los músculos no cambiaron la posición.

—Ése es el peso. Es todo el peso. No pienses en la espada. La espada es tu brazo derecho. Mantén el cuerpo en posición. Piensa en la posición. No sientas la espada. Siente tu centro. Cuando lo sientas a la perfección, haz los movimientos. —Se alejó—. No hasta que estés segura. Empieza como se empieza siempre: despacio.

Ella se quedó quieta durante un momento. Cuando llegó el movimiento, fue tan perfectamente equilibrado como la posición de descanso. Cada paso en el avance y en el retroceso fue exacto.

—Alto —dijo él, y ella se detuvo en la mitad de la vuelta, en una posición que podía mantener durante largo rato. El levantó la mano para señalar el aire—. Lleva la punta hasta mis dedos.

El acero lo tocó.

—Ahora completa el movimiento lentamente y mantén la punta siempre en contacto con mis dedos.

Caminó todo el semicírculo siguiendo el giro hasta que los pies de la muchacha volvieron a la posición base.

—De nuevo —dijo él, y caminó de nuevo. Lo hizo siete veces más, despacio, deteniéndose de vez en cuando, y entonces ella se detenía también, y esos ojos nunca lo dejaban, como él le había enseñado.

Elegante, pensó él. Hermosa. No la cara, pero sí la perfección del equilibrio, la atención de los ojos... esa atención absoluta.

—Cuando estés lista —dijo él—. No debe haber tensión.

Movió la mano hacia atrás, retrocedió un paso y la observó, asombrado por esa porqueriza que se movía como un personaje de un sueño leve.

Lo que él le había enseñado, pensó. El era capaz de crear algo como eso.

Sintió los impulsos de sus propios músculos, el recuerdo de la forma en que uno sentía ese movimiento, cuando se hacía bien. El se había movido así una vez.

Pero no podía hacerlo ahora. No volvería a hacerlo nunca. Tenía que recordar eso también.

—¡Otra vez! —dijo él, y se sentó a observar a la muchacha repetir el ejercicio, sudando bajo el calor del verano tardío. La miró y finalmente, decidido, se levantó y fue hasta ella, que jadeaba tras el esfuerzo.

Tomó la empuñadura y el puño de ella en una mano y le estiró el brazo hacia arriba.

—Mantenlo así —dijo, y volvió al lugar donde había estado sentado, trabajando

la piel de un conejo. Olía a conejo. Ella olía a sudor. Olores fuertes. Era uno de esos días pegajosos, horribles, en que las lluvias juegan con las colinas y dejan el aire espeso y quieto.

El miró cómo caía el brazo de ella, la miró luchar con la pose y mantenerla.

Pero después de un rato, todo el brazo empezó a temblar. Él la miró con atención, los labios apretados, la lucha para mantener el brazo tenso con los músculos del hombro, y finalmente con la espalda y el pecho.

—Basta —dijo él, y ella necesitó todo su cuerpo para no dejar caer el brazo sin control.

—De nuevo.

Ella lo intentó y logró levantar el brazo. Pero éste empezó a caer casi inmediatamente.

Así que él se levantó de la galería y le mantuvo la mano, tocó el antebrazo y el codo y el brazo, y dijo:

—No es suficiente. Ve a buscar dos piedras del tamaño de una mano.

—Sí, maestro —dijo ella, y envainó la espada y buscó las piedras.

Seguía corriendo por la colina. Sacaba los hierbajos de la huerta y lavaba y traía el agua. Pero la fuerza del antebrazo y las costillas no crecía a la par que la de las piernas y la espalda, ése era el problema.

Así que trajo las piedras mientras él buscaba dos palillos de madera entre la pila de leña detrás de la cabaña.

—Quiero mostrarte algo —dijo él.

—Maestro —dijo ella, nerviosa, y él le dio uno de los palos.

—En guardia —dijo. Nunca había luchado a espada contra ella. Hasta ahora sólo habían sido ejercicios.

Se movió muy despacio, le tocó el codo con el palo que tenía mientras ella lo miraba como si no estuviera segura de si tenía que hacer algo o no.

—Arriba —dijo él, y le puso el brazo en la peor y más débil posición—. Voy a golpearte. Mantén el palo.

El cortó hacia arriba, la madera crujió contra madera y el palo de Taizu salió volando.

Ella se llevó una mano al brazo.

—Sí, maestro Saukendar.

Él arrojó el palo.

—Dame las piedras ahora —dijo él, y le mostró cómo mover el brazo con la piedra—. Haz eso a menudo.

Se fue de nuevo a trabajar con la piel de conejo y el olor y el ruido. Ella podría haber limpiado las pieles por él, pero la mayor parte del trabajo extraordinario estaba hecha, las comidas aparecían y él se negaba a dejar el cuidado de Jiro en manos de la

muchacha... el caballo estaba haciendo demasiadas migas con ella.

Y Taizu no descansaba: trabajaba o practicaba o él la enseñaba; y él se daba cuenta de que enseñarle era tan cómodo para él como no enseñarle cuando estaba haciendo otra cosa.

Cazaban de vez en cuando y por eso tenían el conejo, las pieles y los castores. Habían seguido las huellas de los jabalíes y sabían cómo conseguir cerdo para tener fiambres cuando llegara el tiempo más fresco.

La cabaña nunca había sido tan comfortable; la huerta, nunca había estado tan bien atendida, y había una especie de paz entre los dos.

No era que él dejara de pensar en ella al otro lado de la cabaña en la noche. No era que sus deseos hubieran disminuido.

Pero las cosas se habían mantenido en una especie de tregua en la que mirarla también tenía su encanto, en la que él notaba una tranquilidad creciente en la mente de la muchacha, un principio de calma que no deseaba perturbar. Le convenía.

Por segunda vez, el palo salió volando.

El dejó caer el brazo y se quedó quieto un momento, después le tomó el brazo y tocó el músculo que había debajo, donde había más fuerza que antes, pero no la suficiente.

Había creído que la habría.

—Ve a hacer un atado de paja —le dijo, haciendo un gesto con las manos—. Un fardo de este espesor, alto como yo, y la mitad de ancho. Y haz cinco largos como ése de cuerda para atarlo. Tráelo a lo alto de la colina.

Ella lo miró extrañada, pero él no contestaba preguntas sobre esas cosas. Ella bajó hacia el establo.

Él tomó un palo de madera seca y el hacha de mano y empezó a trabajarlo.

Cuando ella volvió del establo, llevaba un gran jergón al hombro y tenía paja enganchada en su camisa y en el cabello, y barro en las rodillas.

Él tenía una pila de virutas y una buena rama trabajada.

Señaló hacia un árbol joven que estaba de pie, el primero del bosque, a la vista de la galería.

—Pon el colchón de paja a su alrededor y átalos con fuerza, arriba, en el centro y abajo —dijo, y siguió con la rama, alisando el mango. Luego envolvió éste con cuero y cuerda.

Y cuando ella terminó, él fue hasta el árbol y se puso en guardia para hacer los tres pases, izquierda, derecha, izquierda, contra el colchón que rodeaba el tronco. Después le pasó la espada de madera.

—En guardia. Izquierda, derecha, izquierda.

Ella golpeó como él le pedía.

—Otra vez —dijo él—. Otra vez.

La cabaña apestaba con el olor de las hierbas hervidas y la grasa, y Shoka arrugó la nariz y levantó paño tras paño con un palo, y los dejó caer dentro de la olla.

Taizu también arrugó la nariz cuando él llevó la olla hasta donde ella estaba, sentada sobre el jergón, pero era una resistencia a medias.

—Fuera la camisa —dijo él, y cuando ella lo miró muy ofendida—: No seas tonta, niña. ¡Desvístete, digo! No me interesa tu cuerpo en este momento. Te trato exactamente como me pides que te trate, y no tengo paciencia con los melindrosos.

Ella se dio la vuelta cuidadosamente y trató de quitarse la camisa por los hombros con una mueca. El brazo ni siquiera pudo con eso.

Él dejó la olla, le levantó la camisa y le hundió la cabeza en el jergón, después sacó un paño humeante y lo puso sobre la espalda desnuda.

—¡Ay! —aulló ella.

—¿Caliente?

Ella murmuró algo.

Él sacó el resto de los paños, uno por uno; empezó por los hombros, los envolvió en tela engrasada, alrededor de las coyunturas, y después el cuello y las manos; y puso trapos secos por encima y después una manta para mantener el calor.

—Hice una olla de esto —dijo él—. Puedes tirar los paños ahí por la mañana. Los herviremos mañana por la noche. —La palmeó en la espalda bien cubierta y cuidada—. Y no te preocupes por tu virtud. Ese olor puede matar el deseo de un chivo.

Las astillas volaban por el aire, los golpes del hacha dejaban sentir sus ecos en las montañas orladas de fuego. Era tiempo de asegurarse de que la pila de leña estuviera lista para los fríos. Shoka echó dos árboles abajo y les quitó las ramas, Jiro arrastró los troncos para sacarlos del bosque, y después, Shoka dijo, dándole el hacha a Taizu:

—Esto es lo mismo que el palo de madera en el árbol. Excelente para los hombros.

Ella nunca se quejaba por el trabajo que él le daba. Atacó los troncos como había atacado el ejercicio. Ahora el cabello le llegaba a los hombros. Rebosaba salud. La herida sólo se ponía brillante cuando la bañaba el sudor, y él la observaba, bajo el sol, con los colores del otoño insinuándose en los arbustos, pensando en cómo la abundancia de comida y el sol y el trabajo saludable habían puesto un resplandor especial sobre ese rostro, habían llenado sus miembros, habían dado fuerza y gracia a sus movimientos.

Si sonriera alguna vez, pensó, si pudiera sacarle una sonrisa o siquiera un ataque de rabia, o un poco menos de su exagerado pudor...

Pero:

—De acuerdo —decía ella, fuera cual fuera la orden de él, siempre que mantuviera la distancia entre los dos.

Pero lo había mirado de una forma extraña mientras él cortaba el segundo árbol, y cuando le había preguntado por qué:

—Por nada, maestro Saukendar.

Eso resultaba raro en ella, no era su reserva habitual, sino una reticencia hacia el exterior y en la cual él era la razón de sus pensamientos.

Por primera vez en semanas, Shoka recordó sus viejas sospechas acerca de ella, y pensó en lo cómodo que se sentía a su lado, en la forma casual en que había llegado a confiar en ella cuando le daba la espalda.

Lo estaba midiendo, considerando. Ésa era la mirada. Y él la atrapó así varias veces ese día.

Y esa noche, cuando se sentó en la galería con el tazón de arroz:

—¿Qué demonios estás mirando? —le preguntó.

—¿Maestro?

—Ahora mismo. ¿Qué estabas mirando?

—Nada, maestro Saukendar.

Él la observó cuidadosamente y levantó los palillos en su dirección.

—No me contestes así. Nada, maestro Saukendar. Tus ojos estaban abiertos. Estabas despierta. ¿Qué demonios estabas mirando?

Ella se mordió el labio y no dijo nada.

—No me gustan los secretos, muchacha. ¿No te he hablado de la honestidad? Me pediste que te enseñara la espada. Y yo te digo que no se trata simplemente de cortar, sea leña o sean cuellos. Hay obligaciones, hay que tener un comportamiento honorable. Ya es tiempo de que te lo enseñe. ¿Quieres contestar mi pregunta?

—Notaba... notaba que perdéis el centro cuando no tenéis por qué, maestro Saukendar.

—¿Qué le pasa a mi centro? —Él la miró, ofendido, pensando primero que estaba loca y después que lo estaba insultando deliberadamente.

—Cuando usáis el hacha. Perdéis el centro.

—Claro que pierdo el centro, carajo. ¿Te ha llevado tanto tiempo notar que estoy lisiado?

—No quise decir eso.

—¿Y qué quisiste decir?

Ella lo miró, tragó saliva y dijo:

—Cuando usáis el hacha. Y en muchos otros casos. Dais vuelta a la rodilla y al pie. No tenéis necesidad de hacerlo.

Maldita insolente; las palabras se le atrancaron en los dientes; pero acababa de

hablar de honestidad. Estaba furioso. Se preguntó, a pesar de la rabia, sobre esa dureza desagradable en la espalda que había empezado a molestarlo en el último año.

¿Es la edad?, se preguntó mientras comía una cucharada de arroz.

¿O es que ella tiene razón?

—No quise hablar sin permiso, maestro Saukendar.

Él la miró con ojos furiosos. No dijo nada. Ella inclinó la cabeza y se comió su cena.

Pero cuando Shoka salió a la galería, se preguntó sobre el asunto; cuando volvió a entrar, seguía preguntándose: trató de sentir la extensión del estiramiento de las piernas y la línea de la columna, y no sabía bien qué pensar.

Se lo siguió preguntando al día siguiente; fue detrás de la cabaña y partió unos troncos, y diablos, sí, lo estaba haciendo, doblaba y encogía los dedos del pie del lado herido, y giraba la rodilla para proteger la pierna, no del dolor, sino del recuerdo del dolor. Esa era la verdad, la estúpida verdad.

Dio un golpe al tronco con la pierna recta y sintió, no el dolor, sino un esfuerzo de músculos debilitados.

Levantó la vista al notar una presencia junto a la esquina frontal de la casa y vio a Taizu que lo miraba.

Mierda, pensó, y supo sin lugar a dudas que ella sabía por qué se le había ocurrido cortar la leña él mismo esa mañana.

Especialmente después de que ella desapareció con gesto culpable tras la esquina, como si no hubiera visto lo que él hacía en la parte posterior.

Shoka siguió pensándolo cada vez que hacía algo familiar: cuando llevaba los cubos, cuando trepaba los escalones de la galería, cuando se ponía de pie o se sentaba. Usó las dos piernas del mismo modo, deliberadamente, se obligó a hacerlo y supo, mierda, supo que ella era capaz de ver que ahora su maestro caminaba mejor, y ella sabía perfectamente bien por qué.

Uno tenía que ser honesto. Uno era un caballero. Uno no le pegaba a una porqueriza por decirle la verdad. Uno estaba incluso agradecido.

Quería ir a cazar, digamos por tres o cuatro días, y no sentir esa mirada dura, calculadora observando si cojeaba o no. Pero hubiera tenido que volver tarde o temprano, cojeando o no, con la costumbre corregida o no, y en ambos casos, tendría a esa maldita chica mirándolo bien de cerca y sabiendo que había tenido razón.

Así que uno trataba de no proteger esa pierna, eso era todo; uno se negaba a cojear incluso en una mañana fresca, cuando la vieja herida dolía. Iba hasta el establo, donde la chica no podía verlo, y practicaba los ejercicios que no había practicado en años, hasta que la pierna le dolía enormemente, hasta sentir dentera y calambres en la espalda, y entonces deseaba fervientemente tener una excusa para ponerse las compresas calientes; pero eso también hubiera sido admitir que ella tenía razón.



Y él se negaba a hacerlo.

—Viene un muchacho —dijo Taizu, jadeando por la carrera colina arriba, sin pánico, sólo noticias; los dos habían estado esperando esa visita desde que el primer rojo había tocado las hojas.

—Escóndete —dijo Shoka; eso también lo habían acordado antes.

La aldea tendía a pasar chismes, había dicho él, cuando le explicó el asunto; y los chismes llegan a los caminos tan rápido como los mercaderes, y es mucho, mucho mejor, si no pasa nada fuera de lo común. Que la aldea piense que te fuiste. Que piensen que te eché como a los demás. Y Shoka pensó, repentinamente, recordando a los bandidos: por los dioses, que no sepan que tengo una muchacha aquí arriba...

Porque se le había ocurrido de pronto que ella ya no era la huerfanita flacucha que había llegado a la montaña..., el cabello polvoriento y empastado, el cuerpo inclinado bajo la maldita canasta.

La muchacha a la que estaba mirando tenía la piel clara y los ojos brillantes, y estaba bien alimentada, el cabello lustroso y largo hasta los hombros, y unas caderas cimbreantes que no tenían nada que ver con las de un muchacho.

¡Mierda!

Y en ese mismo momento visionario, pensó que si la aldea enviaba a uno de los muchachos que habían estado antes en la montaña, habría chismes, aunque el muchacho no viera a Taizu...

«Algo está distinto», diría el muchacho cuando volviera...

Porque ese año el claro se veía más próspero, la forma en que crecía la huerta, con las habas atadas, las hierbas en surcos claros y limpios... No podía encontrar las palabras exactas, pero Taizu tenía una forma de poner las cosas en su lugar y de mantener el orden, y sacaba los hierbajos y removía la tierra, y hasta atacaba las enredaderas que trataban de entrar en el claro y subirse a los postes de la cerca y cerrar el sendero hacia el arroyo: ponía ganchos para colgar las cosas; usaba la azada y el rastrillo como si fueran armas; colgaba las cebollas en ristras y las hierbas y raíces en manojos.

No era lo mismo, pensó él. Nada estaba igual en la montaña. Y no entendía cómo había pensado en llevar a la muchacha al convento.

Ella se escabulló por el costado de la cabaña, hacia el mirador sobre la colina, imaginaba él, un sitio desde donde podía vigilar. Así era Taizu.

Y él sacó las pieles atadas en fardos, muchas, más de lo habitual, del gancho en el que colgaban, y las llevó a la galería, mientras el muchacho subía con su paquete de arroz y otras vituallas.

—Maestro Saukendar —dijo el muchacho...

Shoka lo conocía, pero se dio cuenta de pronto de que nunca se había preocupado

por saber su nombre; un chico duro, de cara ancha, que se limpió el sudor de la frente con el brazo cuando soltó los paquetes.

—Muchacho. —Shoka se inclinó cortésmente cuando el muchacho le hizo una reverencia, y descubrió que sentía curiosidad por el chico... su familia, quién era, por qué lo había elegido la aldea en los últimos días para traerle los regalos. Pero parecía tarde para preguntar cosas como ésas, y Shoka no tenía idea de por qué le interesaba de pronto, o de por qué se le ocurrían preguntas que no se le habían ocurrido antes...

... excepto que una vez Saukendar, el brazo derecho del Emperador, había sabido todo lo que pasaba en la corte y había prestado mucha atención a los detalles, y ahora, Shoka, el recluso, había dejado de lado la corte y todo lo que iba con ella.

Condenada muchacha. No sólo había removido los hierbajos.

Así que se guardó las preguntas y la curiosidad. Preguntas de su parte podían alentar preguntas por parte del chico y no quería eso. Preguntas sobre el mundo traían respuestas sobre el mundo, y él había dejado de querer enterarse de las cosas hacía nueve años.

Así que sacó las pieles, las puso con un gesto de satisfacción en una pila sobre la galería y dijo modestamente:

—Me gustaría algo de paja, si podéis. Tengo que hacer algunos arreglos.

La aldea nunca discutía con él. Y ese año recibirían más pieles que nunca, porque él había tenido tiempo de cazar y las buenas lluvias habían ofrecido abundancia de conejos y zorros; si este año quería un cargamento de paja, no debía de ser difícil de conseguir, con la buena cosecha que había habido.

(No dejéis que os digan que hubo mala cosecha, había dicho Taizu con furia. La cosecha ha sido buena este año, eso es seguro).

—Sí, señor —dijo el muchacho—. Se lo diré mi señor. Yo lo traeré. Mañana, si queréis.

—Buen muchacho. —Y ésa fue toda la negociación. Shoka se sintió agradecido con el muchacho, y vio que la cara del joven enrojecía, los ojos lo recorrían de abajo a arriba y luego bajaban hacia el suelo de nuevo, con timidez, mientras él empezaba a desenvolver el paquete que había recibido.

Había arroz, había sal, había fiambres, fiambres maravillosos, había pequeñas jarritas de arcilla con conservas, y otras delicias preparadas con amor por las mujeres de la aldea. Él recordaba otros regalos como ésos, las jarritas sobre los estantes esperando el invierno, que era el momento en que se permitía esos lujos. Conocía esa jarra, por ejemplo: eso era conserva de jengibre; había estado recibiendo lo mismo durante años en el mismo potecito sellado con cera, y era tan buena como la que adornaba la mesa del Emperador. Durante años, una mujer había estado enviándole eso, y en realidad él nunca había pensado en los regalos, nunca hasta ese momento, la fruta y el jengibre y los potecitos de salsas y especias que aliviaban la rutina de su

dieta.

—Muchas gracias —dijo, muy conmovido—. Muchas gracias. Dile a todos que les doy las gracias.

—Sí, mi señor —dijo el muchacho.

Por los dioses, muchacho, pensó Shoka mirando la cara joven del chico. No soy un héroe, maldita sea. No soy un héroe, maldita sea. No merezco todo esto, ¿no te das cuenta?

Pero eso no era lo que el chico había venido a buscar a la montaña, así que la verdad no era lo que él le debía.

—Mi madre os manda una camisa —dijo el chico sacándola del paquete.

—Es hermosa —dijo Shoka, tocando los bordados—. Dile que se lo agradezco. —Y un poco avergonzado, pesando el arroz y recordando que eran dos para alimentar —: Me pregunto... podría serme útil un poco más de arroz este invierno.

—Puedo traéroslo, señor Saukendar.

—Os lo agradecería.

Había tres pieles de zorro más y muchos ratones y ardillas: en el montón que les había dado. No sentía que fuera injusto.

Taizu había dicho que no era injusto.

Y cuando el muchacho se marchó, lo palmeó en el hombro como a un camarada de armas y el muchacho se alegró mucho por eso.

Él nunca había entendido la razón por la que la aldea lo adoraba. Nunca lo había preguntado. Eso lo asustaba. Y recordaba a los campesinos que habían tratado de atraparle, y a muchas aldeas que se habían unido a sus perseguidores en Chiyaden.

Por la recompensa, había creído entonces.

Pero éstos no.

Taizu no era distinta de cualquier otra porqueriza que hubiera visto.

Y al mismo tiempo, era muy diferente.

(Un cuerpo ágil girando con una caña en la mano, la visión breve de unas piernas desnudas, un diafragma desnudo, delgado y una camisa blanca en el viento...).

Nunca había entendido a los campesinos. Nunca había entendido las mentes de los que trabajaban la tierra y criaban cerdos y proveían las cosas que aparecían en las mesas y los graneros. Conocía la importancia de esa gente en la guerra. Conocía la importancia de los suministros y entendía su valor estratégico, sabía con qué fuerza podía contribuir una banda de campesinos armados y lo que valían en una pelea con los arcos que les permitía la ley, y lo que la ley permitía a un oficial y lo que ese oficial podía pedirle a una aldea (en los lugares en los que había habido leyes). Pero no tenía idea de la razón por la que los aldeanos de Mon le eran fieles, excepto que probablemente veían más en él de lo que él era, y creían que podía dar más de lo que podía dar realmente. Y eso lo enfurecía.

No. Perturbaba su sentido del honor, porque él había sabido en su corazón que esa adoración existía en todos esos años y él nunca se había preguntado por eso ni se había preocupado por el precio de esa lealtad.

Así que se sentó y miró la espalda del muchacho que bajaba la colma; y allí siguió hasta que Taizu volvió a la galería.

—¿Qué dijo, maestro?

—Nada —dijo Shoka—. No dijo nada. Solamente que traerá la paja y un poco más de arroz. Así que no vamos a quedarnos con hambre. Y podemos arreglar el tejado.

Taizu lo miró extrañada, de cuclillas frente a la galería donde él estaba sentado; pero él se incorporó y dijo que tenía trabajo que hacer. En realidad no sabía de qué trabajo hablaba, pero tomó el cubo de despojos y fue hasta los bosques y hasta la colina donde estaba la pequeña pradera y los arbustos donde siempre ponían lo que quedaba de carne y de verduras. Eso hacía que hubiera más conejos en la primavera.

Incluso un hombre de la corte había sabido eso antes de que viniera una porqueriza a decírselo; o lo que les pasaba a los conejos que dependían de esos restos.

Al día siguiente, bajó la colina hasta el lugar designado, un sendero estrecho en el que Jiro no podía ayudarlo. Pero Taizu fue con él.

Había una pila de fardos de paja que la aldea había dejado sobre el último tramo de suelo plano; y un pequeño montoncito de piedras protegía la canasta de arroz.

El entregó la canasta de arroz a Taizu para que la llevara, tomó uno de los grandes fardos y la envió a ella por delante porque su pierna lastimada le causaba problemas en la subida tan dura, y no tenía ganas de tenerla atrás como testigo de sus bruscos cambios de centro de equilibrio, diciendo: Estáis perdiendo el centro, maestro Saukendar.

Decidió no llevar el peso de esa forma, como parte de la lenta campaña para cambiar su centro de equilibrio: puso la carga sobre músculos nuevos hasta que sintió el dolor y empezó a sudar y a perder el aliento, y sintió un tirón en la vieja herida al dejar caer el primer fardo en la linde del claro.

—Puedes llevarlo el resto del camino —dijo, y se volvió y empezó a bajar de nuevo por el sendero.

Eso le daba algo de respiro mientras ella llevaba la canasta de arroz hasta la cabaña y después volvía a bajar la colina a por la paja. Así pudo bajar más despacio, cojeando todo lo que quería ahora que no llevaba nada, y maldiciendo cada paso punzante y doloroso.

Era un tonto. Debería haber hecho que el muchacho le ayudara y llevara la maldita paja hasta el establo. El muchacho lo habría hecho con ganas. Se habría sentido feliz de hacer eso para el gran Saukendar que estaba demasiado cojo para

escalar la maldita montaña.

Maldijo a los asesinos que le habían hecho eso. Vio la oscuridad, la emboscada, recordó el golpe como si hubiera sido ayer, y lo peor era que sabía que él mismo tenía la culpa, porque había dejado que la rabia nublara su pensamiento y que un hombre lo atacara desde un costado.

Un error en toda una vida. Un error porque en ese momento se había concentrado más en matar que en sobrevivir, porque estaba pensando en Meiya y en Heisu y en que moriría pronto y dejaría de sentir ese terrible dolor.

Un error porque en realidad era un hombre, un hombre y no el modelo ejemplar que describían las leyendas. Y el hombre cojeaba y cojearía por el resto de su vida, y le dolería y perdería el aliento, porque había sobrevivido a esa emboscada y había llegado hasta los límites del Imperio, había decidido vivir y ya no podía hacer las cosas que lo mantenían en forma. Un poco de ejercicio ayudaba. Pero no curaba la cojera, no curaba la debilidad.

Nada podía hacer que Saukendar volviera a ser lo que había sido. Nada podía hacer que los años fluyeran hacia atrás, devolviendo los muertos a la vida y eliminando el dolor.

Taizu, demonios, lo alcanzó antes de que él hubiera terminado de bajar la colina, saltando por el sendero lleno de raíces como una cabrita, contenta como una nutria.

Y le sonrió cuando tomó el fardo, grande como un hombre, entre sus brazos.

Es demasiado para ti, empezó a decir él, no por el peso, sino por la forma en que el fardo se enganchaba en los árboles del sendero, obligando a cambiar la carga de lado, en un camino en el que no había espacio ni para apoyar los pies. Eso era lo que le sucedía a él. Sintió punzadas de dolor en las piernas y una sensación de náuseas cuando levantó el otro fardo. Maldita muchacha empecinada. Que lo descubra sola. Le hará bien.

Pero ella subió por el sendero por delante de él y la distancia que había entre los dos se hizo más y más grande, y él trató de no quedarse atrás, se esforzó y sudó hasta que, en la cima, el aire que respiraba le supo a metal y el claro nadó frente a sus ojos en una película de sudor y dolor.

No quiso admitirlo. Dejó caer el peso justo frente a ella y dijo, con pompa:

—Parece que disfrutas. Ve y trae el resto.

Y luego, levantó los fardos por las cuerdas, uno en cada mano, y los llevó sin cojear hacia el establo, mientras la cabaña y los árboles nadaban confusos como en una visión bajo el agua.

Dejó caer el peso justo en el umbral, fuera de la vista de la muchacha, y se sentó y estiró la pierna y suspiró en paz un momento, hasta que llegó Jiro, que estaba paseando y había decidido entrar a investigar. El caballo le puso el morro sobre el hombro.

Él le palmeó la cabeza y se levantó.

Deseaba que lo hubieran matado en aquella emboscada, ésa era la verdad. Nunca había deseado eso antes, pero ahora sí, ahora que veía que su juventud había terminado, que su futuro estaba ahí mismo y que ese futuro era cada año menor.

Eso era lo que le había enseñado la muchacha, a contar el tiempo de nuevo y a reconocer el paso de las estaciones, y a ver los cambios que había hecho el tiempo en él, los cambios que estaba haciendo ahora; y ahora era incapaz de alcanzar a una muchacha de dieciséis años.

Arrojó los fardos de paja en el rincón del establo, detrás de las cercas, fuera del alcance de Jiro, y después volvió hacia el sendero. Estaba a mitad de camino cuando Taizu llegó con la carga.

Por lo menos, ahora ella también sudaba y jadeaba por el esfuerzo; así que él se sintió casi caballeroso al decir:

—Yo lo llevo. ¿Cuántos quedan abajo?

—Dos.

—Baja de nuevo —le dijo.

Y él tomó el camino hacia arriba, dejó caer el fardo en el borde del claro y volvió a bajar para encontrarse con ella, que subía luchando contra la pendiente, esta vez mucho más abajo.

Ella se detuvo cuando él llegó hasta allí. Le dio el peso y volvió a bajar.

—No —dijo él—. Es demasiado para una chica. Sube la colina.

—Yo puedo —dijo ella, y con una mirada mareada y un jadeo, se equilibró por el sendero y se lanzó hacia abajo por donde había venido.

Él la miró con los ojos muy abiertos, el aliento agitado y mucho cansancio. Sentía un gusto a cobre en la boca. La miró un largo rato, después tomó el fardo y siguió adelante, luchando contra las ramas, hasta que llegó a la última ladera, menos poblada de árboles. Había recuperado el aliento, y ahora se encontraba bastante bien, salvo el dolor en la pierna.

Ajustó las cuerdas a los hombros, hizo una respiración profunda y tomó la última ladera a la carrera.

Llegó a la cima y cayó sobre una rodilla cuando el fardo se enganchó en una rama, y durante un momento muy doloroso no tuvo aliento para soltarse.

Después se levantó de nuevo, furioso.

Algo le había desgarrado el músculo sobre la rodilla, y el fardo sujeto por el hombro contra un árbol era lo único que impedía que volviera a caerse de dolor. La boca se le llenó de saliva, se le nublaron los ojos; cuando volvió en sí todavía estaba de pie apoyado contra el árbol, y las cuerdas del fardo le cortaban la piel de los hombros. No sabía si podría moverse sin desmayarse, pero sabía que la muchacha volvería pronto y no pensaba dejar que lo viera así.

Así que recuperó el equilibrio y empujó el tronco para enderezarse, y trepó lo que quedaba del camino asiéndose de rama en rama con las manos, hasta que llegó a la parte llana del claro y vio la cabaña lejana, sintiendo sus piernas temblorosas, sin saber si la rodilla derecha podría con su peso en el próximo paso.

Sí, claro que sí, aunque fuera a regañadientes. Caminó; en medio del dolor se dio cuenta de que el establo estaba cerca, y de que podía llevar la paja hasta allí, pero quería sentarse en la galería, ése era todo su pensamiento, y seguir recto era lo único que podía hacer: si giraba sobre esa pierna, iba a quedar tirado en el suelo y no pensaba soltar el fardo ni admitir que había tenido que hacerlo.

Llegó a la galería, sin saber cómo. Dejó caer el fardo. Se sentó en el borde de la escalera y sintió el frío del viento en las ropas empapadas de sudor.

La muchacha llegaría y lo encontraría ahí sentado, impotente: por el momento, no podía siquiera trepar los escalones y entrar a la cabaña para tirarse en el jergón; y no pensaba arrastrarse por la escalera y que ella lo atrapara en esa posición.

Mañana... pensó, mañana la pierna entera se le paralizaría de dolor. Mañana sí que sería un inválido; y pensó en la humillación y deseó irse al bosque, dejar que la muchacha se preocupara, esconderse hasta que la pierna hubiera mejorado y después volver tranquilamente y decirle que había estado cazando. No es asunto tuyo, muchacha. Yo cazo cuando tengo ganas...

Como un tonto, desde luego.

Como un tonto que no puede esconderte la verdad. ¿Qué os pasa, maestro Saukendar? Así que se quedó sentado allí, dispuesto a aguantar lo que venía: y cuando la vio llegar arrastrándose por la ladera hacia el claro, primero el fardo de paja y después una figurita tambaleante en camisa blanca, se quedó quieto, frotándose la pierna dolorida. Ella se acercó y él dijo finalmente, con la voz de siempre, mientras ella arrojaba el fardo al suelo:

—Me lastimé un músculo. Hierve los paños, ¿quieres?

Ella no lo miró como él había esperado que lo hiciera: divertida y hasta burlona; solamente con un poco de preocupación, una línea entre las cejas. Estaba pálida y sudaba. Tenía el cabello pegado a la frente y las mejillas. Parecía tener deseos de sentarse a su lado. Pero:

—Sí, maestro Saukendar —dijo, y fue adentro a ocuparse de lo que él le había pedido.

Demonios, él tampoco quería la compasión de una muchacha, o su simpatía, y ciertamente no su heroísmo femenino. Se aferró al poste que había junto a la escalera y subió a duras penas los escalones. Pero en ese punto, el dolor le nubló la vista y el sudor se enfrió sobre su piel y él quedó ahí, colgado, tratando de respirar, hasta que ella volvió a salir y lo encontró en esa situación.

Lo miró con los ojos muy abiertos, una imagen borrosa en los ojos de Shoka.



—Se me ha desgarrado la vieja herida —dijo él—. Ya me ha pasado otras veces.

No en nueve años, se dijo a sí mismo, y pensó que tal vez se había quedado inválido para siempre, y todo porque era un estúpido tozudo. Pero no lo dijo.

—Voy a hervir agua también —dijo ella, y entró—. Un baño os haría bien.

—No necesito tu ayuda, muchacha. Yo me ocupo de los paños. ¡Déjame tranquilo!

Dentro no se oyó nada. Ella no salió.

—¿Me oyes, muchacha?

Ni un sonido. Shoka recordó que ya había jugado ese juego antes con Taizu. Y ella lo había ganado. Eso lo enfureció. Se había lastimado por seguir el consejo de ella sobre el equilibrio, y apenas esa pequeña zorra lo veía impotente, ignoraba sus órdenes y hacía lo que le daba la gana.

—Mira, muchacha, si quieres que te enseñe, será mejor que hagas lo que te digo y me dejes en paz...

Ella apareció en el umbral.

—De acuerdo, maestro Saukendar. Si insistís... Pero los paños se están calentando. ¿Queréis que los traiga aquí o queréis hacerlo en vuestro jergón?

—En el jergón, maldita sea —murmuró él, y soltó el poste y se arrastró como pudo a través de la galería. Ella hizo un gesto como para ayudarlo; él la apartó con la mano, apoyó la otra en la pared, y llegó hasta el jergón, y cayó sobre sus posaderas, la única forma de sentarse que le fue posible. El dolor que le recorrió por la rodilla y el muslo fue tan intenso que casi se desmayó de nuevo; tuvo ganas de romperle el cuello a la muchacha.

Pero ella le trajo los paños engrasados y él se las arregló para soltarse la bota y sacarla, y levantarse los pantalones hasta la rodilla. Después sin que apenas se diera cuenta, ella estaba de rodillas, colocándole una esterilla bajo la pierna para que absorbiera el aceite de los paños. Estuvo dando vueltas con las telas humeantes, arregló lo que él había hecho, pues no merecía su aprobación, y finalmente le puso un almohadón de colchas bajo la espalda y contra la pared, para que pudiera sentarse cómodamente y respirar con menos dolor.

Él estaba sucio y apestaba a sudor seco y a dolor, tenía briznas de paja bajo la ropa y en ese momento, sólo deseaba tener su cabaña para él solo, y su miseria para él solo, y tal vez una jarra de agua a su lado y algunas tortas secas, o lo que hubiera, y así pasar los días necesarios para reponerse.

Pero tuvo que reconocer que estaba contento de que ella se encontrara allí, y de no tener que arrastrarse para conseguir lo que necesitaba, de que los trapos se calentaran tan pronto como se enfriaban y que la cena viniera a su hora y que Jiro tuviera agua para la noche. La última vez que había estado enfermo...

... dioses, no sabía cómo había hecho para traer el agua colina arriba, no

recordaba apenas esos días, excepto que había despertado cabeza abajo en el polvo, junto a la cerca derribada y el establo, hasta donde se había arrastrado para que Jiro pudiera ir adonde quisiera y beber agua del barril o del arroyo.

Y galopar a la libertad si su amo moría.

Cerró los ojos y descansó, siguiendo el camino del dolor con la mente. Después de eso, sintió a Taizu a su lado, diciéndole que le había traído un jarro de agua tibia y paños limpios para que se lavara la cara, pero él le ordenó que se alejara y lo hizo solo: se quitó la camisa y al menos se limpió los rasguños y la suciedad que lo estaban volviendo loco.

Ella volvió a ponerle compresas calientes sobre la pierna, y se llevó los paños para calentarlos de nuevo.

Él se sintió mejor cuando la segunda oleada de calor murió sobre su pierna. Se reclinó sobre el almohadón de colchas y dormitó a medias, hasta que olió el arroz a medio cocinar y vio a Taizu, con una camisa limpia, preparando la cena.

Movió la pierna para ver qué sentía. Error.

Pero volvió a moverla, y otra vez, porque no había otra cosa qué hacer, ninguna otra obligación sobre sus hombros, nada para lo que guardar las energías. Taizu estaba allí para dar agua al caballo; Taizu estaba allí para cocinar la cena; Taizu estaba allí para hervir las compresas y le permitía atender su herida y hacer que no se entumeciera.

Apretó los dientes y siguió con la operación al día siguiente, y se sentó en el borde de la galería y trabajó la pierna con paciencia, pensando...

Mientras, Taizu estaba en el arroyo buscando agua.

... que al menos tenía suerte de no estar peor y, sobre todo, de no estar solo, porque sabía que habría cojeado por todo el lugar, protegiendo la pierna como pudiera, como la había protegido la primera vez.

Habéis perdido el centro, maestro Saukendar.

Lo había hecho una vez porque no había habido elección. Había tenido que caminar y llevar agua y pesos y trabajar, o morir de hambre, y Jiro había necesitado atención para su propia herida. Y no pensaba repetir ese error.

Así que se quedó quieto con una mujer que lo atendía, descansó boca arriba sobre la galería y movió la pierna hacia arriba un poco y la movió un poco más hasta el límite tras el cual venía el dolor. Y después, finalmente, dolorido e impaciente, decidido a ver hasta dónde podría doblarla, se abrazó las rodillas, y apretó las piernas contra su cuerpo, más y más y más, hasta que sintió otro dolor que casi lo dejaba ciego.

Pero podía doblarse, pensó, más de lo que él había supuesto.

Después pensó que tal vez se doblaría todavía más. El estiramiento que había traído los años era una mala manera de curarse. Había que desgarrar esa cosa. Darle

más flexibilidad que antes. Obligarla a hacer lo que debía hacer. Así que la atrajo más hacía sí, y más, entre vahídos de gris y niebla. Había visto cómo los zorros se mordían la pata para escaparse de una trampa. No había sabido si eso era coraje o estupidez. Ahora tampoco lo sabía. Trabajó hasta que quedó bañado en sudor, y se envolvió en la manta y se quedó quieto, fingiendo estar inválido mientras Taizu permanecía cerca, pero cuando ella estaba lejos, volvía a emprender el ejercicio una y otra vez, un poco más cada día, muy poco, pero algo, estaba seguro de eso...

Se hizo un bastón para caminar. Estaba tolerablemente ágil, una vez que se vendó la pierna para que no se doblara. Podía subir y bajar los escalones de la galería, ir a la letrina, caminar hasta el barril de agua de lluvia para lavarse, moverse por la cabaña para las pocas cosas que debía hacer.

El resto del tiempo, dejaba la pierna sin vendar y se quedaba en la cabaña o en la galería, y trabajaba con ella hasta que le corrían las lágrimas por los ojos... mientras una tonta muchacha, dotada por dioses injustos y dominados por los sacerdotes, de equilibrio perfecto y salud perfecta, se quedaba afuera en el patio, aporreando un árbol con una caña.

—¿No creéis que deberíais levantaros, maestro Saukendar? —lo incitó ella la cuarta noche—. ¿No creéis que deberíais caminar con esa pierna? Me dijisteis...

—La estoy trabajando —respondió secamente.

Pero al día siguiente (las sugerencias de ella siempre llegaban en el momento en que si hacía lo que había pensado hacer, parecía que lo hacía por su consejo, y eso lo enfurecía), empezó a caminar sin la venda; y a doblar el pie de la pierna herida sobre el primer escalón de la galería con el sano más abajo, en el suelo, una y otra vez, y ahora no le importaba que Taizu lo estuviera mirando, porque se había acostumbrado al dolor o éste era menor, no sabía cuál de las dos cosas.

La rodilla recta sobre el pie mientras la pierna se doblaba, absolutamente cierto. Si la maldita rodilla pensaba quedarse tiesa, que se endureciera en la dirección equivocada, no en la buena, que se endureciera de modo que ya no pudiera hacer el movimiento lateral, pues eso podía desgarrar los tendones y traicionar el equilibrio. Esta vez, cuando se curara, no sería sobre un caballo, con la pierna fuera de línea; o levantando el hacha para tratar de construir el primer refugio que había tenido en la montaña; o simplemente enroscado para tolerar el dolor y el frío porque él había llegado a la montaña en las lluvias y se había sentado bajo el pobre techo que había logrado fabricar, y se había concentrado solamente en tratar de no morir congelado hasta que pudo moverse y hacer el edificio un poco más sólido.

En esos primeros días no había muerto gracias a los aldeanos, que le habían traído cosas y las habían puesto a la vista del refugio; y él no les había dicho ni una palabra amable por su esfuerzo. Había esperado hasta que los muchachos se habían ido y entonces se había arrastrado fuera de su covacha y había llevado las cosas hacia allí

poco apoco, en una nube de dolor y fiebre que; hacía que esos días fueran difíciles de recordar.

Tal vez era la única razón por la que los aldeanos de Mon, habían sabido que él sobrevivía, al volver con más comida y ver que la comida anterior ya no estaba allí, y que el refugio era más grande. Había habido al menos tres visitas para dejar las ofrendas en el borde del claro, antes de que él saliera para saludarlos.

Demonios, qué loco había estado en esos días. Lo miraron como si fuera un hombre santo, y él no era más que un conejo contento de que lo dejaran mordisquear los regalos que le traían, sobreviviendo hasta que llegaran sus perseguidores.

Hasta el mismo Ghita había decidido finalmente que no valía la pena el esfuerzo. No valía la pena el esfuerzo ni las vidas, ni; la notoriedad que tal vez le daría a Shoka si seguía tratando de asesinarlo.

Tal vez Ghita había sabido que enviar asesinos a buscarlo hubiera sido hacerle un favor, algo que lo hubiera hecho vivir, moverse. Tal vez hubiera seguido adelante si hubiera habido enemigos reales, en lugar del miedo a esos enemigos. Había matado a unos cuantos hombres de Ghita. Pero sus enemigos habrían podido con él si Ghita se hubiera tomado mayor molestia que mandar a unos pocos mercenarios. Y la aldea habría pagado muy caro el ayudarlo; tal vez el señor Reidi pagaría... solamente por tolerarlo en su frontera.

¡Demonios!

Con paciencia, torsión tras torsión, la rodilla exactamente en línea, el pie sobre el segundo escalón esta vez. Doblaba la pierna cuando caminaba; se tragaba su orgullo y usaba el bastón para conservar el equilibrio, como un viejo.

Taizu no dijo nada más. Shoka la vio observándole una vez cuando había llegado con el pie hasta el segundo escalón, y mientras se vendaba la pierna de nuevo entablillando la rodilla. Se quedó ahí simplemente, vigilándolo, y no dijo ni una palabra.

Ni siquiera cuando él empezó a arriesgarse más y a doblar más la pierna, después de lo cual necesitaba el bastón para levantarse.

Pero ahora podía doblarla. Era más de lo que había hecho en nueve años. Eso lo avergonzaba muchísimo, hacer sencillos ejercicios con un bastón mientras la muchacha corría por la colina como una cervatilla, y que fuera ella la que subía sobre las vigas y el tejado para remendar las goteras, y que hiciera su trabajo y el de él, y lo atendiera y además practicara los golpes con la espada, día tras día, como una tonta enfurecida, voluntariosa, acusándolo sin querer, recordándole que con todo su dolor y su esfuerzo estaba luchando para ser algo más que una campesina.

Y maldición si no iba a lograrlo.

Se sentía obligado por una especie de honor hacia ella: sentía que tenía que hacer al menos eso o no habría forma de razonar con ella, no habría fuerza moral en ningún

argumento que pudiera usar contra sus locas ideas.

Demonios si le iba a pedir que se quedara con él por necesidad.

Demonios si iba a pedirle a una mujer que viviera con él, en los términos que él imponía, si no podía hacerlo como un hombre con poder de elección.

Y a pesar de lo mucho que lo tentaba el verla, en esos días el cuerpo le dolía demasiado como para que la tentación fuera más que teórica.

## 6

Shoka se arrodilló y se enderezó despacio sin el bastón, esta vez con la espada en la mano.

Le dolió mucho. No estaba seguro de que no fuera a dolerle siempre hasta que se puso en acción y los músculos se le calentaron.

Un hombre podía vivir con eso si ponía el cuerpo derecho y eso le devolvía la juventud que había creído perder para siempre.

Vio cómo los ojos de Taizu seguían el movimiento, vio más que respeto: una cierta aprensión, cuando ella tomó su espada y esperó.

—En guardia —dijo él.

Ella levantó la espada.

Ya no era una novicia. Conocía los pasos. Él vio la corrección de su postura y sintió la tensión de sus propios músculos al enfrentarse a un oponente que implicaba un riesgo.

Tal vez era mujer, pero, por los dioses, lo intentaba: había golpeado contra ese árbol y había renovado tres veces la paja alrededor, guack, guack, guakguak, hasta el punto de que él oía ese sonido en sus sueños, y ahora veía fuerza en el brazo de ella incluso cuando lo levantaba hacia arriba.

Uno ya no podía tomársela a la ligera. Solamente un tonto haría eso. Ella era rápida y él no practicaba desde hacía años.

—Despacio —dijo él, y empezó las posiciones lentamente, como se hacía cuando uno quería controlar tanto la forma como el equilibrio. No se podía confiar en la inercia y la fuerza para recuperarse de un error cuando uno flotaba a través de los movimientos, leve y suave como una hoja en otoño. Uno tenía que hacerlo bien o quedar como un tonto.

Taizu no parecía tonta. Ni él. Shoka olvidó el dolor ante el placer del movimiento libre, ante el placer de ver a un oponente y sentir el estiramiento de los músculos, que todavía se acordaban, después de tantos años. El aliento de los dos formaba nubes heladas en el viento, el acero pasaba junto al acero sin sonido.

Shoka fue de finta a guardia a ataques en la misma forma lenta, y vio, en el punto exacto de equilibrio, la reacción de ella, sin pánico, justo la reacción correcta, un movimiento exacto que la ponía fuera de su alcance.

—Cerca —la instigó cuando su hoja pasó junto al brazo de ella—. ¿Te diste cuenta de dónde fue eso? —Sin dejar de moverse.

—Sí —suspiró ella, y en su próximo paso giró nuevamente la hoja en círculo, fácil de evadir.

—Te mostraré otro —dijo él mientras giraba lentamente bajo la línea de ataque de ella.

Ella no se defendió: él se detuvo con apenas un pelo entre la punta de su arma y el costado de la muchacha.

—¿Ves?

—Sí —dijo ella, manteniendo la posición. El rompió la suya y caminó alrededor de ella, la tomó por los hombros y comprobó el equilibrio, marcó un lugar en el polvo con la punta del pie:

—Aquí —dijo, y después comino hacia delante y tomó la punta de la espada de ella entre los dedos, guiándola en una vuelta. Otra vez una marca en el polvo para el segundo paso, y la acompañó en su evolución, esta vez pase completo, la espada en alto. Era el movimiento más complejo que le hubiera mostrado nunca.

Dos veces, guiando la hoja. Los pies caían impecables sobre las marcas.

Demonios, pensó él, mientras recordaba a sus compañeros de estudio bajo la tutela de su padre, mientras recordaba las lecciones y lecciones que habían enseñado hasta al más atolondrado a seguir al maestro, a mantener equilibrio suficiente como para defenderse... pero no había nada atolondrado en la muchacha. Si uno le decía algo al tonto de Beijun, la indicación caía en el vacío y en el no quiero.

No pienses cuando te doy una instrucción, le había dicho él a Taizu, como al heredero en su tiempo. Cuando te doy una instrucción, sé lo que hago y tú no, así que trata de que tus pensamientos no te aparten de lo que te digo. Si hay un error en ese punto, es mío y yo te mostraré cuál es.

No improvises para cubrirte de un ataque que no entiendes, si estamos haciéndolo despacio. Detén el movimiento apenas te des cuenta de lo que pasa, y yo te diré cuál es el próximo. Hay un momento para improvisar. Ya sabes cuál es. No aprendas a pararte, no aprendas un mal movimiento. Cuando te doy instrucciones, espera a que te las dé. Tú sabes cuál es la diferencia.

—Otra vez —dijo él sin guiarla en esta ocasión.

Uno, dos y tres.

—Hermoso.

Entonces, él volvió a ponerse en guardia e hizo el pase con ella; entró y recuperó el momento, y ella empezó la evolución con una vuelta propia, lenta, lentamente.

—El charco refleja —dijo él—. Mi movimiento y el tuyo.

Ella lo repitió y se detuvo.

El se detuvo también.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Cambié mi posición?

—No, maestro Saukendar —dijo ella, suavemente, con precisión, sin que se movieran ni la espada ni los ojos—. Pero vos no me dejáis seguir. ¿Qué hago ahora?

—Eres muy directa. —También suavemente, los ojos sobre los de ella. Pero ella tenía toda la razón—. El próximo movimiento es como el primero. Practica el primero de nuevo. Sé mi reflejo hasta que te diga que hagas otra cosa.

Uno, dos y tres. Uno, dos y tres.

—El que sigue —dijo ella.

—De nuevo —dijo Saukendar—. La impaciencia es un defecto —murmuró cuando se detuvieron—. Siempre hay exactamente el tiempo suficiente cuando haces algo bien, ni más ni menos. Tu espada no tiene hoja. Solamente tiene tu intención. Cuando eso se pierde, no tienes arma. Sigue.

Uno, dos y tres. Como el maestro Yenan le había enseñado a él. Mientras, las hojas caían y la huerta se convertía en un campo castaño con la primera helada.

—¡Arriba! —dijo Shoka, y envió la hoja bajo los pies de Taizu, dio un giro con la espada que lo colocó detrás de ella y después la levantó para el ataque, mientras se ponía en la posición correcta para parar el golpe, buscando el final del ejercicio.

—¿Ahora cuál será el próximo movimiento? —le preguntó él.

—Bajaréis la línea —dijo ella.

—Tal vez no lo haga.

—Es más difícil subir desde esa línea.

—Tal vez lo haga justamente por eso. Tal vez no lo esperarías...

—Peligroso, sin embargo.

—Soy el mejor. ¿Qué haré?

—Otra cosa, una tercera opción. Algo que no sea torpe.

Él estaba contento, divertido, pero no se rio. No bajaba la guardia con ella. Ésas no eran las reglas del juego más rápido.

—¿Qué será?

—Podrías dar una vuelta otra vez y hacer que yo os siguiera.

—¿Cuál sería la ventaja?

—Seguir requiere atención. Termina con lo que quiere hacer el oponente. La intención es la hoja.

El viejo catecismo, murmurado en un aliento helado y blanco bajo un cielo gris de otoño.

—Otra vez —dijo él, retomó el ejercicio desde el comienzo.

Estaban en camisa y pantalones. El sudor brillaba en la frente de ella y le corría por el cuello a pesar del frío; la camisa blanca colgaba húmeda y pegada cuando ella giró y golpeó y volvió a girar. Él se dejó ir con la belleza del momento, la intoxicación del movimiento, el suyo propio y el de ella.

Eso era lo que ella le devolvía. Enseñándole, se enseñaba a sí mismo. Y le agradaba. A su tiempo, se decía, él le agradecería a ella.

Y no habría más estupideces.

La empujó hacia el viejo árbol que daba sombra a la cabaña. Ella se negó a dejarse llevar y trató de ganar terreno, lejos de las raíces de los árboles.



—Ah —dijo él, y se apartó, dejándole lugar.

Sin empujarla, sin forzar a la novicia a situaciones peligrosas, sin burlarse de ella para salvar su orgullo. Era honorable con ella.

Pero ella presionaba. Lo hizo retroceder para empujarlo, y en una decisión de un segundo, él la dejó, le dio el terreno que ella quería, retrocedió.

Ella cambió el esquema en el segundo paso.

El hizo un movimiento instintivo y con un brusco latido del corazón, la vio girar y darse la vuelta.

—¡Alto! —gritó.

Ella se detuvo. El vio la sangre sobre la manga. Le latía el corazón en el pecho. Ella parecía sólo confundida.

—Estás herida, muchacha.

Ella miró su cuerpo mientras la sangre le corría por la mano que sostenía la espada, sin encontrar la herida todavía, aunque la sangre manchaba ya el polvo. Él le tomó el brazo y encontró el corte, mientras ella volvía la cabeza para ver. La sangre le manchaba la camisa. El la tomó por abajo y le sacó la prenda por encima de la cabeza, ante las protestas de ella, que cubría su pecho por cuestión de pudor.

Estaba en la parte de atrás del brazo, un corte largo como un dedo y por suerte, nada profundo.

—Ni siquiera lo sentí.

—Estúpida. —Él la tomó por ese brazo—. No intentes un truco como ése otra vez. No conmigo.

—Lo lamento, maestro Saukendar.

—No es profundo. Podría haberte dejado inválida, ¿me oyes?

—Sí, maestro Saukendar.

La dejó ir, y fue a buscar la funda de la espada, mientras ella se volvía a poner la camisa y hacía lo mismo, fuera de la galería.

—Ven adentro —dijo él—. Mierda, es una camisa buena.

—Lo lamento.

Él la llevó al interior, le sacó la camisa de nuevo y le curó el brazo y se lo vendó. Sabía por experiencia que, para entonces, ya debía de estar doliéndole mucho.

—¿Te duele?

—Sí —dijo ella.

El corazón de Shoka se había calmado un poco. Se sentía bastante tranquilo. La apretó contra él con la camisa que ella sostenía para cubrirse.

—Podría haber terminado con tu brazo, tonta. No me empujes. Nunca.

—Sí, maestro Saukendar.

—Ve a lavarte. Y lava la camisa. Estás hecha un desastre.

Ella se fue. El frunció el ceño tras ella y decidió que no había pasado nada. Pero

mientras lavaba las cosas al otro lado de la cabaña, en el barril de agua de lluvia, el momento volvió a su mente: ese segundo en que, llevado por el instinto, había atacado de una forma que ella no conocía, una forma que, con toda su fuerza, podía haberle arrancado el brazo. Seguía viéndolo, una y otra vez, y se sintió descompuesto.

Seguía viéndolo: la miraba de tanto en tanto cuando se sentaron para la cena —en la galería no, no con el frío del viento de la noche— porque la visión de ella entera y sana era una cura para lo que él seguía sintiendo en su mente. Taizu sangrando en el suelo, inválida por los golpes de su espada...

La miró entre bocados de arroz, preocupado; Taizu sabía de eso, él estaba seguro, sabía que él estaba pensando en ella, que tal vez tenía algo que decir sobre la situación, que tal vez pensaba que ella había cometido un error imperdonable, y ése no era el caso. Era un error de estudiante. Era su error... haber dejado de esperar que ella cometiera tonterías como ésa.

El disfrutaba enseñándole, pensaba con deleite en las lecciones, sentía placer al hacer cosas que no había podido hacer en años, y le devolvía su adolescencia, no los años de muerte, no los duelos, no la sangre ni el dolor, sino el simple placer de la habilidad y la perfección. La voz de su padre. La del maestro Yenan. El gran patio polvoriento y gris en Cheng'di, con los dragones pintados de rojo en las puertas. Caras de amigos, la mayoría ya muertos.

Taizu, en movimiento bajo la luz del sol... Taizu, en guardia, cada bella línea de su cuerpo, desde la curva delgada del tobillo a las caderas, al brillo del cabello bajo la luz...

El le había dado esa gracia. Ya casi no podía recordar a la porqueriza. Y la cicatriz era parte de Taizu. Tenía una cierta simetría: le pertenecía a ella, era parte de esa cara. Parte de esa persona, y él había llegado a creer que ella seguiría allí para siempre, día y noche...

Matar a Gitu.

Dioses. Dejar la montaña, caminar atravesando el país, arrojar su vida por la ventana...

No iba a hacerlo, maldita sea.

Él no iba a permitirselo.

—Lo lamento —dijo ella finalmente, tras una cena que había sido toda silencio.

Él la miró con rabia.

—Sé lo que hice —dijo ella.

Lo que quería era que él le preguntara.

Y entonces hablarían, y entonces todo estaría bien y todo volvería a ser como antes.

Hasta que pasara algo peor.

—¿Qué hiciste?

—Pensé que sería inteligente. Pensé que vería si lo que yo creía era correcto, si la razón por la que se aprende por movimientos es porque esos movimientos dependen de la posición de los pies, y si vos me dejabais hacerlos retroceder era para hacerme ir directa hacia donde vos queríais que fuera... así que creí que podía detener eso si hacía un cambio.

Él la miró con los ojos muy abiertos, el ceño fruncido, en un silencio largo, mientras seguía cada una de sus palabras.

—Estabas pensando.

—Yo... —Ella apretó los labios y se quedó muy quieta un segundo, después asintió—. Lo lamento, maestro Saukendar.

Él descansó el brazo sobre la rodilla, el mentón sobre el brazo, y la miró.

—Escúchame, muchacha. Querías que te enseñara. Lo he hecho, hasta ahora. Eres extraordinariamente buena para ser mujer. Probablemente eres mejor en cierto modo que la mayoría de los que salen de las escuelas de Cheng'di. Pero eso no te salvará la vida, ¿me comprendes? Te hice una promesa porque no quería que siguieras vagando sola y te volvieran a atrapar los bandidos o te murieras de hambre en el camino. Mírate ahora. Eres una chica preciosa. ¿Me he portado mal contigo?

Los labios de ella estaban pálidos a la luz de la lámpara.

—No —salió de ellos, casi sin movimiento, y las ventanas de la nariz se movieron con gran violencia, como las de un conejo atrapado.

—Tenías terror de que quisiera forzarte. No lo hice. No es que haya sido fácil, eso lo sabes. Pero mantuve mi palabra, ¿verdad?

Un movimiento con la cabeza, igual que antes.

—Esto no es Chiyaden. Una mujer que viva aquí... necesita saber cazar; saber cómo usar el arco; tiene que ser fuerte y poder usar un hacha y correr por una colina. Las damas de la corte aprenden a pelear con espada y bastón. No hay nada de malo en eso. Una mujer debe aprender a cuidarse sola...

... eso no habría ayudado a Meiya.

... si yo hubiera estado allí.

... si lo hubiera visto venir.

—... y yo me había vuelto un vago aquí arriba. Disfruto con, estos ejercicios. Y si quiero enseñarle a una mujer más de lo que generalmente aprenden las damas, es cosa mía. Pero cuando le enseño, tengo que enseñarle otras cosas, como la sensatez de, conocer sus propios límites.

—Prometisteis...

—Escúchame. Si hay un error, es mío. Por esperar que tuvieras sentido común y renunciaras a tus planes. Te he tratado como a una mujer. Si crees que me hiciste retroceder...

—Sé que no lo hice...

—Claro que no. Debería haberte empujado directamente contra el árbol. Eso es lo que quiero decir. Tal vez eres lo suficientemente buena como para atrapar a un par de campesinos. Tal vez podrías matar a un bandido. La mayoría de ellos son pésimos con la espada. Un guardián de un señor es algo muy diferente: todos ellos tienen el doble de tu peso, mucho más alcance que tú con el brazo, tal vez no tan ágiles, pero no cuentes con eso... un hombre que se pasa al menos una hora al día ejercitándose no es algo fácil para nadie, jovencita, e incluso si llegas a atrapar a uno en un mal día, sus tres amigos se ofenderán mucho. Dame tu mano. ¡Dámela!

Ella se mordió el labio y le dio la mano muy cuidadosamente.

—Ahora empuja mi mano y trata de bajarla hacia el suelo.

Ella lo intentó. Lo hizo resistirse más de lo que él había esperado, pero la mano se mantuvo firme incluso cuando ella lo intentó también con el hombro.

Taizu volvió a sentarse con el ceño fruncido.

—¿Quieres tratar de mantenerme a raya?

—Dijisteis que no debemos pelear.

—A veces no puedes evitarlo. A veces son cinco y seis y no tienes más remedio. A veces son más todavía y a veces no hay lugar para retroceder, tienes que dominar el espacio. Te enseñé los movimientos que puede hacer una mujer. Pero hay algunos que son imposibles para ti.

—Intentadlo.

—Lo que quieres es imposible, muchacha. Un hombre no tiene que ser mejor que tú para vencerte. Le basta con ser más fuerte y la mitad de bueno... y eso quiere decir que un estúpido guardián puede cortarte la cabeza. Eso quiere decir que un estúpido soldado puede pasar una espada de lata justo por debajo de tu guardia, y si no te atrapa él, lo hará su compañero, por la espalda. Así es el mundo. No eres lo suficientemente fuerte. No puedes hacerlo todo con la espada y no puedes evitar todo lo que te ataca.

—Solamente tengo que poder contra uno.

—Estás loca. No vas a llegar a ése, morirás en una zanja cualquiera, por nada. Si tienes suerte...

—¡No tengo miedo!

—¡Eres una estúpida entonces! O una mentirosa.

—Vos jurasteis que me enseñaríais. Si no me enseñasteis bien, estáis quebrando vuestra palabra. —Los ojos de la muchacha brillaron con lágrimas retenidas—. Y entonces vos sois el mentiroso, maestro Saukendar.

—Vete al diablo.

El mentón de ella tembló. Taizu lo miró, desafiante.

—Escúchame, muchacha. Escúchame. Si te ataco, como tal vez suceda, te

romperé los huesos. Justo en los hombros. En la primera lucha franca, verdadera, te quedas sin brazo. ¿Eso es lo que quieres?

—Si me enseñáis de ese modo podéis pegarme, las cosas son así, ¿verdad? Queréis que me maten entonces.

—Tonta. Te digo lo que va a pasarte.

—Me disteis vuestra palabra.

—Ya te dije cómo te di mi palabra y para qué. Escúchame. Eres buena. Eres muy buena. Pero no puedes hacer lo que quieres. No puedes cambiar la naturaleza. Olvida esa idea loca. Tienes un techo sobre tu cabeza. Tienes una cama caliente. Puedes quedarte conmigo todo lo que quieras. —Respiró hondo y decidió arriesgarse, en voz alta, lo mismo que había estado pensando... al infierno con su prestigio, las cosas que dirían en Cheng'di. Al infierno con la mirada de su padre, si su padre estuviera vivo para escucharlo; pero su padre, por suerte y gracia de los dioses, tampoco había visto muchas de las cosas que habían pasado antes—. Como mi esposa, o lo más cercano a eso que se pueda pedir. No es una mala vida la de la montaña, ¿verdad?

—No —dijo ella con la voz serena.

—No, ¿qué? ¿Qué otra cosa vas a hacer? ¿Ir al castillo de Ghita? ¿Quedar como una tonta? Le darán tu carne a los perros.

—Me disteis vuestra palabra, lo jurasteis.

—¡Hice una simple promesa! Y no cuenta: una promesa a una loca, demonios.

—No, dijisteis que lo jurabais. Y yo también, maestro Saukendar. Yo también hice un juramento. Y me enseñaréis.

El se mordió el labio, mirándola con rabia.

—Eres una perra terca.

—Yo hice un juramento. Y lo cumpliré. Y vos también. Me enseñaréis como corresponde. No haréis trampa.

—¡No hice trampa!

—¿Qué otra cosa es retroceder cuando yo no os forzaba a hacerlo en realidad?

—¡Estúpida muchacha! ¿Quieres que te rompa los huesos?

—Quiero justicia, maestro Saukendar. Quiero que hagáis lo que prometisteis. Si no podéis enseñarme más que esto, es vuestra culpa, ¿verdad, maestro?

—Tonta, te digo. Eso sucede. Le sucede a los hombres, a los mejores. ¿Qué posibilidades crees que tienes? Te cansas, muchacha, te cansas y cometes un error, te calientas en la armadura equivocada, no puedes mantener el equilibrio, algún estúpido de la infantería te mata el caballo... ¿qué vas a hacer entonces?

—Podéis enseñarme eso. Como me prometisteis.

—Tonta —murmuró él, y no dijo nada más por un rato. Finalmente, dejó de tener ganas de decir algo y se fue a su jergón y se desvistió, sin prestar atención a la sensibilidad de ella, desafiándola deliberadamente, y fue hasta el hogar a servirse

vino de arroz y calentarlo.

—¿Quieres? —le preguntó con brusquedad, mirándola. Pero ella ya había recogido los platos y se estaba metiendo en la cama, con ropa y todo.

—No —dijo ella sin mirarlo; se metió bajo las colchas con la cara hacia la pared y después se tapó hasta la cabeza.

—Va a ser un invierno muy largo, muchacha. Puedes beber vino conmigo. Hablemos de la corte. Hablemos de lo que quieras.

—No. —Desde debajo de las colchas.

El se quedó ahí pensando ideas poco caballerosas un largo rato, mientras se calentaba el vino. Después tomó el tazón y apagó la luz.

—Me voy a mi cama —dijo en la oscuridad.

No hubo respuesta desde el otro jergón.

Así que él se sentó en la oscuridad y bebió todo el vino, y trató de no pensar en ella, en la espada que casi la había dejado inválida, o en Chiyaden y en emboscadas de campesinos desagradecidos.

Siguió viendo ese momento más allá de sus párpados. Vio al primer hombre al que había matado. Vio a muchos otros, y vio la ruina en que una espada podía convertir a un hombre. A un buen hombre. Inválidos, heridos, aullando en el polvo.

Había tenido otra mujer, y era tan incapaz de razonar con ésta como con la primera.

Debería haberse acostado con Meiya, se dijo, la primera vez que la idea se le cruzó por la mente. Habría habido un escándalo. Una boda rápida. Y Meiya ya no hubiera sido una virgen antes de que el Emperador siquiera hubiera pensado en reclamarla para el estúpido sanguinario de su hijo, habría estado a salvo de todo lo que le había hecho su esposo.

El no debería escuchar tantas estupideces, debería adoptar una actitud resuelta con Taizu, mostrarle lo que podía la fuerza de un hombre contra su modestia: después de una noche o dos, ella se entibiaría, entraría en razones, descubriría que los modales de un caballero son distintos de los de los hombres que había conocido...

Todo parecía muy razonable. Hasta que pensó en Taizu. Hasta que recordó lo que le diría en el momento crítico: Me disteis vuestra palabra, maestro Saukendar.

—¿Cómo está el brazo? —le preguntó en el desayuno.

—Muy bien, maestro Saukendar.

Él tomó otros tres bocados.

—Hoy puedo entrenar —dijo ella.

El no dijo nada.

—No estoy entumecida, maestro Saukendar. No tengo nada. Casi no me tocasteis.

—Me detuve, carajo, reaccioné totalmente para detener esa espada. Arriesgué mi

cuello para detenerla, aclaremos las cosas, ¿quieres?

—Yo no os habría atacado...

—¿Entonces para qué diablos crees que tienes una espada en la mano?

Taizu tenía la boca abierta. La cerró, rápido.

—De acuerdo —dijo él, mirándola con furia—. Quieres que te enseñe como a un hombre, tú lo has querido.

La armadura le llegaba hasta la rodilla.

—Es pesada —dijo ella, tambaleándose cuando él se la ajustó con cuerdas alrededor de la cintura, cruzando las ataduras sobre el pecho porque tenían que superponerse para que quedara ceñida. Y él se había cubierto los brazos y piernas con cuero y telas viejas, porque las mangas de la armadura y las espinilleras estaban imposibles.

—Quieres que te enseñe —dijo él.

—¿Qué vais a usar vos?

—No me preocupa —dijo él—. Tú eres la que puede perder una mano. —Retrocedió, tomó su espada y señaló la de ella—. Ahí tienes. En guardia.

Ella se tambaleaba un poco al moverse. Pero se enderezó.

Al día siguiente, él la puso sobre el lomo de Jiro y la dejó que sintiera lo que era cabalgar con el peso del metal encima, cuando hasta entonces sólo se había sentado sobre el lomo del animal mientras éste holgazaneaba en la pradera.

—Si vas a ser un caballero —dijo él, bromeando—, deberías saber montar a caballo.

Y después subió él, levantó las riendas y dijo:

—Pásame mi espada. Tienes mucho que aprender, muchacha. Veremos cómo te las arreglas como jinete.

Esa noche hubo más trapos hervidos.

—¿Quieres renunciar? —preguntó él.

Ella se dio la vuelta y lo miró con ojos acusadores; estaba boca abajo en el jergón mientras él le ponía compresas en la parte posterior de las rodillas.

—No —dijo.

Y él:

—Cuanto más la usas, más pesada es.

La flecha voló en el aire, el ciervo se asustó con el sonido del arco de Shoka y la flecha llegó con fuerza, directa al corazón. No cazaban por deporte, era para conseguir la carne del invierno, y no corrían riesgos. El ciervo se lanzó hacia delante con el impacto, corrió unos pasos y se desplomó ruidosamente sobre un arbusto nevado.

Shoka le cortó el cuello por si acaso, y Taizu puso una cuerda de cuero crudo

alrededor de las patas y pasó el otro extremo por una rama.

Venado para todo el invierno. La piel y los cuernos y los huesos para un buen par de pantalones y un mango de cuchillo, y lo que pudieran inventar las largas tardes de invierno.

—Nunca he comido venado —le confió Taizu.

En realidad, le dijo él a su vez, generalmente comía jabalíes. Pero esta vez eran dos para alimentar, el venado estaba allí y entre los dos podían llevarlo hasta la cabaña.

Hicieron carne ahumada con gran parte del venado, fiambres, curaron la piel y colgaron el resto, congelado, en la galería de la cabaña.

Y en las tardes de invierno, con la nieve fuera y Jiro acomodado en el establo, Shoka le enseñó a hacer flechas, a tallar un arco... trabajo de hombres; pero era lo que él sabía, y hacía que pasaran las noches, y agradaba a la muchacha y las horas pasaban apaciblemente.

Los ojos de ella seguían cada uno de los movimientos de sus dedos, y los de él seguían la luz en los de ella, y la pequeña curva de una sonrisa que a veces podía conseguir de aquel rostro marcado.

Y sus pensamientos la seguían noche tras noche. Intentaba ver si ella seguía resuelta a no ceder, un cumplido leve, un roce de la mano mientras ella trabajaba.

Ella se encogía y decía, de una u otra manera:

—No.

Y así pasó el invierno... de día nevado a día nevado, y entonces se quedaban encerrados en la cabaña, excepto cuando tenían obligaciones inaplazables como llevarle agua a Jiro y pasarle el cepillo y lavarlo y sacarlo a hacer ejercicio, y acomodarlo en el establo para la noche.

Él le mostró la forma de fabricar la cuerda para el arco y la forma de atarla. Le dijo la razón por la que algunas flechas tenían ciertas puntas y ciertas plumas, y cómo elegir las plumas y cómo colocarlas. Le mostró, con el suelo de tierra de la cabaña cubierto de esterillas, algunas de las artes elementales que le había enseñado el maestro Yenan, la forma de parar un golpe con los dedos, el uso de un poco de madera o la mano desnuda o el pie para paralizar un miembro o disuadir a alguien que quisiera ponerle las manos encima.

Eso se lo habrían enseñado las monjas. Él se lo recordó y ella le dijo:

—No me habría quedado mucho tiempo.

—¿Adonde habrías ido? —le preguntó él.

—No lo sé —dijo ella, evadiendo la pregunta.

No lo miraba a los ojos cuando respondía, así que él supuso que ella habría vuelto al camino, para ser bocado para los más fuertes y más rápidos que ella, y no le gustaba imaginar eso.



Le contó historias, y ella le contó otras a él; cómo era la corte, cómo era Hua. Se sorprendieron uno al otro, pensaba él; al menos los ojos de ella se agrandaban cuando él hablaba de la corte y de la mesa del Emperador, donde los platos venían escondidos bajo plumas de pavo real, y los jabalíes asados llevaban castillos de caramelo en el lomo, alas de plumas de cisne y rubíes verdaderos en los ojos.

—Nosotros comíamos bien —recordaba ella, al hablar de Hua, y las cosas que decía le dibujaron una granja próspera, una gran familia... mis hermanos, decía ella, y a veces en su historia había nombres como Jet y Mani. Hablaba de un ciervo que la hija del señor Kaijeng había tenido como mascota hasta que los cazadores del señor Kaijeng lo mataron por error, y entonces (no había una sola de las historia de Taizu que no tuviera un final desdichado), dijo que la dama y su esposo murieron, que la dama se había suicidado y el esposo había muerto en el ataque al castillo. Taizu no derramaba lágrimas por ellos. Solamente se ponía melancólica; y él pensaba en la muerte de Meiya y sentía la misma melancolía.

Pero nunca le habló de Meiya. Ella era una niña. Él no, y no podía decidirse a confiar esos recuerdos complejos y dolorosos a sus oídos, ni siquiera cuando estaba un poco borracho. Solamente se quedaba callado y cabizbajo, y el silencio se ponía pesado por un momento.

Esa noche, ella también estaba un poco borracha, con la tormenta que aullaba alrededor de los dos. Reunió todo su buen humor y le mostró un juego que jugaban en Hua, cuando venían las nieves, pero era un juego que él conocía, uno que también jugaban en la corte. Así que eso resultó ser algo que los dos compartían.

Él recordaba un mundo mientras jugaba con fichas improvisadas, un mundo en el que había jugado con piezas de marfil y jade por mucho dinero, mientras ella recordaba su hogar, tal vez, y fichas de piedra y una horda de hermanos, y a sus padres. Pero ahora jugaban por cosas como «Quién trae el cubo» y «Quién hace el desayuno».

Él sugirió otras apuestas, pero ella lo miró furiosa y él le aseguró que solamente bromeaba.

—De acuerdo —dijo él—, si pierdes, me mantienes caliente esta noche. Nada más. Nada con las manos.

—No lo haré —dijo ella, firme—. Tal vez hagáis trampa.

—¿En qué? Además, un caballero no hace trampa.

—Ja, ja —dijo ella, breve, las manos sobre las rodillas.

—¿Qué significa eso?

—Sé lo que queréis. Y no vais a conseguirlo. No voy a dejaros romper vuestra promesa. Así que eso es todo.

—Tú pierdes —dijo él—. Es una noche muy fría.

Ella meneó la cabeza.

—¿Queréis jugar? —preguntó—. Los platos de mañana contra que yo le pase el cepillo al caballo.

—De todos modos lo haces. No sirve como apuesta.

—Entonces contra quién trae la leña la próxima vez.

—De acuerdo —dijo él.

Y jugaron mientras la nieve caía en la noche más fría del año y tomaban un poco más de vino de arroz.

—Vamos —dijo él cuando ella se alejó tambaleándose hacia su jergón y él se sentó en el suyo, más que un poco borracho. Palmeó el lugar que había junto a él—. Hace mucho frío. No tiene sentido estar tan incómodos. Te lo prometo, solamente pienso en la comodidad. No te voy a hacer nada que no quieras que haga.

—No —logró decir ella a pesar de la borrachera, y se fue sola a su jergón, y se enroscó en un ovillo bajo las colchas, sin desvestirse.

El carámbano de la esquina de la galería creció espectacularmente y al final cayó con un estruendo considerable una tarde, dejando añicos de cristal y un arroyo que se alejaba bajo el tibio sol.

Había barro por todos lados, pero los vientos habían cambiado, quemando la nieve a una velocidad increíble, y Jiro pateaba como un potro, moviendo la cola y retozando en la pastura en una danza desvergonzada.

Quiere yeguas, se dijo Shoka con desolación, pensando en el caballo y en la muchacha que lo atendía, cumpliendo con su prenda del juego, llevar el cubo por el sendero embarrado desde el arroyo, y sacudirle el barro a Jiro, que de todos modos después volvería a revolcarse.

Un invierno duro, la primavera sería peor. Shoka se sentó en la galería, rascándose el principio de barba en el mentón, hundiendo la navaja en un pote de agua caliente y pensando con amargura en el tiempo cálido que pronto convertiría toda la colina en una locura verde y enmarañada, las yemas estallando, la naturaleza libre y enfurecida procreando y perpetuándose.

Shoka suspiró, observó, con el ceño fruncido, bajo un mechón de cabello despeinado, la figura lejana, delgada, y pensó que había perdido su mejor oportunidad cuando estaban los dos borrachos en la mitad del invierno.

Lo lamento, muchacha, no sabía lo que hacía.

Se imaginó una mañana después de eso, en la que la muchacha cambiaría totalmente de opinión, olvidaría sus intenciones y sus tonterías para dedicarse a él completamente.

¡Crash! Otro carámbano.

En realidad, no sabía lo que haría ella si le ponía una mano encima, pero en pleno día no creía que fuera a cambiar de actitud, no era muy probable. Nunca había tratado de pensar como una porqueriza que había jurado matar al señor de Chiyaden. Pero últimamente trataba de pensar como Taizu y conseguir alguna que otra sonrisa y una risa o dos era ya suficientemente difícil. Taizu...

... No se le ocurría lo que ella podía hacer en ese caso. Pero dudaba que fuera algo pacífico o agradable.

Tonta. Una tonta del diablo a la que se había acostumbrado. Y después de nueve años de celibato...

Otro suspiro.

Un hombre diría que llevarse a esa muchacha a la cama era lo más importante. Pero sería una mentira. Lo más probable era que en el segundo siguiente, ella estuviera bajando la colina, escapándose de él... eso era lo que había pensado en todo el invierno: contemplar esa colina, como ahora, sin la visión de Taizu nunca más; y

tomar su cena en las noches de un silencio perpetuo... eso era insoportable.

Cuanto más se quedara, más se acostumbraría a él. Y cuanto más se acostumbrara a él...

Las damas de Chiyaden lo habían considerado muy buen mozo. Y los dioses eran testigos de que él intentaba tratar a esa pequeña zorra con toda la delicadeza posible.

Había que verla... Hundida en el barro, con una de las camisas que se habían intercambiado, los pies descalzos y sucia hasta las rodillas: era extraordinario que no se congelara. Pero ella había caminado descalza desde Hua, seguramente las botas que él le había hecho significaban el primer cuidado que sus pies habían recibido.

Los discípulos nacidos de familias nobles tenían que trabajar para endurecer sus manos y sus pies. Los de Taizu eran duros y, sin embargo, la espada le había hecho callos. La seda crujiría sobre esas manos.

Pero... pensó él...

Pero así era Taizu. Y solamente había una como ella.

Todavía lo intentaba. Era un trabajo lento. Esa noche, en la cena.

—Deberíamos ir a cazar de nuevo —dijo él. El ciervo ya se había convertido en despojo para los pájaros y los castores, y él lo había arrastrado lejos ese día, para mantener a las alimañas apartadas de la cabaña.

Ella asintió, los ojos brillantes sobre el borde del bol.

—¿Sabes? Las damas de Chiyaden usan palillos de marfil para comer. Y comen con bocados muy pequeños. Así. —Se lo mostró.

Ella se rio de él, una arruga en los extremos de los ojos, como si eso no fuera más que una broma, como los cerdos con ojos de rubíes.

—Hasta los caballeros comen con bocados más pequeños —dijo él, pensando que si lo que ella quería era ser un caballero, al menos podía adquirir algo de gracia cortesana—, y usan servilletas en lugar de las mangas.

¿Qué hacen con los rubíes?, le había preguntado ella en cuanto a los cerdos. Taizu iba siempre al corazón de la cosa. Y estaba esperando una historia. El se daba cuenta.

—¿Sabes quién inventó los palillos?

—No.

—Era una mujer golosa que no quería esperar a que se enfriara el arroz. Y no quería quemarse los dedos.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿De qué provincia era?

—De Hua.

—No es verdad —dijo ella, definitiva, como si lo hubiera sabido antes.

El ahogó una carcajada, llenándose la boca de arroz, y dijo:

—Bueno, tal vez era de Yiungei.

Taizu dijo:

—¿Sabéis cómo llegó el perro a la luna?

—No sabía que hubiera un perro en la luna.

—Claro que hay uno. Si miráis bien, lo veréis.

Ella se inclinó y señaló hacia afuera.

—Es una vieja.

—¿La misma que inventó los palillos?

—Probablemente.

—El perro robó la cena de esa vieja y ella lo persiguió con un palo. Así es cómo llegó allá. Es un perro con mucha hambre.

Todos los meses se hace más y más pequeño de hambre, hasta que desaparece, pero los dioses le tienen lástima y lo alimentan, así que crece de nuevo y nunca se va.

Era una historia con esperanza. Él se rio.

—A mí me dijeron en la provincia de Kiang que era un conejo. Que saltó hasta allá.

—¿Por qué?

—Probablemente porque lo estaba persiguiendo el perro.

Ella lo miró de una forma extraña.

—Lo juro —dijo él—. Eso es lo que me dijeron.

Siempre debería ser así, pensó él. Ella debería estar aquí siempre. Todas las noches. Siempre.

—Creo que os estáis burlando de mí.

—Nunca me burlaría de ti. Lo juro. En serio.

Ella frunció el ceño.

Él sonrió.

Ella se levantó con rapidez y fue hacia adentro.

—¿Taizu?

Ah, demonios.

—¿Taizu?

Él se levantó y fue tras ella. Estaba dentro, reuniendo los tazones para lavarlos.

—No me estaba burlando de ti, mierda. ¿Es que no se puede bromear contigo?

—Yo no sé cuándo bromeáis —dijo ella, amargada—. No creo que me hayáis contado nada cierto.

—¿Como qué?

—Como todo lo de Chiyaden.

—Bueno, pues es cierto. Lo de los cerdos y los rubíes. Y lo de los palillos de marfil.

Ella arrojó el bol dentro de la olla y el agua salpicó a su alrededor.

—¿Habéis terminado? Me llevaré vuestro plato.

—No vas a ir allá afuera en la oscuridad. Te podría comer un oso.

—Como los cerdos. Sé cuidarme sola.

—No lo dudo. Va a ser un mal día para el oso. Ven a la galería. No seas tonta. No me reía de ti. Estaba bromeando.

—Es decir, riéndoos de mí.

—¡No me estaba riendo de ti! ¿Me llamas mentiroso?

—No, maestro Saukendar. Vos sois un caballero. No mentiríais nunca.

Él se quedó inmóvil en el umbral, y ella con la olla llena de agua en la mano.

Y de pronto, él pensó que estaba en una posición peligrosa. Vio cómo la idea pasaba por los ojos de ella. La miró para que ella viera lo que él estaba pensando.

Y los dos se quedaron quietos como tontos obstinados.

—Podemos quedarnos así toda la noche —dijo él.

—Sí, maestro Saukendar.

El suspiró, dio un paso y se apartó para dejarla pasar.

—No me reía de ti —le gritó a la espalda—. Te estás portando como una perra ingrata.

Ella salió a la galería, hacia el frío y la oscuridad.

Así que él calentó el vino y se sirvió un traguito y se fue a la cama.

Ella volvió en silencio y apagó la vela y se fue a su jergón.

Por la mañana estaba muy dulce. Hizo un desayuno especial, con salsa. Y no dijo nada de la pelea.

El tampoco dijo nada, sólo la miró fijamente mientras comía.

Ella parecía encontrarse incómoda y se fue a hacer las tareas de la mañana.

Era una especie de victoria.

Se ejercitaron con las armas en la nieve; en la galería, y subiendo y bajando los escalones... para que ella supiera qué hacer dentro de una casa, le había dicho él.

Ahora, con la nieve solamente en las copas de los árboles y la parte alta del patio seca, lo hacían en el patio, junto al viejo árbol, con el aliento helado en el aire y el barro hasta las rodillas.

—No siempre hay buen terreno para luchar —dijo él—. Uno elige el terreno cuando puede. A veces no se puede.

Taizu bajaba dificultosamente por una zona húmeda. Él la seguía con la espada, dominante, y saltó hacia atrás cuando ella trató de golpearle las piernas, rodó y siguió adelante.

—¡Muy bien! —aulló Shoka, y dio una vuelta con la espada para atraparla por el hombro (si ella no se hubiera agachado y le hubiera ofrecido la punta de la suya, tomada con ambas manos, en un movimiento defensivo).

—Alto, alto. Una defensa muy mala.

—Estoy viva.

—Sólo te has ocupado de mí. ¿Qué vas a hacer con el hombre que tienes detrás?

—No hay nadie detrás.

—Claro que sí. No me pongas la mejilla, muchacha...

—Funcionó —dijo ella.

—¿Quieres que te enseñe o quieres discutir conmigo?

Ella respiró un poco más tranquila y se pasó la muñeca recubierta de cuero por la cara.

—Sí, maestro Saukendar.

—¿Sí, cuál de las dos cosas?

Ella respiró de nuevo y volvió a ponerse en guardia.

A él le dolía la pierna. Estaba fuera de forma, cansado.

—Más despacio ahora. No improvises. ¿Me oyes?

Ella asintió:

—Oigo. ¿Podéis enseñarme cómo hacer eso?

—No estás lista. Te caíste. No hagas el payaso cuando te caigas. —Primero empezó con un movimiento lento hacia delante, de nuevo los movimientos iniciales —. Estás cogiendo malos hábitos.

—No estaba... no estaba haciendo el payaso. ¿Qué voy a hacer... qué voy a hacer cuando pase algo... que vos no me hayáis enseñado?

Entonces él pensó en la primavera; y en el deshielo; y después, con un escalofrío: Está hablando de irse.

—No estás lista, todavía. Ni siquiera cerca.

Vio el ceño fruncido. Se sintió todavía más frío.

Enséñale que es así, pensó; y miró su cara, miró la rabia reprimida a flor de labios.

Posición tras posición tras posición. Mientras la impaciencia ardía por debajo. Él la veía en ella.

—La prisa... mata, muchacha. Recuérдалo... Tienes... demasiada prisa... por tu propio bien.

—¿Qué hago... en caso de una caída... maestro Saukendar?

—Alto —dijo él, mientras terminaba el movimiento. Quería detenerse. Todavía había frío en el aire. No se había estado moviendo mucho. La pierna le dolía horriblemente. Pero: Muéstrale, pensó. Muéstrale a esa maldita muchacha algo que no aprenderá tan rápido.

Arrojó el bastón en la galería, caminó y levantó su espada. Ella volvió a la cabaña y tomó la suya.

—¿Vais a mostrarme?

—Te voy a mostrar lo que quieres —dijo él con calma. Fue hasta el árbol de nuevo y se preparó, en posición, esperándola—. Elige tu ataque.

Ella levantó la hoja, con movimientos cuidadosos ahora, el acero desnudo.

—No me cortéis los pies.

—No haría eso. Elige la velocidad.

Ella empezó en un ritmo cuidadoso, sedado, ataque y vuelta.

El la esquivó, atacó, la esquivó, atacó, esta vez con fuerza. Mierda, le iba a doler. Eligió su momento, eligió el lugar, cambió el peso a su pierna sana y bajó firme, recibió el impacto y usó la fuerza para oscilar sobre una rodilla y dar la vuelta sobre sus pies a toda velocidad.

Ella saltó hacia atrás, giró y volvió y él hizo su golpe corto, despacio, más despacio.

—De acuerdo —dijo, jadeando—. Tú.

Ella lo miró. Había un gesto de desesperación en su cara.

—¿Un invierno largo? —bromeó él.

—Lo intentaré. —Levantó la espada de nuevo.

El levantó la suya y empezó la lenta danza.

—Usa la fuerza de tu caída. Si te caes, no pierdas el tiempo intentando evitarlo. Cáete. Usa el hombro correcto y hazte una bola. Levántate rápido sobre la rodilla correcta.

Ella ejerció la caída. Logró hacer casi todo el movimiento hacia arriba y cortarlo.

Él dio un paso hacia atrás, con la rodilla tocada, pero se libró de la espada de ella.

—Fallaste.

Mientras, ella se levantaba.

Volvió a caer. Y se quedó ahí, jadeando, bajo el peso de la armadura.

—Basta —dijo él.

—Puedo hacerlo.

—Basta, dije. —Shoka fue a buscar la vaina de su espada, guardó el acero y levantó el bastón—. Ve a bañarte.

Fue una cena silenciosa, muy silenciosa.

El quería ponerse una compresa en la pierna dolorida, pero no deseaba que ella supiera que le costaba moverse. Así que bebió un poco, midiendo la cantidad de vino contra el tiempo que faltaba para que volvieran los de la aldea. Se fue a la cama sin decir ni una palabra y dio vueltas hasta encontrar una posición en la que no le doliera la pierna.

Valía la pena, si servía para infundir un poco de miedo a esa tonta.

Él podía con la armadura, todavía. Si su rodilla aguantaba. Y no pensaba demostrar lo que le ocurría.



—En guardia —dijo él.

La espada de ella se levantó en el aire. El mantuvo los ejercicios lentos; equilibrio y precisión. El viento había sido más cálido ese día, hasta la noche. El cielo sobre la montaña era gris y estaba preñado de lluvia. No hubo crepúsculo, solamente oscuridad, y de vez en cuando una llovizna sobre el polvo pisoteado.

Ella seguía forzando la velocidad de las posiciones. Él resistía. Le dolía la rodilla. Le dolía siempre que el tiempo se ponía así. Tal vez debería haber sabido que era más que el esfuerzo. Y no tenía ganas de practicar el ejercicio del día anterior.

—No —dijo—. Paciencia. Paciencia.

Ella asintió. Siguió el ritmo que él le marcaba durante al menos tres pases; y después él aceleró. Y más. Posición y posición y posición y posición.

Ella se arrojó entonces en una caída repentina y le atacó desde una línea distinta.

—¡Mierda! —Él salió hacia atrás, alzó la espada furioso y la contuvo.

Ella también, el brazo que sostenía su espada hacia atrás, fuera de línea, con miedo en el rostro.

Él sintió el ardor de un corte en su pierna, al costado del muslo.

—¡Mierda! —le gritó mientras ella se levantaba. Miró la herida: había que hacerlo cuando uno usaba espadas largas. Uno podía perder un miembro y no sentirlo... al principio.

No era profundo, gracias a los dioses.

—Lo lamento.

—Así que vertiste sangre. Te felicito. Yo te hubiera cortado la cabeza. ¿Me oyes?

Ella no dijo nada.

—¿No me crees, muchacha?

—Os creo —repitió ella como un eco, débilmente.

El tocó el corte, que sangraba. Y la miró con furia. Claro que no lo creía. Claro que no.

Se apartó y recogió la vaina de la espada.

—Voy a buscar algo para eso —dijo ella.

—No es nada.

—Está sangrando...

—¡Déjalo, demonios! —Llevó la espada de vuelta a la cabaña con las manos temblorosas y la miró directo a los ojos. La lluvia volvía a caer sobre ambos, negros charcos en el polvo—. Te di una orden. Me desafiaste. Ahora estás muy orgullosa de ti misma. Me cogiste por sorpresa. Ahora crees que estás preparada para tus enemigos.

—No quise hacerlo.

—Eres una perra arrogante, carajo. No soy tonto. Todavía tengo pierna. Lo han

intentado mejores asesinos, te lo aseguro. Todo lo que estoy haciendo contigo, lo hago despacio, con cuidado. Hace un momento me detuve, y por eso todavía tienes la cabeza sobre los hombros, muchacha, y por eso yo soy el que está sangrando. Cuesta mucho pensar lo que sé y lo que tú no sabes, y seguir actuando con cuidado. Me doy cuenta de que me equivoqué. Disfrutaba enseñándote. Te lo digo: eres buena para ser mujer. Pero el primer hombre que ataques te cortará la cabeza. Te lo dije desde el principio. No quisiste escucharme. Y yo cometí un error, un error muy grande cuando pensé que entrarías en razón. Cometí otro cuando adapté el ritmo de mis enseñanzas a lo que tú podías hacer. Ahora crees que eres muy buena. Ahora crees que puedes contra hombres que han practicado con la espada durante toda su vida adulta. Bueno, no es cierto. Vete allí tal como estás ahora y morirás, por nada, morirás, la primera vez que lo intentes contra un bandido común.

—Eso no es lo que me dijisteis.

—Te estoy diciendo que dejes de pensar en vengarte, muchacha. Te estoy diciendo que uses la cabeza y olvides esa idea estúpida que tienes. No hay nada que ganar ahí afuera. Puedes matarlos a todos y habrá otros tantos para tomar su lugar. No hay nada que hacer. Lo único que vas a lograr es terminar mal y demasiado pronto, y para nada.

—Me disteis vuestra palabra.

—Te di mi palabra. También puse una condición. Cuando fallas, muchacha, fallas, y se terminó.

—No fallé.

Él respiró hondo, contemplándola, contemplando su propia creación que le devolvía la mirada.

—Muchacha —dijo, y sacó la espada de la vaina otra vez—. Yo no estaba combatiendo. Estaba enseñándote. Debes aprender la diferencia. En guardia.

Ella meneó la cabeza.

—No.

—¡En guardia, carajo!

—No puedo atacaros. No tenéis armadura...

—Crees que eso te va a proteger. Estás muy equivocada, muchacha. No puedes protegerte de un buen ataque con una armadura. Y yo no necesito una armadura contra una principiante.

Ella sacó la espada otra vez.

—¿Renuncias? —dijo él—. ¿Terminamos con esto?

—No.

Él volvió a guardar la espada y levantó el bastón.

—Te daré una ventaja más. Levanta la espada, o es como si renunciaras. ¿Me oyes?

Ella se inclinó y levantó la espada otra vez. La lluvia se convirtió en repentino diluvio.

Él se puso en guardia. Ella también.

Él la dejó preocuparse; y la dejó asentarse, tranquilizarse. Le dio esa ventaja, esa gracia, mientras la lluvia convertía el suelo en una trampa peligrosa. La cara de ella estaba pálida como la cera; los labios, una línea dura y recta.

—De acuerdo —dijo él, empezando un movimiento lento.

—No puedo golpearos.

—Puedes intentarlo. ¿Quieres cambiar las armas?

—No.

—Para que lo entiendas, muchacha. Para que lo entiendas. ¿Quieres tu caña? Si quieres, puedes buscarla. Te dejaré hacerlo.

Ella rompió la guardia y empezó a girar.

Él la atacó. Ella lo esquivó con un giro salvaje, sin equilibrio, y recuperó la guardia, los ojos enloquecidos, indignados.

—¿Crees en la buena fe de tu enemigo? —preguntó él—. Eso es muy estúpido.

Él la atacó una vez más, y otra, y otra, y pasó el bastón bajo la guardia de ella, le golpeó la pierna, le golpeó el brazo y esquivó un ataque desesperado, giró y dirigió el bastón directo al costado de Taizu.

Ella cayó. Rodó y alcanzó a incorporarse a medias, y él le pegó de nuevo, usando el bastón con las dos manos.

Ella dejó caer la espada.

Él la golpeó de nuevo. Y otra vez, la cuarta. Ella intentó tomar la espada, y él se la arrancó de una patada cuando ella la cogió. Ella rodó tras el arma y él dejó que casi la alcanzara, antes de arrojarla de un golpe boca abajo en el barro.

Entonces, Taizu se quedó inmóvil. Él estaba de pie allí con la pierna ardiéndole, de la rodilla a la espalda, y el corazón latiéndole de miedo hasta que ella se movió, movió los pies y puso los brazos debajo de su cuerpo.

—Esto es lo que estás buscando —dijo él—. Estarías muerta. Sin excusas. Sin ventajas. El mundo no tendrá piedad de ti. Y no pienso dejarte salir de aquí pensando que puedes ganar a un hombre en una pelea. No eres bastante fuerte. Nunca lo serás. Y eso es todo.

Arrojó el bastón al suelo. Pasó junto a ella bajo la lluvia y la dejó para que llorara a solas y reflexionara sobre lo ocurrido, fue hasta la galería y entró, con el dolor en la pierna, para descubrir, al subir los escalones, que tenía la bota empapada en sangre; para descubrir, cuando entró y se soltó los pantalones para vendarse la pierna, que estaba temblando como una hoja.

La muchacha probablemente iba a quedarse sin pulmones, entre el llanto y los insultos contra él. Pero no le había roto ningún hueso. No le había pegado en ningún

lugar que pudiera dañarla mucho o dejarla inválida. Sabía lo que había hecho. Y el tipo de razonamiento que ella tenía que hacer llevaba tiempo. Tiempo en soledad.

Así que tomó el pote del ungüento y se vendó la pierna y encendió el fuego, pensando que ella iba a necesitar los paños cuando entrara.

Truenos. La lluvia golpeó el techo en una ráfaga.

Se va a congelar ahí afuera.

Shoka cojeó hasta la puerta y la abrió.

Ella ya no estaba donde había caído. Estaba fuera, en la lluvia, golpeando un árbol con movimientos grandes, torpes, derecha e izquierda, bang, bang. Bang. Tambaleándose cuando giraba.

Maldita sea:

—¡Taizu!

No estaba seguro de que ella lo hubiera oído en medio de la lluvia, en su estado de ánimo. Soltó una maldición y salió ala galería.

—¡Taizu! , Bang, bang. Bang.

—¡Demonios, Taizu!

Salió a buscarla, en la lluvia densa, lacerante. Bajó los escalones y cruzó el patio.

—Taizu, por los dioses...

Ella se dio la vuelta, bastón en mano. Él se detuvo cuando vio la rabia y la vergüenza que había en ella; y la amenaza de violencia.

—Podría tomarte —dijo— incluso con las manos desnudas. Nunca tendrás la fuerza. Era una tontería. ¿Tengo que probártelo?

Ella arrojó el bastón a los charcos embarrados y con las manos y los dientes empezó a soltar las ataduras de la armadura, ahí, donde estaba, ahogada en la lluvia. Él no la ayudó. Permaneció allí y la observó mientras ella arrojaba todo al suelo. Probablemente estaba llorando, pero la lluvia lavaba su rostro. Estaba tratando muy mal la armadura de Saukendar. Pero él no dijo nada, simplemente se quedó quieto.

Ella se quitó las protecciones de los brazos, la lluvia aplastó la camisa contra su cuerpo y bajó como un arroyo sobre su cara, mientras seguía quitándose la armadura. Después él entendió el movimiento, ese salto hacia el bastón.

—Sin la maldita armadura —le gritó ella, y él le esquivó echándose a un lado, y después hacia atrás, pero ella no le dio lugar, ni tiempo para recuperar el aliento.

—¡Al infierno contigo! —aulló él, recordó su espada tirada en el barro, se arrojó de lado y la recogió.

Apuntó a las piernas; ella lo detuvo y él consiguió espacio, se levantó y concentró su ataque en la espada del adversario, tratando de no golpear a la muchacha, consideración que ella no le devolvió. Shoka resbaló y al caer Taizu le tocó el brazo. Ella cayó a su vez y él se levantó. Estaban a la par.

—Muy bien —dijo él, entre jadeo y jadeo, y la invitó con un movimiento

desdeñoso de la otra mano.

El intercambio fue de prueba, midiendo la posición y la guardia, luego un ataque que lo obligó a defenderse y girar, en un frenesí de pases, sin sonido y sin contacto por el momento.

¡Tonta!, se dijo Shoka y se agachó bajo ella y la empujó con todas sus fuerzas.

Ella golpeó el suelo de la ladera y resbaló en el barro. Estaba casi de pie cuando él la alcanzó y volvió a tumbarla de una patada no demasiado fuerte.

Esta vez la cabeza de ella golpeó el suelo. Cayó de espaldas ladera abajo con la lluvia cayendo sobre su cuerpo, y los ojos como dos rayas blancas en medio de los relámpagos.

—¡Estúpida! —le gritó él—. ¡Está lloviendo!

Ella luchó por respirar, con la boca abierta, y giró y trató de ponerse de rodillas.

La mano de él la esperaba cuando lo consiguió. Ella lo miró con rabia y él no esperó, la tomó del brazo y la levantó, la atrajo hacia él. No hacía frío. El cuerpo de ella ardía como si tuviera fiebre, las costillas subían y bajaban en el esfuerzo por respirar.

—Vamos —dijo él, y la llevó hacia la cabaña, ladera arriba.

Ella se separó de él y le dio un rodillazo: la rodilla erró el golpe. Él la dejó ir, ya que eso era lo que ella quería, y Taizu cayó de manos y rodillas en el barro de la colina.

—De acuerdo —dijo él—. Quédate ahí.

Siguió adelante, recogió los pedazos de la armadura y la llevó a la cabaña, subiendo los escalones, hasta la galería. Sólo allí se dio la vuelta y miró hacia atrás, en la creciente oscuridad y la luz intermitente de los relámpagos, y la vio sentada donde había caído, encogida, un pequeño bulto bajo el viejo árbol retorcido.

—Mierda —murmuró, y dejó caer la armadura y volvió, tropezando, la tomó del brazo y la levantó de nuevo, esta vez sintió el frío en los miembros de ella. La izó por las axilas y la arrastró hasta que ella hizo evidentes esfuerzos por caminar. Entonces la llevó más erguida, tropezando en el barro, resbalando en los escalones. Un dolor horrible le recorrió la pierna. Casi tuvo que soltar a Taizu. Pero llegó hasta la puerta y la abrió de una patada, la llevó al calor y la luz y se desplomó con ella sobre el suelo, cerca del fuego.

Ella estaba temblando. El la abrazó, la rodeó con su cuerpo hasta que ella lo empujó para separarse de él. Entonces, él la soltó y se quitó la ropa mojada, se secó el cabello con una de las mantas y después se envolvió en ella hasta que sus dientes dejaron de castañetear. Entonces, se giró hacia ella.

El agua había hervido. La echó dentro de un cubo con agua fría y puso los paños de aceite a calentar. Después se arrodilló y empezó a secarle el cabello embarrado con la punta de la manta.

—Dejadme en paz.

—No. —El le tomó la camisa y se la sacó por encima de la cabeza, mientras ella peleaba para impedirlo, tiritando—. No es una violación, estúpida obstinada, estás empapada. Sácatela tú misma, entonces.

—¡Dejadme en paz!

Él le arrancó la camisa como pudo. Tenía manchas lívidas en la espalda, en los brazos, golpes viejos, y golpes que todavía tenían que aparecer.

Él le tocó la espalda con dulzura. Exprimió el agua del paño en el cubo y le lavó los hombros, le lavó el cuello, mientras el temblor la agarrotaba en un nudo, y finalmente desaparecía, dejándola floja entre sus brazos, los de ella fuertemente cruzados para proteger su intimidad, las rodillas encogidas en un temblor que le sacudía todo el cuerpo.

Los pantalones estaban formando un charquito de agua fría y sucia. Él los desató y tiró de ellos antes de que Taizu se diera cuenta de lo que pasaba. La sostuvo con un brazo, soltó la colcha que lo abrigaba y los bajó hasta las rodillas, antes de que la resistencia de ella se hiciera violenta. Él la sostuvo todavía entre los brazos y le dijo al oído:

—Muchacha, tengo frío, estoy cansado, me cortaste cerca de donde empieza a ser importante, y si derramas ese cubo voy a dejar que te congeles. Tranquila. Tranquila, te doy mi palabra de que no estoy pensando en ese flaco cuerpo que tienes, estás a salvo. Tranquila.

Y dejó de luchar con ella. Taizu también se quedó quieta y él envolvió la colcha alrededor de los dos y la sostuvo, la sostuvo mientras ella volvía a temblar, sin poner las manos donde podían molestarla, no porque los pensamientos de Shoka no estuvieran ahí, pero tenía otras ideas, ideas más sobrias: que ya la había presionado lo suficiente, que las cosas ya estaban en el borde de lo tolerable y lo perdonable, y que el hecho de que ella dejara de pelear ahora era una muestra de la última confianza que le quedaba. Así que él la abrazó como a algo muy frágil y no hizo más que acariciarle el cabello mojado, y sentarse ahí mientras se le entumecían las articulaciones y se le enfriaba un hombro que la manta no cubría del todo.

Finalmente estornudó e hizo una mueca y se movió.

—Dejadme —dijo en voz muy baja.

Él le soltó los brazos.

—Ya está. Estás libre.

Ella hizo un esfuerzo para levantarse. Le golpeó el corte en la pierna y él se quejó y la tomó por los brazos, mientras ella trataba de enderezarse sin tocarlo.

Él le dio la manta. Ella se la colocó alrededor del cuerpo y trató de no mirarlo, sentada con la espalda vuelta hacia él. La lámpara temblaba y las sombras que había a su alrededor danzaban locamente.

—No renuncio —dijo ella con voz ronca, débil, y él sintió un frío diferente.

—Te vencí —le dijo a la espalda, racionalmente, con desesperación— con un ataque que no conocías. He hecho esto toda mi vida. Siempre habrá alguno que no sepas. Y podría haberte golpeado con un centenar. ¿Entiendes? No hay esperanza para ti. Ningún hombre peleará limpiamente contra ti. No se molestarán en hacerlo. Te matarán si tienes suerte. Eso es verdad, es verdad a pesar de la fuerza de tu deseo. No puedo enseñarte lo suficiente. No quiero que mueras. No querías creerme. No querías escucharme. Eres buena. Posiblemente sea la discípula con más talento de todos los que he tenido en mi vida, incluyéndome a mí mismo. Pero eso sigue sin tener importancia contra hombres como éstos, contra una situación como ésta. Pensé que llegarías a verlo. Pero no. Tú me provocaste y estás dispuesta a provocar todo lo demás: y no ibas a verlo hasta que yo te lo demostrara.

Ella se volvió y lo miró con el rabillo del ojo.

—No renuncio.

—No seas tonta —dijo él.

—Así que podéis vencerme. Eso no es nuevo para mí. ¿Y qué probasteis? ¿Que lamento haber cometido un error? ¿Que cometí uno cuando os di el golpe? —La voz de la muchacha se convirtió en un ruido informe y murió. Se acomodó, envolviéndose en la manta, él sentado allí en el frío, sin nada encima. Pero ella miraba al vacío con el mentón tembloroso y las lágrimas corriéndole junto a la boca—. Vos os creíais que yo podía volver a golpearos. Yo sabía que podía. Tenéis mala memoria.

El ahogó su rabia, se levantó y tomó una manta de su jergón y se abrigó.

—Hay algo de verdad en eso. Pero no todo es verdad. Escúchame, muchacha. La maldita pierna tuvo un calambre. La forcé demasiado y se puso peor. No soy lo que era. Pero la suerte no estará siempre a tu favor. Y yo no voy a echarle una mano para que te suicides.

—Si dejáis de enseñarme ahora —dijo ella—, me iré con lo que sé.

—¡Y harás que te maten!

—Tal vez. —La voz chilló y se quebró de nuevo, la cara, el lado no herido como una imagen de jade blanco a la luz temblorosa de la lámpara—. Pero, ¡yo cumplo mis promesas!

Eso le dolió. Shoka la miró con los ojos muy abiertos un largo rato, y cuando habló de nuevo, la voz era diferente.

—Hablaremos de eso. Mañana, esta noche no. Ve y tiéndete de espaldas. Traeré los paños. ¿Estás lastimada en alguna parte?

Ella meneó la cabeza, se quitó los pantalones empapados, que le colgaban de los tobillos y se levantó con la manta cubriéndole el cuerpo. Trató de limpiar un poco el desastre: levantó sus ropas, que chorreaban, y las de él, y las puso en una pila junto a

la puerta, camino del jergón. Él se levantó, se ató la manta alrededor de la cintura por decencia y se puso la camisa por el frío, después puso el resto de los paños a calentar y le llevó a ella los que ya estaban listos.

Ella no lo rechazó cuando le sacó la manta lentamente y aplicó las compresas.

Y a pesar de que estaba tentado de hablar, de tratar de explicar, ahora que ella estaba más tranquila, Shoka no creyó que ella pudiera entender, no esa noche. Retiró un resto de barro del largo y sucio cabello... ella había convertido la manta en un lío, como la armadura que yacía en la galería, bajo la tormenta; después, se atrevió a separar un mechón de cabello húmedo de ese rostro marcado. La cicatriz se veía con claridad en su palidez. Y ella se encogió ante ese único roce que no tenía nada que ver con los golpes, se encogió y se volvió con la cara hacia el otro lado.

—¿Estáis tan enojada conmigo —dijo él— sólo por decirte la verdad?

Ella no dijo nada.

—Bueno —dijo él—, en Chiyaden te cortan la cabeza por eso. No puedo decir que seas distinta del resto del mundo.

Dejó caer la mano sobre el hombro de ella, la palmeó una vez, sólo para molestarla, y fue a ocuparse de la lámpara, que se estaba apagando, y a buscar la segunda tanda de compresas. Él también tenía frío y deseaba que hubiera alguien que le devolviera el favor.



Taizu pudo moverse con cierta soltura por la mañana. Él era quien cojeaba, y se sentó amargamente con su bol de arroz. Comieron sobre los jergones, dentro, por el frío de la mañana, aunque mantuvieran la puerta abierta, y los postigos, para que entrara luz.

La armadura de Shoka era un amasijo empapado. Haría falta mucho trabajo para recuperarla de esa montaña de lodo de la galería. Él había escurrido la ropa cubierta de barro y la había extendido frente al hogar la noche anterior, así que pudieron usarla. La cabaña era un desastre, los colchones de paja y las mantas, manchadas con el barro y el polvo de las hojas, y la sangre; los paños y los cubos, en el suelo, compitiendo por el espacio con la olla de arroz.

El también había preparado el desayuno. No le pidió nada a Taizu esa mañana. No le dio órdenes. Si se preguntaba por qué, pensaba en los límites de su mente que había ido demasiado lejos, y que había sido algo malvado obligarla a defenderse así: y que así había terminado él a la defensiva, no porque ya no fuera el de antaño, sino porque había sabido perfectamente que estaba equivocado y no había querido lastimarla.

Pero, se dijo, ella no era un discípulo, era una muchacha, y nadie habría esperado razonablemente que una muchacha se pusiera frenética. Nadie de la habilidad de Shoka debería haber usado sus artes contra una mujer... por eso sus instintos lo habían dejado exponerse a un corte en la pierna, por eso había cedido terreno. Podría haberle arrancado la espada. Debería haberlo hecho. Si ella hubiera sido un muchacho, él no habría dudado. Nunca habría sentido ese momento de desmayo. Nunca habría dado el primer paso hacia atrás. Ni el segundo.

Al infierno con ella.

Había dejado el cubo vacío frente a la puerta la noche anterior, como si fuera un descuido, y había tratado de no dormir muy profundamente. Tenía miedo de que ella tratara de escapar durante la noche. No por miedo a que lo matara. Él no creía que ella tuviera capacidad para hacerlo, y ciertamente él merecía algo mejor, a pesar de que ella fuera campesina y mujer, sin idea de lo que era un comportamiento honorable. Pero sentía un miedo mortal a que ella tratara de escaparse y dejarlo antes de que él pudiera explicarse con claridad. Hubiera sido muy típico de la obstinación de Taizu tratar de marcharse en medio de una tormenta. Al infierno con ella.

Era un tonto por haberla alentado. Un tonto por enseñarle. Un tonto por no haberla tomado por la fuerza y haber terminado con toda su estupidez. Podía obligarla a tener algo de sentido común. El placer mismo podía seducirla y hacerla olvidar su locura.

Eso era lo que le pasaba a esa chica, seguramente. Su primera experiencia con hombres había sembrado el miedo en ella, la había apartado de lo que era femenino y

había retorcido su forma de pensar. Él podía curarla de eso. Ninguna mujer con la que él hubiera dormido se había quejado de la experiencia. Ella tampoco lo haría.

Maldición, maldición y maldición. Había que dejarle a esa perra las cosas claras. Atarle la mano y el pie si tenía que hacerlo. Nada de negociar.

¿Por qué carajo había tenido que retroceder y buscar la espada para luchar con ella?

¿Acaso nueve años podían quitarle tanto a un hombre?

Estáis perdiendo el centro, maestro Saukendar.

Ella no había dicho ni una palabra esa mañana, y no había tomado su baño, ni él tampoco. Shoka se había levantado y se había vestido, había abierto las ventanas para que entrara la luz y había empezado a preparar el desayuno antes de llevarle la ropa a Taizu.

No habían cenado la noche anterior, la mañana era fría y húmeda y ella se había vestido y se había sentado, hecha un ovillo, sobre el jergón, sin acercarse al fuego, sin acercarse a él.

Pero la comida despertó un ligero interés en ella cuando él se la dio y se sentó. Al menos la atacó con apetito.

—Dije que hablaríamos —comenzó él entonces.

Ella no lo miró. Ni dejó de comer.

—Traté de decírtelo con palabras —prosiguió él—. No querías escuchar palabras. No querías creerme. Sigues insistiendo en que quieres ser un hombre. Entonces, acepta una buena paliza como un hombre, acepta mi consejo como un hombre y escúchame cuando te digo que no tienes el alcance, no tienes el peso; no tienes la fuerza, a diferencia de un muchacho, nunca vas a tenerlos. No puedes triunfar en esto. Hay otras cosas que puedes hacer con tu vida. Hay otras cosas que vale la pena obtener.

Largo silencio. Ella tomó otro bocado y no lo miró.

—Quiero que te quedes aquí —dijo él—. Seguiré enseñándote. Te enseñaré todo lo que puedes aprender. Pero deja de pensar en la venganza. La venganza no va a darte nada, excepto pena. Algún día serás muy buena. Algún día tal vez tengas un hijo, o una hija, a quien enseñar.

Ella lo miró como un tigre, levantando la vista desde la comida.

—Me gustas mucho —dijo él.

Con eso no consiguió más que otra mirada semejante.

—¿Merezco que me odies? —le preguntó él. Había defendido casos frente al Emperador y frente a grandes magistrados, y se había sentido menos en peligro—. Viniste a mi montaña, perturbaste mi paz, me exigiste esto, me exigiste aquello, insististe en que no te tocara y te di todo; ¿y ahora merezco que me mires así?

Hubo una ligera tensión en la boda de ella. Un parpadeo.

—¿O estás así porque perdiste? Eso no es portarse como un hombre. ¿Estamos cambiando las reglas hoy?

La boca tembló. Los ojos brillaron.

—Me atrapasteis con un truco. No perdí. Vos hicisteis trampa.

—No estamos hablando de juegos, niña. Tú hablas de matar un hombre. ¿Es honesto ese hombre? No, por lo que sé de él.

¿Así que a qué nos lleva esta conversación sobre reglas y trucos? ¿Dónde hay un hombre que acepte un duelo con una mujer? Matarte, sí. Pero jugar limpio contigo, no lo hará, por cuestión de orgullo. Te cortará la mano por llevar un arma. Eso, seguro. Pero no te he enseñado a matar a hombres honestos. Son los únicos que no harán trampa. Nunca aceptes la palabra de tu oponente. Esa es la lección.

La cara de Taizu se había iluminado ligeramente.

—Pero hay más —dijo él—. Y es que no estás peleando de igual a igual. Olvida esa idea. Quédate aquí. No soy un hombre cruel. Todo lo que hice, lo hice para tratar de impedir que cometieras un error. Quédate y verás que no soy el ogro que he sido. Ni siquiera te pido que compartas mi cama, aunque no puedo decir que no espero que lo hagas algún día.

Ella meneó la cabeza.

—No —dijo él—. ¿Pero no, qué?

—No.

—Taizu, por los dioses, habla.

Ella dejó el bol sobre el jergón que había frente a ella, lo miró y frunció el ceño.

—Taizu...

Ella levantó la mano para pedirle silencio. Así que él se calló y esperó, y tras un momento, ella dijo:

—¿Vais a interrumpirme?

—No.

Durante un momento más, ella miró el suelo, las manos sobre las rodillas. Después:

—Hicisteis trampa para vencerme. Yo no esperaba eso de mi maestro. Debería haberlo hecho, tenéis razón, no lo olvidaré, maestro Saukendar. No debía haber confiado en nadie. Ahora ya no lo haré. Solamente en mí. —Le temblaba el mentón y levantó la mano, para que él no dijera nada hasta que ella hubiera recuperado la calma—. Os dije lo que os ofrecía. Yo cocino y limpio. Y me quedo otro año. No renuncio. Vos me seguís enseñando y no hacéis trampa conmigo: me enseñaréis lo que necesito para ganar. Sea lo que sea.

Ha creado, pensó él, desesperado. Ha aprendido mucho. De acuerdo. Otro año más de tiempo, tal vez ése sea el remedio. Entonces, entrará en razón. Si no acepto, puede encontrar formas de escaparse. Y no quiero tener que perseguirla.

—No abandono. Y todavía tengo vuestra palabra.

—Fallaste, muchacha. Ése era el trato.

—No. Hasta que renuncie, dijisteis. No podéis cambiar eso solamente porque se os ocurra decir algo distinto.

—Demonios, abandonar quiere decir que uno no puede aprender más. Y tú ya has llegado a eso. Vas a matarte.

Ella meneó la cabeza solemnemente y lo miró con un reproche duro en los ojos, las lágrimas a punto de saltar.

—Mierda —dijo él en voz alta—, podrías haberte roto la espalda. O el cráneo.

—Si hubierais podido pegarme.

—¡Si hubiera podido! Muchacha, estás muy equivocada.

—Tal vez. No sé. Dijisteis que no habíais jugado limpio. Tal vez eso no sea cierto. Tal vez me mentisteis en eso también. ¿Cómo puedo saberlo?

—Maldita seas.

—No abandono. Ésa es la verdad, maestro Saukendar.

El se quedó callado un rato más, el desayuno frío y casi intacto. Lo removiό un poco y puso el bol en el suelo con el estόmago revuelto.

—¿Vais a cumplir con vuestra palabra? Me habían dicho que nunca mentáis.

—He cumplido con mi palabra.

—¿Pero vais a cumplir ahora?

Contra la pared.

—Sí.

—¿Vais a hacer trampas esta vez?

—Tienes que aprender a respetar a tu maestro, muchacha. Tus carencias son de la naturaleza, no mías. No puedo hacer nada con tu incompetencia.

—Trabajasteis todo el año para tratar de detenerme. ¿O como llamáis a enseñarme todo para poder vencerme y hacerme creer que perdí?

—Perdiste, tonta. Hice precisamente lo que me pediste. Te llevó un año darte cuenta de lo que necesitabas en realidad, en lugar de preguntármelo a mí. Cállate —le dijo cuando ella abrió la boca, y levantó la mano para detenerla—, cállate y escúchame. Te dejé decir lo que quisiste. Primero debemos acostumbrarnos a escuchar, ¿no te parece? Quieres entrar en un castillo y matar a un hombre. ¿Cómo vas a hacerlo? ¿Entrarás por la puerta principal y dirás: Aquí estoy, una mujer que viene a desafiar al señor GITU a duelo! ¿Ése es tu plan? Tiene muchos agujeros, muchacha.

—Esperaré hasta que esté cazando. Entonces no tendré que entrar en el castillo.

Bien. Estamos pensando. Así que la enseñamos bien, le enseñamos el camino lento. Le enseñamos prudencia, por los dioses. Eso viene con la habilidad. Y es lo que ella necesita. Prudencia, paciencia y una comprensión de lo que tiene que

afrontar.

—Cálmate y pensemos, pensemos, niña, en el mundo real y no en tus fantasías. Así que lo encuentras en la campiña. Él está a caballo. Tiene otros veinte hombres alrededor. Mejor será que le dispires desde un escondite. Ésa es tu mejor oportunidad. Y después tendrás que salir de ahí, claro, porque esos veinte hombres van a perseguirte. ¿Tienes un caballo?

Los ojos de ella estaban mirándolo ahora, calientes y oscuros, bordeados en rojo por las lágrimas que había vertido.

—Quiero matarlo. Quiero que sepa que va a morir. Quiero que me vea bien.

Él sintió que se le revolvía el estómago ante tanto odio. Trató de no recordar el tiempo en que había sentido eso; y de pronto, la sensación volvió a él con toda su fuerza.

—Escucha. Recuerdo a un muchacho cuando yo me entrenaba. Se llamaba Abi. Su familia tenía enemigos. Un día tomó una espada y atacó su casa. Los guardias lo mataron. Ése es el final de la historia. Nunca creció. Nunca se hizo más inteligente. Sus enemigos son ricos y su familia cayó en desgracia.

—La mía está muerta —dijo ella. Shoka se había metido sólito en esa trampa.

—Entonces al menos piensa en tu maestro, y no me hagas caer en desgracia por estupidez. Alguien es responsable de ti. Y no podría enseñarte nada si ya lo supieras todo. Has perdido el sentido del equilibrio... —Le palmeó el pecho—. Aquí. Y sin eso, todo lo demás es inútil. Tu coraje es porque no te importa morir.

Pero lo más probable es que termines muriendo y nada más, muriendo sin hacer nada de lo que quieres hacer.

Ella lo miró de arriba a abajo.

—Primero —dijo él—, tienes que planear la retirada.

El ceño se frunció aún más.

—Piensa en el después, muchacha. Hay un después, de un tipo u otro, y una venganza que deja a tus enemigos en posición de planear la venganza de ellos contra ti no es una venganza. Piensa en el después, te digo. Planea en cómo sobrevivir.

Había una expresión extraña en esa mirada sorprendida, un pánico que lo sorprendió también a él, claro y agudo como si todavía estuviera vivo... y su corazón se aceleró y sintió que la sangre abandonaba sus manos. Estaba asustado por la fuerza de lo que sentía, así, de día, asustado de que una muchacha tonta tocara su vieja herida.

Sus parientes están muertos. Y es como si los muertos nos hubieran abandonado en la calle, despreciándonos en público. O como si nosotros los hubiéramos despreciado a ellos. Conozco dónde estás, muchacha. Ya he hecho ese camino.

Ella lo miró con una mueca desafiante. Seguía sus propios pensamientos, inalcanzables.

—Quiero decirte algo —dijo él en voz baja, y nunca había dicho eso antes, no había una sola alma viviente a quien decírselo y estaba avergonzado por decirlo frente a sus propios muertos, decirlo a una campesina que probablemente se burlaría de él y lo llamaría cobarde. Pero era un consejo sensato y era verdad, y no era lo que cantaban las baladas o decían los filósofos—. Si quieres saber otra cosa que aprendí en los nueve años en esta montaña, muchacha, es que no hay vergüenza en ser lo bastante inteligente para no morir con tus parientes y amigos. Yo podría haber regresado. Si la muerte me hubiese acompañado, podría haber llegado hasta Ghita y matarlo. Pero no habría podido escapar de nuevo y me habrían sobrevivido una docena de malvados como él. Y no iba a darles el placer de poner mi cuello en el tajo. Me vengo de mis enemigos viviendo: eso los inquieta. Un muerto no causa problemas. Tampoco una muchacha muerta cuyo nombre no importa a nadie. Así que sé inteligente. Vive aquí conmigo. Transfórmate en un rumor que preocupe a tus enemigos y no los deje dormir... no en un recuerdo que nadie se molesta en nombrar. ¿Sabes lo que dirán cuando mueras? Era una campesina loca. Eso es todo. Y es absolutamente todo. Y algún otro lobo tomará el lugar de Gitu en Angen, y será diez mil veces peor para que los asesinos lo piensen dos veces antes de intentarlo. Nada va a mejorar. Tal vez se ponga peor en realidad.

Ella se puso pálida. Lo escuchaba, pensó. Por primera vez estaba comprendiendo lo que él le decía.

Después:

—No —dijo, y meneó la cabeza con vehemencia.

—Piénsalo. Matarás a un hombre. Eso es todo. Tal vez a algunos de los guardias. No es suficiente. Eso no arreglará nada. Sigue mi consejo. Transfórmate en un rumor. Los rumores son muy difíciles de matar.

Otro movimiento violento con la cabeza. Ella se miró las manos y lo miró, un ojo bajo un mechón de sucio cabello.

—Yo no soy vos.

—Puedes ser lo mismo que yo. Un misterio para ellos. Que ellos se pregunten qué eres.

Otra vez un movimiento de cabeza. No. Una mirada tensa, asustada.

—No. —Se mordió los labios y dijo después, segura—. No soy vos, pero el hombre que me dio esto... —Se tocó el costado de la cara—. No me estaría preguntando si estuviera muerto. El no sabía usar el cuchillo que tenía. Creía que sabía, pero no. Muchos son así.

—Algunos no.

—Todavía soy buena. Soy mejor que esos hombres.

—Claro que sí. —Todavía el murmullo, la confianza entre los dos. Tenía su atención. Estaba ganando terreno, sentía que era así—. Lo que te falta es

experiencia... y un repertorio de trucos en caso de que alguien se propase. Me pediste que te enseñara. Eso empezó anoche. Otra cosa. No sé lo que te hicieron, pero esa cicatriz no es tu problema. Tu problema es el miedo. El tipo de pánico que hace que juzgues mal y te quieras convertir en héroe. Olvídate de tu miedo a los hombres, muchacha. No digo que tengas que dormir conmigo. Pero digo que tu miedo a eso... no hará tu brazo más fuerte ni tu juicio más acertado. Me tienes terror. Tienes terror de que te atrapen esos hombres porque sabes lo que puede pasar. Eso no te va a ayudar a tomar buenas decisiones. No creo que la que quieres tomar ahora sea correcta. Si no me tuvieras tanto miedo, pensarías con más claridad. Y no huirías de mí.

—¡Dije lo que haría por mi manutención! ¡No soy una prostituta!

—No te estaba ofreciendo el puesto de una prostituta. Piensa, muchacha. El miedo es mal consejero. El miedo te da sus propias razones para elegir algo, cuando el sentido común te diría que te va a costar demasiado. No dejes que el miedo te lleve. No importa de qué tengas miedo. ¿Me comprendes? Hasta que superes eso... hasta que te decidas... tus enemigos son dueños de lo que haces. Y al final fracasarás. No lo dudo.

Ella le dio la espalda y se puso de pie. Fue hacia la puerta, sin mirarlo.

—La espada no es la más noble de las habilidades —le dijo él. Durante un momento, se sintió de nuevo en Yiungei, en casa, en el patio de piedra pálida. Era la voz de su padre—. Es una sombra de esa otra habilidad más noble. La sustancia está en ti misma.

Ella lo miró, enojada y confundida.

—La espada no es el arma —dijo él—. Tú eres el arma. ¿Me entiendes ahora? Puedo enseñarte el conocimiento superior, pero no sé si eso va a tener sentido para ti. No frunzas el ceño. Demuestra respeto por tu maestro. Por los dioses, vas a aprender buenos modales antes que ninguna otra cosa. No quiero enseñar a un bárbaro.

—Sí, maestro Saukendar.

—No me lo digas en ese tono. He sido paciente. Esta mañana estás caminando muy cerca del borde del abismo. Me pides favores, me pides que te enseñe, y esto es parte de eso. Ve a limpiarte. Y arregla este desorden. Yo no pienso hacerlo, desde luego.

Ella se inclinó, la boca una línea tensa. Y, sin decir nada, fue a recoger la olla y la ropa sucia y un cubo, y luego hacia el arroyo.

Uno no sabía qué hacer con una muchacha como ésa. Estaba realmente loca.

Él lo pensó mientras se enfrentaba al bol de arroz frío y el desayuno solitario.

Tenía miedo de que ella cambiara de opinión, miedo de que no volviera del baño, miedo de que, después de todo, hubiera decidido que sabía lo suficiente y se fuera un día, armada con su espada y sus absurdas ideas.

Ella le revolvió el estómago.

Y perturbaba su sueño.

Siempre pasaba lo mismo con los problemas, pensaba él, permanecían quietos todo el día y se precipitaban sobre uno cuando llegaba la noche. Si Taizu no hubiera estado durmiendo al otro lado de la habitación, él habría hecho lo que hacía en sus peores noches, en los primeros años y siempre desde entonces: encender la lámpara y hacer algún trabajo con las manos, y dormir durante el día hasta que los fantasmas y demonios lo hubieran dejado. Pero el orgullo no le permitía ese refugio ahora, y entre los dos se habían bebido casi todo el vino.

¿Qué pasa, maestro Saukendar?

Se quedó quieto, mirando el techo con el corazón palpitante y recordando cómo era sentir odio, y cómo haber perdido a todos los que le importaban en el mundo.

Y cuando no pensaba en eso, revivía el momento en que había retrocedido frente a una chica loca con una espada de madera.

Estúpido, se burló de sí mismo.

O se preguntaba si había terminado cediendo a todas las exigencias de ella.

Dos veces estúpido.

No podía recordar qué le había jurado en realidad. Se confundía con respecto a lo que le había dicho.

Uno no sabía qué hacer con las mujeres. Tal vez golpearla hasta que comprendiera, hasta que entrara en razón. Uno deseaba hacerlo. Pero estar con ella era como tratar de retener agua en el puño: la mano abierta, se dijo, era la única forma.

Así que uno seguía con la mano abierta. Eso era todo. Uno se tomaba en serio la idea de que tal vez ella se iría, en un arranque temperamental, y esperaba enseñarle lo suficiente para salvarla.

Uno esperaba enseñarle a recapacitar y abandonar esa venganza personal.

Uno tenía que mantener su propia serenidad y no revivir esos días. Había demasiada furia en ellos y demasiado dolor; y lo alteraba pensar que esos sentimientos estaban menos muertos de lo que había creído.

Se había confundido totalmente cuando ella llegó, eso es lo que había ocurrido. La furia de ella se había impuesto, y hacía tanto tiempo que había dejado de usar sus otras habilidades que, instintivamente, frente a una muchacha a la que no tenía deseos de dañar, se había dado cuenta de que no controlaba sus capacidades y se había negado a usarlas. Esa fue la verdad a la que llegó en la oscuridad, en las largas horas de vigilia.

Había perdido el control de su arte. Esa era la otra parte de la verdad. Las habilidades estaban ahí, pero algo especial se había perdido: lo que las regía y las



hacía completas.

Y no era culpa de la muchacha. Ese algo esencial se había marchado, pensaba él, en el momento en que supo que no había nada que hacer. Después de eso, no había confiado en nada y no había creído en un orden divino, solamente en el caos. Si había demonios, y él creía en ellos solamente en la oscuridad, los demonios dominaban el mundo y siempre lo habían hecho.

Así que ahora que había descubierto el defecto, no podía arreglarlo.

Al infierno con él.

Debería haber dormido con Meiya, debería haber apoyado a Riga cuando planeó arrancarle el trono al joven Emperador, debería haber tomado siempre el camino que no había elegido por honor.

Enseñando a la muchacha tomaba otro camino, por honor, si es que era realmente eso lo que había prometido.

Demonios, eran las únicas opciones de que había sido capaz. Si siempre hubiese sido un tonto, no habría tenido elección, siendo un tonto de nacimiento; y si se había olvidado de sí mismo tanto como para entregarse a una muchacha con un palo, tal vez era que había llegado a sentir un disgusto general por la vida.

No había sentido eso desde los primeros años, no desde esa larga noche de invierno cuando el frío y el cansancio y la soledad habían puesto el cuchillo en sus manos y los dioses y los diablos sabían por qué no lo había usado.

Había estado a punto unas cuantas veces desde entonces, pero nunca en los últimos años. No en ese año, ese año diferente, extraño, en que había sentido un brusco interés por el mundo, en que había visto cómo los muros caían a su alrededor, el del pasado, el del presente, el del futuro. Había sabido que el peligro hacia el que se dirigía, que se estaba exponiendo a algo más que un bastón y el temperamento de una muchacha.

Era raro que un hombre pudiera volverse tan frágil. Y era bueno que al menos pudiera verlo, y pudiera reconstruir las paredes que había dejado caer. Ésa era la compensación que ella le daba. Sería un tonto si dejara pasar la oportunidad, y por un tiempo bueno, una buena época, aunque fuera corta, valía la pena el dolor. Y nada que pudiera arrancarle a Taizu por la fuerza valía el riesgo de acortar su estancia en la montaña o acabar con la paz que había entre los dos.

Podría recuperar su vieja vida si ella se iba. Cuando se fuera. El que pensara otra cosa era un tonto romántico. Podía comprarse una joven sirvienta de la aldea. Había siempre demasiadas hijas en los hogares. Una muchacha de la aldea caería sobre su rostro y le agradecería el honor de ser concubina de un señor de Chiyaden. Al infierno con Taizu. De todos modos, siempre podía encontrar a otra porqueriza y enseñarle lo mismo. Tal vez comprar un cerdo o dos para contentarla.

Tal vez, pensó por el contrario, la siembra de la primavera despertaría algo

doméstico en esa mujer de granja. Tal vez podía comprarle algunos cerdos. Ayudarla con la huerta. Tal vez la idea de hacerla renunciar solamente había conseguido dificultar las cosas.

Tal vez debería ayudarle más en las tareas y ser más amable con ella. Valía la pena intentarlo.

—No quiero cerdos —dijo ella cuando él lo sugirió—. Prefiero cazar jabalíes.

Así que eso es todo, pensó él. Pero tomó la azada y fue a remover los terrones secos de la huerta. Jiro había vivido demasiado para arrastrar un arado; mover un árbol muerto de tanto en tanto era suficiente para un viejo caballo de guerra, y Jiro siguió pastando, tranquilo, en la hierba castaña mientras los seres humanos sudaban.

—Estáis haciendo los surcos demasiado cerca —dijo ella, que venía del establo.

Él parpadeó con el sudor en los ojos y se lo secó con la mano.

—Podrías habérmelo dicho antes —dijo con lo que le pareció un control notable de su furia—. Ya casi estoy terminando.

—Deberían estar a esta distancia unos de otros —dijo ella, y midió con las manos.

—De acuerdo. —A Shoka le dolía la pierna. La azada nunca había sido su mejor arte. Y había trabajado mucho ese año para que los surcos fueran rectos.

—Estáis cojeando —dijo ella.

—Es suelo blando —dijo él. Y maldijo en voz baja y empezó de nuevo.

La espada se deslizó junto a ella.

—Date vuelta —dijo él—. Dame la punta. Ahora.

La espada le tocó los dedos. Él la guió. Y se detuvo.

—Quieta —murmuró, y se quedó allí sosteniéndole la espada, considerando las líneas de la postura de Taizu y la respuesta posible a un movimiento como ése.

Ella recordaba los movimientos que él le enseñaba. Los repetía. Sabía hacerlo. Él rectificó un hombro, mejoró la línea como un escultor en arcilla.

Un hombre más pequeño, un hombre más liviano, podía golpear con mucha fuerza si la hoja siguiera ese ángulo, si la fuerza se deslizara a lo largo del acero; un espadachín de equilibrio excelente podía seguir la fuerza y deslizarse por debajo de ella.

No era la forma en que su padre le había enseñado. Era el arte del maestro Yenan.

Perdonadme, le dijo a sus fantasmas. No era forma pura. Era una negociación permanente, hacía falta habilidad y una excelencia en el equilibrio que, gracias a los dioses, la muchacha tenía y en gran cantidad.

Eso suponía perfeccionar el estilo para luego modificarlo, de un modo más propio

de las tabernas que de las salas de los maestros de armas.

¿Qué tiene que ver la filosofía con los cerdos?

¿O qué otro concepto abstracto entiende ella, fuera del de la venganza?

—Otra vez. —El se puso en guardia. Siguió la línea perfecta, académica, el curso natural para la hoja.

Llevó la espada hacia abajo con gran decisión. La espada se deslizó.

—Otra vez.

En esta ocasión con más fuerza.

—Otra vez.

Con toda la fuerza, con fuerza real, con el corazón en la garganta.

El acero rechinó y brilló apuntando hacia él, y de nuevo hacia arriba, en el movimiento giratorio que él le había enseñado.

Era un movimiento con cierta sutileza, pensó él.

Los ojos de ella brillaban.

Con una esperanza que revolvió el estómago de Shoka.

## 9

Las flechas dieron en el blanco una tras otra, seis, siete, ocho. El arquero se quedó de pie, el arco tendido, sintiendo las ráfagas de viento que subían en remolino por la ladera bajo el sol del verano, y una más siguió a las otras.

Todas en el centro del blanco.

Una mujercita con un arco muy poderoso, nada común, uno que se había fabricado ella misma, bajo la estricta dirección de Shoka.

Shoka estaba de pie, apoyado en el suyo, y vigilaba la concentración del último tiro, después tomó una flecha con rapidez y la lanzó al ver que ella iba a errar el siguiente.

Ella disparó de todos modos, y cuando las dos flechas llegaron una junto a la otra, se volvió y lo miró, divertida.

—Muy bien —dijo él, inclinado otra vez sobre su arco—. No te asustaste.

—Sé que sois vos —dijo ella.

—Bien. ¿Cómo lo sabes?

Ella señaló al campo donde Jiro pastaba tranquilo en la ladera.

—Él lo sabe.

Shoka sonrió.

—Perfecto.

—Pero en Chiyaden —dijo ella— no habrá nadie a mi flanco. No voy a permitirlo.

La risa murió.

—Harás bien —dijo él, y levantó el arco y se alejó.

Hubo un silencio tras él, ningún sonido de arco, ningún impacto. Buscando las flechas, pensó él. Y fue a colgar el equipo y a buscar algo de fruta para la cena.

Las hojas se llenaban de nuevos colores cuando volvió el muchacho con más arroz y más vino y algunas jarras de regalo.

—Gracias —dijo Shoka. Se inclinó y el muchacho hizo una reverencia y aceptó su pequeña lista de necesidades, que eran pocas ese invierno.

Algo de paja. El techo de la cabaña estaba bien. Arroz y vino, doble porción. Pero él le dio pieles y carne ahumada.

Así que Taizu salió y vio alejarse al muchacho ladera abajo, en cuclillas sobre la galería, con los brazos sobre las piernas.

No era tan tímida ahora, pensó Shoka, observándola ahí, frente a él, una pequeña figura con una trenza larga entre los hombros. Más curiosidad que miedo...

Tal vez ella ni siquiera sabía lo que le había pasado. Él veía el cambio, lento y seguro, sutil en la forma en que se modificaba el cuerpo, los hombros más anchos con

los músculos fuertes, las piernas largas y formadas y otros contornos aun más femeninos más arriba. Había conocido cientos de cortesanas, suaves de piel y pálidas, y ciertamente nunca con la espalda tan desnuda ni en posiciones tan poco llenas de gracia. Meiya nunca se hubiera sentado así. Pero, dioses...

Shoka hizo tolerable el invierno con historias, con cuentos morales que le había recitado el maestro Yenan, a veces con historias de la corte y con cosas que nunca le habría contado a una cortesana, ni, pensándolo bien, a un hombre. Duelos que había tenido y escaramuzas con conspiradores que habían amenazado constantemente al viejo Emperador en sus últimos años de decadencia. Le contaba esos cuentos a alguien de fuera de la corte y más allá de la política, sin familia a quien ofender, alguien cuyos ojos brillaban cuando comprendía la forma en que él explicaba su táctica con la espada, y lo que había hecho bien o mal su oponente... y no lo contaba para hacer alarde, simplemente dejaba salir todo lo que sabía frente a la única persona a quien había querido contar esas cosas desde la muerte de su padre.

Al menos ella conocía la reputación de los hombres que él nombraba. Eso lo sorprendía.

—Cuentan cosas en Hua —dijo, divertida y un poco ofendida, una noche en que él le dijo lo que sentía. Y él se sintió extrañamente desnudo entonces, al descubrir que una simple discusión en la corte había llegado tan lejos y había sido embellecida sin razón, en las versiones que ella conocía.

—¡Brujería, por los dioses! —dijo él, en cuanto a la muerte de la dama Bhosai—. Estaba chantajeando al señor Ghita. Y tomó té de la taza equivocada. Cheng'di era así. Nunca confiaba en nadie. Se merecen todo lo que les pasó.

Ella lo miró, asustada, asqueada.

—Mataron a los buenos —corrigió él—. Pero la dama Bhosai no era uno de ellos. El señor Riga sí. A menos... —Estaba tallando un pedazo de madera para taponar una grieta que había formado el frío en las tablas de la puerta—. Yo podría haber apoyado a Riga. Él quería destronar al heredero. Mierda, si lo hubiera hecho... —Sacó una larga estaca de madera—. Bueno, seguramente otro lo habría atrapado. Riga era hombre de principios. Eso es todo. No era muy inteligente. No podría haber sido peor que el joven Emperador. Pero no habría durado ni un día, una vez que se proclamara. Y así y todo, Ghita lo descubrió antes y lo mató. Yo podría haber descubierto al que lo hizo. Pero no probar su relación con Ghita.

La miró, una cara atenta que no le hacía preguntas.

—Todo eso pertenece al pasado —dijo Shoka, y sacó otro pedazo de madera—. Pasado y muerto. No sé si pude haber hecho algo. No para mí. No... para algún otro... —Nunca había mencionado a Meiya frente a Taizu. Y ahora, con ella escuchándolo, y la noche y la tormenta, le pareció que era algo que ella podría

entender, algo que tal vez explicaría muchas cosas, algo que él quería que ella supiera. Pero no pudo decidirse a mencionar el nombre de Meiya. Meiya se había desvanecido en su mente. Y Taizu nunca preguntaba, aunque esa parte, él lo sabía, era una historia que el pueblo conocía bien.

—Éste era el patio interior —dijo él, poniendo unos palitos para formar el rectángulo. Todavía era invierno. Afuera estaban la noche y el viento; y los dos trabajaban sobre una buena cena y un poco de vino. Las historias se habían convertido en problemas tácticos, en las cosas que él había visto en la corte. Puso piedras en el suelo—. Las puertas. —Puso unos palitos de pie—. Guardias. —Una hoja con una piedrecita encima—. El señor Hos en su cama.

Ella se rio. Lo que él le estaba mostrando era un intento de asesinato, uno en el que los asesinos habían fracasado. En el que había habido más trucos de los que esperaban los hombres del señor Kendi.

—Las paredes están inclinadas, así. Se pueden trepar con una cuerda y un gancho. Esta pared tiene ventanas. Dos.

—¿Tamaño?

—Lo suficiente para un hombre pequeño.

Ella asintió, con mucha atención.

—Así que... Sobre las paredes. A través de las ventanas...

—¿Hay perros?

—Hay un mono. Se despierta.

—En la oscuridad. Los guardias llegarán en cualquier momento.

—¿Dejaste tu cuerda?

—Sí. No la saqué. Creo que será mejor que me aleje de ahí.

—Sí, pero hay guardias ahora... —Movi6 dos palitos—. Armados con picas.

—Tengo el arco.

—¿Puedes matar a dos?

Ella asintió.

Él movió más palitos.

—Hasta ahora te va mejor que al asesino. Pero dos guardias más llegan por la espalda.

—No tengo flechas. Creo que lo mejor es que doble por esta esquina.

Él puso otros dos palitos.

—Lo lamento. No podías verlos desde la pared. Los dos tienen arcos.

—Por el otro lado, me tiro al suelo y ruedo, golpeo la puerta.

—El mono está haciendo mucho ruido.

—El viejo está despierto. Me voy por esta sala hacia allá. Los guardias entran a la carrera. Estoy ahí con el arco, a espaldas de ellos.

—No está mal.

—Espero a los demás. Es decir a los otros dos.

—La hijita del viejo entra en la sala.

La cara de ella se ensombreció.

—Sucedete —le dijo él.

—No es justo, maestro Saukendar.

—¿Morirás por esa niña?

Ella se encogió de hombros.

—Que grite. Como el mono. Atraerá a su padre.

—Lo vas a matar frente a ella.

—Sucedete —dijo ella.

—Dos guardias más.

—Si la niña todavía está aullando, bien. Que entren.

—Entran.

—Están muertos. Me voy hacia la pared.

—Mierda, usa la puerta principal. Ya que estás, toma un caballo.

—Puede haber sirvientes ahí también. Prefiero la pared. Arriba y afuera.

Él asintió.

—El único testigo que dejaste fue la niña. —Y con fuerza calculada—: Supón que te persiga por esto.

Los ojos de ella volvieron a oscurecerse.

—Gitu no tiene hija. No es justo, maestro Saukendar.

—Nada es justo, muchacha.

—Bueno, no estoy buscando al pobre señor Hos. Busco a Gitu. No hay niñas por las que preocuparse. Si hubiera una hija, ella ya lo habría matado.

—Tiene dos hijos y muchísimos guardias armados.

—Por eso no quiero entrar en el castillo a buscarlo. Esperaré en los campos. Así es como voy a hacerlo.

—Nunca lo matarás con la espada. El arco, te digo. Es tu mejor arma. Y quiero decirte otra cosa... —Shoka respiró hondo—. Hazlo y vuelve aquí. Estarás a salvo. Planea cómo sobrevivir a tu enemigo, demonios.

Ella había bajado la vista apenas él dijo que volviera a la montaña. Y eso dolía.

—Todavía soy el villano, ¿verdad?

—No, maestro Saukendar.

—Maestro Saukendar. Ése es el nombre que usaba en la corte. Es para hablar sobre mí. La gente me llama Shoka a la cara. Preferiría que lo hicieras.

—Soy vuestra discípula, maestro Saukendar. —Sin mirarlo.

—Lo sé. No vas a dormir conmigo. Ya he aprendido... no es largo. Eso no fue lo que te pedí. Te he dicho que nunca me ha gustado ese nombre. Saukendar es un tonto. Una historia. Lentejuelas y aire. Shoka es lo que soy, lo que he sido. Saukendar es

cómo me llamaba mi madre cuando llegaba tarde a cenar.

Ella respiró una vez de un modo extraño. Tal vez era una risa. No levantó la vista de sus manos y su falda.

—Tuve una madre —dijo él—. Aunque parezca imposible. Se llamaba Jeisai. Murió de fiebre. Cuando yo tenía doce años. Después de eso, mi padre sólo tuvo sirvientas.

Ella no lo miró.

—Un tío, una tía, dos primos —dijo él—. Llegué tarde a la vida de mi padre. Y perdí a mis abuelos paternos. Recuerdo bien a la familia de mi madre. Más primos. Tal vez haya alguno vivo todavía.

Siguió sin respuesta.

—Incluso en la corte —dijo él— teníamos parientes. No es prerrogativa de Hua.

Ninguna respuesta.

—Mierda, muchacha. Taizu. Si no he saltado sobre ti en un año y medio, ¿esperas que me ponga demasiado amistoso porque hablo de mis parientes? No soy una estatua.

—No, maestro Saukendar.

—Shoka, carajo. Al menos podrías llamarme por mi nombre correcto.

—Maestro Shoka, entonces.

Él suspiró y apoyó el codo en la rodilla, la mano detrás del cuello.

—Dioses.

Ella se puso de pie y huyó a su jergón, a su lado de la habitación, y se sentó allí, sin mirarlo.

En un segundo, encontró algo que hacer con las manos, trenzando la cuerda que había dejado a mitad, y que tenía fijada a la pared en el extremo del jergón.

—Muchacha. Taizu.

Los dedos volaban. La trenza se alargaba como por arte de magia. Ni una mirada.

—Realmente me provocas —dijo él—. Mierda, podría ir hasta allí y ser tan mal educado como tú. ¿Dónde están tus modales? ¡Pareces un conejo!

La trenza se alargó un palmo más. Y los dedos se detuvieron.

—Os respeto demasiado —dijo ella sin mirarlo—. Quiero hacer lo que os haga feliz. Pero no quiero dormir con vos. No lo haré. Y eso es todo.

—Gracias —dijo él, con frialdad. Y después pensó, con un dolor en las entrañas, que era la primera vez que ella confesaba algún sentimiento hacia él. Y no era el tipo de sentimiento que él hubiera querido provocar.

Era mejor que odio.

Pero significaba una cama fría por la noche.

Se entrenaron en la nieve; se entrenaron en la galería, subiendo y bajando los



escalones para probar en suelo desigual.

Y de nuevo fue el patio, junto al viejo árbol, el aliento congelado en el aire y el barro hasta la rodilla.

Taizu cayó, mal. El la siguió con la espada mientras ella resbalaba por segunda vez en el momento de levantarse.

Tenía un puñado de barro en la mano. Pero no lo arrojó.

El inclinó la cabeza hacia un lado, mirándola.

—Deberías haberlo tirado —dijo—. En tu posición, vale todo, y nada puede empeorar las cosas.

—Hubiera tenido dos camisas para lavar.

Él se rio y le tendió la mano.

—Arriba y probemos de nuevo.

Ella le dio el brazo que tenía la espada y él tiró, ayudándola a levantarse, con barro hasta la rodilla. Cuando la ayudó, le llenó las manos de lodo. Y ella miró el que había en la suya, la sacudió y se la limpió en la camisa.

Tuvieron que hervir la ropa para limpiarla. Pero él recordaría ese día en que había visto reír a Taizu. Todavía había esperanza, pensó.

—Maestro Shoka —dijo ella al día siguiente—, ¿puedo quedarme con esto?

Sostenía la piel del jabalí grande que habían matado.

—Claro. ¿Para qué?

—Para hacer una camisa —dijo ella. Y puso una mano sobre sus hombros—. Si la coso doble, me dará algo de protección. Sin peso. Me gustaría tenerla después de lo que pasó ayer.

El no dijo nada por un momento. Después asintió con amargura.

—De acuerdo —dijo, y fue a buscar la piel de ciervo, que era la mejor de las que tenían—. No tiene sentido hacer un remiendo.

Así que en las noches tallaba pequeñas planchas de hueso, ninguna más grande que el tamaño de la articulación de un dedo, para ponerlas dentro de la armadura que iba a hacerle: piel de jabalí por fuera, en los hombros; piel suave de ciervo por dentro, y pequeñas plaquitas de hueso cosidas al interior de los hombros, en la espalda, alrededor de las costillas y sobre la parte inferior.

Una armadura de mujer, leve y flexible, para protegerse contra los golpes sin sacrificar agilidad.

En caso de que vinieran los bandidos, se dijo. Incluso si ella no se iba, valía la pena tenerla, por si los atacaban desde Hoishi las bandas de asaltantes.

Maldición.

Jiro gruñó y se meció bajo los golpes del cepillo, una cosa grande y oronda en la que se había convertido, bien alimentado y cuidado, y Shoka lo cepilló hasta que el pelo del invierno flotó en nubes a la luz de un sol que se filtraba a través de las grietas de las paredes del establo.

Otro año para el viejo. Había más blanco alrededor de su morro, y Shoka trató de no darse cuenta. Pero cuando terminó, se inclinó sobre el cuello del caballo y lo palmeó con fuerza y deseó...

Dioses, deseó que el tiempo se detuviera.

Para que la muerte no llegara.

—Tengo una tonta en mis manos —le dijo al caballo. Era una estupidez hablarle. Pero lo había hecho durante años, porque si no, hubiera olvidado el sonido de su voz.

Hasta que llegó ella. Y toda su vida empezó a girar.

—Le enseño —le dijo al caballo, que movió una oreja comprensiva— porque es lo único que la mantiene aquí. Le hago una armadura para que no se mate. ¿Qué más puedo hacer? ¿Eh?

Jiro volvió su cuello y tocó con el morro el borde de la camisa blanca.

—La mujer es una tonta, maldita sea —dijo él, y siguió cepillando con fuerza, como para descargar la rabia—. No está preparada todavía. Ni siquiera está cerca. Por fin tiene el sentido común de darse cuenta de eso. Al menos llegó a eso. Los hombres son su problema. No es Gitu el que aparece en sus pesadillas. Es cualquier hombre que la mire de cerca. Salir al camino. Con bandidos. ¡Dioses!

Caballo y jinete llegaron a la carrera por la ladera cubierta de pasto de verano, y Shoka los observó desde la cerca, los codos en las rodillas. Jiro tomó el sendero sinuoso hacia los dos hombres de paja y trapo, y la espada salió de la vaina, Taizu se inclinó desde la montura y golpeó a uno, Jiro dio otra vuelta...

Caballo haragán, pensó Shoka cuando vio que Jiro se había puesto al trote. Conocía las figuras de paja cuando las veía. Ejercicios de escuela.

Pero los golpes de espada habían sido precisos sobre una u otra de las líneas mortales que había dibujado sobre las figuras.

Ida y vuelta, ida y vuelta, desde los hombres de paja al final de la pradera hasta los hombres de paja al otro lado, hasta que le dolió la espalda de estar sentado y Jiro jadeaba agotado.

—¡Hora de cenar! —aulló Shoka cuando ella pasó junto a él de nuevo hacia el final del campo—. ¡Al paso!

Ella tiró de las riendas. Jiro saltó y bufó y todavía hizo un gesto para ir hacia las figuras. Ella lo puso al paso y caminó con él hacia las figuras, luego hacia la cerca y

se detuvo.

Un lugar para un respiro, pensó él. Había una buena vista desde allí, sobre todo el valle, las laderas de la montaña hacia el oeste, hacia la puesta del sol y las nubes orladas de colores.

Eso era todo, por el momento. El la vio mirar hacia el este, hacia el final del cielo, opaco, oscuro; sentada allí, quieta, mirando en una dirección que no auguraba nada bueno.

Él bajó de la cerca, inquieto, y esperó hasta que ella volvió a tomar las riendas. Quería hacer como que no se había dado cuenta, fingir que nada había pasado.

Pero ella dio una lenta vuelta al caballo y de nuevo miró hacia atrás antes de volver al establo.

Y lo miró de la misma forma extraña, desde la altura del lomo de Jiro.

Así supo que ella pensaba en marcharse. Que el sol había vuelto a dirigirse hacia el sur en su camino, y que llegaba el otoño.

En un día como ése, Taizu había llegado a la montaña. En una tarde así, con la luz del sol bañando de oro el paisaje. El se acordaba bien.

Ella no hizo comentario alguno durante la cena esa noche en la galería. Ni en el desayuno. Taizu estaba sumida en una especie de silencio melancólico que revelaba a Shoka que estaba manteniendo un debate consigo misma.

Tal vez, pensó él aferrándose a la esperanza, tal vez estaba cambiando de idea. Tal vez ese silencio y esa melancolía eran buenos augurios para él.

No se atrevía a preguntarle y empezar una discusión. Ella era terca; tal vez volvería a pensar en irse si él insistía. Por costumbre. Lo que estaba combatiendo era su sentido del deber. Era...

Cariño, tal vez. Un deseo de no dejar lo que era cómodo; de no dejar al hombre que, al menos, era su maestro. Sopesaba eso contra la rabia, contra el dolor, contra juramentos hechos por una niña que no comprendía el costo que la mujer tendría que pagar más adelante por lo que había dicho en aquel momento.

Él le había enseñado a sopesar las cosas. Le había enseñado a pensar, y lo más difícil del mundo era permanecer callado y fingir que no tenía idea de que algo la inquietaba, y dejarla hacer lo que le había enseñado a hacer y considerar todas las opciones, todos los derroteros que podían tomar las cosas.

Había que confiar en que, finalmente, ella usaría su sentido común.

Pero Shoka tenía miedo de alejarse de la cabaña, miedo de que ella, sin su presencia, se decidiera de pronto y se fuera, como la niña que había sido, abandonándolo.

Sentía dolor sólo de pensar en algo así.

Pasó un día y otro. Empezó a creer que la había interpretado erróneamente; o que

ella había cambiado de opinión.

Una tarde subió la colina y la encontró en el hogar, enrollando un paquete de carne ahumada en cuero, con otros a su alrededor.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó como para desafiarla. Ya sabía la respuesta.

Ella no lo miró inmediatamente. Terminó de enrollar el paquete y lo puso con los otros. Después levantó la vista, y parecía que le costaba mirarlo a los ojos.

—Me voy —dijo.

—No estás lista.

—¿Y cuánto me falta? ¿Hasta que Gitu muera de viejo?

—Dos años no son suficientes. ¿Cuánto tiempo crees tú que estudia un hombre con un maestro? Tres y cuatro. Al menos. ¿Cuánto tiempo crees que estudió Gitu?

Ella se encogió de hombros y envolvió el paquete en un viejo pedazo de tela y lo ató.

—¡No me he pasado dos años enseñando a una tonta! —dijo él—. Si la ley te atrapa con eso, te van a cortar la mano.

Ella no lo miró.

—Te van a coger, muchacha. No caminas como una campesina y no pareces campesina, no te mueves como un muchacho y ya no pareces un muchacho. ¿No es cierto?

—Puedo parecerlo si quiero.

—No tienes forma de hacerlo, muchacha, en absoluto. No tienes la figura de un muchacho y no caminas como ellos. Ni como una campesina. Así que, ¿qué vas a hacer?

Ella frunció el ceño.

—Iré por los bosques. No iré por los caminos principales.

—Con los bandidos. Un plan maravilloso.

Ella miró al vacío.

Él hizo un gesto con la mano, porque no podía hablar en ese momento. El aliento se le había helado en la garganta. Se inclinó contra la pared, junto a la puerta, y cruzó los brazos y miró al suelo.

—¿Puedo llevarme el colchón?

—Mierda, llévate todo lo que quieras. Excepto a Jiro. Lo demás no me importa.

Hubo un largo silencio.

Ella entonces hizo un sonido extraño, y él la miró y vio que estaba llorando.

—Bueno, no tienes que irte —dijo él—. Nadie te pide que te vayas. Yo no quiero que te vayas. Te pido que no lo hagas. ¿Quieres que sea más claro?

Ella levantó su hatillo, fue hasta el jergón y lo dejó caer.

—Me quedaré esta noche —dijo—. Esta noche dormiré con vos. No habrá otra

vez.

Él dejó de respirar, frío hasta los huesos.

—No te entiendo, muchacha.

—Dijisteis que no debo tener miedo. Así que quiero que durmáis conmigo. Quiero tener eso para recordar en el camino. Si tengo un bebé ahora, eso no me detendrá. Nada puede detenerme. Iré y lo haré. Seré tan inteligente como pueda. Volveré si lo logro.

—Harás eso y te irás.

Ella asintió, tranquila ahora, y él la miró, desesperado.

Después fue hasta el estante del rincón y sacó la armadura y la tiró junto a su jergón.

—Bueno, entonces haz doble equipaje, muchacha.

—¡No!

—¿Que no? No te voy a dejar para los bandidos. No me digas que esto no es lo que planeaste desde el principio.

—¡He dicho que no!

—Lo lamento. —Él tomó la espada y la puso con su arco y su carcaj junto a la puerta.

—¡Estáis desterrado! ¡Os matarán!

—Sí, probablemente. —Shoka respiró hondo y miró alrededor, a los estantes, repletos de las cosas que había guardado a lo largo de los años, el espacio familiar, los objetos familiares. Sintió pánico, como frente a una caída fatal. Pero el paso era fácil. Muy fácil. Había aprendido eso en duelos, juicios, escaramuzas. Cuando no había otra posibilidad, uno se movía. Y eso era todo. Bajó todo el venado ahumado y lo puso junto al hogar—. No vamos a dejar esto aquí.

—¡Mierda, no os pido que hagáis esto!

Él la miró y le sonrió, después rio y luego meneó la cabeza.

—No os lo pido. ¡No quiero que vengáis conmigo!

—Está bien. Te perdono. —Shoka fue a buscar sus pantalones de cuero, que colgaban de un gancho, los bajó y los puso sobre su cama—. ¿Tenemos camisas limpias?

—¡Mierda!

—Cuida tu lenguaje, muchacha.

—¡No quiero que os maten!

—Esa es una ambición sensata. La mejor que te he escuchado hasta hoy. —Shoka tomó una camisa extra de la percha y la tiró sobre la pila—. No quiero que algún magistrado te arranque la mano. Sé cómo arreglar ese tipo de cosas; tú todavía estás aprendiendo. Algo podría suceder. No seas arrogante. Acepta ayuda cuando la necesitas.

Taizu se limpió las lágrimas, cruzó la habitación en un par de zancadas, con la intención de volver a poner la armadura en su sitio. Él hizo un pequeño gesto con la mano para detenerla. Y ella se dio cuenta de que estaba yendo demasiado lejos.

—No —dijo él con firmeza—. Muchacha, puedes tomar el camino y tratar de marcharte, pero yo puedo seguirte. Así que ahorrémonos eso y empecemos esto juntos, mañana, como dos personas cuerdas y adultas.

—Es mi venganza, mi vida, mi familia. ¡Vos no tenéis nada que hacer en Hua!

—Tú eres mi casa —dijo él—. Eso es todo. Tú quieres esto. De acuerdo. Lo tienes. —Le tomó la mano. Estaba fría como el hielo, quieta, desmayada—. Hagamos las cosas en un orden sensato. Descansemos bien. Empecemos por la mañana. —Le puso la mano sobre la cadera, y ella retrocedió—. ¿Has cambiado de idea sobre lo de esta noche?

—Yo... —Casi le castañeteaban los dientes.

—Quiero decirte algo: casi me casé en Chiyaden. La dama Meiya y yo... fuimos amantes en todo, excepto en el acto. Después, no tuve ninguna otra mujer que no fuera una prostituta. Te digo la verdad. Un chico se enamoró de una chica que se convirtió en la esposa de su Emperador. El chico y la chica eran unos tontos... que nunca aprovecharon la oportunidad que tenían para ser felices. El honor lo era todo para ellos, a pesar de que ella despreciaba a su esposo. Y los dioses saben que él despreciaba al Emperador. Tal vez elegimos bien. O tal vez soy dos veces tonto por haber esperado que tú... pero estoy acostumbrado a esperar a las mujeres. Y seguiré esperando hasta que quieras venir a mi cama. Si no es esta noche, está bien. Si nunca vienes... está bien. Lo importante no es que durmamos juntos esta noche. Lo importante es la razón por la que me voy contigo. Lo más importante es el centro de todo lo que te he enseñado. ¿Sabes lo que es? ¿Sabes por qué me voy contigo?

Ella asintió, se mordió el labio y se echó a llorar. Lo abrazó y se quedó así, un largo, largo rato.

Un perro, pensó él, se aprovecharía de una chica cansada, perturbada, que lo había hecho todo sola. A pesar de que quería hacerlo. A pesar de que pensaba que era una oportunidad que nunca volvería a tener y que ella no tenía idea de lo que quería.

Así que la abrazó como un hermano y la meció un momento, y finalmente la tomó de los brazos para separarla de sí y dijo:

—Cenemos. No actuemos como locos después de haber esperado dos años. No te estoy engañando para que no te vayas. Lo único que digo es que hagamos el equipaje y partamos descansados. Mañana, si tenemos todo preparado; al día siguiente, si no. ¿De acuerdo?

Ella se limpió las lágrimas de los ojos, volvió la cara, avergonzada, y se separó de él, sin dureza pero sin mirarlo, ni en ese momento ni cuando se agachó a vigilar el hogar mientras se secaba los ojos de tanto en tanto con la manga.

Él se puso en cuclillas, como un campesino, en una postura desde la que pudiera verle la cara.

—Todavía te deseo —le dijo, en caso de que ella hubiera entendido mal las cosas. Dioses, era verdad. Esperaba no haber dicho las cosas con demasiado énfasis—. Es sólo que no quiero empujarte a nada. Tú decides. ¿De acuerdo?

—Ya me decidí —dijo ella entre un gesto de apretar la mandíbula y otro de secarse los ojos.

—No tendrás miedo de mí, después de todo esto.

Ella meneó la cabeza con furia. Mintiendo, pensó él. Y se dio cuenta de que ella había puesto en ello todo su valor y de que él se había equivocado al decirle eso. Extendió la mano, le acarició el cuello. Los músculos de la muchacha eran duros como el hierro. Pero le dejó tocarla y siguió trabajando, midiendo el arroz, ignorándolo.

—Al infierno con la cena —dijo él.

Ella se quitó la mano de él de encima, sin mirarlo, y se dio la vuelta y buscó el cucharón.

—¿Tienes hambre, verdad? —murmuró él.

—Todo a su tiempo —dijo ella, devolviéndole sus palabras.

Fue una cena muy, muy nerviosa, en la galería. Las manos de ella temblaban. Las de él también, pero no era tan obvio. No dijeron ni media docena de palabras. Ella casi no lo miró: y él miró el establo, el patio, el lugar que había sido su hogar. Trató de centrar su pensamiento en el camino, en llegar a Hua, en la posibilidad de escapar y volver... Planeaba la retirada como había enseñado a la muchacha, junto con la acción misma.

Y se burló de sí mismo por lo tétrico de sus pensamientos. Pero era un largo camino de vuelta a casa; y los que volvieran... no serían el hombre y la mujer que habían partido. No después de las cosas que habrían hecho en Hua. O que, muy posiblemente, les harían a ellos.

Ella tomó los tazones y los lavó, y él encendió la lámpara y dispuso una cama para los dos, con los dos jergones juntos.

Para cuando ella volvió y vio lo que él había hecho con su cama, pareció a punto de salir disparada de la cabaña; pero dejó las tazas junto a la puerta y lo miró, y después fue hacia su lado de la habitación, donde él había dejado su armadura, y se desvistió sin mirarlo.

Él también lo hizo, y al ver que ella tardaba y se tomaba más tiempo del necesario, fue hasta ella y la rodeó con sus brazos desde atrás, y sintió la tensión que había en ella, de pies a cabeza.

—Está bien —le dijo él en la oreja—. Ninguna dama se quejó nunca de mí. —Le pasó la mano por la piel, suave como la de una dama para sus manos llenas de callos,

y la sintió temblar como un conejito—. No hay prisa.

Diez años en las montañas... podía esperar un poco más. Podía esperar el tiempo que ella necesitaba. Una hora, dos, si era necesario.

—Te traeré vino —dijo, y le dio una palmada en el trasero, como había hecho algunas veces cuando trabajaban juntos. Ella saltó—. Para los dos. ¿De acuerdo?

Ella lo miró, escandalizada, ofendida a medias, pensó él, en su orgullo de jovencita. Él trajo el vino y puso un poco en un pote. Y le sonrió, viéndola de pie ahí, algo confusa y preocupada.

—Esto no es un duelo —dijo él, y señaló con la cabeza la cama—. Ve.

Ella fue. Se sentó con las piernas cruzadas, como siempre, y él tomó un buen trago del pote, se sentó y se lo dio.

—Uno grande —le dijo.

Ella bebió, dos veces, parpadeó y se lo devolvió.

Él tomó otro trago y lo pasó de nuevo. Ella volvió a tomar dos.

—Con eso debería ser suficiente —dijo él, y tomó otro. Ella parecía pálida y descompuesta—. Vamos —dijo él, y le tendió la mano—. Vuélvete.

—¿Qué me vais a hacer?

—Nada. Vamos. —Ella se acostó dándole la espalda. Él le frotó la espalda y los hombros, y descruzó las piernas y le dio la vuelta y la abrazó. Sintió el pánico en ella y puso los brazos de modo que los de ella estuvieran libres—. Ahí está. —Le pasó las manos lentamente sobre la piel. Los brazos de ella estaban apoyados en los suyos y él la sintió suspirar, finalmente, un largo suspiro contenido y los hombros se relajaron un poco contra su cuerpo.

—Bien —dijo él, y trabajó más abajo, apartando su mente de lo que estaba haciendo, pensando deliberadamente que ésa iba a ser una noche muy larga, muy lenta. Le habló, de tonterías. Pero los temblores disminuyeron y se hicieron más espaciados, incluso cuando la mano de él se detuvo entre las piernas; y finalmente Taizu se sacudió, se dobló en dos y casi se le escapó.

Muy sorprendida, pensó él. Tenía esa mirada en la cara cuando se retorció y lo miró. Él sintió que ya no tenía control sobre sus propias reacciones.

—Vamos —dijo, apretándola contra él. Ella no tenía dificultades en entender las indicaciones que le daba él con las manos. Shoka intentó que ella montara sobre él. Ella se dio la vuelta para que él quedara arriba, y él tuvo mucho cuidado cuando entró en ella, con el último atisbo de control que le quedaba.

Ella se quedó totalmente quieta un segundo. Después, él empezó a moverse y terminó más rápido de lo que hubiera querido. Pero ella lo envolvió con piernas fuertes y con los brazos y lo abrazó, lo abrazó solamente durante un largo, largo rato, hasta que él, finalmente, cuando se dio cuenta de que estaba tendido sobre ella, se aflojó y la abrazó también, con dulzura.



—¿Fue tan malo? —preguntó él.

—No —dijo ella después de un momento.

—¿Te lastimé?

—No.

Él se quedó quieto un instante, preguntándose si quería seguir con el interrogatorio.

Mierda, le importaba. Pero no iba a hacer explícitas todas las preguntas.

Ella apretó los brazos alrededor de su cuello, con toda su fuerza, que no era poca... sin hacerle daño: tratando, pensó él, de decir cosas que eran demasiado complicadas para explicárselas a un hombre. Y él la abrazó con dulzura, un poco de presión en los brazos, pensando cosas demasiado complicadas para decirlas a nadie que fuera tan joven... y tan viejos.

Creyó saber lo que ella le estaba diciendo: demasiado separados, demasiado diferentes; y los dos pensando lo mismo, que no era como decían los poetas, que no era una simple descarga física, y que no arreglaba nada. Simplemente daba un principio a todo, eso y nada más, y complicaba las cosas más que nunca.

Pero ella se sentía feliz de estar donde estaba, pensó él. Tal vez estaba feliz de que él la acompañara. Tal vez no. Tal vez sabía que era una estupidez. Tal vez él era un testigo más viejo y más sabio de lo que ella quería.

Tal vez ella se había encariñado con él, y él era más que un hombre viejo, una segunda elección para llenar lo que ella había perdido o soñado, como sueñan las jovencitas...

Los hombres envejecían. Los hombres se cansaban de preocuparse demasiado por las cosas. Los hombres se hacían más sabios y terminaban en una montaña. Los hombres podían morir ahí arriba, solos.

Había cosas mucho peores que seguir a una tonta a Hua. Claro que si la seguía, el final sería terrible, pero las vidas siempre terminaban así, tarde o temprano: el conejo de esta primavera terminaba transformado en una mancha en la nieve, pero al mundo no le importaba y el conejo no podía recordarlo.

Shoka no había esperado que ella se levantara de la cama con otra actitud; había vivido con Taizu lo suficiente como para saberlo. Todo era cotidiano en ella. Empezó a levantarse y lo despertó con los ruidos, dijo que iba a darse un baño, todo como si nada hubiera pasado.

Él extendió la mano y la tomó de la muñeca.

—¿Y?

—¿Y? —repitió ella, como preocupada. Era sólo una sombra contra la luz que llegaba desde debajo de la puerta y a través de las grietas de los postigos.

—¿Estuvo bien? —preguntó él.

Un movimiento de cabeza. No supo qué quería decir. Sí, pensó.

—¿No tengo respuesta? —preguntó.

Ella tomó la mano con que él la tenía aferrada, le separó los dedos. Después la sostuvo entre las dos manos juntas.

Habían vuelto a hacer el amor esa noche. Él no estaba seguro de quién lo había empezado. Tal vez había sido ella. Ciertamente, él no había necesitado una razón para hacerlo, cuando ella se le acercó, con intención o no, y esta vez había sido más lento para darle a ella el placer que no había tenido la última vez. Pero después de eso, él se había dormido de nuevo, hasta que ella se movió y lo despertó al amanecer.

No obtuvo respuesta, salvo la presencia de sus manos alrededor de la suya.

Bueno, tal vez, pensó él, ésa era la mejor respuesta que podía darle... no el poco sincero Claro, mi señor de una prostituta. Taizu pensaba las cosas. Taizu pensaba durante días un asunto antes de abrir la boca. Él podía imaginarse la línea pensativa entre las dos cejas y la tensión feroz en la boca. Después, ella lo dejó, tomó su ropa en el camino a la puerta y salió en un relámpago de luz diurna.

Así que Shoka se sentó en la galería, al fresco de la mañana, con el gran pote de bronce pulido encajado en el poste y una olla de agua tibia frente a él, y se afeitó juiciosamente. Hacía eso casi todos los días cuando lograba decidirse. Pero esta vez había puesto el mechón de pelo sobre la coronilla, y el resto, todavía negro y espeso como el cabello de un joven, lo había dejado colgando en la espalda. El clima había tallado líneas en su cara, el sol le había dejado arrugas en los ojos y en las comisuras de la boca; pero en general, contemplando esa imagen en el bronce, vio una gran similitud entre él mismo y cierto joven, y se dijo: No has aprendido nada, ¿verdad?

Estaba terminando cuando Taizu volvió subiendo la colina... por alguna razón, todavía prefería bañarse en el arroyo; y él optaba por el barril de agua de lluvia para no enfriarse en la caminata de vuelta. Ella lo miró, sentado allí, con su vieja ropa, y los ojos se le ensancharon y se detuvo, con la falda mojada pegada al cuerpo en el

frío.

Shoka sacudió el agua de la navaja y la secó, halagado y contento por esa mirada, que alimentaba una vanidad que no había sabido que tenía y de la cual se arrepentía un poco; una estupidez, pensó inmediatamente, porque no era Shoka el hombre que ella estaba mirando. Era Saukendar, el tonto. El que el mundo conocía.

Pero eso no gustó a Taizu.

¿Qué mierda pasa?, se preguntó él, y se quedó inmóvil, asustado de pronto, sin siquiera saber la respuesta.

Taizu tenía miedo, pensó.

¿De qué? ¿De los nobles? Los dioses sabían que tenía razones para tenerlo.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—No, maestro.

—Maestro, demonios. Señor, si quieres. O Shoka. —Descansó la mano y la navaja sobre su rodilla—. Sobre lo que pasó anoche...

—Tengo frío. Quiero vestirme.

—Muchacha, te tengo mucho cariño; te lo digo por si no te has dado cuenta. Te tomaría por esposa si quisieras.

Ella lo miró, quieta, muy quieta y se enderezó con un suspiro. Hubo un segundo suspiro, más fuerte todavía. Se quedó ahí un momento, mirándolo, recuperando el control. Después se mordió el labio y corrió escalones arriba.

—¿No merezco una respuesta, muchacha?

La oyó detenerse. La oyó de pie junto a la puerta, el pequeño movimiento de su respiración contra el silencio de la aurora.

—No soy una dama.

Él se volvió sin levantarse y la miró; al menos ahora entendía algo de lo que estaba pasando.

—Mi esposa es lo que quiera ser. Mi esposa es una dama. Eso es lo que te estoy ofreciendo, demonios, no creo haberte insultado.

Un largo silencio. Ella miró hacia el umbral oscuro, no hacia él, un largo rato. Y la mano fue hacia la cicatriz en la que, los dioses lo sabían, él no había pensado ni la noche anterior ni a la mañana siguiente.

Esa maldita cicatriz y todo lo que iba con ella.

Sin lágrimas. Tenía miedo de que ella fuera a llorar y sintió que se le encogían las entrañas, pero ella mantuvo la compostura. Y no lo miró.

—Maestro Shoka, por favor, no vengáis conmigo. Dejadme hacer esto. Después vendré y seré vuestra esposa. O lo que queráis. Pero ¡no os metáis en mis asuntos!

Él permaneció sentado, quieto, en calma, mientras una muchacha le gritaba como nadie habría podido gritarle sin pagar por eso después... eso, si él no hubiera intuido su dolor, y su honor de mujer, que le impedía aceptar promesas matinales de un

hombre lo bastante tonto como para mantener eso durante tres... o cuatro horas, incluso después de haber compartido la cama con ella.

—No te pongo condiciones —dijo él—. No pude evitar que vinieras aquí. Ahora, no puedes evitar que yo me vaya. Ya ves... impedir algo es muy difícil. Eso te lo enseñé yo. Así que te dejo ir. Y ahora no puedes detenerme a mí.

—Sí, maestro Shoka. —Un tono ronco y desagradable, como si ella previera la derrota y siguiera el juego sólo por cortesía.

—No soy tonto, muchacha, hace tiempo que dejé la adolescencia.

Silencio.

—¿Eso es lo que crees que soy? ¿Un tonto?

—No, maestro Shoka.

La amargura lo inundó de pronto, un recuerdo súbito y vivido de la tumba de Meiya, la cara cuidadosamente maquillada, un encuentro en un jardín, en el palacio: Cástate con alguien. Por los dioses... Y un pensamiento, un pensamiento agudo, hiriente, sobre la forma en que Meiya había viajado hacia la tierra neblinosa del nunca jamás de las leyendas, un romance que los campesinos contaban en invierno. Saukendar y la dama Meiya. Como si él, Shoka, ese hombre común, no tuviera derecho a manchar eso o a cambiar el final.

Maestro Saukendar...

¡Maldita sea! Todavía estoy vivo...

Y si quiero poner a una porqueriza en el lugar de Meiya, ¿no tengo derecho?

Nunca quise ser una leyenda, demonios.

—Vístete —le dijo, severo—. Después sal de aquí. O si has cambiado de idea sobre ir a Hua, dilo. No estás obligada a ser tonta, lo sabes. Y si estás decidida, entonces, nos iremos hoy. Lo que quieras.

Ella entró. Él tomó la camisa que había dejado sobre los tablones, se la puso, bien atada esta vez, y levantó la vista cuando oyó el ruido que hizo algo al estrellarse contra el suelo de la cabaña.

Rabia. Sí.

Se puso las mangas de la armadura y se ató las cuerdas y las tobilleras, antes de que Taizu entrara y dejara caer los jergones enrollados en la galería.

—Ven aquí —dijo entonces, y señaló los escalones a sus pies. Ella frunció el ceño y se acercó—. Siéntate —dijo él, y agregó—: Por favor.

—¿Qué vais a...?

—Siéntate.

Ella se sentó, y él le soltó las trenzas de cabello mojado y se lo peinó, cuidadosamente... después la miró, le apoyó las manos sobre los hombros y tomó la navaja.

—¿Qué estáis haciendo? —exclamó ella.

—Tranquila, tranquila... —Él levantó un mechón y después otro, los peinó hacia atrás, y cortó uno tras otro para hacer un flequillo.

Ella cerró los ojos y arrugó la nariz cuando el cabello le bajó por la cara. Tres o cuatro cortes juiciosos, tras lo cual tomó una pinza de metal y peinó el largo cabello hacia arriba, fijándolo con el alfiler.

—Estáis perdiendo el tiempo —dijo Taizu.

—¿Por qué?

—No podéis transformarme en una dama.

—Eso está bien. Tampoco quiero que te tomen por un bandido. —La miró de nuevo, arregló el cabello suelto sobre las orejas, la tomó por el mentón—. Ah, no está mal.

La boca de ella se tensó en una línea dura. Había truenos en esos ojos, y un rastro de lluvia.

—Hace que se me vea la cicatriz.

Él le apretó el mentón con fuerza.

—¿Qué clase de idea es ésa? Levanta la cabeza. Al infierno con la cicatriz y al infierno con ellos. La gente no olvidará tu cara, puedes estar segura. Así que levanta la cabeza. ¿De quién tienes miedo?

—De nadie.

—¿De qué palabras tienes miedo?

—De ninguna.

—Mmmm, solía ser Acuéstate conmigo.

Ella se soltó con violencia y lo miró furiosa.

Él sonrió.

—Eres hermosa.

—Sois un mentiroso, maestro Shoka.

—Muchacha, muchacha, lo entiendes todo al revés: un hombre dice mentiras a una mujer antes de dormir con ella, no después.

Eso la detuvo. Él vio el movimiento de la nariz, la dureza de la boca.

—Será mejor que recoja mis cosas antes de que terminemos mal —dijo él—. Ensilla a Jiro. Espero que sepas que no puede llevar mucho equipaje. No es un caballo de carga, y su armadura pesa mucho.

Ella lo miró furiosa.

—Pobrecito —agregó Shoka—. Le estás haciendo algo terrible, ya lo sabes.

Lo dijo para atormentarla. Pero además, lo sentía.

Jiro bajó las orejas cuando sintió el acero sobre el lomo, y se sacudió, y cabeceó, y cambió de posición y golpeó el suelo con los cascos, todo calculado para hacer el trabajo más difícil.

—Supongo que lo sabes —dijo Shoka al caballo, y lo palmeó en el cuello, armado de cuero y metal—. Otra vez en camino. Volveremos en primavera, si tenemos suerte.

Uno podía prometerle cualquier cosa a un caballo. De todos modos Jiro nunca escuchaba. Solamente cambió la posición de las orejas y se puso triste.

Un hombre, se dijo Shoka, tenía que tener más sentido común.

Sacó su armadura de donde la había dejado, en la galería, y se la puso... un poco vieja, un poco manchada donde él había sangrado hacía tantos años, pero los dragones tejidos en oro todavía estaban brillantes, y sus ojos verdes sin sombras. Nubes y dragones en la ropa y motas rojas en los pantalones, aunque ese color estaba muy desvaído y era difícil decir cómo había sido en sus orígenes. Se ató los cinturones y los lazos, se pasó la armadura por la cabeza y suspiró, ajustando las cuerdas de los costados, mientras Jiro esperaba en el establo, alborotado e inquieto.

Los tejidos de seda de la armadura habían sido rojos una vez. Los del cuerpo de la armadura parecían castaños ahora... especialmente desde la pelea en el barro. Terminó de atar la parte del pecho y miró a Taizu que salía con los arcos, los carcaj, su espada y los hatillos que contenían comida, ollas y sus objetos personales.

Después, volvió en un segundo viaje a por su armadura y se sentó para ajustarse las mangas y las tobilleras; él la ayudó con el resto.

—No pareces un bandido. En absoluto —le dijo. En realidad, pensó, había hecho un buen trabajo con la armadura de Taizu... pequeñas planchas de cuerno de ciervo cosidas según cierto diseño: los colores eran todos castaños y tostados. Pero encontró una cuerda de seda roja entre las cosas que había traído de Chiyaden y pidió a Taizu que se quedara quieta mientras él se la ataba al cabello.

—Tienes que entender —le dijo a ella—. Un poco de decoración hace que tu enemigo sepa que te tienes confianza. Y eso siempre lo preocupa.

Ella frunció el ceño y lo miró, dudosa.

—Es la verdad. ¿De quién tendrías miedo? ¿De un bandido zarrapastroso? ¿O de un hombre que cuida de sí mismo y de su equipo? Una cinta o dos y pareces mucho más importante.

Bang, desde la colina donde Jiro expresaba su impaciencia con una patada a la pared del establo.

—Estás muy linda —dijo él, y le tocó la cicatriz de la cara—. Úsala como una bandera, muchacha. Como un desafío. Sobreviviste a eso. Eres diferente. ¿Me oyes?

Bang, desde el patio del establo.

Taizu se mordió el labio. Sin enojo. Escuchaba.

—Eres mi discípula —dijo él—. No vas a avergonzarme. Tengo confianza en ti.

—¡Entonces no vengáis!

—Mmmm, no es falta de confianza en ti. ¿No crees que toda la provincia de Hua es demasiado para una muchacha sola? Al menos necesitas alguien que te cuide las espaldas.

—Os estáis burlando de mí.

—No. Estoy decidido a hacerte volver viva. Tengo un fuerte interés en eso. Has prometido ser mi esposa cuando vuelvas.

—Pero...

—Creo que eso es tener sentido común. Mira lo que te ofrezco. Una buena casa. Toda una montaña para cazar. Buena compañía. ¿Estás segura de que quieres ir a Hua?

—Sé lo que estáis tratando de hacer. Vais a discutir conmigo todo el camino a Hua. Y en el último momento os interpondréis y mataréis a Gitu. Nunca os lo perdonaré.

Bang.

Bang.

—No pienso hacer tal cosa. Pero quiero darte un buen consejo. Creo que es razonable... —Bang—. Puedes matar a Gitu. No pienso competir contigo por un premio como ése. ¿Estamos listos?

Shoka no volvió la vista cuando se fueron, llevando a Jiro de la rienda. Sabía lo que vería si lo hacía: vería el hogar, pero vacío y muerto... y visiones como ésa no eran mucho consuelo. Taizu sí se volvió para mirar. Al menos le importaba.

Jiro bajó las orejas y mostró el blanco de los ojos al bajar. Lo hicieron poco a poco, deteniéndose y empujando. Jiro plantaba los cascos sobre el sendero estrecho y medía cada paso, cada giro en aquella pendiente cubierta de raíces: un intento de ir más deprisa terminó con Jiro de través sobre el primer llano que encontró, mirando con ojos desconfiados lo que seguía.

No había parecido tan malo al subir, según recordaba Shoka. O se había fijado menos, cuando llegó y se decidió por esa montaña en particular, con un caballo mucho más joven siguiéndole los pasos. Fue un alivio cuando tuvieron las cuatro patas de Jiro sobre terreno plano otra vez, y vieron que esas cuatro patas estaban sanas y enteras. Shoka dejó que el animal descansara un poco, y Jiro parecía contento de caminar bajo las hojas verdes, hasta que los árboles se hicieron más escasos y llegaron a los campos.

Los campos también habían cambiado... estaban mucho más cerca de la montaña que en los tiempos en que él había subido el sendero hacía años.

—¿Vamos por la aldea? —preguntó Taizu.

Él lo meditó mientras caminaban; las posibilidades de pasar en secreto, las posibilidades de que un hombre y una mujer con armadura pudieran no llamar la

atención a lo largo de las semanas que los separaban de Hua. Se había preocupado por eso desde que se dio cuenta de que tendría que dejar la montaña... por eso y por otras cosas.

Tal vez no había una deuda verdadera entre él y los aldeanos. Nunca había pensado en eso: le daban comida a cambio de buenas pieles, las dos partes del trato eran útiles una a la otra.

Pero seguía pensando en el muchacho que había venido a buscar las pieles; y en las mujeres que le enviaban los potes con conservas; y en los granjeros que cultivaban el arroz, y eso lo preocupaba: qué harían, qué podrían hacer los bandidos cuando se corriera la voz.

—Vamos por la aldea —dijo, y se detuvo y bajó el equipaje de la montura de Jiro—. Aquí tienes. —Le dio el rollo de mantas y jergones y los arcos y los carcaj; y ató a la montura el resto de pertenencias que no habían cabido en las alforjas. Después puso el pie en el estribo y montó.

No había duda de que era una buena razón para que los granjeros vinieran corriendo desde los campos y la gente desde las casas, pensó Shoka... uno de los espectáculos más extraños que hubieran aparecido por la única calle del pueblo: un caballero con una armadura vieja y desteñida sobre un caballo con el morro blanco por la edad, y un escudero algo pequeño y cargado de cosas. Al principio, ni siquiera lo reconocieron, o tal vez diez años lo habían cambiado más de lo que él suponía; pero después alguien gritó, en medio de la multitud que se reunía poco a poco:

—¡Es el maestro Saukendar! —Y toda la aldea se amontonó alrededor de ellos. Jiro se puso nervioso y Taizu se acercó al estribo de Shoka.

Pero éstos eran los jóvenes. Los mayores de la aldea salieron a la calle y se inclinaron frente a ellos; y Shoka se inclinó desde la montura.

¿Hay bandidos?, oyó que se preguntaba la multitud.

—¿Vienen los bandidos?

Él sintió una punzada de culpa al oír la pregunta.

—¿Qué os trae a nosotros, mi señor? —preguntó el más viejo, con una voz que era como el viento sobre los juncos secos—. ¿Qué podemos hacer por vos?

—Honorable señor —dijo él, y se inclinó de nuevo—, ella es mi esposa. Su nombre es Taizu.

Murmullos e inclinaciones. Él no veía la cara de Taizu. Probablemente era mejor. Se imaginaba la rabia, la mueca dura, como para espantar a los demonios. Pero ella se quedó callada y quieta mientras las mujeres de la aldea la miraban con los ojos muy abiertos, y toda la aldea se preguntaba, en voz baja y con buenos modales, de dónde habría sacado su esposa el maestro Saukendar y... con un pequeño temblor de miedo, quién diablos podía ser esa mujer.



Sin duda le miraban las manos con cuidado para ver adonde apuntaban los pulgares. Y su expresión, si era la que él creía, no les aportaría ningún dato; Taizu, con los pies bien plantados y las dos manos sosteniendo la espada, cruzada contra su cuerpo.

Hubo inclinaciones, inclinaciones profundas, los ancianos y los aldeanos, a ambos.

—No sabíamos... —dijo el anciano.

El estuvo a punto de decir: La conocéis. Era el muchacho que pasó por aquí hace dos años. Pero la prudencia le ató la lengua... con el brillo de una idea impía.

—Mi esposa quiere ver su hogar de nuevo —dijo—. Así que me voy por un tiempo. —Oyó el murmullo de desesperación e improvisó con rapidez—. Tengo algunos asuntos de que ocuparme. Así que vine a saludaros y a agradeceros vuestra amabilidad...

Los mayores se inclinaron. Los demás también, una reverencia y un murmullo como viento que se mueve por un campo de trigo.

—¿Pero quién espantará a los bandidos? —le preguntó un anciano, y otros hicieron la misma pregunta, un coro de voces que le rogaban.

—¡Callaos! —Dijo el mayor de todos, golpeando el suelo con el bastón—. ¡Callaos!

Les llevó un momento. Estaban muy preocupados. Había miedo, había miradas a Taizu, curiosidad y resentimiento. Jiro captó las emociones, y golpeó el suelo con los cascos y peleó contra el bocado. Shoka lo sostuvo con fuerza porque tenía miedo de que mordiera a alguien... pero nadie se acercó tanto...

—Perdón —dijo el anciano, inclinándose—. Perdón, mi señor, mi señora, pero ¿quién va a cuidarnos, entonces? En el momento en que os vayáis, señor, los bandidos nos atacarán. Saben que estamos bien, saben que hemos tenido buenas cosechas... —Había pánico en la voz del viejo. Había caras muy pálidas, ojos abiertos y un murmullo de desesperación profunda.

—Quedaos con nosotros —empezó a pedir la gente.

—¡Callad! —dijo Shoka, y todos callaron, excepto los niños, que habían empezado a llorar—. Escuchadme. También estáis bien alimentados, prósperos y sois más numerosos que los bandidos, que no tendrán el valor de atacaros. Confío en que no hayáis olvidado el arco y el garrote en estos diez años. Si cualquiera de vosotros quiere ir hasta la cabaña y coger algo, de acuerdo; pero voy a decir a los viajeros que los demonios nunca harán daño a nadie de la aldea, pero que sólo ellos pueden subir allí. Hay cosas terribles. Vosotros mismos los habéis oído aullar en los barrancos, demonios con ojos como lámparas y dedos como hielo. Pero esta aldea está a salvo de ellos. Tiene una protección especial y cualquiera que robe en esta aldea o que ejerza violencia contra ella, no podrá estar a salvo nunca. Mi esposa y yo volveremos

y lo encontraremos. ¿Me oís?

Los ojos de todos estaban muy abiertos. La gente se inclinó, pálida de miedo, y las madres hicieron callar a los bebés con las manos.

—Decid eso a todos los viajeros —dijo él—. Aseguraos de que todos pasen la voz.

Otra vez las reverencias.

—Buena suerte —les dijo él, y dejó que Jiro avanzara y los mayores les abrieron paso con reverencias, y la gente se desvaneció tras ellos.

Así pasaron a través de la calle, Taizu a pie, junto a la cabeza de Jiro, y la gente corriendo tras ellos para desearles buena suerte y pedirles que volvieran pronto, agitando pañoletas para despedirlos y ofreciéndoles cintas y flores.

—¡Creen que soy un demonio! —dijo Taizu cuando dejaron atrás a los aldeanos, con un último perro que corrió tras ellos para ladrarles y molestar a Jiro. Taizu lo miró, furiosa.

—Con una mirada así, no me extraña.

—Mierda, ¡no soy vuestra esposa!

—Los demonios pueden poner sus pulgares en la posición correcta con un encantamiento, ¿no es cierto?

—Lo que hicisteis está mal. ¡Les mentisteis.

—¿Sobre qué? ¿No crees en demonios?

—¡No se debe jugar con los demonios!

—Tal vez los bandidos piensen lo mismo. No se pierde nada, ¿verdad?

La boca de Taizu estaba abierta. La cerró y caminó en silencio un tiempo.

—Me voy y los dejo —dijo él— para llevarte a Hua. No tienen la culpa de eso. Lo único que han tenido para protegerse en toda su vida es una historia sobre mí. Así que me parece justo que les deje una historia como despedida. ¿No? Van a perder las pieles con las que yo comerciaba. Es mucho dinero para ellos.

—¡Ya lo sé!

—Pierden mi protección.

—¡Yo no tengo la culpa! ¡No tenéis por qué venir conmigo! —Se dio la vuelta y agitó el arco contra él, y Jiro se asustó—. ¡Volved! ¡Ahora!

—Contigo o tras de ti, muchacha. Serás difícil de rastrear, pero siempre puedo esperarte en Hua. Llegar a la puerta de Gitu y preguntarle si ha visto a una esposa —demonio que lo estaba buscando...

—¡No bromeéis! —Ella hizo una señal para defenderse de los demonios—. ¡Les mentisteis!

—Estoy seguro de que pondrán arroz y vino para los demonios. Dudo que los demonios se enojen por eso. Quién sabe, tal vez hasta los protejan.

—¡Da mala suerte!

—Para los bandidos, sí. Tal vez mi esposa los persiga...

—¡No tiene gracia, maestro Shoka! —La cara de ella estaba roja de rabia. Había lágrimas brillando en sus ojos—. ¡Los van a matar porque os creen!

Él la miró con tristeza.

—Lo sé. Pero pelearán mejor si tienen esperanza. Una mentira es mejor que nada. Y una mentira, esposa mía, es todo lo que han tenido con respecto a mí. ¿Qué importa si ahora empiezan a creer otra fábula?

La había escandalizado. Completamente. Ella desvió la vista y caminó bajo su carga, meneando la cabeza. Finalmente se detuvo y volvió a mirarlo, y dijo, con calma, con compostura:

—Volved, por favor..., volved.

—¿Y tú? —preguntó él, mientras Jiro, confundido por los gestos, cabeceaba y mordía el bocado.

—No. Yo no. Pero nadie me conoce. Os conocen a vos; los soldados nos perseguirán y no tendremos oportunidad.

Él sonrió.

—Estás pensando. Muy bien. Así que tienes que cuidarte de mí. Y si huyes, lo único que puedo hacer es ir a Hua y buscarte.

—¡Nos matarán a los dos! Por favor, volved.

—No —dijo él, en el tono de ella, exactamente el mismo tono; y ella suspiró una vez, profundamente, temblando, se dio la vuelta y siguió su camino.

Y él la siguió, a un ritmo que Jiro encontró muy cómodo, más allá de los campos de la aldea, más allá de las colinas, donde el camino de los mercaderes se convertía en un sendero polvoriento que seguía el curso del riachuelo a través de praderas y rocas y ocasionales grupos de árboles. Estaban en Chiyaden ahora, en la provincia de Hoishi, en el camino que hacían las caravanas desde el reino de Shin, a través de las tierras bárbaras de Oghin hasta el corazón civilizado del Imperio, el Regazo del Cielo. El hogar, seguía pensando Shoka, y odiaba la idea, porque el hogar, estaba a su espalda, en la montaña, el hogar no tenía nada que ver con Chiyaden y sus problemas, y él se resistía a esa ambigüedad. Con todo lo que significaba.

Esa noche acamparon al abrigo de una gran roca, donde las colinas se acercaban al camino, y donde había un arroyo y un descampado en el que solían pernoctar los viajeros.

—Es demasiado abierto —objetó Taizu; y él se encogió de hombros y dijo:

—Sí. ¿Ya tienes miedo? ¿Quieres volver a casa?

—Estoy volviendo a casa —replicó ella y se sentó para deshacer el equipaje.

Así que él desensilló a Jiro, y puso la armadura del caballo sobre las rocas para

que se secase el sudor; y se quitó la suya y frotó a Jiro con manojos de pasto antes de pensar en lavarse su propia suciedad.

Chispas y fuego brillaban en el sitio en que Taizu había encendido una pequeña hoguera con su equipo, alimentándolo con hierba y pequeños palos, y después ramas más grandes que había recogido en las colinas. Él se estaba lavando en el arroyo cuando ella se acercó a llenar la olla con agua.

—Lávate —dijo él, sintiéndose generoso y como para hacer la paz—. Sácate la armadura. Yo cocino.

Ella siguió sin hablarle, pero le dejó cocinar y empezó a quitarse la armadura... razón suficiente para estar de buen humor, pensó Shoka, y tal como había esperado, cuando ella llegó, recién lavada y libre de ese peso, a una cena que ya estaba preparada, su disposición había mejorado no poco.

—Mmmm —fue todo lo que dijo hasta que desaparecieron el té y el arroz, y después suspiró y se quedó sentada con el bol entre las manos.

—No voy a hablar de volver si tú no lo haces. Cuando quieras hacerlo... lo dices. ¿Quieres volver? —preguntó él.

—Dijisteis que no ibais a hablar de eso...

—Y no lo haré. Preguntaba solamente. Escucha. Dame los tazones. Yo lavo.

—¡Por supuesto que no, ése es mi trabajo! —Ella se puso de pie, le quitó el bol de las manos y fue hasta el arroyo.

Él preparó las camas. Hacía fresco en las colinas, en la noche era casi frío. Puso los colchones uno junto al otro, dos mantas para cubrirse, y ya tenía la cama lista para cuando ella terminó de lavar.

—Estoy cansada —dijo ella, guardando los potes y la comida—. Quiero dormir esta noche. Por favor, no me molestéis hoy. ¿De acuerdo?

—Claro —dijo él, con voz neutra—. Lo que quieras. Pero espero que no te moleste que durmamos juntos. Va a hacer frío al amanecer.

Ella hizo un gesto de disgusto.

Y cuando se acostaron juntos, le dio la espalda con toda intención.

De acuerdo, pensó él, que descubriría que no se sentía tan indiferente como había esperado, y finalmente, incómodo, se acercó a ella. La muchacha tenía mucho en qué pensar. En cualquier momento podía cambiar de idea y decidir que prefería volver a la montaña, y esa posibilidad lo entusiasmaba. Así que podía ser paciente.

No se veía siendo paciente hasta Hua.

A la mierda con ella.

Pensó otra vez en usar la fuerza. Pero Taizu ya había pasado por eso, había tenido demasiado, los dioses lo sabían, y no era de las que olvidan la falta de paciencia de un hombre. Él había sido paciente con ella dos años. Podía volverse un asceta con un poco más de paciencia que ésa.

Dioses.

Miró las estrellas. Se controló muy bien y dijo, con calma:

—No tienes frío, ¿verdad?

—No.

—Lamento lo de los demonios.

—No habléis de eso.

—¿Por qué?

—Porque estoy tratando de dormir.

—¿Crees en los demonios?

—Claro que sí. ¡No quiero hablar de eso! ¿Queréis que se enojen con nosotros?

—Bueno, yo no creo en ellos. He vivido en esa montaña diez años. Y nunca he visto uno. ¿Tú?

—No, y me alegro de ello.

—En la aldea creen que hay muchos en la montaña. Y no es así. Si hubiera demonios allí, los habría visto. Y Jiro los habría olido.

Ella no dijo nada.

—Taizu.

—No debería haberme acostado con vos, en primer lugar. Ahora mentís a la aldea y tratáis de asustarme.

—¿Qué tiene que ver eso con dormir conmigo? Pensé que habías disfrutado.

Un largo silencio.

—¿O no?

—Fue mejor la segunda vez.

—Tú colaboraste la segunda vez. Eso cambia todo. —Él puso una mano sobre el hombro de ella—. Uno nunca sabe... cuántas oportunidades tendrá. Los dioses saben... se supone que tienes que disfrutar, Taizu. No está bien si no disfrutas.

Silencio.

—Mierda, al menos podrías contestarme.

—¡Estoy tratando de dormir!

—Bueno, no tengo mucha suerte. —Se levantó y la empujó—. Levántate. Dame mi colchón. Esto no va a funcionar.

—Dijisteis que hacía frío.

—Y es verdad. Mucho más en mi cama, solo.

—Estoy cansada —dijo ella, y se sentó y puso los brazos alrededor del cuerpo de él, apoyó la cabeza contra él—. De acuerdo. Está bien. Si queréis. No me importa.

Entonces, él sintió pena. Puso la manta alrededor de los dos y le acarició el cabello y la abrazó, pensando que había sido un día largo y una pesada carga para una muchacha. Probablemente, la armadura le había lastimado las articulaciones. Los dioses sabían que él estaba lastimado y eso que se había pasado el día a caballo.

—Duérmete —dijo él entonces—. Eso es todo lo que necesito: una respuesta civilizada.

Ella lo abrazó por el cuello y se quedó quieta. Él sintió que los hombros apoyados contra él temblaban.

—¿Estás llorando?

Ninguna respuesta.

—¿Por qué? —preguntó él finalmente—. ¿Por mí?

Ella tomó un mechón del cabello de él entre los dedos, lo abrazó más y meneó la cabeza. Él no sabía lo que significaba eso. La oyó sollozar.

—¿Cansada? preguntó él.

Ella asintió contra su hombro y no lo dejó ir. Así que él se quedó allí sentado, muy incómodo, sintiendo que el calor de Taizu era una buena defensa contra el frío de la noche. Reclinó su cabeza contra la de ella y suspiró, y se preparó para seguir sentado allí tanto tiempo como necesitara para consolarla.

Pero ella le palmeó la cara entonces y dijo:

—Si queréis, podemos. Está bien.

—Demonios, muchacha. —Porque ahora estaba fuera de control—. Sé amable conmigo. Dime de una vez si quieres o no. No cambies de opinión otra vez. Me estás cansando.

—Dije sí. ¡Y quiero decir sí!

—Dioses. —Él la tomó entre los brazos. La sostuvo así, abrazada, un rato, sintiendo el cansancio también, y la sintió temblar—. No estás asustada, ¿verdad?

—Tengo frío. —Le temblaban los dientes.

Él la dejó suavemente en el suelo y la cubrió con las mantas. Cansada, pensó. Y asustada.

Así que la abrazó hasta que ella dejó de temblar.

Y para entonces, ella casi estaba dormida y él también.

—Maldición —murmuró él—. Lo intentaremos mañana.

## 11

Por la mañana, Jiro estaba de mal humor. Un poco de ejercicio y un camino interesante por las colinas era una cosa, pero parecía estar dándose cuenta de que el hogar se alejaba más y más, y lo enfurecía despertarse tan lejos de su pradera y su establo. Tampoco le gustó que le volvieran a poner la armadura, y apretó las orejas, coceó y trató de morder.

Un caballo inteligente, pensó Shoka. Sentía un dolor muy agudo en la pierna esa mañana, y le resultaba difícil no cojear, y al levantar la silla de montar de Jiro y pasarla por encima del lomo sintió una punzada en la rodilla que le hizo cerrar los ojos.

Fue una satisfacción ver a Taizu moviéndose un poco más despacio esa mañana, inclinándose y estirándose y haciendo muecas, mientras se masajeaba los hombros y se ponía las mangas de la armadura.

Decididamente más lenta esa madrugada.

—¿Ves? —dijo él—. Deberías hacer el amor todas las noches. Impide que uno se entumezca.

Ella le hizo una mueca. El sonrió y siguió ensillando el caballo.

—Llevaré uno de los carcaj —dijo él.

—No voy a discutir.

—Podría llevar uno de los colchones.

—No voy a discutir eso tampoco.

Ni una sola vez sugirió Taizu que quería montar a caballo... porque, pensó él, sabía que caminar le haría cojear al poco rato. Y nunca se lo echó en cara, ni siquiera cuando él la provocó, ni siquiera cuando él trataba de desanimarla y persuadirla de que volviera a casa; tal vez lo habría dicho, pensaba él, pero era dulce en el fondo de su corazón, y entendía lo que él estaba tratando de hacer, y lo había rechazado la noche anterior con cierto derecho de su parte.

Shoka enrolló las camas por separado y la ayudó a peinarse. Le ofreció las cintas que le habían dado las damas de la aldea, una color naranja y otra roja.

Ella sonrió ante el regalo y las ató con la primera, y lo miró, preocupada, como si no estuviera segura de no estar portándose como una tonta.

Él sonrió. Los ojos de ella se encendieron.

Así que él se dirigió hacia el caballo y montó antes de que una palabra pudiera comenzar otra discusión.

El día se entibió y el camino siguió adelante con suavidad, dos líneas de polvo amarillo y sedoso entre matas de hierba baja y salvaje de fines de verano.

—¿Quieres cabalgar un rato? —le preguntó Shoka, finalmente, pero Taizu meneó

la cabeza y se secó un reguero de sudor de la frente.

—No —dijo ella—. Gracias, maestro Shoka. Estoy bien.

—Jiro puede llevar el colchón.

—No —dijo ella alegremente, contenta incluso. Se aupó el colchón en el hombro—. Uno no pesa mucho.

Él no había dicho ni una sola vez ese día que debían volver. Ella no había dicho ni una sola palabra de enojo desde la mañana. Era una paz seductora. Hacía que un hombre se tentara y pensara en seguir adelante, sin importar el coste.

Pero como el coste era Taizu, él no pensaba hacerlo.

Habían estado viendo huellas de ruedas en el polvo amarillo desde el día anterior; eran huellas claras y, de vez en cuando, las hiedras y la hierba aparecían aplastadas, rotas, pero no secas todavía.

—Hay alguien más adelante —dijo Taizu finalmente.

—Me preguntaba cuándo ibas a notarlo.

Ella se volvió y lo miró con el ceño fruncido.

—Podrían habérmelo dicho, en la aldea.

—No les preguntamos, ¿verdad?

—Habría sido decente de su parte decir algo.

—Supongo que sí. Pero yo soy un señor de Chiyaden. ¿Quién habla a un señor de esos detalles? Para eso tenemos personal que nos ayuda. Hay una jerarquía en estas cosas.

Ella lo miró, burlándose.

—Bueno, entonces los señores no deben de saber nada de lo que pasa, ¿no es cierto? Yo habría hablado, y yo soy campesina. Yo hubiera pensado que es amable decirle a alguien lo que le espera en el camino.

—Claro que lo habrías hecho —dijo él—. Habrías corrido directamente hasta el estribo de un señor y se lo habrías dicho.

—Ah, no. Habría dejado que él y su caballo cayeran por un puente en mal estado, o se encontraran con forasteros. Si no me gustara el señor, claro. Lo habría hecho.

Shoka sonrió.

—Estoy seguro de eso.

—Claro que sí.

—¿Así es como hacen las cosas en Hua?

—Nunca dejamos que nuestro señor cayera en un puente, íbamos y decíamos: Señor Kaijeng, deberíais arreglar eso. Señor Kaijeng, han pasado unos forasteros por aquí.

—El señor Kaijeng era un buen hombre.

—¿Lo conocisteis?



—No muy bien. Coincidimos algunas veces. Nunca venía a la corte, excepto en el año de las inundaciones. Entonces vino a pedir ayuda.

—Yo todavía no había nacido.

Shoka pensó en eso y meneó la cabeza pensativo.

—Bueno, en esa época yo estaba en la corte. Era en tiempos del viejo Emperador. Él señor Kaijeng vino a informarle sobre la situación. Me impresionó. Era un hombre frugal. Pidió que lo eximieran de los impuestos por ese año. Compró seis carros de arroz y telas y los envió a los que arrendaban sus tierras, para que los granjeros pudieran conservar sus fuerzas. Había mucha reconstrucción que hacer y si la tierra estaba deshecha, un pueblo bien alimentado era como un ejército para una campaña. Ese fue su razonamiento. Impresionó mucho al Emperador y le envió diez carretas de telas y arroz él mismo, y Hua envió de nuevo el cien por cien de los impuestos al año siguiente, y envió regalos para la mesa del Emperador.

—Me lo contaron.

No le veía la cara. El tono era normal, relajado. Era la primera vez que ella lograba hablar de Hua. No quiso presionar demasiado.

—Es muy útil ser razonable con la gente —dijo Shoka—. Una dama debe recordar eso.

Eso hizo que ella frunciera el ceño; Taizu, caminando medio de lado para no perderlo de vista, por encima del colchón enrollado y la espada y el arco, y el carcaj en bandolera.

—¡No les digáis mentiras sobre mí!

—¿Y qué les digo? Disculpádmelo, nobles señores, pero soy Saukendar de Yiungei y escolto a esta granjera a Hua para que pueda matar al señor Gitu y casarse conmigo... Claro.

Ella lo miró con furia y cerró la boca.

—¿Y? —le preguntó él—. Creo que será mejor que seas mi esposa para los que encontremos. Nadie pensará en nada raro mientras estés decentemente casada.

Ella miró hacia delante otra vez, a tiempo de esquivar una hiedra muy crecida.

—Si no os tuviera conmigo —dijo ella, para herirlo—, habría seguido tras ellos en la noche y ya los habría pasado.

—Y tendrías una flecha en el cuerpo.

—Los habría pasado, pero dando un buen rodeo. Sin hacer ruido. Estaría perfectamente bien.

—Claro que sí, pero pensé que habíamos dicho que no íbamos a discutir sobre eso.

—Yo no dije eso. Vos lo hicisteis.

—No es así como lo recuerdo. ¿Ves?

Había un punto negro en el horizonte hacia delante, donde el camino daba una

vuelta para evitar la orilla del río. Taizu miró hacia allá, caminó de puntillas un momento y se estiró para ver mejor.

—Granjeros o mercaderes —dijo finalmente—. Carretas.

—Mercaderes, creo yo. Muchas carretas. Nos va a tomar todo el día alcanzarlas. Para el anochecer, supongo...

—Eso no les va a gustar.

—No los culpo.

Al menos diez, once, decidió Shoka a medida que las lomas descubrían y ocultaban lentamente a la caravana... que a últimas horas de la tarde los vigilaba con evidente nerviosismo. El río Hoi estaba a la izquierda. A la derecha las colinas se elevaban, desnudas, demasiado empinadas y rocosas para albergar árboles; las Desérticas, las llamaban los habitantes de esas tierras: estaban en el límite de Hoishi y Hosan, un lugar capaz de inquietar al más templado... o al mercader que, sin duda, se adentraba en el Imperio con las carretas llenas de jade en bruto, y tal vez hierro y metales preciosos.

Así que no les sorprendió que los guardias de la caravana se rezagaran. Cuando llegaron hasta ellos, los estaban aguardando, armados, montados sobre peludos caballos de las estepas, con los arcos en las manos y las flechas preparadas.

—Con cuidado —dijo Shoka, y levantó la mano para mostrar que no llevaba armas.

Los guardias no cambiaron de actitud y no lo imitaron. Él no esperaba tal cosa.

—Podemos salirnos del camino —dijo Taizu—. Por los dioses, no os acerquéis a ellos. No van a querer que pasemos junto a sus carretas y los espiemos.

—El camino también es nuestro.

—No quiero que me llenen de flechas.

—Y yo no quiero que Jiro se lastime los cascos. El suelo es horrible fuera del sendero.

—Yo tampoco quiero que hieran a Jiro con una flecha. Es un blanco muy grande. Y vos estáis sobre él. Y yo al lado.

—Tranquila, tranquila. Creí que no le tenías miedo a nada.

—Flechas —murmuró Taizu—. No me gustan las flechas.

—Bueno, no están disparando, ¿no? —Shoka siguió cabalgando, la mano separada del cuerpo. La caravana se detuvo; un jinete cabalgó hacia la cabeza de la fila, y al cabo de unos minutos otro se acercó a caballo, un hombre vestido de rojos y grises.

—Ése es el jefe de caravana —dijo Shoka, mientras dos de los guardias salían de las carretas detenidas, a ritmo lento, a un ritmo muy semejante a la forma en que él y la muchacha estaban avanzando—. ¡Hola! Somos viajeros también. Queremos pasaros, si nos dais permiso.

Los jinetes se colocaron a una distancia que les permitiera hablar, no más cerca, y se detuvieron. Shoka también.

—Viajeros en la misma ruta —dijo Shoka—. Si nos dejáis, os pasaremos.

—Sois de Chiyaden —dijo uno de los guardias, haciendo un gesto para que se detuvieran.

—Sí. Soy Shoka de la provincia de Tengu. Ella es mi esposa, Taizu. ¿Y vuestro jefe?

—El maestro Yi. El maestro Yi del reino de Shin.

El que hablaba se inclinó. Shoka se inclinó. Taizu también.

Y así les permitieron cabalgar con los guardias junto a las carretas, mientras los carros permanecían parados y el jefe de la caravana avanzaba al encuentro de ambos.

Hubo té, para ellos y para el jefe de la caravana, sentados sobre colchones mientras el jefe les pedía noticias.

—Tengo muy poco que decir —dijo Shoka—. Mi esposa y yo hemos vivido lejos, en la frontera de Hoishi, desde los disturbios en mi tierra. No tengo deseos de volver pero mi esposa siente nostalgia. Así que... —Se encogió de hombros, sin mirar a Taizu—. ¿Qué puedo hacer? Una esposa infeliz o un viaje infeliz.

El maestro de la caravana deslizó una mirada hacia Taizu, y lo que pudo haber querido sugerir como remedio para una esposa mandona murió sin nacer en sus labios; se le cerró la boca con firmeza y un segundo después se encogió también y dijo:

—Bueno, yo tengo cuatro esposas. Y tengo que alimentarlas a todas o no me arriesgaría por este camino, ésa es la verdad.

—Malo, ¿eh?

—Malo. —El maestro Yi hizo un gesto hacia el camino con la mano huesuda y el gesto abarcó también la tierra a su alrededor—. Cinco ataques en este camino este año. Viajo con guardias profesionales. Como veis. —Otro gesto hacia la caravana, las carretas detenidas, los hombres sentados a la sombra, descansando. Al menos quince guardias. Shoka notó que todos parecían mercenarios por el descuido de sus armaduras—. Me cuesta una fortuna —dijo el maestro Yi—. Y no es solamente en Hoishi. Por todo el camino, desde aquí hasta Ygotai. Bandidos. Fuera de la ley. Uno cabalga de lo más tranquilo y de repente flechas desde los arbustos. Os digo que me pondría muy nervioso viajar solo por aquí.

—Es para inquietarse —dijo Shoka—. ¿Hasta Ygotai, decís?

—¡Y más allá también! Os digo que son malos tiempos. Hubo una época en que había ley en los caminos. Hoy en día uno está abandonado a su suerte apenas deja una ciudad. ¡Y no penséis que los señores locales se preocupan por los caminos! Envían todos sus guardias a Cheng'di.

—Al Emperador.

—Adonde quiera que los envíe el Emperador. Guardias mercenarios por todas partes. Sin ley. Bueno para el comercio en la capital. Pero terrible en las provincias. Y una caravana más reducida estaría en serio peligro. Os aconsejo que habléis con vuestra esposa, seriamente, señor. La nostalgia es una cosa. Este es un camino peligroso. Muy peligroso. Si queréis un consejo, volved a Mon y no paséis otra noche en este camino. Por ella.

—Estamos bien —dijo Taizu, breve, rápida.

Los ojos del jefe se deslizaron hacia ella y la estudiaron con cuidado, un poco de miedo cuando llegaron a los detalles, uno de los cuales era obviamente la cicatriz; y otro, tal vez, la imagen general, la armadura, con el pequeño nudo de cintas y el cabello más corto de lo que debía ser el de una mujer.

Shoka se aclaró la garganta.

—Somos honestos —dijo—. No debéis preocuparos, maestro Yi. No somos espías. Preguntadme lo que queráis sobre Cheng'di y os diré lo que sepa, pero son noticias viejas. Hemos estado lejos tanto tiempo... y estamos deseosos de oír lo que vos queráis decirnos.

Otra mirada de los ojos del mercader hacia Jiro, pastando cerca del equipaje de Shoka y Taizu; un punto a mi favor, pensó Shoka; su acento y la armadura costosa de Jiro y la suya propia, lujosa aunque fuera vieja, iban bien con la historia de un señor que se había ido al campo después de haber sido destituido, y eso era plausible, dadas las condiciones políticas, mientras que la cicatriz de Taizu, su dicción (que había cambiado algo bajo la influencia de Shoka, pero que todavía no era la del corazón del Imperio) y su extraña armadura funcional, significaban, tal vez, otra cosa en lugar de bandido, pero esa otra cosa no era menos inquietante.

Si hubieran sido dos hombres, uno podría haber pensado: mercenarios profesionales. Y podría haberse preocupado por el más pequeño, de cara burlona y dura, y pensar que era un loco, de esos que suponen peleas en los campamentos y sangre derramada.

Y eso convertía a Shoka en el más loco de los dos, y a los dos en algo posiblemente más peligroso que simples bandidos.

—¿Qué hay de los caminos al este de Ygotai? —preguntó Shoka.

—Buenos hasta Mandi. Después, arriesgados. ¿Es ahí donde vais? ¿De dónde es vuestra esposa?

—Hua.

—¡Hua!

—¿Qué pasa allí? —preguntó Taizu. Tenía los puños cerrados sobre las rodillas. Se inclinó como gesto de buena educación—. Por favor.

—No lo sé, realmente. —El maestro Yi se inclinó también—. Lo único que sé son

los rumores. Pero dicen que la cosa está muy mal en todo lo que queda al este y al norte de Mandi. Deberíais escuchar a vuestro esposo. La gente muere todos los días en estos caminos. Suceden cosas terribles.

El maestro Yi se quedó callado, los ojos fijos en los de Taizu. Después hizo un movimiento brusco con los hombros.

—¿La regencia todavía está en el poder? —preguntó Shoka.

—Ah, sí. Sí. Eso no cambia. —Otra mirada extraña.

—Hemos estado muy aislados —dijo Shoka y levantó la taza mientras el muchacho del jefe le servía más té—. Gracias... ¿Entonces habéis viajado por este camino hace poco?

—Dos veces este año. Nuestro último viaje antes de las nieves. Pero nos encontramos con una caravana en Shothai... —El maestro hizo que le llenaran la taza—. Y me lo dijeron muy claramente. Hay posibilidad de beneficio. Ganancia pura. Hay escasez en Chiyaden. Donde hay escasez, las provisiones se venden bien. Esa es mi política. Sí, señor, mi política.

—Un hombre prudente. Que los dioses os acompañen, maestro Yi. Os deseamos buena suerte.

—Os diré algo —dijo el maestro Yi—. Si no queréis seguir mi consejo y volver, sería más seguro para vosotros viajar con nosotros. Por un hombre como vos, y por vuestra esposa, no cobraré nada, ya que tenéis vuestra propia armadura y vuestra comida, supongo. Os lo ofrezco solamente porque soy bondadoso.

Shoka se inclinó.

—Es muy generoso de vuestra parte.

Taizu lo miró con furia y frunció el ceño.

—¡No! ...

—Hablaré con mi esposa —dijo Shoka—. Me gustaría, aceptar, maestro Yi. Es un ofrecimiento muy amable.

—Es demasiado lento —dijo Taizu.

—Disculpadme —dijo Shoka, y se inclinó ante el jefe de la caravana, se puso de pie, tomó a Taizu de la muñeca y la arrastró fuera para cruzar unas palabras junto a Jiro.

—¡Tiene sentido! —Dijo Shoka—. La velocidad no lo es todo. Podemos ir hasta Ygotai con ellos... ¡Usa la cabeza, muchacha!

—¡Ese hombre sospecha! Si nos quedamos con ellos, va a empezar a preguntarse quiénes somos, y muy pronto se dará cuenta de que tal vez la ley os esté buscando y de que tal vez obtenga algún dinero si os entrega...

Ésa era una idea, audaz y retorcida; decididamente una idea que apoyaba la posición de Taizu.

—¡Yo confío en nosotros! —dijo Taizu—. Confío en vos. No confío en este

maestro Yi y en su gente. ¡Son bárbaros! Los dioses saben lo que les pasa por la cabeza. ¡Podrían asustarse si piensan que la ley os busca! Podrían hacer cualquier cosa, y si dormimos con ellos y comemos con ellos, no podremos defendernos. No me gusta. No me gusta nada.

Ella conocía la cautela. Había viajado sola de Hua a Hoishi.

Y los dioses sabían... un mercader de tierras lejanas podía no conocer su rostro o su armadura, pero alguien que encontraran en el camino tal vez sí, y quizás ese alguien hablara, y un mercader de tierras lejanas tal vez empezaría a pensar en lo que valía Shoka en oro.

En cierto modo, él ponía a Taizu en peligro en lugar de protegerla, ella tenía razón en eso; y eso lo preocupaba y lo irritaba.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo. Estoy de acuerdo contigo.

Ella respiró hondo y dejó salir el aire sin decir nada.

Y él la llevó otra vez frente al maestro Yi y se inclinó.

—Maestro Yi, os doy las gracias, pero mi esposa es tímida con los extraños, y hasta ahora se lo he consentido. Gracias con todo mi corazón por vuestro gran consejo, pero un hombre casado, ya me entendéis... así son las cosas con las mujeres.

Sin duda, el maestro Yi sospechaba cómo eran las cosas con Taizu. Shoka hizo una mueca y trató de parecer avergonzado, sin mirar al maestro Yi directamente a los ojos, pero sin dejar de ver la inclinación que éste le hizo con la cabeza.

—Señor, espero que sepáis lo que hacéis. No puedo insistiros lo suficiente.

—Mujeres —dijo Shoka. Se inclinó de nuevo—. Ciertamente os admiro, señor. —Y cuando se alejaban—: Cuatro esposas. Es realmente impresionante.

—Os recomiendo el látigo —le gritó el maestro Yi.

Taizu iba a darse la vuelta. Shoka la tomó del hombro y la llevó hasta el equipaje. Trepó a la montura mientras Taizu pasaba los brazos por las cuerdas del colchón y el resto de las armas y empezaba a caminar, con otra inclinación hacia el maestro Yi.

—Ni una palabra —dijo él entre dientes—. Ni una palabra, Taizu.

Ella se las arregló bastante bien, caminando junto a él, con la cabeza baja, mientras pasaban junto a la caravana, eligiendo cuidadosamente el lugar donde ponían los pies, siguiendo el borde del camino, entre arbustos, entre rocas, entrando y saliendo de la caravana según el espacio que ésta o el sendero les ofrecieran. Los hombres los miraban fijamente. Algunos agredieron a Taizu con palabras de mal gusto, y dos intercambiaron un comentario en su lengua nativa y se rieron.

No fue fácil pasar por allí. Shoka pensó en coger al par de burlones y averiguar si seguían teniendo tanto humor después de una paliza. Pero esa satisfacción costaría demasiado.

Siguieron la larga, larga fila de carretas, hasta que llegaron al camino libre y tomaron la curva de la colina.

Entonces Taizu se dio media vuelta y dijo, indignada:

—¡Se estaban riendo de vos!

—Si quieres que informen de lo que vieron en la próxima ciudad, ante un magistrado, puedo volver y enseñarles respeto; eso hará que nuestra descripción vuele por el camino tan rápido como sea posible.

—¡No teníais por qué inclinaros ante ellos!

—Querida esposa, creo que estuvo muy bien. Vamos por delante de ellos, y si nos mencionan al magistrado en Ygotai, esperemos que hablen de un tonto y su esposa malcriada que probablemente dejaron su casa del bosque. Yo era Shoka solamente para mis amigos más íntimos, no para la gente en general, y dudo que relacionen ese nombre con Saukendar... pero tal vez lo hagan si vuelvo y les rompo la cabeza. ¿No te parece?

Ella seguía con el ceño fruncido, pero no respondió.

—No usé la historia del demonio.

—Ah, no, la próxima caravana que pase por el pueblo recogerá eso, y seremos famosos...

—Otra razón por la cual pensé que tal vez tenías razón, y que había que darse prisa en este tramo. Lo que ellos creen es que vamos a doblar hacia el norte en Ygotai, frente a la caravana... si se dan cuenta de que soy yo. Les dijimos la verdad sobre Hua. Y precisamente van a pensar que eso es una mentira. Así que no buscarán en esa dirección.

Ella se dio la vuelta de nuevo mientras seguía caminando, la expresión furiosa.

—O tal vez piensen que Saukendar nunca mentiría.

—Creo que tengo reputación de ser inteligente... ¡Cuidado con eso!

Ella se volvió y esquivó una piedra.

—Lo único que sé es que si yo fuera el magistrado de Ygotai y me dijeran algo sobre un caballero con una armadura tan cara, tendría muchas sospechas, y sabría que ese hombre tiene problemas de algún tipo, y sabría que no hay ningún señor Shoka porque ése no es un nombre noble.

—Supondría que eran una pareja de mercenarios, eso es lo que supondría, uno de ellos mujer.

—Que no querían que los tomara la caravana.

—Porque tenían mejores propuestas en otro lado. Gitu tenía mercenarios a su servicio, hace once años. No creo que haya cambiado. Y uno le dice señor a cualquiera que tenga una armadura como ésta. Al menos, como mercenario soy capitán, y eso es más de lo que puede pagar el maestro Yi. El lo sabe. Si se cree la historia de la esposa, bien; si no la cree, pensará que somos mercenarios...

—Un mercenario que pasó de largo dejando que se burlaran de él...

—No dormirán bien esta noche. Estoy seguro. Fue tonto dejarnos pasar y ver

cuántos son. Por eso me hice el tonto, y ellos se rieron de lo que pasaba. Cuando vuelvan a pensar en el estilo de la armadura y las demás cosas, van a tener varias ideas sobre mí, y ninguna va a tener sentido, y todas van a poner muy nervioso al maestro Yi, mucho más que si fuéramos un par de bravucones que podrían haber eliminado en un minuto. Ellos no nos han echado, nosotros decidimos irnos. No deberían habernos dejado hacerlo. Y ahora estoy seguro de que están pensando en eso y deseando que seamos tan tontos como les parecimos.

Ella lo miró con la boca abierta mientras caminaba de medio lado.

—¡Sois tan retorcido! ¡Les habéis dicho tantas cosas que van a sospechar de nosotros!

—No sabrán lo que somos. Hasta que, como dices, los alcancen otros viajeros. Entonces sabrán todo, y para entonces, será mejor que sigamos estando por delante de los rumores. —Pensó en volver a pedirle que volvieran. Y pensó: «Dioses, no podemos volver atrás, ¿verdad? Ghita lo sabrá, tarde o temprano. Y volverán los asesinos. No tendremos seguridad ni siquiera en la montaña.

Bueno, lo sabía cuando empecé esto. No puedo hacer nada. No puedo hacer nada ahora.

Entrar y salir con rapidez. Y tal vez, si tenemos mucha suerte... ir al sur, a las montañas, y amarnos allí, donde ni siquiera la guardia imperial nos seguiría.

El lío en que me ha metido esta mujer.

El sol se convirtió en un globo dorado detrás de las colinas al otro lado del río, y un toque de oro rozó las puntas de las montañas, que se elevaban muy altas a su derecha.

La luz seguía igual cuando llegaron al lugar en que el río corría con más ruido entre las rocas, y las colinas Desérticas llegaban hasta el camino.

Más allá, no era lugar para viajar en la oscuridad: una franja estrecha perfecta para una emboscada, por la que el río corría, en una hondonada boscosa, y el suelo era pedregoso y las colinas a ambos lados muy escarpadas.

—Aquí nos detenemos —dijo él cuando una vuelta del camino los llevó cara a cara con la quebrada.

—Yo lo hice en la oscuridad —dijo Taizu—. Pero no tenía caballo, y me escondí siempre que pude.

Él meneó la cabeza, pensando en ella con la gran canasta, liviana a pesar de todo; ella sola, en ese lugar propicio para las emboscadas.

Y bajó del caballo y lo llevó hasta un pequeño lugar libre de rocas.

—Tengo una idea —dijo Taizu mientras hervían un poco de agua: para el arroz del día anterior, ya pasado, y un poco de té.

—Los dioses nos salven. ¿Qué?



—Sobre las flechas. Lo que haremos... —Ella estaba sentada sobre sus talones poniendo ramitas en la hoguera que habían encendido, mientras él se sentaba con las piernas cruzadas sobre los dos colchones, bien cerca—. Lo que haremos es que yo voy primero hasta el camino, y hago mucho ruido, como una tonta. Y si hay alguien allí, vos estaréis detrás de mí y podréis acabar con ellos. Eso es mejor que dejar que nos disparen a los dos, o que alguien mate a Jiro.

—No, te dispararían inmediatamente. No pareces mujer, de lejos.

Ella lo miró, ofendida.

—Pensé que te gustaba parecer un muchacho —dijo él, divertido—. Esa idea no tiene nada de malo, excepto que tú seas el blanco. Podríamos esperar al maestro Yi. Yo sabía que llegaríamos a un lugar así en algún momento. Lo recordaba, pero me gusta menos en el crepúsculo.

—No confío en ese hombre. No confío en ninguno de ellos. Y ellos no confían en nosotros. Como dijisteis, ya tuvieron tiempo de pensar y nos quieren de nuevo donde puedan vernos. Casi me preocupan más que los bandidos.

Chica inteligente. Muy inteligente.

Había que tomarla en serio. Aunque él hubiera preferido ir con el mercader y romper cabezas si llegaba el momento. Taizu en el campo tenía toda la paciencia que le faltaba en otras cosas. Paradojas.

—Hace muchos años conocí a un muchacho como tú. Las cosas nunca eran reales para él hasta que sacaba el arma. Entonces, usaba la cabeza.

—Está muerto —adivinó Taizu—. Todas vuestras historias terminan igual.

El meneó la cabeza.

—Está en las órdenes sagradas. Es la única cosa que impidió que Ghita le cortara la cabeza... por lo que oí. ¿Sabes que si hubieras ido a Muigan, habrías terminado como abadesa?

Ella arrugó la nariz y puso té en el agua.

—Las religiosas te habrían enseñado el bastón, como yo.

—Demasiadas órdenes. Y rezos. —Hizo una mueva—. No es para mí.

—Celibato también. No creo que te hubiera gustado eso.

Ella le hizo otra mueca.

—Dije esta noche. Después de la cena. Tengo hambre.

—Bueno, tal vez para entonces yo no tenga ganas. ¿Quién sabe?

La mirada de ella se volvió traviesa.

—Maestro Shoka, nunca habéis dejado de tener ganas, nunca desde que os conocí —dijo con tono de familiaridad—. Aquí tenéis. —Le alcanzó el pote del té. El extendió su taza y confió en la puntería de ella.

—Shoka —dijo él—. Por favor, sólo Shoka.

Una mirada inquieta por debajo de las cejas. La sonrisa ya no estaba allí.

—Ojalá hubierais vuelto a la montaña, maestro Shoka. Ahora tengo miedo de que sepan que la dejamos. ¿Y entonces qué?

—Ya lo han intentado antes. Lo intentaron muchas veces cuando llegué, cuando al fin me encontraron. Dejaron de intentarlo. Se volvió demasiado costoso.

—Esta vez quizá no se detengan.

—Tal vez no. Así que nos vamos al sur. Atravesamos las colinas. Buscamos otra montaña más lejana.

Ella lo miró un largo, largo rato.

—Tu cena se enfría —dijo él, y se puso una bola de arroz en la boca.

Fue realmente una cena fría. Ella comió el arroz sin decir nada, entre tragos de té. El comió lo suyo sin apetito, hirvió otra ronda de té y se inclinó para beber mientras ella terminaba lo suyo en silencio.

—Admítelo —dijo él—. Ahora tienes algo de sentido común gracias a mis enseñanzas. No diré una sola palabra. Tú ya sabes lo que diría. Hay que planear una retirada. Siempre hay que planear una retirada. Yo ya tengo una planeada. No creas que no es así. —Maldita mentira. Inclinó la cabeza contra las rocas y esperó que ella no encontrara otra excusa esa noche, que su humor no le impidiera hacerlo. Se dejaba caer en el mal humor con tanta facilidad. Tomaba algunos años poner distancia entre un hombre y sus muertos, y persuadirlo de que el día y el momento eran lo más importante de todo. Disfrutaba de la vida, muchacha. No vas a dejar que te maten día tras día. Yo no les daría esa satisfacción. Toma todo lo que te da el día. Disfruta la puesta de sol. Disfruta la lluvia. O al hombre que te ama. Mierda. No creo ser tan mala persona. ¿O sí?

Ella lo miró desde el borde del bol de arroz, una mirada corta, y otra de soslayo, meditando, a la manera de Taizu. Una sonrisa leve en la comisura de los labios y una ceja levantada.

—No, no lo creo. —La sonrisa desapareció—. Soy granjera. Conozco la naturaleza. He visto cómo los cerdos y las cabras la disfrutaban. Tenía cuatro hermanos, dos casados. —Le tembló la boca—. Y lo que obtuve fue algo diferente. ¿Sabéis? Eso no puede sorprender a una granjera. Las cabras tampoco son amables unas con otras. Pero, maldición, maestro Shoka... —Arrancó un poco de pasto y lo arrojó a un lado—. Mala suerte, siempre. ¿No es cierto? Me gustaría que lo intentaran ahora. Eso es lo que me gustaría. Mucho.

Él dejó escapar un suspiro, con cuidado. Diablos, ¿esa chica no tenía respiro?

—Espero que no me incluyas en ese grupo.

Ella se mordió el labio.

—No, maestro Shoka. Quiero que sepáis que si dormís conmigo, no soy vuestra esposa. Lo hago porque tengo miedo y no me gusta tener miedo, así que quiero hacerlo hasta que se me pase. Pero vos pensáis que es por vos. Y no os voy a mentir.

No me gusta mentir. No soy virgen. No soy dama de nadie. Es culpa mía que dejarais vuestra montaña y me gustaría mucho que volvierais, carajo. Si volvéis, os prometo que trataré de sobrevivir y volver, y que entonces nos casaremos. Haré lo que vos queráis por el resto de mi vida. Pero no quiero que os maten por mí. Nunca lo quise. Estáis portándoos como un tonto, y no me gusta. No soy lo que creéis que soy. No soy vuestra dama. Soy una granjera. Se reirán de vos si decís que soy otra cosa. Como esa gente de la caravana. ¡Y no pienso permitirlo!

La cara estaba perfectamente controlada, las manos sobre las rodillas, toda la postura tranquila. Solamente la voz temblaba y se quebraba.

Él dejó que el silencio se extendiera entre los dos un largo rato. Descubrió que tenía una rama de arbusto entre los dedos y la hizo sonar contra una roca.

—Ya que estamos siendo tan directos, déjame decirte algo. Fui un tonto por no pedirle a Meiya que durmiera conmigo. Si lo hubiéramos hecho, ella no se habría casado con el Emperador. Fui todavía más tonto por creer que existía alguna cosa que el Emperador era capaz de respetar, por no haberla raptado y llevarla conmigo a la frontera. Pero entonces, entonces ella ya era esposa del Emperador. Y habrían mandado a un ejército contra mí y ella habría muerto de todos modos. Pero el hecho es... —Era una idea que había estado creciendo en su mente durante meses, una idea amarga, una idea que hacía que una buena parte de la vida se convirtiera en un páramo desolado—. No creo que la amara en los últimos años. No creo que ella me amara... nunca en realidad. Éramos unos niños. Estábamos enamorados como chiquillos. La perdí por una orden del viejo Emperador. Era algo romántico y yo estaba desolado, y mi orgullo, muy lastimado. Así que, ¿qué otra cosa podía hacer excepto seguir con un sentimiento del que en el fondo no estoy seguro que fuera real? ¿Entiendes eso? Probablemente es lo que te pasa conmigo. Quieres y no quieres. Sí y no. Pero para mí, en esos tiempos, tenía que ser real. Ella odiaba a su esposo. Yo era su amigo. Nunca habíamos dormido juntos, ni una sola vez. Si lo hubiéramos hecho, supongo que habría sido más que un amor de niños. El día en que murió... —Shoka se aclaró la garganta cerrada—. Me esperaba. Estoy seguro de que me esperaba, porque yo era su amigo. Porque sabía que si alguien iba a venir a rescatarla, ese alguien era yo. Pero para ese entonces, las cosas entre nosotros eran sólo política, y planes sobre cómo hacer esto y cómo influenciar a un señor o a otro para hacer lo que había que hacer... todo política. No éramos amantes, éramos una facción que Ghita tenía que vencer... yo, Meiya, el señor Heisu. Que no podía probar el adulterio en mí era obvio: habíamos sido tan cuidadosos que no había ninguna posibilidad. Que lo probara en Heisu... significa que tal vez ella lo cometió, no lo sé... Y yo la culparía. Yo sabría por qué... porque siempre me consideró demasiado honorable. Y sabía lo estúpido y lo peligroso que habría sido para ambos. Pero si se acostó con Heisu, fue porque él no le importaba personalmente, sólo como amigo y consejero, y su esposo

nunca la tocaba. Hay cosas que la gente se hace una a otra y que son peores que las que se hacen en los campos de batalla. Esa es mi verdad. Tú no elegiste lo que pasó. Yo provoqué el lío en que estoy metido. Así que si me acuesto contigo... es porque me he vuelto más inteligente con los años. Acepto los momentos que me dan los dioses. No pido demasiado. Realmente me interesas, me importas. Nunca dormí con una mujer que me importara. Con nadie... hasta que tú llegaste. —Se sintió de pronto muy avergonzado, porque le estaba diciendo eso a una muchacha muy joven y muy obstinada, aunque ya no fuera una niña. Se estiró y puso la rama rota sobre el fuego, sin mirarla, con los ojos fijos en la hoguera, que se elevó, llamas brillantes y breves, y unas pocas chispas en la oscuridad cada vez más densa—. De todos modos, ésa es mi razón. No tienes nada que ver. —Tomó otra ramita y alimentó las llamas—. Si recuerdo bien los mapas, las colinas al sur de Hua tienen bosques. Un país difícil para encontrar a alguien. Así es como planeo que huyamos. Y tú con...

Ella se había levantado. Shoka pensó que tal vez la había ofendido y que iba a marcharse, pero ella se le acercó y se arrodilló junto a él y le tomó la mano con familiaridad y la sostuvo, los brazos entre las rodillas.

—Hagamos el amor, ¿de acuerdo?

El levantó la vista y vio una cara encendida, ansiosa, muy cerca de la suya. Se le aceleró el pulso.

—Bueno —dijo, y cerró la mano con fuerza. Y pensó en los bosques, que no estaban lejos, y en el lugar en que se encontraban.

Al infierno con eso. Empezó a desvestirla y ella lo ayudó con la armadura, y se lo quitaron todo como dos jóvenes al borde de un camino.

Después, él cubrió el fuego, abrigó a ambos con las mantas y dijo:

—No corramos. Déjame explicarte las cosas buenas que tiene.

—¡Hazlo y nada más!

—No, no, no es así.

—Mmmm —dijo ella después de un rato, y dejó escapar un gemido.

Las damas de Chiyaden eran más discretas. El no podía decir que las prefiriera, tanto más cuando ella quería probar sus propias ocurrencias.

—Mmmm —dijo él—. Dioses.

—¿Te duele?

—No —dijo él, entre jadeos, y se tranquilizó—. ¿Ahora?: Las uñas de ella se le clavaban en la espalda. No le importaba.

Jiro bufó una vez. Con fuerza.

Él se detuvo. Ella también.

Una piedra rodó entre las rocas, por encima de sus cabezas.

—¡Mierda! —murmuró él en el oído de ella—. Hay alguien allá arriba.

Los dedos de ella apretaron con fuerza, una sola vez.

—Mmmm —dijo ella en voz alta, con fría presencia de ánimo.

—Mmmm —dijo él a su vez, se separó y buscó a tientas la espada, mientras ella se desvanecía entre las sombras camino de la armadura, en tanto que Jiro jadeaba y pataleaba, alarmado.

Él quería su armadura, demonios, pero lo único que podía coger sin hacer ruido era la espada. Esperaba que Taizu tuviera sentido común y se quedara quieta.

—Mmmm —dijo ella de nuevo.

Oyó que alguien se movía en la ladera de la colina. Más arriba; por lo menos uno. Más de uno por la derecha.

Oyó a su blanco, vio la sombra y un golpe como un susurro. Ni siquiera hubo un grito. Dos objetos golpearon el suelo, uno grande y uno pequeño.

Sonidos desde arriba. Una piedra bajó haciendo ruidos; se oyó una serie de ruidos, como gemidos, abriéndose dentro de gargantas humanas y unas sombras aparecieron por la derecha.

Recibió a las tres primeras con un golpe cada una; perdió a la cuarta, tratando de impedir que pasaran por su lado, atrapó a la quinta y oyó gritar a Taizu.

—¡Bastardo! —Mientras algo golpeaba el acero y un hombre aullaba y quedaba en silencio; Shoka giró y golpeó y se defendió, en lo que había empezado como miedo y terminó como rabia desatada.

Oyó al hombre que bajaba por la colina, lo oyó venir y giró y golpeó, giró de nuevo con el sonido del acero a su izquierda, atrapó a otro y se lanzó tras la figura pálida cuyo acero brillaba en las sombras.

—Iaaa —aulló, para llamar la atención de su adversario, y atravesó el camino abriéndose paso con la espada; oyó gritar a Taizu, pero no de dolor, era un aullido como el de un demonio furibundo.

Y las últimas sombras que quedaban se alejaron, corriendo.

—¡Cobardes! —gritó ella.

Shoka dejó escapar el aliento y descubrió que estaba temblando de pies a cabeza, la vieja sensación que acompañaba a la lucha, el corazón palpitante, los músculos listos para entrar en acción.

—¡Coge el arco, demonios!

Tomó a Taizu del brazo y la arrastró hacia la armadura. Luego corrió y tomó a Jiro de la rienda y lo llevó hacia la colina, y mientras corría, pisó restos en el suelo, restos que no estaban allí antes de la escaramuza.

Taizu había hecho lo que él le decía, había corrido a cubrirse tras la colina, había cogido los arcos y los tenía dispuestos.

Desnuda como vino al mundo.

—¿Estás herida? —preguntó él.

—No. ¿Y tú?

—No. —Él buscó la ropa—. Vístete. Dormiremos por turnos. Maldición.

Ahora temblaba por otras razones. Por la imagen de ella allí fuera, rodeada. Por lo que pudo haber pasado.

Por lo que ella había hecho, demonios.

La apretó contra su pecho.

—¿Asustada? —le preguntó.

—No. —Los dientes de Taizu temblaron. La sintió temblar y se aferró a ella, pensando...

Pensando que si ella hubiera cometido un error, uno sólo, habría muerto.

Pensando que entonces él habría prendido fuego a todo el bosque y habría buscado a Gitu, y a Ghita, y al Emperador y a toda la maldita corte.

La abrazó cada vez con más fuerza.

—¿Quieres volver a casa?

—A Hua —dijo ella.

El cielo derramaba una leve claridad sobre la quebrada, iluminando una superficie llana, rocosa, llena de cadáveres, armas y restos. No era un lugar muy apropiado para la salida del sol... el olor de la muerte los rodeaba y el día dejaba ver lo que una espada podía hacer a un cuerpo, con armadura y todo.

No era una visión agradable para una muchacha, pensó Shoka, y después pensó: pero es lo que ella ha escogido.

Se frotó la sangre seca que tenía en las manos, se frotó la suciedad de la cara y vio que también era sangre. Vio a Taizu que se despertaba, o que tal vez no había dormido en realidad, los ojos oscuros, dos líneas húmedas en la sombra, la cara tan sucia como la suya. Jiro estaba de pie, dormitando, cerca de los dos, bajo las mismas rocas protectoras.

No se habían lavado la noche anterior. Se habían armado y habían permanecido así cerca de las rocas, y habían dormido por turnos... si es que ella había dormido en realidad.

Asustada, tal vez. Esperaba que sí. Esperaba que fuera ese sentimiento natural, simple, humano.

Se estiró y le despeinó el flequillo.

—Mejor será que nos pongamos en marcha —dijo—. Temprano. Antes de que nuestros enemigos se levanten.

Se levantó él también. Ella se puso en pie y miró alrededor, tomó la espada y caminó entre los muertos, tocó un cuerpo y siguió andando, se detuvo a recoger una daga y su funda y se la puso en el cinturón; el saqueo habitual del enemigo muerto.

Una cara amarga, estoica. Shoka se estremeció.

Pero lo que hacía ella era práctico. Él se encogió de hombros y se frotó la sangre de los dedos, y caminó entre cuerpos y restos de cuerpos, buscando cosas de valor.

Una buena daga para ella, un cinturón de cuero y un cordón de seda... nada que pudiera despreciarse. Los cinturones se agusanaban y los cordones se rompían. Un par de cascos de acero muy útiles. El había perdido el suyo en combate hacía once años y ella nunca había tenido uno. Un medallón de oro.

—Aquí tienes —le dijo, lanzándoselo—. Pero llévalo por dentro. Una cosa como ésa puede hacer que te corten el cuello... en más de un sentido.

Ella miró lo que tenía en el puño, con la boca abierta y sorprendida. No se lo puso. Lo colocó en una bolsa que había tomado de uno de los muertos.

Un poco de plata. Un poco de cobre. Una hebilla de plata. Un pañuelo de seda. Ese fue el resultado del saqueo.

Nueve cuerpos, en la luz leve. Shoka los contó. Probablemente Taizu hizo lo mismo.

—Hemos hecho un buen servicio a los viajeros de esta ruta —dijo él, mientras ensillaba a Jiro y Taizu recogía el equipaje—. Seguramente son parte de los bandidos de Hoisan.

—Humm —dijo ella.

Al menos no dijo: «No es nada». Al menos no dijo que había disfrutado con ello. Él había visto eso en los muchachos después de la primera pelea. Pero ella era diferente. Como el más sabio de ellos, probablemente, hacía lo que hacía y mantenía un equilibrio: eso era lo que él le había enseñado... Tu alma tiene un centro, muchacha, igual que tu cuerpo. Que nada de lo que hagas te aparte de ese centro.

¿Dónde estás esta mañana, muchacha?

¿O has visto cosas peores en Hua?

Taizu, caminando entre los muertos. Taizu, cogiendo armas de los cadáveres, volteando a un hombre muerto en el suelo, fríamente, y levantando el resto sangriento de otro para ver si había algo que salvar...

Dioses, ¿a qué ha llegado Chiyaden para criar a una muchacha como ésta?

A la luz de la primera aurora, el camino era una senda desagradable, llena de rocas caídas, pinos retorcidos, plantas bajas y arbustos que daban paso a árboles muy altos cuando la quebrada se ampliaba un poco.

Un pequeño bosque, una espesura, muchas rocas, y el camino pasaba a través de todos ellos. Recorrerlo tomaba mucho más tiempo de lo que Shoka deseaba, junto a rocas lo bastante grandes como para ocultar a tres y cuatro hombres.

—No hables —le dijo—. Las orejas de Jiro y su olfato son la mejor defensa que tenemos en este lugar.

Ella asintió una vez. Y eso fue todo, hasta que el camino se abrió de nuevo y avanzaron bajo la luz del sol, junto al río.

No como había dicho Taizu: ella yendo sola, por delante. Los bandidos ya sabían que eran dos. Lo sabían bien; y Shoka seguía vigilando las alturas que quedaban al alcance de las flechas, con el arco preparado, una flecha siempre preparada en la cuerda, y dos más en la mano.

—Creo que quieren víctimas más fáciles —dijo él.

—Tal vez no eran tantos —dijo Taizu.

El sintió un pinchazo en el cuello, fuerte, y se volvió sobre la montura para mirar.

Pero no había nada excepto árboles y rocas, y la zona angosta y despejada del camino.

Volvió a mirar hacia delante y deseó con toda el alma poder hacer que Jiro fuera más rápido.

Pero eso era imposible. Su peso, el de Taizu, ambos con armadura... el equipo y los colchones: Jiro podía cargar con todo eso, pero no ir más rápido; o correr y matarse en el intento.



Así que caminaron, a mejor ritmo del que había logrado Taizu.

—Dame el fardo —dijo él, y cuando ella abrió la boca—: Dámelo.

Ella sacó un brazo de las cuerdas, cambió el arco de mano, liberó el otro brazo y se quedó solamente con el carcaj.

—Vete —le dijo él—. Vamos, muchacha. ¡Corre!

Ella corrió, a paso ligero, y Jiro bufó y empezó a caminar más rápido sin que él lo espoleara... el viejo juego de la caza.

Así pasaron las alturas, con momentos de descanso en que se detenían junto a las rocas.

Así llegaron al valle más ancho, junto al arroyo. Taizu se detuvo, jadeando; la suciedad y la sangre coagulada le corrían junto con líneas de sudor por la cara; el cabello pegado a la cabeza y la boca.

Él sintió como si hubieran pasado una puerta... una que no tenía retorno. Y se encogió de hombros.

—Llevaré el equipo un rato —dijo—. No nos detengamos aquí. Sigamos.

Ella lo miró con la boca abierta, como si pensara que era una especie de venganza.

—¡Sigue! —dijo él.

Ella pareció entenderlo entonces. Tomó aliento, se dio la vuelta y corrió.

Tuvieron que descansar con mayor frecuencia después de eso... cada vez que llegaban a una roca que ofrecía refugio. El aliento de Taizu salía duro y ronco, y el sudor la empapaba. Finalmente, caminó cerca de Jiro, apoyada en las faldas de la montura, en parte porque ya no podía mantenerse sobre sus pies, en parte para proteger el pecho de Jiro del lado más vulnerable al pasar por las últimas alturas.

Después, con la tierra abierta de nuevo, Taizu se tambaleó de cansancio, y cuando llegaron a un espacio despejado, cerca del río otra vez, dijo con una voz que era casi un graznido:

—Maestro Shoka, ¿podemos descansar un poco aquí?

—Ya descansaremos —dijo él, y desmontó y la hizo subir al caballo y caminó. Taizu estaba sentada en la montura y se tambaleaba... demasiado orgullosa para derrumbarse.

Él insistió en hacer un fuego cuando llegaron a un cruce de caminos, a un espacio del camino al que el río traía madera y el sol la secaba. Shoka se quitó la armadura y la lavó con agua helada, y ella hizo lo mismo, a cierta distancia de él y sin mirarlo.

Él observó, en cuclillas, como un campesino, mientras ella se pasaba la mano llena de agua por el cabello y los hombros y se las arreglaba para atraerlo incluso en aquella postura indigna. Y entonces él sintió un momento de inquietud, porque ella era tan pequeña y tan decidida en su estupidez y se había convertido en algo tan

importante para él. Ojalá se hubiera sentido desesperada y horrorizada ante la muerte y la matanza... pero abandonó esa idea para siempre, horrorizado a su vez al ver que ella no parecía sentirlo mucho.

Modesta como una virgen a la luz del día. Y sin conciencia, como una prostituta de un campamento de mercenarios. Pensó que debería sentir asco. Pero no era lo que sentía. Lo que sentía era...

... era atracción. Y lo cierto era que si ella hubiera sido un muchacho, él habría pensado que era extraordinario por esa calma y esa habilidad, y habría sabido que tenía un discípulo excepcional, con el suficiente control de sí mismo para evitar cometer una tontería. Un discípulo bien comprometido con el Camino.

Tal como la enseñé, pensó.

Y después... que era cruel, con esa crueldad femenina como la que había visto en prostitutas de todas clases.

Una idea la hacía respetable; la otra, aborrecible. No estaba seguro de qué era lo que tenía junto a él, o de qué le había enseñado, y su cuerpo le decía que la amaba, y eso lo perturbaba aún más. Habéis perdido el centro, maestro Saukendar...

Al infierno con la muchacha.

Quería creer lo mejor de ella. Quería hacerlo... y sin embargo...

Creer lo mejor quería decir creer que ella era capaz de aprender el Camino; y eso quería decir que tenía que tomarla de una forma distinta que a cualquier otra mujer; creer lo peor quería decir que él era un estúpido, que entregaba su arte a un discípulo que lo pervertiría, aunque fuera en una venganza justa, un discípulo que durante todo el tiempo no había sido lo que deseaba la mente de un viejo vulnerable.

Totalmente sin centro, maestro Saukendar.

Dudaba de los demonios. Pero tal vez se había atado a una mujer, tan destructiva como ellos... no podía liberarse de esa idea. Le quedaba muy poco excepto su reputación. Y se la había entregado a ella. Se la había entregado por completo, para que ella entrara en el mundo, e hiciera el bien o el mal con esa reputación...

Tal vez podía apelar al antiguo remedio contra los demonios y cortarle la cabeza, así, sentada como estaba, y volver a casa, con su reputación intacta: la aldea haría leyendas de una acción así.

Pero no quería cortarle la cabeza. No quería llevarla a casa por la fuerza y no quería esperarla en la montaña, ya no, porque ahora sabía lo que era esperar a otro, y si ella no volvía nunca... después no habría nada, nada, nada, por el resto de su vida.

Así que se quedó ahí, congelándose con el agua fría y deseando a una mujer que era igual que cualquier guerrero que él hubiera conocido, una cosa que le parecía algo así como sentirse atraído por un muchacho bien parecido, y ella era simultáneamente una santa a la que su deseo podía corromper, o una mujer sin conciencia atada a su nombre y que sería el fin de su reputación...

No porque eso debiera importarle, se dijo. Pero, mierda, nunca había pedido ser un santo o un héroe, y si los dioses habían dibujado así su destino, y si él había tratado de mantener limpio su nombre y no traicionar las expectativas de la gente, entonces, era un truco muy odioso por parte de los dioses enviarle finalmente una tentación como ésa...

Tal vez se esperaba que hiciera lo que hacían los santos en las historias, cortarle la cabeza y volver cabalgando hacia una soledad virtuosa.

Pero eso no era lo que deseaba su carne, y no tenía la fortaleza para hacerlo, ni el convencimiento, ni siquiera si ella de pronto se convirtiese en el demonio que la aldea creía que era, si de pronto se daba la vuelta y lo miraba con colmillos salientes y ojos muy abiertos...; incluso entonces, él contemporizaría con ella y esperaría que volviera a ser Taizu otra vez. Así de mal estaba.

Empezaba a creer en demonios después de todo, en que ella era un demonio enviado para llevarse su alma y arruinarlo.

Y seguía viéndola caminar entre los muertos a la salida del sol, fría como el corazón de un diablo, examinando uno y después otro, volviendo un cuerpo en busca de objetos valiosos...

No había crimen en eso. Era práctico, eso era todo.

Pero debería haber mostrado algún tipo de remordimiento. Algo de miedo. Algo femenino como su pudor.

Demonios, si venía a su cama con colmillos, él la desearía de todos modos. No podía entender cómo había llegado a eso, o por qué vivir o morir no le importaría sin ella.

Probablemente porque antes de ella nada le había importado durante mucho tiempo.

Ésa era una idea amarga. Pero parecía real.

Suspiró y se arrojó agua fría para lavar la sangre de la noche anterior y el sudor y el polvo de ese día.

Un problema difícil, sí.

Compartieron un poco de venado ahumado y un trozo de fiambre; Taizu deseaba una buena cena esa noche, y dijo que podía cocinar un poco de arroz, para enrollarlo en hojas y llevarlo en el camino al día siguiente, para cuando tuviera hambre.

—Estamos en la peor parte —dijo él—, al menos hasta Ygotai.

—Tal vez —dijo ella, ronca—. Tal vez los bandidos ya no nos persigan.

—No cuentes con eso —dijo él—. Pero quizá se lo piensen dos veces antes de atacarnos.

—Siempre preocupado.

—Siempre preocupado. Serví al Emperador. Es una costumbre.

Ella cortó un pedazo de fiambre y asintió, seria.

—Yo también me preocupaba. Así llegué hasta aquí. Pensé que tú me enseñarías y que después ya no tendría por qué preocuparme. Una estupidez.

—De ese modo piensan los niños. Ahora ya casi no piensas así.

Ella lo miró un largo rato.

—Esos hombres no eran gran cosa —dijo.

—¿Esperabas que lo fueran?

—¿Y Gitu?

—Mucho mejor que ellos. Mucho, mucho mejor. Gitu estudió. También tiene once años más que cuando lo conocí. Tal vez se haya vuelto blando. Pero, te lo he dicho, sus guardias no, de eso puedes estar segura. Mucho mejor que esos tipos que estaban con el maestro Yi. Mucho mejor que los bandidos. No esperes otra cosa. ¿Estás lista? ¿Estás lista para volver a caminar? —Sí— dijo ella, y envolvió el almuerzo y recogió las cosas.

La tierra se allanó de nuevo y el camino cruzó el pequeño río, hundiéndose en él, y el agua llegó hasta los tobillos de Taizu. Ella se quitó la armadura y llevó a Jiro de la rienda, usando los pies desnudos para tantear el fondo del río, mientras Shoka, sobre el caballo, llevaba la carga.

De repente se hundió hasta la cintura, resbaló y desapareció bajo el agua. Jiro bufó y cabeceó, y Shoka lo mantuvo con fuerza por las riendas, y dejó de respirar un momento, hasta que el río la escupió de nuevo mojada y furiosa.

—¡Maldición! —Todavía tenía las riendas de Jiro en las manos. Y agregó con voz más tranquila—: Barro.

Llevó a Jiro por otro lado. Shoka salió del río casi seco, los pies en alto y la cincha mojada, pero Taizu era un desastre.

Y un espectáculo interesante también. Él le dirigió la mirada elogiosa que ella se merecía cuando pasó a su lado para tomar las riendas de Jiro; ella bajó los ojos y separó la camisa mojada de su cuerpo.

—¿Nunca piensas en otra cosa?

Él sonrió.

—No con un espectáculo como ése frente a mí.

Y ella descubrió que esas palabras le resultaban graciosas. Una sonrisa se extendió lentamente sobre su cara, brillante como la luz del sol, y maliciosa, perturbadora, después rio y subió tambaleante de la orilla del río al camino.

Con un cimbreo insinuante y decidido de sus caderas.

Como si acabara de descubrir que su sexo le daba cierto poder...

... sobre un cierto tonto honorable y contenido.

El mundo te enseñará la verdad, muchacha. No, el mundo ya lo intentó,

demonios. Ella no es frágil.

El recuerdo de Taizu desnuda, pálida bailarina con el acero brillante en la mano, acosada por las sombras. De ella, con su armadura, salpicada de sangre, buscando entre los muertos.

De sus brazos y su cuerpo rodeándolo...

De ella tensa y asustada en el peor momento...

Y ella caminaba ahora con las ropas mojadas y un movimiento intencionado de sus llamativas caderas.

Una muchacha que estaba tratando de ser una mujer, tratando de obtener diversión de los misterios que la gente hacía de todo aquello... claro. Con Taizu las cosas eran serias, muy serias... o no. La honestidad era... amargamente seria. Y ella no lo engañaría, no deliberadamente pensó.

No soy vuestra esposa, es porque estoy asustada y no me gusta estar asustada, así que lo hago hasta que ya no...

Tonto. La muchacha te dijo exactamente lo que estaba haciendo. ¿Qué necesitas para entenderlo?

Esta mañana era un demonio. Ahora es...

... una prostituta.

Es...

... una niña. Una niña asustada que confía en que yo la trate decentemente.

... Maestro Shoka...

Le dolía. Era eso. Él tenía más sentido común que ella. Veía el sitio al que se dirigían e imaginaba el cadáver de ella junto al camino. Se veía tratando de defenderse contra lo que viniera. Y más adelante, muerto en el camino. Y los granjeros que decían: Bueno, ahí murió un tonto. Y los nobles en Chiyaden suspirando y diciendo: Con una, campesina... ¿Qué pretendería hacer?

Y otros que decían: Tal vez se volvió un poco loco en esa montaña.

Arroz hervido de cena, un fuego decente, una buena comida. Y Taizu se durmió inmediatamente: cabeceó, allí sentada, la espalda contra la roca, el bol de arroz vacío en la falda.

No funcionaría, pensó Shoka; ella había caminado tanto y corrido tanto; y parecía tan inocente después de eso...

Dispuso los dos colchones junto a ella y dijo:

—Taizu. —Y la despertó antes de tomarla entre sus brazos, por seguridad—. Acuéstate o te va a doler la espalda —dijo deslizando sus brazos por su cuerpo. Ella lo abrazó y murmuró algo, y se durmió contra su hombro. Maldición.

—Mmmm —dijo ella después, se movió y cambió de posición. Él no dormía, no del todo. No se había atrevido en aquel lugar.

—Me toca dormir —dijo entre bostezos—. ¿Puedes quedarte despierta un rato?

Ella le pasó los dedos por el cabello.

—Si haces eso —dijo el—, enseguida me despejaré.

—Lo lamento —dijo ella, y con un movimiento brusco lo empujó—. Duerme, entonces.

El parpadeó, se apoyó en un brazo, se frotó los ojos.

—No le pidas filosofía profunda a un hombre en medio de la noche, un hombre a punto de dormirse profundamente. ¿Qué estamos haciendo?

Tal vez él la avergonzaba. Hubo un largo silencio.

Demonios, ella había creído que su actitud era seductora.

Él tanteó el brazo de ella y encontró la mano.

—Lo lamento. —Ella lo dejó hacer, así que él se estiró más y puso la mano sobre la camisa de la muchacha, sobre su vientre, como amigo, nada más.

Ella le tomó la mano y la puso por debajo de la camisa, junto al corazón.

Y eso estuvo bien por un rato. Después la camisa se desprendió, y la de él también, y los pantalones.

El se tomó su tiempo. Y cuando se le acercó al oído, le dijo en el momento exacto, como un cortesano:

—Sé mi esposa.

—Dioses... —dijo ella, y jadeó. Y finalmente, con brevedad—: No.

El murmuró una obscenidad de soldado y se hundió hacia el costado, desilusionado, descorazonado, pero no vencido.

Unos jadeos más.

—Tú dices que soy tu esposa. Duermo contigo. ¿Qué más quieres?

El conocía la respuesta. Era tan claro como el día para él.

Pero era difícil decírselo a una mujer hostil. Así que no dijo nada.

—¿Qué tendría que hacer tu esposa?

—Supongo que lo que haces ahora. Nunca he podido cambiar nada de lo que haces.

—¿Entonces por qué quieres que me case contigo?

—Porque —replicó él— si no lo haces, te pueden cortar la mano por llevar esa maldita espada...

—Mientes muy bien. No sé por qué no podrías mentir a un magistrado.

Atrapado, Shoka dijo:

—Supongo que podría hacerlo.

—Así que no necesitas casarte conmigo. —No necesito casarme contigo.

—¿Entonces por qué? ¿Qué sería diferente? ¿Podrías decirme lo que debo hacer? Él se hizo la misma pregunta, y no por primera vez.

—No más que ahora.

—Entonces, ¿por qué?

Dibujó una línea sobre el hombro de ella. No encontró nada más fácil como última excusa.

—Porque me gustaría. Porque... —Porque después de dos Emperadores y la esposa de otro, me gustaría saber que alguien me es leal, como yo lo he sido.

Ella contestó, enojada:

—¡Es una estupidez! ¡Estás loco!

Ella tenía sus propias heridas. El comprendía eso. Las suyas le dolían en ese momento, un dolor agudo como el de la vieja cicatriz, y no estaba dispuesto a discutir.

—¿Maestro Shoka?

Eso también dolía.

Le dio la espalda. Pero ella lo tomó por el hombro y se apoyó sobre su brazo. Estaba enojado y hubiera podido arrojarla al río desde allí. Pero ella dijo:

—Solamente quiero saberlo.

A Shoka le había tomado cuarenta años de control no perder la calma, y dijo:

—Porque es decente.

—¿Qué tiene que ver la decencia? —siseó ella—. Porque al maestro Saukendar le disgusta estar durmiendo con su discípula, pero con su esposa está bien, ¿verdad?

Él respiró varias veces, despacio. No la golpeó.

—Solamente quiero saber por qué —dijo ella.

—Es decente que la gente se haga promesas y las mantenga. Quiero... —Quiero tener a alguien que me prometa algo y lo prometa en serio. Una vez—. Quiero dormir ahora. Me cansas, muchacha.

—¡Yo te canso! Yo soy la que lleva el equipaje...

La muchacha no tenía instinto romántico. Ninguno.

De pronto, sintió los brazos de ella alrededor de su cuello y la muchacha le puso la cabeza contra el hombro.

—Soy una campesina —dijo—. En cuanto veas a las damas de Chiyaden, me odiarás.

—Vete a la mierda —dijo él, y al volverse le tocó la mejilla accidentalmente—. Taizu, por los dioses... —Acarició la ofendida mejilla.

—Eso es lo que pasará.

Estaba insistiendo demasiado, tratando de obligarla. No era bueno. No tenía nada que ver con la lealtad que él quería.

—No —dijo él—. No. —Y suspiró y la tomó entre los brazos, decidido a dormir

—. No te preocupes. No nos preocupemos. No me crees. Y eso es todo.

—¿Qué tendría que hacer? ¿Lo que tú dijeras?

—Shhh, cállate. Duerme.

—¿Por qué quieres casarte conmigo?

—Porque te amo —dijo él. Era más complicado que eso. Pero bastó para que callara por un rato. Tal vez estaba pensando. Todo lo que hacía Taizu era complejo. Finalmente dijo:

—¿Vas a decirme que haga todo lo que me digas?

—No —dijo él, cansado por ese estudio minucioso del asunto, pero paciente. Había que ser paciente con Taizu. Él conocía la mente de esa muchacha. Cuando llegaran a Hua, todavía estarían discutiéndolo.

Ella se quedó callada un largo rato. Él estaba medio dormido cuando ella le dijo, la cabeza sobre el pecho de él:

—¿Puedo pensarlo?

Él le pasó la mano por el cabello.

—Hazlo. —Y se lo peinó con cuidado, porque había hojas enredadas entre las trenzas—. No te duermas sin despertarme, ¿entiendes?

—Mmmm —dijo ella.

Pero se despertó con el chasquido de una rama en sus oídos y el sol en la cara.

—¡Mierda! —dijo, y rodó con el corazón palpitante, buscando la espada.

Pero ella estaba allí, en la aurora, cortando ramas para el fuego.

Dejó caer la cabeza entre los brazos y recuperó el aliento.

—No he dormido —dijo ella—. No podía dormir.

—Bueno, pues sí que vamos a avanzar mucho hoy. —Se levantó y fue a los arbustos y volvió y se lavó y se afeitó junto al río.

Ella tenía el desayuno listo cuando él se sentó junto al fuego.

Y comió contemplando la ribera del río y la luz en el agua, y la mente ausente, como en las mañanas de la cabaña.

Añoraba su casa. Deseaba estar allí. Con ella.

Suspiró y se pasó la mano por el cabello. Y se lo peinó con paciencia, y se lo ató antes de ponerse las tobilleras.

Taizu se sentó frente a él en cuclillas, en camisa, con los pantalones de la armadura, los brazos entre las rodillas.

—¿Recuerdas lo que me dijiste anoche? —preguntó.

—¿Qué quieres decir, con lo que te dije anoche?

Ella se mordió el labio, lista para ofenderse.

—Quiero decir —dijo él—, claro que me acuerdo, demonios. ¿Qué esperas? —La había perturbado, maldita sea. No era muy diplomático por las mañanas. Arrojó la



segunda tobillera y la miró, una Taizu sin aliento, con la mandíbula tensa—. ¡Ah, maldición! —Otra vez enfrentados—. No somos dos mercaderes discutiendo por una medida de sal, muchacha. No es un arreglo financiero. No tengo nada que darte... —Pensó entonces, cómo no había caído antes... qué pasaría con ella si era él el que moría y ella quedaba viva, su esposa, con sus enemigos, y eso fue suficiente para sentirse descompuesto—. Nada que no te haya dado ya.

—¿Puedes no hablarme en ese tono y con esas palabras?

—No quiero hablarte así. Los dioses saben que no quiero. De acuerdo, no te cases conmigo. No me prometas nada. —Levantó la tobillera de nuevo y se la puso; empezó a atársela—. Todo se está complicando demasiado. No estoy tratando de detenerte.

—Entonces, ¿por qué quieres casarte conmigo?

—Dioses... —El dejó descansar la cabeza sobre la mano. Levantó la vista de nuevo, con toda la calma y la paciencia que logró reunir, y vio dos ojos ansiosos, intrigados, abiertos.

—¡Quiero saber! ¡Estás pidiéndome que haga algo! ¡Quiero saber!

No era sorprendente que ella no lo comprendiera, pensó. Ni siquiera tenía sentido para él, nada que él quisiera sacar a la luz.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella.

Él se ató las tobilleras. Metió los brazos en las mangas de la armadura y se ató los cordones sobre el pecho.

Y ella no dijo nada. Esperó con los brazos sobre las rodillas. Como una campesina.

Así que el maestro Saukendar pudo quitarse el nudo de la garganta y recuperar la serenidad y algo de dignidad. Odiaba que lo consintieran.

Y era, pensó, lo que estaba pidiéndole a ella. Por una vez en la vida.

—Estoy acostumbrado a que la gente me quiera, muchacha. Todo el mundo me quería. El amor es muy barato. Se compra en el mercado y en la corte, por dos monedas.

Ella lo miró, escandalizada.

—Soy demasiado viejo para ti —dijo él—. Ya era demasiado viejo cuando naciste. —Se levantó y volvió a sentir el antiguo dolor, como lo sentía cada vez que hacía ese movimiento, siempre ahí, siempre en el mismo lugar. No voy a volver, pensó de nuevo. No voy a salir de ésta. ¿Por qué pienso tanto en la permanencia?

—Maestro Shoka...

Rogándole. Afilada como un cuchillo.

Él levantó la armadura y se la puso, y fue a buscar a Jiro. —¡No eres viejo!— le aulló ella por detrás.

Y corrió y lo tomó del brazo, pero él interpuso la mano para evitar que lo tocara y

la miró furioso, y entonces ella tuvo el sentido común de detenerse. Lo respetaba.  
Así que volvieron al camino, tal y como lo habían empezado.

## 13

La región se hizo más baja, la región se hizo más plana, y los campos de arroz y los diques señalaron el comienzo de las granjas que rendían tributo a Ygotai.

Y entre los caminos de los diques, una pradera y algunos caballos bastante buenos.

—Pertenece al juez —dijo un granjero.

—Quédate aquí —dijo Shoka, y tomó la bolsa, el oro que tenían y las monedas que, en medio de la confusión de su primer encuentro, había propuesto a Taizu como dote para las monjas.

Y dejó a Taizu sentada, cuidando el equipaje, junto al dique, para cabalgar hacia el portón del juez.

—Mi nombre es Sengi —dijo, inclinando un codo sobre la montura de Jiro y mirando al guardia—. El capitán Sengi que desea ver al juez... creo que tiene caballos para vender.

Gracias a los dioses, el magistrado no lo conocía, y él no lo había oído nombrar, un viejo gordo muy nervioso al encontrarse con un capitán de mercenarios llamando a su puerta; pero muy contento al ver que el capitán hacía sonar una bolsa repleta de monedas y anunciaba que había dado su montura a un amigo y que quería adquirir un animal servicial... con arneses y todo.

Así que Shoka dejó a Jiro atado a la sombra, llamando amistosamente a las yeguas del juez, molestando a los palafreneros, y fue hasta la pequeña pradera a examinar varias yeguas muy buenas, a admirar sus cualidades y a estar totalmente de acuerdo con la sabiduría del juez, porque pensaba que eso bajaría el precio del animal y lo pondría dentro de su alcance.

Así que se sentó en el jardín sombreado del juez y saboreó un excelente té...

... y recordó tiempos más dulces, y sintió una punzada de dolor, y sintió que los años iban hacia atrás y hacia delante como trompos enloquecidos.

Un jardín, un sendero, una sombra y una laguna con un puente. Su casa, su casa.

Pero había sido confiscada. Robada.

—Esto es lo que tengo —dijo Shoka, y extendió el medallón de oro y los anillos, y agregó un grupito de monedas—. Me gustan los buenos caballos. Y supongo que sé lo que valen. Pero la yegua de las patas calzadas...

—Es una madre potencial. Deberíais verla dar a luz...

—Claro. Pero yo no podría pagar por la baya...

Llevó toda la tarde. Él se imaginó a Taizu nerviosa, esperando y esperando en el camino. Imaginó una tropa de guardias imperiales, haciendo preguntas que Taizu no sabría responder.

Pero no había forma de evadir al viejo, que inquiría sobre los asuntos del norte.

—Señor, yo vengo de Mendang. No tengo idea. ¿Cómo están las cosas en Hoishi?

Y el viejo contestaba, contemporizando:

—Igual que siempre.

—¿Cheng'di?

—Lo mismo. ¿En Hoisan?

Viejo astuto, pensó Shoka.

Y deseó poder sacarle algo.

Pero si le preguntaba por las cosechas, sospecharía algo, como viejo zorro que era... un capitán mercenario que preguntaba... podía tener alguna fechoría en mente, y el juez de la aldea no era la persona indicada para andar despertando sospechas. Así que Shoka bebió el té y habló de caballos, pasados y presentes.

Alabó el favorito del juez. Dijo, y era verdad, que había visto las granjas del Emperador, y que en ellas no había nada mejor, y eso último era mentira. Pero no tenía más oro, solamente la plata necesaria para poder mantenerse los días siguientes.

Empezaron a discutir por los arneses.

Finalmente, Shoka abrió el bolso y se quedó sin nada.

Gracias a los dioses que había dejado algo con Taizu.

—Ése que tenéis —dijo el juez— es realmente un buen caballo. Supongo que no pensáis venderlo.

Al final cabalgó de vuelta, llevando de la rienda una yegua baya de tres años, una criatura con la cara blanca, una pata calzada hasta el jarrete, una delantera hasta la rodilla, una grupa poderosa y un buen pecho.

No era precisamente el caballo más común de la provincia. Shoka habría preferido algo que destacara menos, pero era un buen caballo, el juez estaba ansioso por venderlo, y él por marcharse de la granja.

Y Taizu, que salió a recibirlo desde la zanja y los arbustos, parecía estar exactamente como él había esperado, angustiada y pensando lo peor; pero cambió su expresión cuando echó un vistazo al caballo que le había traído.

—¡Qué hermosura! Pero...

—Llamativa como una prostituta de pueblo —admitió él. Había dudado entre dos animales, uno de los cuales era absolutamente común, incluso los huesos—. Hice lo que pude. Es buena, sólida y está entrenada para un soldado. Te será útil en una escaramuza. —Le dio las riendas—. Sube. Pruébala.

—¿Podemos pagarla?

—Jiro es el que cerró el trato.

¡Jiro! Por los dioses...

—Todo el oro y un intento de Jiro con la yegua baya del juez. —Shoka palmeó el

cuello de su caballo—. Pobre viejo. Dio todo lo que tenía. ¿No es cierto, hijo?

Jiro todavía estaba inquieto. Jiro saltaba y corcoveaba en el lugar, y mordía el freno para conseguir rienda, mientras Taizu se presentaba a la yegua de patas blancas y morro bayo. Y la mirada que se encendió en los ojos de Taizu y la fiebre que había en sus manos llegaron al corazón de un jinete.

—¡Arriba! —dijo él—. Sería típico de ese viejo tacaño cambiar de parecer y enviar a los guardias contra nosotros. Salgamos de aquí.

Ella puso el pie en el estribo, se levantó y la yegua, nerviosa por la proximidad de Jiro y la presencia de un jinete desconocido, se corrió de lado, pero ella la detuvo. Buenas manos. Un buen asiento. Un asiento excelente.

—Pensé que podrías manejarla —dijo Shoka—. Después de Jiro. —Cabalgó cerca de ella y le pasó el papel que tenía—. Certificado de venta. No te separes de él. Si nos separamos por cualquier cosa, no quiero que te arresten por ladrona de caballos...

—Dioses, es hermosa...

—Demonios, muchacha, a mí nunca me haces esos cumplidos. —Shoka guió a Jiro por el camino del dique y la yegua lo alcanzó y se puso al paso al mismo ritmo, con un trote enérgico, y Jiro, el cuello estirado y los ojos en blanco, se lanzó de costado—. ¡Cuidado, ahí!

—Hombres —dijo Taizu. Había un temblor en su voz. Un tipo de temblor típico del momento anterior a la batalla. Tenía los ojos muy brillantes.

Las manos mantenían las riendas en una tensión leve, y la yegua intentaba aflojarla constantemente, probando al que iba en ella, coqueteando con el macho que tenía cerca, y descubriendo que su jinete sabía manejarla.

Jiro, por su parte, era feliz.

Más de lo que puedo decir yo, pensó Shoka amargamente, y volvió a pensar en el juez, maldito, que le había preguntado directamente por qué se había convertido en mercenario, a quién había servido, a quién servía en ese momento...

Sengi, señor, no, pero mi padre era de Tengu, bueno, perdimos nuestra tierra, señor. No tenía futuro. Vuelvo al norte, al Choedri, en busca de empleo. Tal vez allí... Llegaré a Cheng'di si es necesario. ¿No sabe si hay necesidad de mercenarios por allí?

Maldito entrometido, pensó, maldito entrometido, y el viejo seguía mirándolo y decía: Ah, encontraréis trabajo, sin duda. ¿De dónde venís?

Guardia de caravana, señor. Pero ya estoy cansado de lugares extraños. Vuelvo a casa. No creo... que haya cambiado mucho en los últimos dos años...

No. De nuevo esa mirada rara. Dejadme mostraros una yegua que no habéis visto.

Bajando por las granjas de nuevo hacia el río. El asunto de la compra del caballo

había llevado tres veces el tiempo que él pensaba perder, y ya atardecía cuando llegaron al puente.

—No quiero detenerme dentro de Ygotai —había dicho Shoka, antes de haberse puesto a pensar en los caballos, y miró hacia atrás, con más y más sensación de frío en la nuca. Gracias a los dioses, todavía no se veía a nadie.

—¿Qué te pasa?

—Era un viejo chismoso.

—¿El juez? ¿Crees que te reconoció?

—No sé.

—Y entonces, ¿qué hizo?

—Demasiadas preguntas. ¿Cómo vas? ¿Podemos seguir?

—Puedo cabalgar toda la noche si hace falta. No son mis piernas... ¿Qué clase de preguntas?

—Quién era, de dónde venía. Mi nombre es Sengi. Soy guardia de caravana. Capitán de guardias de caravanas. Era un caballero, hace tiempo, tú eres mi esposa, el certificado de venta es válido. Repetimos la historia.

—¡Te dije que no había que comerciar con un juez! ¡Siempre hacen preguntas! ¡Podría haberte reconocido!

—Los jueces de aldea no llegan a la corte. Nunca vi a este hombre antes.

—Tal vez no fue siempre un juez de aldea...

—Tal vez.

—... o, tal vez... —La yegua se puso a bailar, unos pasos hacia el costado y Taizu la dominó—. Tal vez estuvieron vigilando para ver cuándo dejabas la montaña...

—¿Todos estos años? Es una locura. —Miró hacia atrás otra vez y se arrepintió más que nunca de haber elegido un caballo llamativo—. Soy un tonto. No debí haber cogido ese maldito caballo.

Llamativo, había dicho el viejo. Pero mirad su línea, no sus defectos. No puedo venderla por el precio que debería venderse. Ningún caballero como vos cabalgaría en un caballo tan... tan irregular, y no quiero que esas marcas se perpetúen en otras generaciones... Pero para lo que vos la necesitáis... en lugar de venderla a un ayudante o un capataz...

—No te encariñes con esa yegua. Podemos venderla más adelante, en el camino. Mientras tanto vamos a usar esas patas para poner distancia entre el juez y nosotros.

—De acuerdo —dijo ella—. Ella está bien. El que me preocupa es Jiro...

—Nosotros, los viejos, nos arreglamos bastante bien, muchacha. —Tocó a Jiro con los talones, y Jiro no tuvo problemas para decidir que iba a seguir adelante si la yegua también lo hacía. Y viceversa.

El camino que rodeaba Ygotai era retorcido, corriendo junto a granjas y diques, entre algunos pocos edificios decrepitos de las afueras de la ciudad, una ciudad de unos diez mil habitantes, según recordaba Shoka por el último censo del Emperador; pero no recordaba una extensión semejante de edificios abandonados y en decadencia, y la pobreza perturbó su sentido de cómo debían ser las cosas.

—Esta gente no estaba aquí entonces —le dijo a Taizu mientras cabalgaban, dos mercenarios por los barrios pobres de la ciudad; y la gente se amontonaba bajo pobres lonas, alrededor de sus hornillos, y los miraba con ojos abiertos y preocupados. Los chicos no los persiguieron, no había chicos, salvo los que se quedaban sentados tratando de pasar desapercibidos entre sus mayores. Solamente había una impertinente manada de perros que, muy hambrientos, ladraron y persiguieron a los caballos, pero no por mucho tiempo.

Y la gente parecía derrotada y temerosa.

—Tienen miedo de nosotros —dijo Taizu en tono bajo—. Parecemos soldados.

Las casas eran tan precarias que un viento fuerte podía derribarlas. Las calles, llenas de podredumbre, musgo seco en algunos tramos, una ciénaga maloliente en otros, donde quién sabe qué corría algunas veces. Y siempre las miradas, las miradas angustiadas, desesperadas, sin confianza.

¿Qué ocurre aquí? ¿De dónde viene toda esta gente?

¿Qué ha pasado aquí?

Parecemos soldados. ¿Qué quiere decir eso?

—No hay muchos sitios donde acampar —dijo él, mirando la tierra llena de diques y campos de arroz más allá de la ciudad. Fácil para un fingido muchachito que iba a pie, demasiado expuesta para un caballero, su escudero y dos caballos.

—Asustaríamos a los granjeros —dijo Taizu—. Mercenarios.

—Como asustamos a los aldeanos —dijo Shoka mientras cruzaban otro puente en la creciente oscuridad—. Preferiría estar fuera de aquí, de nuevo en el campo.

—El camino es lo más seguro. No nos metamos en los diques a caballo, no si pensamos detenernos.

Senderos sin salida. Muchos senderos sin salida. El granjero no le había dicho eso al soldado.

Así que acamparon junto a un bosquecillo de moreras, ya anochecido, donde un camino de un huerto les ofrecía un lugar más allá de la ruta principal; y después, la cama bajo los árboles, donde nadie pudiera verla. El cielo se había puesto feo en el crepúsculo, casi de pizarra, una noche sin estrellas.

Y con la perspectiva de una noche húmeda, compartieron una cena fría de arroz y salsa y un poco de té, con un pequeño fuego, alimentado con hojas robadas a las moreras y ramitas caídas.

—¿Por qué estaban asustados? —le preguntó Shoka, a la luz difusa de ese fuego.

—De los soldados —dijo Taizu, como si asustarse de ellos fuera una cuestión de simple cordura y él estuviera portándose como un tonto.

—Soldados.

—Del Emperador.

Él meneó la cabeza.

—Estás hablando con un hombre que tenía más de veinte años cuando naciste, muchacha. Que se fue al exilio cuando tú apenas te dabas cuenta de lo que era el mundo. En mis tiempos, no había por qué temer a los soldados. Al menos no dentro de las aldeas y ciudades, aunque hubiera algo de brutalidad en los campamentos militares... eso siempre fue así. Pero esto es miedo.

—Las tropas hacen lo que quieren. Los mercenarios también. Tienen documentos del Emperador. Son la ley...

—La ley, una mierda. Los tribunales son la ley, muchacha. El Emperador no tiene mercenarios...

—Los señores son la ley...

—En su tierra, sí. Los impuestos de la ciudad son del Emperador y los problemas de la ciudad van a...

—... a los jueces del Emperador. Pero si no tienes dinero, no puedes pagar las multas y se llevan tus cerdos; o tu casa; o tal vez los soldados del Emperador están de humor para una broma, así que te destruyen la casa y te matan. Nadie va a decir quiénes fueron, nadie se molestará en averiguar si perteneces a un señor... él tal vez se enoje y vaya a los tribunales, pero uno no acude al juez si no tiene dinero...

El escuchaba. El país que ella describía no era el que él había dejado. Pero era plausible, si el Emperador era un estúpido...

—... porque el juez del tribunal, o es un corrupto y acepta dinero, o sabe lo que podría pasarle a su granja si se pusiera en contra de los soldados. Así es en el campo. Así es la ley. Y si eres campesino y estás bajo alguien como el señor Kaijeng, le ahogan con los impuestos, hasta que él y su mujer no pueden mantener el lugar a flote, y después atacan las granjas y se llevan a todos sus hombres a las guerras de frontera, y finalmente entran y lo matan, y uno no espera que el Emperador haga nada al respecto.

—¿Y el Emperador no hace nada, realmente?

—No sé —admitió ella—. Dicen que el Emperador hace esto o aquello, pero hay otros que dicen que simplemente firma papeles y pasa todo su tiempo con sus concubinas y sus pájaros.

—Pájaros. —Jaulas... jaulas de pájaros exóticos, un jardín inmenso donde los pájaros vuelan en libertad, separados del cielo por redes muy finas, casi invisibles. Plantas y pájaros importados de lugares sin nombre, a costa de vidas y muertes. El



muchacho se había pasado gran parte de su infancia allí, escapándose de sus deberes de la corte y sus lecciones de armas. No era un mal muchacho. Era un muchacho mal criado, egoísta, suave, ineficaz como los gorriones.

Que asesinaba. Que podía planear a sangre fría un complot con Ghita para librarse de su esposa, sus consejeros, su tutor...

Porque era un estúpido, cuyas esposas y cuyo deseo de no pensar eran más reales para él que el sangriento resultado de su complot...

¡Que lo castigaran los dioses! ¡Que lo castigaran por eso!

Taizu se había puesto furiosa. Él también, aunque por distintas razones. Así que pasó mucho rato hasta que Shoka dijese:

—¿Ésa es la reputación que tiene?

—Todo el mundo dice que es un tonto. Que se pasa el día con sus pájaros. Los señores le envían pájaros cuando quieren algo de él. Hubo un pájaro que costó una fortuna a un señor. Y murió en una semana, y después de eso los otros pájaros del jardín se enfermaron y murieron, muchos. El Emperador dijo que el pájaro estaba envenenado y que había encantado a los demás. Ghita hizo que arrestaran a ese hombre y que le arrancaran las manos... Tenei se llamaba, el señor Tenei, del norte... creo que de Peng.

—Hijo de perra...

—Vinieron a arrestarlo, y su esposa se suicidó, pero él no podía hacerlo, así que su amigo lo mató y luego se suicidó a su vez.

—¿Quiénes son los señores ahora? ¿Puedes decirme sus nombres?

Ella se reclinó contra la morera, una sombra en la oscuridad, y los contó con los dedos.

—No sé quién está en Hua si no es Gitu. Gitu también tiene a Angen, claro. En Shangei está el señor Mendi...

—Dioses...

—No sé nada de él. Excepto que está en lugar del señor Heisu.

—Mendi es un tonto vacilante. Sigue.

—Yiungei... —Había un leve temblor de ansiedad en su voz, allá en la oscuridad —. Es del señor Biagi.

—El perrito faldero de Ghita. Eso lo sabía.

—El distrito Mengán, en Yiungei, es...

—¿Jeidi? —Estaba hablando ahora de su propio distrito, del distrito de las tierras de Saukendar.

Ella meneó la cabeza.

—Jeidi murió. Peidan.

—No todos los bandidos son para Hoisan. ¿Y en Taiyi?

—Era Riyeñ. Murió. Ahora es algún primo...

—Kegi.

—Sí.

—Es un nombre para mí. Nada más. ¿Cuáles son los mejores?

—No sé. El señor Mura. Era amigo de nuestro señor. Su nombre es Meigin. Y el señor Agin de Yijang, bueno como vecino.

Dos que todavía estaban vivos.

—¿Tengu?

—No estoy segura. No... no me preocupaba mucho entonces por los señores. Conozco Kenji, es Mida.

Otro que él conocía, no un hombre fuerte, sino un estudioso.

—Hoishi es del señor Reidi —dijo él—, por lo que sé. Y no se sabe mucho de él. No puedo quejarme de él como vecino, pero nunca crucé sus fronteras. Ahora sí. —Meneó la cabeza, con el mismo sentimiento de desesperación que lo había perseguido durante todo el camino, muy parecido, demasiado parecido, a lo que había sentido hacía diez años—. Si Jiro pudiese soportarlo, diría que siguiésemos adelante. Pero no quiero matarlo de tanto correr.

—¡Ojalá hubieras vuelto a la montaña!

—Ahora es demasiado tarde. Ya no hay seguridad allí, ni para mí ni para nadie que esté conmigo. Ni para los aldeanos, si vuelvo. Sólo me queda el camino. Escúchame. Quiero que me escuches con mucho cuidado, Taizu: si vienen soldados y no podemos huir, me dejas y corres hasta que la yegua caiga muerta, y sigues adelante a pie...

—No.

—Escucha lo que te digo, demonios... Si mandan a los soldados, no digo que vaya a pasar... pero si lo hacen... es porque me reconocieron a mí, no a una chiquilla de Hua, y si sucede, lo único que puedo hacer es entretenerlos, nada más. La mayoría se quedará conmigo, uno o dos tal vez te sigan, pero puedes ir más rápido que ellos, eres más liviana y esta yegua es excelente, por eso la quería, entre otras razones. Puedes escapar. Yo no tengo esperanza. Así que tengamos algo de sentido común. No te conocen, no saben lo que quieres hacer. Si yo vuelvo al Imperio, pensarán que es por una razón, y el único peligro que corres es que te encuentren en mi compañía. Eso es sentido común. Si algo me pasa, las cosas van a estar muy revueltas por aquí un tiempo. Sal del Imperio, vete al sur, escóndete hasta que todo se tranquilice...

—Estás inventando todo. Y no sirve, porque no voy a hacerlo. ¡No te voy a dejar!

Él se quedó callado un minuto, pensando. Yo quería lealtad.

Demonios, siempre hace las cosas cuando yo no quiero que las haga.

Estaba asustado, más asustado que nunca, según recordaba. Había sabido que la primera caravana que venía detrás de ellos desde Mon a Ygotai llevaría la noticia de que él había cruzado la frontera. Había previsto eso, había planeado mantenerse

adelante del rumor, incluso usarlo: ellos esperarían que Saukendar fuera directo al norte, hacia Cheng'di o Yiungei, no a Hua. Pero lo que parecía posible en Mon era mucho más incierto en Ygotai, y la mirada desesperada de la gente y la evidencia de los cambios producidos en la región... todo eso hacía que no hubiera esperanza.

Y desde Mon, desde que había roto la tregua, no había esperanza de regreso.

—¿Piensas que el juez puede haber llamado a los soldados —dijo Taizu— y pedirles que busquen el caballo?

—Tu caballo, Jiro... un caballo grande y rojo, con un hombre parecido a mí. No soy mucho más corriente que la yegua, y los pájaros del Emperador son más que una forma de hacerse notar. Un mensaje puede mandarse volando de aquí a Cheng'di... y muy rápido.

—¿Y? Vamos más rápido... eso es todo.

—¿Dónde está el juez esta noche? ¿Adonde envió sus mensajeros? ¿Dónde están los soldados más cercanos? ¿Sus caballos están frescos, comparados con Jiro? ¿Lo sabes?

—¡Nos esconderemos, te digo! Nos esconderemos hasta que crean que el juez está loco.

—¿Dónde?

—Encontraré un lugar. Hay bosques. Hay arbustos.

—Tenemos dos caballos, por los dioses. Tú misma lo dijiste: si nos metemos en los campos, no hay salida.

—Escúchame, maestro Saukendar, tú, el de la Ciudad del Cielo: yo me las arreglé bien, ¿no es cierto? Esto es el campo. Mira esa huerta. ¿Ves ese camino? o es rápido. Tendremos que vadear el agua. Pero te apuesto a que los soldados no lo hacen. Nos metemos entre los arrozales y volvemos a la provincia de Taiyi...

—Hay un río. Jiro lleva armadura.

—Bueno, si cruzamos de noche y dividimos el peso, y dejamos que mi yegua lleve la mitad...

El se sentó allí, pensando en su reputación, en un único y duro combate en el camino, una forma de morir con algo de honor y alguna satisfacción a costa de sus enemigos...

Y pensó, con un poco más de humor... en lo que habría hecho Shoka, el tonto, en su juventud, y en cómo lo habría arriesgado todo... no teniendo una reputación de héroe que perder. A través de los arrozales, como un zorro, confiando en que su guía tuviera algo más que puras palabras...

—¿Crees que puedes encontrar un camino a Taiyi?

—Sé que puedo.

—Nos rastrearán. Los caballos no andan por los arrozales.

—Pero eso no importa. El agua cubre la mayor parte. Los caballos pueden

atravesarlos igual que nosotros.

—Entonces, hagámoslo de noche. Antes de que empiece la lluvia.

Hubo un momento de silencio mientras él se levantaba. Un gruñido de protesta cuando Taizu recogió las cosas.

Y hubo más por parte de Jiro, que golpeó el suelo con los cascos y se agitó y luchó para que no lo ensillaran de nuevo, sobre todo cuando vio que no iba a llevar un jinete, sino la armadura y los fardos.

Shoka cargó con la armadura cuando tuvieron que trepar al dique principal. Se la alcanzó a Taizu, que la dejó en el suelo, y subió a la orilla y tiró de las riendas de Jiro. Éste se abalanzó repentinamente y lo arrojó al suelo.

—¡Demonios! —jadeó Shoka con la espalda contra el barro del dique. Se dio la vuelta y se levantó como pudo, y subió la loma con la pierna doliéndole por dentro.

Taizu trató de ayudarlo desde arriba, una sombra amenazante en la oscuridad de la cima. Él la apartó con el codo. Ella estorbaba el paso, él estaba dolorido y la empujó. Y después, como sabía que se había portado mal, se enojó con ella.

—¡No te pongas delante, demonios!

Lloviznaba. Estaba húmedo y resbaladizo. Jiro estaba agotado y jadeaba con los bultos a través del barro, habían derribado los costados de más de un dique dejando un rastro que hasta un chico podía seguir, y las vueltas por los caminos, cada elección... un zig-zag a lo largo de los diques, a veces por encima, a veces por debajo, a veces simplemente por el sitio en que podían trepar, una pesadilla de decisiones sin luna, sin estrellas.

Shoka levantó su armadura empapada del sitio en que la había dejado Taizu, mientras ella tomaba la suya y volvía a ponerla sobre la montura de la yegua. A Shoka le dolía la pierna, dioses, sí que le dolía. Apiló todo de nuevo en la montura y lo ató, agradeciendo a los dioses la cuerda que había tomado de los bandidos.

—Tenemos que volver a bajar —dijo Taizu de pronto, la voz ronca y temblorosa.

—¿Qué quieres decir con que hay que bajar de nuevo? Acabamos de subir, demonios.

—Nos hemos equivocado. Lo sé.

El se estaba congelando, el viento penetraba la ropa empapada. Sentía las botas dos veces más pesadas de lo normal a causa del barro. Jiro no estaba mejor. Y en cada vuelta había habido un: Sé dónde estoy. Sé dónde estoy. Estoy segura.

—Mira —dijo él, la voz ronca—. Mira, muchacha, no sabes dónde estás. ¿Qué piensas hacer, seguir así hasta que los caballos se rompan una pata? Salgamos de este maldito dique, descansemos un rato hasta que haya luz para ver hacia dónde vamos.

—Estamos bien —dijo ella—. Solamente nos equivocamos allá abajo; tenemos que bajar de nuevo.

—No sabemos adonde vamos, podemos ir a parar al norte de nuevo, de nuevo a ese maldito camino...

—No. Es por allá.

—No hay luna, no hay estrellas, ¿cómo puedes saber adonde vas en medio de este laberinto?

—¡Tengo el viento!

—¡El viento cambia, carajo!

—¡Y la sensación! Y la forma de la tierra, la forma de los diques, sé lo que hago, maldición. ¿Sé dónde está el este!

—Dioses —gruñó él, mientras la sombra en que se había convertido Taizu volvía a bajar por el costado del dique.

Tengo que dejar a esa perra. Que camine por ahí en la oscuridad hasta que sepa que está sola.

Hacía demasiado frío para detenerse. Casi le castañeteaban los dientes.

—Al infierno con ella —dijo a Jiro, y desmontó el equipaje y la armadura y se los ató sobre los hombros.

La pierna le dolía tanto que no podía ponerse peor. Le preocupaban las patas de Jiro... un caballo viejo, cargando la armadura en una noche fría, con los músculos debilitados por la lluvia.

Shoka se cayó en la ladera; golpeó el agua y el barro y por un momento no pudo afirmar los pies ni respirar. Se incorporó. Sobre el lado malo. Ah, mierda, sí. Pero se levantó. Jiro estaba allí, de pie, entero.

—Vamos —dijo él, tomando las riendas. Y siguió andando, hasta el otro extremo, donde Taizu juraba que podrían caminar sobre terreno seco y confiar en los senderos durante un trecho.

—Deja que mi caballo lleve eso —dijo ella—. La yegua está muy bien. Está muy bien, maestro Shoka.

—Yo también —dijo él con lo que le quedaba de voz. Y agregó—: Pero Jiro es demasiado viejo para esto.

Pusieron la armadura sobre la montura de la yegua. Taizu se puso en marcha de nuevo.

—Nos hemos perdido —le dijo él—. Nos hemos perdido y lo sabes.

—Estamos bien. Saldremos de esto. No puede durar mucho.

Él murmuró un rosario de obscenidades, como un soldado, y la siguió, cojeando.

El sol se asomaba a un cielo encapotado cuando los senderos de los diques llegaron a una línea de árboles; era un viejo bosquecillo de sauces...

Y un río imposible de cruzar.

Taizu se detuvo cuando se encontraron cara a cara con él. Bajó los hombros de pronto y se dio la vuelta con una mirada de absoluta desesperación.

—Está bien —dijo él—. Está bien. Hemos vuelto al Hoi, eso es lo que hemos hecho. Nos has llevado al este, realmente. Estamos bien.

A ella le temblaban los labios.

—El río está a la derecha. Estamos donde empezamos.

—No —dijo él—. ¡No! Cruzamos el río Hoi, en Ygotai. Es el mismo que pasa junto a Mon. Es nuestro río, después de recibir al Yan. Baja hasta el río Chaighin... Mapas, muchacha. La utilidad de los mapas, ¿recuerdas? El Hoi y el Chisei se unen en la frontera este de Hoishi... Taiyi está justo delante. Justo delante, y ahí vamos.

Las lágrimas corrieron por el rostro de Taizu. Se acercó y lo rodeó con los brazos, y apoyó la cabeza sobre su hombro, y se quedó así, temblando.

—Nos trajiste al lugar correcto —dijo él—. Nos trajiste hacia el este. Todo el camino.

Shoka se secó la nariz y bebió té de sauce con su cena... el viejo padre sauce y sus hijos les dieron refugio: un techo de ramas que llegaban al suelo y los envolvían, a ellos, a los caballos; una orilla nivelada y tolerablemente seca. A veces pasaban botes y juncos, que venían desde Ygotai, hacia el río de tres brazos, el Mandi, que atravesaba el Chaighin donde éste y el Hoi se convertían en el Río Grande, y fluían hacia las lejanas Sengu y Mendang, y otros puestos remotos de donde venían los mercaderes bárbaros. Otras veces, esos botes iban río arriba llevando los objetos de los bazares de Mandi. Un lugar agreste, Mandi, en el campo, sin la gracia de las ciudades imperiales, pero próspero gracias al comercio de los ríos que se unían allí.

Era extraño pensar que la gran ciudad no estaba tan lejos, mientras ellos estaban sentados allí, bajo los sauces, tosiendo y estornudando, tibios a pesar de todo, gracias a los dioses, pues dado que los sauces ocultaban el humo, se atrevieron a encender un pequeño fuego, protegidos del viento y la llovizna.

—En general —le había dicho a Taizu esa primera mañana— nuestra situación no es tan mala. Que se calme la cosa ahí afuera. Que se pregunten dónde estamos. No parece que puedan descubrirnos aquí, nadie camina por esta orilla, van en bote... así que no creo que haya un lugar mejor por el momento.

Y Taizu:

—Espero que el río del norte no sea tan ancho, para no tener que volver...

—No lo es. —Él estornudó y se secó la nariz, y viendo que Taizu estaba desanimada, tomó una rama de sauce y dibujó la forma de yunque de Hoishi, con los dos ríos principales, el Hoi y el Chisei. Y Taiyi, del otro lado.

—El Chisei nunca es muy grande. Un soldado sabe esas cosas. Sus suministros dependen de ellas. Creo que me olvidé de enseñarte los mapas, muchacha; los mapas son esenciales en cualquier campaña...

Se le iba la voz. Habían frotado a los caballos cuando acamparon, habían cortado pasto del lado del dique, entumecidos de frío y agotados de cansancio, y se habían ocupado de que Jiro y la yegua tuvieran un desayuno. Después se habían envuelto en las mantas que todavía estaban secas, fríos como cadáveres, y se habían abrazado. El calor llegó, cuerpos tibios, miembros tibios, lo suficiente para temblar de vez en cuando, lo suficiente para que la pierna de Shoka empezara a dolerle de nuevo, una agonía que lo habría mantenido despierto si no hubiera estado tan mortalmente cansado. En ese momento, simplemente apretó las mandíbulas y trató de pensar en algo distinto, esperando que el cansancio lo ganara, decidido a no expresar su dolor frente a Taizu. Pero ella hizo un sonido, un tipo de murmullo dolorido, tembloroso con cada respiración, hasta que él le pasó la mano por el cabello húmedo y la abrazó, y ella dejó de hacerlo, como si acabara de darse cuenta de lo que le pasaba.

Pobre muchacha. No había fuerza que pudiera haberla llevado, pensó él; era la vitalidad simple, estúpida de los jóvenes, de los que no tenían experiencia que les dijera lo que era posible y lo que no.

Y al verla moverse en la tarde, un hombre tenía que moverse también, y atender la armadura. Era el trabajo de ella, lavar la ropa. Pero no estaban en la cabaña, estaban en el campo otra vez; un hombre cuidaba de lo suyo si no tenía sirvientes. Y él no los tenía.

No había forma de sacar toda la suciedad de la tela o el cuero.

—Pareceremos mercenarios, estoy seguro —dijo él mientras ella usaba un pote de jabón de aceite para tratar de restaurar el metal y el cuero de la ropa.

—Es un desastre —dijo.

—Siempre es un desastre —convino él. La pierna le dolía lo suficiente para distraerlo del resto de sus músculos entumecidos—. Creo que me desgarré algo la rodilla. No estoy seguro de si es bueno o malo en realidad.

—No tenemos paños. Excepto éstos.

Él miró los paños de aceite que ella estaba usando, calentándolos sobre un pequeño fuego fabricado en una olla de lata; y el dolor fue tan fuerte que le nubló la vista; la idea del calor en la articulación, tan poderosa como para que la voz se le hiciera pastosa.

—Podemos intentarlo.

Sirvió. Sirvió tanto que él se tumbó de espaldas sobre el suelo, bajo los sauces, y cerró los ojos y los abrió a un mundo que estaba de nuevo a oscuras.

Crepúsculo.

Taizu sentada a su lado, esperando.

Así llegaron al té de sauce.

Y al dibujo del mapa bajo la luz del día que se escapaba. Taizu miró las líneas que él dibujaba, con aquel ceño fruncido que ponía cuando estaba pensando, y el labio atrapado entre los dientes como cuando estaba desesperada y preocupada.

Aterrorizada.

—Tenemos dos caminos desde aquí —dijo él—. De vuelta por el Hoi hasta que podamos cruzarlo; o arriba por el Chisei. Este u oeste. Tú eliges.

—Si no estuviera contigo —dijo ella, con los puños cerrados—, maestro Shoka, ya estaría en Taiyi.

Él meneó la cabeza.

—Estarías muerta junto a la orilla del río. Con bastantes bandidos en tu haber. Pero estarías muerta. —Vio que la mandíbula de ella temblaba. Pensó en su casa de nuevo, en la montaña. Pensó en los asesinos y los ejércitos, pensó en el dormido señor Reidi en Keido, el señor Reidi, que tal vez se viera forzado a hacer algo acerca del exiliado señor Saukendar, aunque sólo fuera enviar mensajeros al norte.



Pensó en los aldeanos de Mon, que lo habían alimentado en todos esos años, muertos sólo por haber confiado en él.

Pensó en una joven tonta que intentaba demasiado y hacía demasiado y que, maldición, había limpiado el equipo y las armaduras y lavado la ropa y le había hecho té y ahora tenía el descaro de llamarlo inútil y una molestia.

Debía de ser el dolor. Le escocían los ojos. Se masajeó la pierna.

La mano de ella descansaba sobre la de él. Ella se inclinó hacia delante y puso el brazo alrededor de su cuello y la mejilla junto a la de él.

—Por favor, vámonos a casa. Vámonos a casa. Me casaré contigo.

Sacó una mano para apartarla.

—¿Por qué? ¿Para impedir que te maten por mí culpa?

Vio el brillo de las mejillas en la última luz del día.

—No importa el pasado —dijo ella—. Ahora ya no importa. Me casaré contigo. Por favor, vamos a casa.

Hiciera lo que hiciera, siempre lo hacía a destiempo. Él lo pensó de nuevo: era siempre la promesa correcta en el momento equivocado.

Al infierno el honor y al infierno el orgullo que hacía tontos a los hombres. Tenía que aceptar lo que ella le daba. Tenía que llevarla a través del río hacia las tierras salvajes de Hoisan, encontrar otra montaña. Tener hijos e hijas.

Al infierno las cosas que él le había enseñado, alentando a la mujer que amaba a disfrutar del honor y el orgullo, y todas las demás cosas que convertían en tontos a los hombres.

Pero ella ya venía con todo eso encima cuando llegó hasta él. Y lo había obligado a enseñarle. Y creía en él, a pesar de que lo había conocido en las mañanas y en los días malos, sus peores días, con su cojera y sus defectos...

Ella era la invulnerable ahora. Era joven. Era todas esas cosas.

Y se necesitaba la debilidad de él para detenerla y hacer que le rogara sin palabras. Ésa era su súplica: No te mates. No puedo tolerar mirarte. Me casaré contigo.

Él le tocó la cara y dijo:

—¿Es eso lo que yo te enseñé? Hay que tener coraje. Planificar las retiradas. Si quieres volver por el río y pensar las cosas un poco... podemos hacerlo. Pero no digo que debas rendirte. No digo que debas rendirte porque nunca debes rendirte. Podemos retirarnos un poco. Eso es parte del oficio de soldado. Uno hace un reconocimiento, reúne información. Les hemos creado algunos problemas, así que ahora te diré lo que haremos: volvemos a Hoisan, esperamos a que el rumor llegue a la capital, si llega; dejamos correr la voz, como dije antes, ¿recuerdas?, de que estoy suelto. De que la mujer que está conmigo tiene un asunto de venganza contra Gitu. Que nuestros enemigos no duerman de noche. Que adelgacen de miedo. Que el tiempo trabaje de

nuestro lado. Tú y yo... podemos estar con ellos, podemos estar con ellos más cerca que sus esposas en la noche. Eso es lo que yo haría.

Como siempre he hecho. Y los dioses saben si a ellos les importó.

Taizu apoyó la cabeza sobre su brazo, con la otra mano sobre el cuello.

—De acuerdo —dijo.

Con una voz derrotada, cansada, que nunca había sido la de Taizu.

Llegó la mañana con una humedad amable en el aire, un frío otoñal cerca del agua. Pasó un bote. Las voces de los hombres del río y el ruido de los remos taladraron la oscuridad.

Taizu y Shoka se quedaron bajo las mantas, simplemente para mantener el calor, y Shoka trató de no toser... para no molestar a Taizu y no llamar la atención. Pero Taizu también tosía, y pasó largo rato antes de que cualquiera de ellos pudiera levantarse, hacer un desayuno que las gargantas no disfrutaron por el dolor que les causaba tragar, cortar pasto como forraje y atender a los caballos, y envolverse de nuevo en colchas húmedas y hablar sobre la situación: cuánta comida tenían, cuánto tiempo podían evitar que los descubrieran.

Jiro y la yegua se estaban conociendo... demasiado ruido y demasiada terquedad para que dos seres humanos con fiebre y agotados confiaran en ellos; y la yegua estaba demasiado cerca de su casa para no escapar... de no ser por la atracción que parecía sentir hacia Jiro, mucho menos decidido a desertar y salir a pasear entre los diques, y de no ser porque los dos caballos estaban tan doloridos y cansados como sus dueños, y querían reposar y llenar la panza mientras sus dueños se acurrucaban en el nido de mantas, que no quería secarse del todo, y tosían y estornudaban hasta dolerles las costillas.

—Así fue en Shangei —dijo Shoka, con lo que le quedaba de voz— el año en que tuvimos que detener a los rebeldes. Nunca dejó de llover.

—¿Qué rebeldes? —preguntó Taizu en un graznido que podía haber sido de un hombre.

—El señor Mendi tenía un sobrino —dijo Shoka, y trató de contar la historia, pero empezó a toser y no pudo parar hasta que Taizu hizo té de sauce y él consiguió calentarse un poco la garganta.

Tosía cuando hablaba, y ella también, y les goteaba la nariz. Así que calentaron los paños que tenían y se los pusieron sobre el pecho, vuelta y vuelta, y sobre la espalda y la garganta; bebieron té de sauce para la fiebre y la garganta inflamada, y se mantuvieron a cubierto mientras pasaban los botes y la lluvia salpicaba las hojas de los sauces, y los vientos mecían las ramas sobre el agua y mantenían las mantas húmedas y las ropas sin secar.

El tercer día fue mejor. Taizu atrapó algunos pececitos en la orilla del río, e hizo

un anzuelo y tomó una cuerda de las monturas; esa noche se hincharon de pescado y arroz con hierbas silvestres, y se arriesgaron a hacer un fuego más grande. Un hombre sentía que la vida era posible después de esa cena, y Shoka dijo:

—Pienso que mañana tal vez podamos cabalgar de vuelta hacia Ygotai.

Ella no dijo nada durante un largo rato. El corazón de Shoka empezó a latir con más fuerza, pues se dio cuenta de que ella no estaba pensando en Ygotai y en el sur, sino en deslizarse hacia el norte esa misma noche, dejándolo con los caballos y todo lo demás.

Pero ya no parecía una campesina. Ya no tenía la canasta para ocultar la espada, la camisa que usaba era demasiado fina, su forma no era la de un hombre; podía parecer una campesina acucillada junto a la ribera, tratando de pescar, saludando con gestos a los hombres de los botes, sintiéndose protegida por su aspecto mientras él seguía escondido...

Pero no en el camino, no si la observaban de cerca.

Él tuvo tiempo para pensar en eso. Casi lo dijo en voz alta, pero ella suspiró y dijo:

—Sí, podríamos ir a Ygotai.

No era la afirmación absoluta que él esperaba. Pensó en decir: Bueno, ¿lo harás? Pero eso provocaría una discusión, y la discusión podía provocar que ella se decidiera por Hua. Así que asintió con placidez, como si nunca hubiera pensado en otra cosa.

—Después de que se ponga la luna. Tal vez tengamos algunos problemas en Ygotai. Pero una vez que crucemos el puente... no habrá de qué preocuparse.

—¿Adonde iremos?

Él se encogió de hombros.

—Al lugar que nos guste. Es lo que siempre digo: deja que tus enemigos se preocupen. —Tosió. Eso no les abandonaba—. Donde sea, suelo alto y seco.

Hubo pescado para el día siguiente. Casi no les quedaba arroz, así que no usaron el que quedaba. Y llegó el crepúsculo de aquel día soleado y tibio, y ensillaron y se pusieron las armaduras y se ataron el cabello...

—No hace falta que parezcamos bandidos —dijo Shoka.

—Está oscuro —dijo Taizu—. Estamos escondiéndonos. Pensé que la idea era que nadie nos viera.

—No hace falta actuar como bandidos, entonces —dijo Shoka, y la tomó de los hombros para que se quedara quieta, apesadumbrada como estaba, hasta que él le arregló el cabello. Después le dio la vuelta y le levantó el mentón. Había una mueca furiosa en esa cara marcada. Y le brillaban los ojos.

—¿Dónde está tu centro? —le preguntó él con calma.

Ella no le contestó por un instante. Fue un momento peligroso. Todo podía estallar en pedazos.

Pero, al fin, dijo:

—El año que viene. El año que viene, maestro Shoka.

No esposo.

—Entonces, ¿estoy divorciado?

Un suspiro largo, profundo.

—No. —La voz de ella todavía se quebró en su ronquera—. Yo no rompo mis promesas, ninguna de mis promesas.

Y se alejó para sentarse junto al río y esperar la oscuridad.

Así que él fue y se sentó con ella, sobre las rocas. Las grullas volaban en el aire. Desde algún lado llegaba el olor del humo. Pero habían tenido todo eso antes. Tal vez era desde Ygotai incluso, tal vez desde una granja que no habían visto al pasar.

—Buscaremos un lugar en Hoisan —dijo él—. Haremos un campamento como los bandidos. Nos instalaremos a pasar el invierno. No para quedarnos definitivamente. Que manden soldados a buscarnos. Te lo digo: eres mejor que muchos y te estás haciendo más inteligente.

Ella no dijo nada. Solamente miró el agua, cada vez más oscura, un perfil polvoriento contra ese brillo. El vio que lo miraba y esperó que dijera algo... pero la cabeza de Taizu se alzó de pronto, sutilmente, y la cara sombría pareció enlutarse por algo que estaba detrás de él.

Los músculos de Shoka se tensaron. No se dio la vuelta inmediatamente, pensando que tal vez había alguien detrás. Esperó que ella dijera algo, y lo dijo:

—Maestro Shoka, el cielo...

Entonces él se volvió. El cielo tras los sauces, sobre los diques, tenía un tono rojo como el de la aurora que comienza. Y el humo había estado allí todo el tiempo.

Fuego. Un gran fuego.

—Eso es hacia Ygotai —dijo él, levantándose. Todavía le molestaba el dolor en la rodilla, pero de pronto eso perdió importancia frente a la fría sensación de desastre.

Taizu caminó por la orilla, bordeando los sauces, subiendo la loma del dique. El siguió, más despacio, sintiendo la escalada en la rodilla, resbalando en la hierba, viendo el brillo que refulgía cada vez más, hasta que llegó a la cima del dique y vio el rojo del fuego cercano.

No hacia Ygotai. En Ygotai. No un montón de paja que se quemaba. Mucho más que eso, infinitamente más que eso.

—Es en la ciudad —dijo Taizu.

—Vamos —dijo él—. Si vamos a pasar, intentémoslo ahora.

Ella lo siguió ladera abajo hacia el lugar bajo los sauces donde esperaban los caballos. Hicieron subir a Jiro y la yegua de nuevo, un camino en zigzag sobre la superficie del dique, hacia el brillo rojo.

Taizu no dijo en voz alta lo que pensaba. Él tampoco. Pero estaba pensando más

rápido de lo que quería, pensaba que si el fuego era accidental, una olla que incendió una casa al principio... tal vez llevaría a la ciudad a los soldados de los que había hablado el juez; y si llegaban allí a tiempo, tal vez podrían pasar en medio de la conmoción, dos figuras sombrías a caballo, rodeando las lindes de la calamidad, hacia el puente, y después a través de él, mientras la ciudad permanecía ocupada en el desastre.

Tal vez era una suerte para ellos, una suerte que no debían desaprovechar, a pesar de la desdicha que sentirían sus pobladores.

Pero tenía otros miedos. Un miedo indefinido... el rumor y los pájaros...

Cuanto más cabalgaban, tanto más brillante se ponía el cielo, tanto más desagradable el humo, hasta que apareció una lengua de fuego amarillo a lo largo del horizonte y entonces supieron que era más que una casa o un granero.

—Debe de ser toda la ciudad —dijo Taizu—. Toda la ciudad está ardiendo.

El pensó en un accidente. Pensó en que ellos habían pasado por allí.

Y el puente, que era uno solo y muy angosto, y el camino que se vería obligado a utilizar cualquiera que tuviera que salir de la provincia en el caso de no tener un bote a mano.

Tal vez podrían abandonar los caballos y robar un bote en la ribera de Ygotai. Y tal vez cruzar el Hoi y entrar a pie en Hoisan con la armadura y las armas y nada más... Dejar a Jiro y a la yegua, intentar escapar de las trampas tendidas para dos jinetes.

Si había que hacerlo, habría que hacerlo, demonios. El viejo compañero encontraría el camino hasta las yeguas del juez, y hasta las manos de los mercenarios. Eso esperaba. Era solamente un caballo. Maldición.

—Hay botes —dijo Taizu. Había varios, navegando a oscuras sobre el agua. Después más y más a medida que seguían adelante, hasta que llegaron al suelo liso y hubo árboles entre ellos y el río.

Había gente a pie, sin armadura, gente con canastas y fardos, huyendo de la pesadilla del fuego y el humo. Shoka se detuvo, mirando a la turba en una curva del camino, y la yegua se agitó, nerviosa, una y otra vez, bajo las manos de Taizu.

—Son gentes de la ciudad —dijo Taizu—. Huyen del fuego.

Peor aún, pensó Shoka. Mucho peor. El incendio había tomado casas, graneros. Cada vez sentía más la fuerza del desastre. El maldito caballo de Taizu.

Es culpa nuestra. Fuimos nosotros.

—Vamos —dijo, y siguió adelante, lentamente. La gente se apartaba para dejarlos pasar a través de los árboles, gente que aullaba y gritaba.

Los soldados, oyó gritar.

Los soldados.

Y cuando se acercaron más a la ciudad, vieron jinetes pasar contra la luz del

incendio; y vieron gente muerta, manchas pálidas sobre el suelo iluminado. Los soldados.

—¡Hijos de puta! —dijo Taizu, la voz ronca, la voz de un demonio—. ¡Hijos de puta!

El detuvo el caballo, tomó el yelmo que había estado golpeando contra su rodilla y se lo puso, lo ató con cuidado mientras Taizu se ponía el suyo.

—El puente —le recordó él con dureza. Sacó la espada y espoleó a Jiro, al galope, la yegua junto a él.

El acero de la espada de Taizu salió de la vaina con un sonido sordo.

Esa maldita yegua de patas blancas...

—Vamos, muchacha.

Más rápido ahora, corriendo, toda la noche condensada en lo que percibía a través de las rendijas del yelmo: fuego, nubes de humo, el color brillante de un granero incendiado, la forma oscura de un carro abandonado... Echó una mirada a la derecha cuando doblaron hacia la izquierda por una calle.

—¡Maestro Shoka!

Jinetes en el camino ante ellos. Él sintió la mente fría y clara, midió los pasos, los de los caballos ajenos y los de Jiro. Y los de la yegua.

—¡Iuuu! —aulló, y dio una patada a Jiro que el viejo conocía muy bien. Jiro se lanzó hacia delante y Shoka atacó a su alrededor como un rayo, uno, dos, tres hombres fuera de la montura antes de que le pasara uno.

No muy lejos, oyó aullar a Taizu.

Cuatro, cinco antes de que Taizu lo alcanzara y se alejaran al galope hacia la orilla del río...

No había botes cerca, excepto uno que ardía con la luz temblorosa sobre las aguas; la luz que mostraba el camino adelante.

Y una tropa de guardias esperando en una barricada.

Shoka hizo girar a Jiro bruscamente hacia la derecha y gritó a Taizu; no había visto los arcos, pero sabía... Atropello a Taizu cuando ella detuvo a la yegua haciéndola girar en redondo; y cabalgaron por la calle del barrio bajo, más allá de los primeros edificios incendiados.

Cuatro jinetes delante. Él volvió a espolear a Jiro y gritó a Taizu con toda su fuerza:

—¡Vamos a pasar! ¡Quédate conmigo!

Derribó a dos hombres de sus monturas sin reducir la velocidad de Jiro. Giró para atacar a un tercero y lo atrapó a espaldas de Taizu.

—¡Los caballos! —gritó, y arreó a un caballo sin jinete hacia la pared, pero Jiro y el caballo se enfrentaron, dispuestos a un encuentro de mordiscos que iba a costar un tiempo precioso. No, lo dejó ir.

—¡No importa! —le gritó a Taizu—. ¡Salgamos de aquí! ¡Ahora!

Ella sujetaba un caballo por la rienda. Casi se cayó de la montura tratando de dominarlo, pero el animal retrocedía, furioso. Finalmente se liberó.

—¡No importa! —le gritó él, y la yegua echó a correr cuando Jiro la pasó.

—¿Adonde vamos? —aulló Taizu—. ¿Adonde vamos?

—No tengo ni idea —aulló él en respuesta—. No podemos por el puente. ¡Nos vamos!

Había carros camino adelante, en la oscuridad. La gente los dejaba abandonados y corría cuando ellos se acercaban. Había soldados saqueando uno.

—Quédate atrás con ese maldito caballo —dijo Shoka, y cabalgó solo hacia los soldados.

—¿Qué estáis haciendo? —les preguntó.

Y mató a los dos.

Cuando Taizu lo alcanzó, estaba esperándola con bastante calma, bastante cansancio y confusión, pensando en los arqueros sobre el puente y en la destrucción de la ciudad.

—Podemos ir al oeste —dijo—. Por el Yan. Hacia Dai, hasta Muigan, y después cruzar al sur.

—De acuerdo —dijo ella con un hilo de voz. Y después, con lo que fue casi un graznido—: Lamento lo del caballo. Lo lamento. No pude retenerlo.

—No es culpa tuya —dijo él con calma, con tranquilidad razonada—. Es mía. Lo mejor que podemos hacer por esta gente es salir de Hoishi, irnos tan lejos como podamos. Y haciendo tanto ruido como podamos.

Ella no dijo nada por un momento. Su cara se veía entre las placas protectoras de las mejillas del yelmo; el metal brillaba con el fulgor lejano del fuego.

Sin protestas, sin discusiones. Sólo esa mirada grave, de ojos muy abiertos. Y un sonido nasal y la mano arriba para limpiarse la nariz.

—Probablemente es buena idea tener esa yegua —dijo él—. Atraer la atención todo lo que podamos. Podemos salir de eso si lo hacemos. No voy a volver a Mon. No vamos a ningún lado que no sea la frontera. Tenemos que cruzarla. —Volvió la cabeza de Jiro hacia el camino y empezó a moverse—. Ahorremos los caballos para cuando tengamos que correr. Y vamos a correr, te lo aseguro.

No había más soldados en el camino, sólo campesinos, granjeros que salían de Ygotai, y los dioses sabían qué otros lugares... gente que dejaba sus posesiones cuando aparecían jinetes, que las arrojaban al camino, dejaban carretillas tumbadas y huían, arrastrando a los niños o llevándolos de la mano. En algunos casos se escondían cerca del camino, viejos, tal vez, desesperados y aterrorizados.

Pero pronto dejaron atrás a esos refugiados y entraron en un camino despejado, a

través de una tierra llana y salvaje.

Estaban en el camino de Keido, pensaba Shoka. Había montañas hacia el oeste, y eso haría más difícil la persecución y les daría una oportunidad... siempre que pudieran mantener los caballos enteros y a salvo. Ésa era su mayor preocupación, y por eso quería seguir el camino bueno mientras pudieran, y mientras éste llevara hacia las montañas. Anduvieron a paso fácil, deteniéndose cuando notaban los caballos cansados, manteniendo una mínima distancia entre ellos y la turba que huía de Ygotai hacia Keido.

—Va a ser duro mañana —dijo él cuando Taizu protestó porque se detenían demasiadas veces—. Descansaremos ahora. —Se dejó caer junto a ella, con las riendas de Jiro en la mano, y descubrió que tenía el estómago vacío y dolorido—. Estamos bien. No te preocupes.

Ella estaba asustada, pensó, sentado a su lado en la oscuridad. Hacía falta mucho para asustar a Taizu, pero esa noche estaba reviviendo recuerdos. Él deseaba que llegara el día y lo temía, viéndolo venir en la luz cada vez más débil de las estrellas.

—Duerme —le dijo—. ¿Puedes?

Un suspiro junto a él en la oscuridad. Ella se inclinó sobre él, un crujido de placas de armadura, las de ella, las de él, y pasó un brazo alrededor de su cintura. Al rato se aflojó y él se recostó contra el borde del camino, en la hierba, tratando de no dormirse y de no perder de vista los caballos, que pastaban atados por las riendas que él sujetaba con su mano derecha. Sería tan fácil. Y se estaba portando como un tonto: los jóvenes podían aguantar bastante más.

Pero él sabía cómo dormir en la montura. Si ella estaba descansada podría llevarlo como al ganado, mientras él se echaba una cabezada. Podrían salir del camino por la mañana, cortar por los campos llenos de rocas, dejar huellas, claro, gracias a las lluvias que acababan de caer, pero él quería que lo rastrearan, aunque no de cerca; confiaba en que los campesinos que habían huido de ellos los describieran a quien les preguntara.

Y que así sus perseguidores dejaran de pensar en Mon. Por los dioses, él deseaba que así fuera.

Finalmente se movió, y empujó a Taizu.

—Lo lamento. Ya no podemos quedarnos más.

Amanecía. Una definición gris de árboles y rocas, un resplandor rojo al este que no era el incendio de Ygotai.

Taizu se incorporó y miró a su alrededor.

—¿Cuánto he dormido? —Preguntó—, ¿cuánto?

—Está bien. Todavía tenemos ventaja.

Dijo Shoka.

Pero cuando controló a Jiro y montó:



—Maldición.

—¿Qué? —preguntó Taizu.

—Jinetes —dijo él. Había tres de ellos sobre la cresta de la colina, Taizu subió rápidamente a la yegua y miró hacia allí.

—¿Qué hacemos?

El no estaba seguro. Miró la tierra adelante, tierra ruda y salvaje a los dos lados del camino. Hizo andar a Jiro con la calma extraña de las horas anteriores a las batallas, dos fuerzas que se acercan y van a chocar una con la otra.

Deseaba que Taizu no estuviera con él. Deseaba...

No estaba seguro.

Aparecieron más sobre la ladera.

Veinte, treinta ahora.

—Dioses —jadeó Taizu. Pero siguió cabalgando, y lo hacía con calma, lentamente.

El camino que salía de Keido, pensó él. La casa del señor Reidi. Una ciudad de Hoishi quemada a manos de mercenarios, y un ejército que bajaba desde Keido. Totalmente razonable: el señor quería saber la razón. Pero no era razonable quemar la ciudad. Era buena parte de las propiedades del señor Reidi.

—No sé en qué nos hemos metido —dijo él. En la luz gris, difusa de la madrugada, distinguió los estandartes. El blanco era el color dominante. Si fueran los hombres del señor Reidi, sería un lirio negro sobre una bandera de fondo blanco, y había suficiente blanco en esas banderas.

—Taizu.

—¡No voy a ningún lado si tú no vas!

—Tranquila. Tranquila. ¿De quién eran esos mercenarios de la ciudad?

Una pausa.

—No lo sé. —Había un filo de pánico en la voz de Taizu—. Podrían ser de Keido. No sé de quién era. —¿Taiyi?

—No Sé.

—Los campesinos iban hacia Keido.

Taizu se quedó en silencio un momento.

—Seguramente iban a cualquier lado. Siempre buscando seguridad.

—Quiero que hagas algo por mí. Quédate en el camino. Vamos a hacer una señal para una tregua...

—No.

—Cállate y haz lo que te digo. Uno de nosotros. Uno de ellos. Si hacen cualquier otra cosa, volveré a la carrera. Quédate en el medio del camino y espera. ¿Me oyes?

—No me gusta. Salgamos del camino. Dioses, son más...

Había líneas detrás de las primeras. Era la caballería en movimiento.

—Quédate aquí —dijo él—. Haz lo que te digo, muchacha. Si quieres, puedes armar el arco... por si acaso. Pero que no te vean.

Ella sujetó la yegua con las riendas. Él taconeó a Jiro y éste respiró hondo y se estiró. Shoka acortó las riendas, tomó la espada y la puso cruzada sobre la montura.

Avanzó lentamente. Llegó a un punto fuera del alcance de los arcos de ambos lados y se detuvo y esperó.

—Señor Saukendar —dijo Reidi; la cara arrugada (no muy cambiada después de todos esos años) mostraba la preocupación lógica de un hombre en un encuentro como ése. Pero el viejo señor en persona se había adelantado, una vez que su escudero le dijo quién era el que esperaba, y había llegado hasta allí sin guardias, viejo como era, mientras sus hombres detenían la tropa en la cima de la colma.

—Señor Reidi —dijo Shoka, y se inclinó en la montura—. Aprecio vuestra cortesía.

—Queréis algo más que cortesías, señor, estoy seguro.

—Un camino libre. Vuestra venia para pasar. Tal vez vuestro consejo.

—¿De qué consejo me habláis?

—¿Qué pasa con Hoishi? —Shoka hizo un gesto con la cabeza hacia Ygotai—. ¿Qué locura anda suelta en Chiyaden en estos días?

Reidi lo miró como se mira a un loco.

—Veo que he hecho una pregunta tonta —dijo Shoka—. ¿Estoy en falta?

—Me ha llegado un informe de Mon. Otro de un juez acerca de un caballo... Desgraciadamente... no soy el único que debe de conocer la novedad. Se ha corrido la voz. Y el rumor va hacia el norte. Los hombres del Regente estuvieron buscando vuestro rastro. Y evidentemente me atacaron a mí como aliado vuestro.

Shoka dejó escapar el aliento.

—Habéis sido un buen vecino, señor. Nunca quise causaros dolor. Ahora parece que causé más del que puede valer mi compañía para vos. ¿Y los otros señores? ¿Y Hainan y Taiyi?

—¿Y mi ciudad, señor? ¿Qué pasó en Ygotai?

—Alguien la incendió. Alguien mató a mucha gente. Los que se escaparon están en los caminos. No sé quién encendió el fuego. Yo cabalgué hacia allí cuando lo vi... mi esposa y yo...

—¡Esposa! —El señor Reidi miró por encima del hombro, la mandíbula tensa como la de una tortuga vieja, los ojos brillantes y agudos—. ¿Qué nos estáis haciendo?

—Mi esposa quiere vengarse del señor Gitu. Hua. Parientes. Pensé tener un camino más tranquilo que éste, de noche, por veredas secundarias, arreglar los asuntos y volver, sin que cayeran males sobre Hoishi. Parece que me equivoqué, y mucho. Así que os pido vuestro consejo... y os ofrezco mi ayuda... si es que hay algo que pueda hacer para reparar el daño.

—No sabéis... —dijo Reidi con un movimiento de la cabeza.

—No, señor, no. —Con suavidad, con tranquilidad, razonablemente, mientras su corazón palpitaba con fuerza y él trataba de mantener su aplomo—. ¿Queréis

explicaros?

Reidi apoyó sus manos en la montura y dejó escapar un suspiro.

—El Emperador, señor Saukendar. El Emperador... y el Regente. ¿Os parece razonable que una Regencia continúe... después de los treinta años del Emperador?

—No, señor.

—A nosotros tampoco. A muchos de nosotros. Estábamos dispuestos a protestar por eso... cuando Gitu arrasó Yijang y Hua. Ambas iban a apoyarnos. Vuestra... esposa no os dijo nada de eso.

—Decídmelo vos.

El ceño del señor Reidi se arqueó en una mirada de arrugas.

—Os pido sinceridad, señor.

—La tenéis. Y yo creo tener la vuestra.

Hubo un largo silencio. El caballo de Reidi cambió de posición. Y eso fue todo.

Después, dijo:

—Gitu tomó miles de mercenarios en los últimos dos años... Con el tesoro imperial. Fittha y Oghin, mientras nosotros peleábamos contra gente como ellos en la frontera. Mientras se llevaban a nuestros jóvenes fuertes para pelear en el ejército imperial. Y no hay Emperador ante quien reclamar. Ghita le chupó la poca sabiduría que tenía. Los asesinos de Ghita tomaron Meigin...

—Mierda...

Reidi lo miró de costado otra vez.

—¿Por qué volvisteis?

—Cualquiera puede cometer una tontería.

—¿En qué sentido, señor Saukendar?

—Tal vez... esperé que las cosas hubieran cambiado por aquí.

—No hay Emperador.

—¿Muerto?

—Como si lo estuviera. Hubo una oportunidad. Algunos de nosotros lo habríamos puesto en el trono. Su trigésimo cumpleaños parecía un buen día...

—Hua. Hace dos años.

—Hua y Yijang. Que cayeron en manos de los mercenarios de Gitu en el mismo mes. Asesinatos por todas partes. Asesinos profesionales. Bandas de mercenarios viajando bajo órdenes imperiales. El sello del Emperador y las órdenes del Regente. ¿Cómo hacemos para detener eso? ¿Cómo, cuando cada uno de los señores que pudo haber sido el líder cae arrestado o asesinado, cuando nos dejan sin hombres, hasta muchachos de los campos arrastrados al ejército? Id a ver a Saukendar, decían algunos. Id a ver a Saukendar. Me pidieron que mandara a alguien. Esta vez teníais que escuchar... decían. Pero si yo hubiera mandado a alguien... y Ghita lo hubiera sabido... ya me entendéis... —Reidi se encogió de hombros, incómodo. El caballo

cambió de posición de nuevo—. No tenía esperanza de que vinierais. Habíais dejado claro, decían los aldeanos, que no queríais oír hablar del mundo. Que os negaríais a aceptar cualquier petición como ésa...

—Entonces, es cierto que me vigilabais...

—Es mi aldea, señor... como me señaló el Regente una y otra vez, y me amenazó de muerte si vos dejabais la montaña. Por supuesto lo supe enseguida. Traté de enviaros un mensajero en el camino cuando me enteré de que habíais dejado Mon. Pero parece que nadie os alcanzó.

—Llegaron demasiado tarde, si es que llegaron. ¿Qué me decía el mensajero, señor Reidi?

—Era para saber por qué os ibais de Mon. ¿Acaso Kaijeng envió un mensajero?

¿Lo hizo? Un frío corrió por la espina de Shoka. ¿Taizu?

¡Maldición, no!

—¿Su hija? —preguntó Reidi.

—No, ya os dije... ¿Qué esperabais que hiciera si dejaba Mon?

—Habría dicho: señor Saukendar, os necesitamos. Suponíamos que vos lo sabíais ya. Pensábamos que volveríais para enfrentaros a Ghita y los suyos.

Él sintió frío, frío hasta la médula de los huesos.

—Hay hombres dispuestos a seguiros, señor Saukendar. Hay hombres que han ofrecido sus vidas. No sabíamos cuál sería el momento. Solamente creíamos. Ahora que habéis vuelto, tenemos un líder que los otros señores podrán seguir, un líder por el que querrán arriesgarse...

Shoka cabalgó lentamente hacia Taizu, cuyo rostro...

Dioses, las cosas que había querido sugerir Reidi no podían ser ciertas. No con esa mirada, esa mirada confundida, preocupada que apareció en los ojos de ella cuando él detuvo a Jiro frente a ella.

—¿Qué quieren, maestro Shoka?

—Que los ayude —dijo él—. Parece... que apenas cruzamos la frontera, creció el rumor de que me habían llamado al norte para encabezar una conspiración, para llevar adelante un ataque a la capital. Los cuarteles locales de las tropas de Ghita trataron de impedirme el paso y el rumor llegó... —Su mente olió sangre y veneno: los asesinos de Ghita; la copa en manos de Meiya. Muertes por toda Chiyaden, los últimos amigos posibles. Sintió mareo, furia—. Si llegó ahora, hay órdenes que están regresando desde allí. La guardia se está moviendo contra todos los que tal vez puedan volverse contra el Gobierno... Reidi, algunos de los otros señores... van a pelear. Ya tuvieron demasiado. Ya se comprometieron demasiado... demasiado para parecer inocentes. Ése es el problema. Quieren que vuelva a Cheng'di, y yo quiero que tú... escucha, por favor, por favor, preferiría que fueras a Keido y te quedaras

allí.

—No.

—Muchacha, no estamos hablando de bandidos en Hoisan. Estamos hablando de tropas imperiales, una forma totalmente distinta de pelear. Vas a tener tu oportunidad cuando terminemos con esto. Pero no ahora. Por favor, ve a Keido. La esposa del señor Reidi...

—No.

—Te lo ruego. Allí puedes ser útil.

Ella meneó la cabeza.

—No. Tú me enseñaste... —La cabeza se levantó, la mandíbula tensa. El pensó: Si no es conmigo, detrás de mí, cada paso del camino...

—¿Qué te enseñé?

—Honor, maestro Shoka.

—¿Dónde te enseñé una idea tan tonta?

El mentón de Taizu tembló y se afirmó.

—Tú no me dejaste ir sola. Ahora no quieres irte y dejar que el señor Reidi se enfrente solo a los soldados. Eso es lo que pasa.

El recuerdo pintó escenas macabras en la mente de Shoka, formas terribles de morir. Trató de olvidarlas, de dejarlas de lado. Pero no podía esperar que ella fuera razonable y se quedara en Keido; en el fondo, se sentía agradecido de que no hablara de seguir sola contra Gitu.

—Entonces, necesito que me escuches —dijo para impedir que ella lo pensara siquiera—. Te pido... no me sorprendas, Taizu. No hagas cosas como irte sola a perseguir a Gitu. Eso, después. Yo confío en ti. No puedo decir lo mismo de los que van a pelear conmigo.

Ella parecía perpleja y preocupada. Bueno, que lo estuviera.

—Esa gente quiere tragármeme —dijo. Era la única manera de expresarlo, la única en que podía pensarlo: la gente como un enorme dragón. Querían a Saukendar; Saukendar los salvaría; Saukendar les debía todo. Saukendar era lo que ellos decidieran que fuese. Siempre lo había sido. Shoka había vivido en el vientre del dragón la mayor parte de su vida. Ahora el dragón lo quería otra vez y lo único que podía salvarlo era una muchacha que dijera:

—Eso es una estupidez, maestro Shoka. Eres un tonto.

El cuerpo que era Saukendar podía seguir peleando mucho después de que Shoka no existiera: él confiaba en eso; pero Shoka iría con ella, Shoka no tenía otra razón para seguir viviendo; y Shoka estaba listo para oírla decir que no se iría, sin saber lo que se llevaba con ella... porque era joven y no entendía a un hombre que nunca había existido, salvo durante unos pocos años de paz...

—¿De qué estás hablando? —insistió ella.

No sonaba cuerdo, claro. Así que él dijo:

—Quédate conmigo.

—¿Otra vez «cásate conmigo»?

—No —dijo él—. Esto es algo distinto... Además, creí que ya nos habíamos casado.

Ella se mordió el labio.

—Sí, y me voy contigo. Puedes divorciarte si llegamos a Cheng'di. Mientras tanto, ninguna de las damas de Chiyaden te servirá de mucho durante el camino.

—¿Quién habló de divorciarse? Tuve que trabajar mucho para conseguirte...

—Solamente recuerda que lo dije. —La mandíbula de ella se tensó. Los músculos se reunieron y su mentón pareció frágil de pronto—. Recuérdalo cuando estemos en Cheng'di.

—Entonces tienes muy mala opinión de mí —dijo él.

—¡No soy una dama!

—¡Al infierno con las damas! —Se enfureció él, tratando de cuidar las palabras—. Al infierno con Saukendar, esposa. ¡No me hagas eso! ¿Por los dioses, no me hagas eso!

Ella lo miró con ojos grandes, ofendidos.

El mensajero de Keijing, había supuesto el señor Reidi. Un ardid para llevarme de nuevo al otro lado de la frontera y volverme a involucrar en los complots...

El primer pensamiento lo dejó frío.

Pero la herida que la marcaba era real. La rabia de ella era real. Todo lo que sabía y hacía era real. El se tambaleaba al borde de un abismo negro y Taizu con esa mirada escandalizada, dolorida... era el único hilo que lo salvaba de caer.

En ese momento, Taizu creía que él había perdido la cabeza y estaba furiosa. Bien, pensó él. Bien por ti, muchacha.

Llegaron a los primeros refugiados de Ygotai con el brillo de la luz del día, y fue muy diferente cuando la gente vio el estandarte de su señor; y cuando entendieron que los viajeros agotados y sucios por la cabalgata que marchaban junto a él eran el señor Saukendar y su esposa.

Shoka oyó los murmullos, vio el cambio en los ojos de la gente, vio el respeto. Pobres tontos, pensó. Vuestras casas están quemadas, vuestros vecinos asesinados por mi causa. Que los dioses os maldigan por mirarme así...

Pero si uno lo intentaba, podía ignorar las miradas, borrar las caras en el límite de los ojos, podía tolerar a la vieja que aterrorizó a Jiro tratando de tocarlo, murmurando algo sobre el viejo Emperador y las viejas costumbres, y su fe en que Saukendar arreglaría las cosas.

Uno podía nublar la vista y enfriar el corazón y soportarlo, incluso si la herida en

el alma era profunda.

Obtuvieron cierta satisfacción por eso en Ygotai, entre las ruinas de lo que había sido una ciudad próspera. Encontraron una pequeña banda de mercenarios, algo que Shoka esperaba; y ya había enviado a treinta de los hombres de Reidi alrededor de la ciudad para tender una emboscada mientras él y Taizu cabalgaban con Reidi y los otros cien hombres de Reidi más allá del lugar, hasta el dique donde la guardia había puesto la barricada a través del puente.

Fue increíblemente fácil. Dejaron que los mercenarios pasaran por la calle principal de la ciudad y los persiguieron directo a la emboscada, donde apenas si tuvieron un herido leve; y el único de los mercenarios que pareció a punto de escapar, cayó en la zanja con una flecha en el cuerpo.

—Bien —dijo Shoka con frialdad, con calma—. Eso nos da un poco de tiempo hasta que llegue la noticia. Señor, decís que queréis ir al norte, ¿estáis listo para ir, ahora, en este momento?

Reidi parecía gris. Su cabello blanco flotaba en manojos alrededor de su cara. Como si lo que pasaba a su alrededor fuera más de lo que él había pedido. Pero retuvo el aliento y asintió.

—Sí. Mi esposa... el sistema que tenemos... Podemos pasar la voz a los demás. Los pájaros, nosotros los criamos, ya sabéis. Los intercambiamos. Así es como lo planeamos. Cuando llegara el momento... soltaríamos los pájaros... y todos lo sabríamos...

Tenían algunos caballos de los mercenarios para usar como remonta... un buen ejemplar castaño para aliviar a Jiro y uno bayo para ayudar a la yegua calzada de Taizu.

A Shoka le preocupaba el cruce sobre el Chisei en la balsa. Así que no sólo tomaron los caballos de los vencidos: también las armaduras y las armas de estos mercenarios, y cuando llegaron al Chisei, lo que se vio no fueron los hombres de Reidi, sino Reidi mismo y cinco de sus mejores sobre los caballos de los mercenarios y con las armas de éstos... más otros quince a pie.

—Tú no vas —dijo Reidi a Taizu con decisión, y ella lo miró con el labio fruncido y los ojos indignados—. Eres demasiado pequeña, hija, no te pareces a nadie que ellos conozcan, así que cállate y obedece órdenes como todos los demás de esta compañía.

Ella recobró la compostura con esas palabras.

Y él llevó el potro castaño hacia el río, donde los hombres de Reidi tiraban de la sogas de la balsa para arrastrarla sobre el río.

Era fácil adivinar por qué no había barquero. Si eran inteligentes se habrían marchado; si no habían tenido suerte, estaban muertos; y si no había una banda de



mercenarios en la otra orilla, entonces el enemigo era estúpido.

Fue un cruce lento; los hombres de infantería tiraban de la cuerda, Shoka y los dos que cuidaban a los caballos tenían bastante con mantener quietos a los animales.

Era fácil entender la razón por la que la balsa estaba instalada sobre el lado más alejado del río y lo que pudo haberle pasado a los granjeros que habían intentado huir hacia Taiyi.

Era una orilla baja, un camino polvoriento que subía desde el muelle: más allá algunos arbustos, un pequeño bosquecillo... tierra amarilla, pasto pálido, niebla que no era del otoño.

Más allá del Chisei, el corazón del reino, del que Hoishi y Hoisan y Mendang eran sólo las afueras. Pan'yei. La falda del Paraíso. Y el aire saturado de olor a quemado.

Horrible vuelta a casa, pensó Shoka, y dio un salto para acomodarse sobre el caballo cuando el frente de la balsa tocó la orilla. El animal no tenía intención de bajar. Shoka lo pateó con fuerza en el flanco y el caballo se asustó y se agitó. Subió la pendiente, no más rápido que cualquier hombre con energías. Vio que los mercenarios abandonaban sus escondites y le cerraban el paso con los arcos tensados y las flechas preparadas. Pero vacilaron antes de disparar.

Ése fue su error.

Tomó tiempo hacer cruzar a cien hombres y otros tantos caballos sobre el río. Shoka se quitó la armadura y se sentó a la sombra de un árbol grande junto a la orilla, mientras Jiro y la yegua descansaban con los ojos cerrados, sin siquiera molestarse en pastar. Shoka tampoco mostró interés por la comida que Taizu le preparó, pero se la tragó y murmuró:

—Estoy acabado, muchacha. —Y se estiró para descansar sobre el suelo fresco; eso era todo lo que quería.

Le retumbaba la cabeza, le dolía la pierna, y veía sangre cuando cerraba los ojos, veía cosas terribles. Pero podía estar tranquilo. Ella estaba allí, y le había dicho que no iba a dormir, y mientras estuviera despierta a la luz del día, él estaba a salvo y sabía cómo volver al mundo.

Taizu, cabeceando con la espada sobre las rodillas; Taizu, con su armadura de cuero, con las cintas en el cabello. Mientras viera eso, no vería la sangre y la oscuridad se mantendría apartada.

—Fuera —había gritado ella a unos hombres de Reidi que se habían acercado a hacer preguntas—. No ha dormido desde ayer. ¡Dejadlo en paz!

Fuera quien fuere y fuera lo que fuere, el hombre esperó, y seguramente seguiría

esperando, dando vueltas por aquel lugar en sombras.

Había sombras allí. Shoka luchó contra ellas.

Allí estaba el viejo Emperador. Mi hijo es un tonto, decía el viejo.

Todos te lo dijeron, decía él, irritado y poco respetuoso.

Y dejaba las habitaciones imperiales sin hacer la reverencia. Los guardias no lo detenían aunque él no sabía por qué.

Buscaba a su padre, parecía una larga búsqueda, una búsqueda teñida de una ansiedad creciente.

Tengo que mostrarte a alguien, dijo él.

Pero cuando pensó que había encontrado a su padre, sentado en el patio, a solas, en la casa de la infancia, su padre se desvaneció y sólo quedó un ejército sombrío en el campo frente a él, y el sol dándole de lleno en los ojos.

Y Taizu en cuclillas frente a él, diciendo:

—Mi señor. Mi señor, tenéis que despertar. Por favor. Lo dice el señor Reidi.

Él la miró entre los párpados semicerrados y se cubrió los ojos con la mano para protegerlos de la luz, sin saber, por un momento, si estaba despierto o no, con una sensación de ansiedad por los hombres —¿cuántos?— que lo esperaban —¿por cuánto tiempo?, ¿dónde?, ¿cuándo?—. Su corazón se agitó cuando trató de distinguir el pasado del presente y de recordar si había prometido alguna cosa, algo que debiera traer a su memoria inmediatamente.

Pero sólo era Taizu, entre él y el sol, llevando en las manos una humeante taza de té.

Trató de apoyar la espalda contra el árbol y tomó la taza con una mano temblorosa y bebió. La sombra se había movido. Parpadeó y trató de recordar dónde estaba, vio al señor Reidi que caminaba hacia ellos, los hombres reunidos un poco más atrás, los caballos de la brida.

—Señor Saukendar —dijo Reidi, de pie recortado en el sol, una sombra contra el brillo deslumbrante de la luz—. Perdonadme, pero estamos en una posición precaria... cien hombres, aquí, contra el río... Los mercenarios...

La cabeza de Shoka ardía. Luchó contra el sol para ser cortés con Reidi y mirarlo a los ojos. Un viejo ansioso. Un viejo que lo arriesgaba todo al estar allí, en el tipo de situación que se había pasado la vida evitando. Shoka no tenía miedo. Deseaba sentir algo remotamente, algo que no fuera cansancio, o que algo fuera tan importante para él como el deseo de dormir otra hora, y de que Reidi se moviera un poco hacia la derecha y apartara el sol de su vista. Hizo un gesto con la mano. Reidi se movió, ofendido por un deseo tan mundano, y Shoka dejó caer el brazo y reclinó la cabeza contra el árbol.

—Estamos bien —dijo—. Descansemos un poco aquí, luego iremos a Choedri y esperemos que el señor Kegi se haya quedado en su casa...

—No sabemos dónde están los mercenarios —dijo Reidi—. Señor Shoka, no hemos cruzado el río para quedarnos aquí dándole la espalda...

Estrategia de libro de texto.

—Los hombres y los caballos no pueden hacer más, señor. —La voz de Shoka estaba ronca, crujía, y eso probaba sus palabras, pensó, si el viejo escuchara algo más que su propio pánico creciente—. Tenemos dónde escondernos, no saben que estamos aquí... somos la guardia que enviaron a este lugar y eso es todo. Que vengan. Nos moveremos al anochecer.

No era lo que Reidi quería oír. Se quedó de pie allí y se mordió el labio, y finalmente dijo:

—Somos sólo cien, señor Saukendar.

—Vos decís que seremos más después de Choedri.

—No lo sé. Si hubiéramos vuelto a Keido, si hubiéramos ocupado Ygotai... —... mis tierras y mi familia estarían más seguras. Yo estaría en tierras conocidas...—, los otros se unirían a nosotros...

—Y convertirían el Chisei en un frente de batalla. —La voz de Shoka se quebró de nuevo—. Prefiero estar más cerca de Cheng'di. ¿O es que los otros señores no se unirán a nosotros? ¿O los oficiales del ejército? ¿O los que reclutaron a la fuerza? ¿Lucharán con nosotros contra el Regente? Si tenéis dudas, señor Reidi, será mejor para todos volver al sur y seguir andando...

—Y dejar nuestras tierras en ruinas...

Shoka cerró los ojos.

—Nos moveremos, señor, pero dado nuestro número, la oscuridad es mejor. Si alguien necesita la balsa, algunos de vuestros hombres pueden ir entre ellos. No hace falta hacer ruido. Si alguien informa de algo, pueden venir a investigar. Poned un hombre en ese árbol de allá arriba. Envolvedlo en una capa, que parezca una rama retorcida y vigile el camino. Voy a dormir un rato. Y mi esposa también. Os aconsejaría hacer lo mismo, a vos y a vuestros hombres, por turnos. Que los más asustadizos sean los centinelas. No dormirán de todos modos.

El señor Reidi era uno de ellos, pensó Shoka al ver la mirada del viejo.

—Cuando oscurezca —dijo, y Reidi se inclinó una vez y se alejó—. Mejor será que duermas —dijo Shoka a Taizu; y ésta se acercó y se sentó junto a él, y se echó al suelo sin decir nada.

Pobre chica, pensó él. Se levantó un poco y le tocó la mejilla. Era el lado de la cicatriz. Shoka apoyó su mejilla contra el cabello de ella, sintió que le pasaba un brazo sobre el hombro. Vio la cabaña cuando cerró los ojos. Vio a Taizu en la mañana, en esa camisa horrible que le quedaba tan grande, con el cubo de agua, trotando colina arriba...

—¡Señor! —susurró alguien con violencia, y Shoka salió del sueño hacia el atardecer, mientras Taizu se despertaba a su lado y el hombre decía algo de que venían jinetes.

—¿Cuántos? —le dijo él con la voz como un latigazo.

—Cinco, seis...

—¡Entonces, ocúpate tú de ellos, mierda! —Se frotó los ojos y puso una rodilla en el polvo—. Mierda, ¿dónde está mi armadura? —Con petulancia, porque su garganta lo había hecho sonar así...

—Aquí, maestro Shoka —dijo Taizu, a cuatro patas, justo cuando llegaban unos caballos y unos hombres les salieron al paso.

Y sonaron las cuerdas de los arcos, una, dos o tres.

El sonido de unos cuerpos en el suelo. Shoka buscó la espada. Pero ya había terminado todo. Los hombres del señor Reidi atraparon los caballos. Shoka se tambaleó para ponerse de pie, se acercó a un cuerpo y lo golpeó. En el cuello. No, ese hombre ya no diría nada.

Ni los demás. Los hombres de Reidi estaban excitados, habían probado que eran formidables, pensó Shoka. Al menos no habían dejado escapar a ninguno.

A veces, se le revolvía el estómago cuando pasaban cosas como ésa. En ese momento todavía estaba confundido por el sueño, y deseaba no haberse levantado con tanta rapidez, y que no fuera indecente pedir una taza de algo caliente en un momento como ése.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo a un señor Reidi muy nervioso—. Ninguno de ellos causó problemas.

Causar problemas, por los dioses. Quiero irme a casa, eso es todo. Quiero estar en la montaña, quiero que Taizu y yo y Jiro, estemos allá arriba, a salvo, mañana.

El sol y la luna y las estrellas mientras esté metido en esto.

Mierda, quiero mi puerta y mi primavera y la vista desde el umbral...

Volvió hasta el árbol y se sentó para ponerse las tobilleras, esta vez su propia armadura, no la que había tomado de los mercenarios, la armadura que sólo le ajustaba a él, mientras el señor Reidi lo seguía, hablando de la necesidad de emprender la marcha, de sus miedos de que los descubrieran, del riesgo que estaban corriendo.

Sí, señor; no, señor, maldición, si a esta altura no sabéis en qué os metisteis...

—Enviad a algunos de vuestros hombres más jóvenes —dijo Shoka—, si es que pueden llegar. A la mierda las palomas. Que hagan correr la voz donde más importe, y en persona, que puedan responder preguntas y dar confianza a todos, y espero que vuestros aliados estén decididos a apoyaros...

El señor Reidi se fue.

Shoka se ató los cordones de la armadura y se puso las mangas. Taizu estaba allí

para ayudarlo con el resto. Ni una palabra, ni una queja, solamente una calma amarga, la mandíbula tensa.

El la tomó por el brazo y le dijo al oído:

—¿Estás bien, muchacha?

—Sí. —Entre dientes.

El le pasó el brazo por la cintura, la sostuvo un momento, así asustado por ella, asustado por él mismo.

—Hay que planear la retirada —dijo ella al oído de él—. Hay que planear la retirada, ¿no es cierto?

—Muy buen consejo. No podría pensar en otro mejor. Ojalá tuviéramos hombres para dejar aquí una guardia.

Después... velocidad, velocidad y silencio, en lugar de tropas monstruosas...

Se pusieron en marcha por la noche, con una buena cantidad de remontas gracias a los mercenarios de ambos lados del río. Nada de detenerse, había decretado Shoka. Los muchachos que había elegido Reidi se habían marchado ya, con las instrucciones de Shoka en sus oídos, con media de hora de ventaja por lo menos, pero ninguno de ellos iba a Choedri.

—Ese mensaje lo entregaremos nosotros mismos —dijo Shoka.

La luz de las estrellas desaparecía lentamente y el cielo parecía oscurecerse al este, sobre las colinas bajas, cuando llegaron al cruce del Tei.

—Lo malo de los caminos y los ríos —murmuró Shoka a Taizu mientras cabalgaban— es que los caminos terminan en cruces, y los cruces son los lugares donde siempre te esperan los enemigos. No creo que tengamos la misma suerte dos veces.

—La tendremos —dijo Taizu—. No tiene por qué suceder de nuevo.

Él deseaba que ella tuviera razón. En su interior basaba gran parte de su esperanza en el grupo de jóvenes jinetes que habían partido hacia el oeste, a Jendei en Hainan, a Maijun en Feiyan, y al este, hacia los señores de Sengu y Mendang y Taiyi, en Mandi sobre el Chaighin, a lo largo del camino que iba junto al río. Había tres que cabalgaban con rapidez en esa dirección, uno más que volvía hacia Keido para poner a la dama de Reidi, Aio, al corriente de la situación, y para que ella enviara los mensajes con los pájaros, uno más hacia ciertos amigos de Mura y Hua y uno directo al norte, hacia Kiang, al otro extremo del Imperio. Todos los mensajes duplicados, porque no había garantía de que un mensaje único llegara a su destino, ni a caballo ni por el aire.

Pero aun si no lograban otra cosa, los jóvenes, en su marcha furtiva por caminos secundarios, tal vez convencerían a los enemigos de que dos fugitivos a caballo habían tomado al menos media docena de direcciones diferentes; mientras una banda grande y ruidosa de jinetes de todos los colores, recorriendo los caminos principales, tal vez pasarían por compañías de mercenarios, siempre que los dioses así lo quisieran.

Seguir adelante, con rapidez, dejar que el enemigo perdiera tiempo pensando mientras la situación cambiaba hora tras hora.

Hacer galopar a los caballos hasta el límite, hacer que los hombres cambiaran de caballo, turnar a los jinetes livianos y los pesados, caminar y descansar, reunir fuerzas y seguir adelante... El y Taizu cambiaban a menudo, para aliviar a Jiro, y muchas veces en esa noche el caballo los siguió al trote sin más peso que su montura, pero era el que había andado más y el que había llegado más lejos.

Y Shoka no iba a estar montado en Jiro cuando llegaran al cruce, claro que no, un vado con agua hasta el vientre y una subida llena de barro hacia la orilla, entre los árboles.

—¿Compañía? —gritó una voz desde la oscuridad, por encima de ellos.

—Aghi —le susurró Taizu, y él gritó:

—¡Aghi! —Sin tener idea de si ése era un nombre válido—. Somos nuevos, de Hoisan... ¿Cuál es su compañía?

En caso de que alguien quisiera respuestas que no tenía.

Una larga pausa. Después.

—Que uno de vosotros venga hasta aquí —gritó el centinela—. ¡A pie!

—¿Cuál es su compañía?

—No —le murmuró Taizu—. ¡No vayas allá...!

Y en ese momento llegó la respuesta:

—¡Sachi!

—¿Te suena? —le preguntó Shoka a Taizu.

—¡No vayas!

—Cállate. Si te acercas a la cabeza de la columna, te rompo los dientes. —Y al centinela—: ¡Ya voy! —Bajó de la montura, le dio las riendas al capitán de Reidi y dijo—: Cuando me oigáis gritar, subid por esa ladera a todo galope.

Dejó al capitán con las riendas del caballo, como si aquél fuera su sirviente, pero eso le dio la oportunidad de cruzar con él unas palabras.

—¿Qué diablos pasa allá abajo? —gritó el centinela.

—Ya voy.

Ahora sí sentía que el corazón le latía con rapidez. Aún no era miedo, solamente que los límites de las cosas se destacaban de pronto a su alrededor, recuerdos de ese camino hacía once años, cómo llegaba a la curva, eso, si él no lo había confundido con otro parecido, si las inundaciones y el tiempo no lo habían cambiado: una curva a la derecha y una a la izquierda, y los árboles allí arriba.

Lo recorrió despacio, y las curvas estaban donde las recordaba, una subida sinuosa a través de los árboles. Arqueros, pensó, y esperó que Taizu le obedeciera.

Vio sombras de hombres delante, el brillo sutil de la luz sobre el metal.

—¿Qué capitán, antes de Aghi?

—Yo soy el capitán de esta compañía. Y te aseguro que no voy a quedarme jugando a las adivinanzas en la oscuridad. Maldición, tengo órdenes que cumplir, tengo mi pase y mejor será que tú tengas el tuyo listo, hijo, y que tengas cuidado con lo que me dices. Estoy cansado y llevo demasiado tiempo cabalgando para soportar que un estúpido sin rango se divierta jugando conmigo...

Oyó a la compañía subir por la colina. Vio la confusión en las caras que estaban frente a él, y oyó que el jefe de guardia gritaba:

—¡Demonios! —y retrocedía un paso...

Él ya se estaba moviendo, un bulto que rodó por el suelo al oír el silbido de las flechas; las manos sobre el puño de la espada, y luego en alto, con suavidad, mientras se ponía de pie y aterrizaba en el único lugar al que los arqueros no dispararían: junto a los oficiales, uno, dos y tres, una cabeza por el aire, un hombre inválido y el tercero que hacía dos, tres pases, antes de cometer un error al retroceder y tropezar sobre la raíz de un árbol.

Shoka quería un prisionero. No tenía tiempo para ése, con las flechas volando y la compañía que llegaba bajo fuego. Hizo girar la espada a través de una abertura en la defensa del hombre y lo tocó en el brazo, en el cuello; estaba muerto antes de que los pedazos llegaran al suelo.

Los caballos llegaron galopando, destrozando el camino, a través de los arbustos, en todas direcciones, mientras sonaban los arcos y las espadas tocaban acero y los hombres aullaban. Y un alarido agudo que él conocía bien.

Shoka se arrojó contra un arbusto y se quedó allí, echado, pensando que el peor peligro en ese momento era para él.

—¿Señor? —oyó decir, entonces, casi una queja, cuando se apagó el ruido, una voz femenina; así que silbó para responder, se levantó y oyó un sonido a su lado, alguien que abandonaba su refugio para correr entre los arbustos.

—¡Atrapadlo! —aulló, y oyó que uno de los jinetes se lanzaba a perseguirlo, un cuerpo negro que corría justo junto a él en el bosque. Fuera quien fuera, dejó la montura y corrió tras el ruido.

—¡Taizu! —aulló Shoka. Y le contestaron:

—¡Estoy aquí! —Desde cerca de los caballos. Entonces, Shoka recordó que ella tenía un caballo de tiro... gracias a los dioses que no era Taizu la que estaba en los arbustos. Volvió al claro, mientras oía que alguien seguía corriendo entre la maleza, pero nada más.

La yegua de las cuatro patas blancas se distinguía claramente en la oscuridad. Shoka encontró a Taizu y a Jiro junto al animal.

—¿Estás bien? —preguntó Taizu.

—Perfectamente —dijo él, tomando las riendas de Jiro de manos de ella. Pero sintió una repentina quietud en los arbustos, donde antes había estado uno de los suyos, y supuso que el hombre se había agachado con inteligencia, para ver qué pasaba, o que acababan de perderlo. Una de dos.

Y en cualquiera de los dos casos, habían dejado escapar a un hombre, un hombre que correría a dar la alarma a sus superiores.

Silbó, la señal que había dado a los hombres de Reidi para volver en retirada... demasiado riesgo y demasiado retraso perseguir a un enemigo entre los arbustos, un enemigo mejor que sus hombres; y todo que ganar si ponían distancia entre ellos y el campamento mercenario, donde quiera que estuviese.

Un caballo relinchó en la oscuridad, más allá, en los bosques.

—Ahí están —dijo alguien.

Correr en la oscuridad directo hacia lo que podía ser una emboscada, hacia donde ya había un hombre suelto que podía hacer quién sabía qué.

Maldición.

—Aquí tenemos un correo —dijo un hombre, sacando una placa de marfil de un



bolsillo de uno de los cuerpos.

—Ése es un mensaje que no llegó —dijo Shoka, y subió a la montura de Jiro—. Pero hay un mensaje suelto que sí va a llegar. Vamos. No tenemos tiempo de buscar nada en los cuerpos. ¡Salgamos de aquí!

—Peí no volvió todavía, señor.

—¡Tal vez no vuelva nunca! ¡Es problema de Peí! No sabemos lo que puede causarnos ese hombre. ¡Vamos! ¡Salgamos de aquí!

—Señor —protestó con firmeza la voz de Reidi.

—¡Esto es la guerra, señor! ¡Vamos, Taizu!

—¡No tan rápido! —dijo Reidi, mientras los caballos caracoleaban y daban la vuelta, y los hombres que habían desmontado para buscar cosas útiles entre los muertos se esforzaban por montar de nuevo sin sus órdenes—. Uno de mis hombres está...

—Muerto, señor Reidi, o se reunirá con nosotros apenas pueda, sin ayuda. ¿Estáis conmigo? ¿Aceptáis mi consejo? ¿O no?

—Demonios...

—¿Venís, señor?

—De acuerdo —gruñó el viejo—. De acuerdo.

Shoka apretó los talones a los costados de Jiro, y éste avanzó con decisión por el sendero; Taizu, en su yegua blanca, estuvo a su lado antes que cualquiera, y toda la compañía venía detrás.

—Mantente agachada, —aulló Shoka a Taizu cuando abandonaron la cortina de árboles y salieron a los campos.

Pero no había nada frente a ellos, salvo la llanura abierta y la primera señal roja del amanecer a la derecha.

El hombre que habían dejado atrás no los alcanzó.

—Seguramente pasó lo peor —dijo Shoka al señor Reidi, mientras cabalgaba cerca del viejo, cuando el ritmo que seguían se tranquilizó un tanto—. Mis condolencias y mis disculpas, señor, por vuestro hombre, pero él no contestó a mi señal. Estamos pidiendo mucho a los dioses, incluso si no cometemos más errores... y yo preferiría confiar en algo más sustancial que los favores de los dioses.

—Los dioses están de nuestro lado —declaró Reidi, con severidad.

Un beato enojado. Había vuelto a Chiyaden. Shoka se tragó un comentario irónico y dijo:

—Eso espero, señor, pero no quiero tentar los favores de los dioses corriendo por los arbustos, cuando ellos nos están dando el camino abierto... Ellos aceptan los sacrificios y nos piden que sigamos adelante...

Estúpido viejo piadoso, se pierden hombres, así es la cosa, y uno da una orden y

espera que el que la obedece sepa lo que está haciendo, señor, o lo perdéis...

Ya no hay tiempo, maldición, no hay tiempo.

Mientras el sol salía por un este tormentoso y los caballos se esforzaban en la marcha.

Y una banda de jinetes aparecía sobre las colinas.

Él la vio en el mismo instante en que los gritos de alarma recorrían la compañía, y en ese momento los hombres se detuvieron y la columna entera se convirtió en un remolino confuso.

—Vamos —dijo, Taizu llegó a su lado antes que nadie.

—Tú atrás —dijo él—. Toma el arco, ve atrás. No tienes el peso necesario.

—¡Son estandartes, esposo! ¡Son estandartes, las insignias de un señor!

El lo vio también. Oyó lo que ella le decía. El corazón le latía con un ritmo pesado, que seguía los pasos de Jiro. Banderillas rojas, un dibujo en blanco; azul con oro.

Rojo de Feiyan. Azul de Hainan.

—¡Arriba los estandartes! —ordenó Reidi, y Shoka no se opuso a esa orden. El negro y blanco de Hoishi se levantó sobre su mástil, se desenrolló y se agitó en el viento.

—Mi señor Saukendar —dijo Maijun de Feiyan cuando se encontraron a pie, los jinetes alrededor, los estandartes flotando en el aire—. Mi señor Reidi. —Reverencias y cortesías semejantes de parte del corpulento Lintai de Hainan, el hijo del viejo Jendei.

—Mi padre estaría aquí —dijo Lintai— si pudiera cabalgar. Hay... —Con inseguridad—. Hay cuatrocientos hombres detrás, a pie. Con pocas armas, viajando a su propia velocidad. Nos encontramos con vuestros mensajeros en el camino. Ya lo hemos dispuesto todo. Van camino de Yiungei.

—Con la velocidad de los dioses —dijo Reidi, piadoso—. Bravo.

Había que confiar en la velocidad de los pájaros, pensó Shoka: era realmente una buena noticia, que los pájaros hubieran bastado para levantar a dos provincias... Que los jinetes fueran ahora hacia el norte era una segunda luz de esperanza. Pero no era suficiente. Quinientos de caballería pesada con Maijun, cuatrocientos con Lintai, tal vez trescientos, cuatrocientos campesinos en alguna parte, más atrás, y Shoka pensó, en medio del alivio y el entusiasmo de los tres señores y sus tropas: No es suficiente para vencer a la Guardia, y demasiado para moverse bien. Suficiente para mantener al sur lejos de nuestras espaldas, y sublevar el este, si es que obedecen órdenes.

La racionalidad nunca había sido la mejor de las cualidades de Maijun: Maijun de Feiyan era de la generación que él conocía, un hombre que primero decidía, y después usaba el resto de su inteligencia para justificar sus opiniones.

Pero era el momento, había emoción en el aire, tenía la atención de Maijun y dijo:

—Señores, no podríais haber sido más oportunos. No sé lo que nos viene siguiendo, pero hemos revuelto bien el avispero. Voy a continuar con una pequeña fuerza, velocidad, señores, y sorpresa, para cruzar el Hisei antes de que sepan dónde estamos; parece uno de los tantos escuadrones de mercenarios que ellos emplean, cortaremos directamente a través de sus defensas, nosotros como punta de lanza y vuestras fuerzas detrás, como si fuéramos una de sus bandas huyendo de vuestro avance, con polvo y ruido y todo.

—Peligroso, señor Saukendar —dijo Maijun de Feiyan—. Peligro incluso por parte de nuestros propios leales...

—No tenemos tiempo para esperar. Esperemos que esos leales estén allí, señores...

—Claro que están, señor Saukendar. Los mensajes ya partieron. Y ellos responderán.

Espero por los dioses que respondan. No me gusta esto. Nunca, nunca confié en las consideraciones de otros hombres. Nunca me metí a ciegas en algo como esto. Maldición, me revuelve el estómago. Pero detenerse es peor.

—Entonces, espero tener el camino abierto. Los que estén con vosotros pueden seguirnos.

—Si la gente os ve, señor, si sois más que un rumor para ellos... la gente necesita veros...

—Decidles que vos me habéis visto. Decidles que voy siguiendo el camino... — Shoka levantó una mano y señaló hacia Choedri—. Encontrarán pruebas suficientes de mi paso. Si son lo bastante rápidos, podrán sacar ventaja de todo eso. Si nosotros lo somos, señores, podemos tenerlos estudiando planes hasta que les saltemos al cuello, y en ese punto vuestra gente sin armas y vuestra caballería pesada tienen que estar ahí. Ya estamos dentro de sus fronteras. Si nos detenemos o marchamos más despacio, los soldados mercenarios de Ghita pueden sorprendernos por la espalda, y atacarnos desde todos los flancos. Si llegamos hasta el Hisei al norte, podemos sacar fuerzas de mi provincia, y los señores del norte y las tropas de Kiang; si los tenemos a ellos, tendremos al Regente entre dos fuegos. Tendrá que retirarse detrás del Chaighin si no le damos tiempo a organizarse en el Hisei. Velocidad, señores, y flexibilidad. En este momento, somos lo bastante rápidos para entrar ahí y salir de nuevo si ellos ya tienen organizada la defensa. Es lo único que tenemos. Pero tenéis que llegar allá arriba a un ritmo que no agote a vuestra infantería. Si nos queréis hacer un gran favor, cambiadnos algunos caballos por los más débiles de los nuestros.

Todo se balanceaba en la punta de un alfiler con esos señores. Los ojos de Maijun fueron de él a Reidi, a toda la compañía que lo rodeaba y se detuvieron en Taizu con una expresión peculiar, antes de volver a mirarlo.

—Palomas —dijo Maijun—. Los pájaros del Emperador, sí. Mucho más rápidos que los caballos, señor Saukendar. Si los hombres del Emperador tienen alguno en el campamento...

—Apuesto a que los tienen. Pero todavía es menos arriesgado que quedarnos empantanados en una pelea demasiado al sur como para que los señores del norte se den cuenta de la urgencia del caso. Cada legua que ganemos hacia el territorio enemigo es preciosa, porque estaremos más cerca de sus corazones, caballeros, y si no están seguros de que somos algo más que un rumor de insurrección, no se comprometerán con nosotros. Que la gente me vea, que me vean, sí, que nos vean, señores, que vean al Regente huyendo, que nos vean avanzar hacia la capital, eso es lo que debemos hacer, o estaremos muy, muy solos en un círculo de tropas mercenarias y tendremos nuestras cabezas en el cadalso, caballeros, las vuestras y la mía también... Señor Reidi, ya hemos cabalgado mucho hasta aquí; ahora tenemos algo de alivio y no pensaría menos de vos si dejarais la cabalgata dura a los más jóvenes, y os unierais a estos caballeros... no es menos peligroso, pero es mucho menos duro para las tripas.

E! viejo endureció la mandíbula.

—Mis tripas andan perfectamente bien, señor Saukendar.

Shoka asintió, aliviado en parte, mientras pensaba: Lo intenté. Pobre tonto valiente.

—Entonces, será mejor que nos vayamos —dijo, antes de que nadie pudiera abrir la boca y empezar a discutir, no lo quisieran los dioses, y los señores empezaran a hacer objeciones y a pensar, dos veces no lo quisieran los dioses. Sin saber si realmente había pájaros mensajeros volando al norte y al este; y qué asesinatos podían haberse cometido, y quién podía estar arrestado en el norte, y qué trampas había en el Hisei si Ghita había tomado las riendas con la fuerza con que para entonces seguramente ya lo había hecho.

—¿Tenemos los caballos? —preguntó Shoka.

—Sí, señor Saukendar —dijo Maijun.

—Mi gratitud. —Se inclinó ante los señores y caminó entre los hombres, señalando las peores monturas—. Ésta —dijo de un caballo que había estado tosiendo—. Ese alazán —de uno que sabía que siempre se quedaba atrás. No abusó de la generosidad de los señores dándoles todos los caballos malos, pero eligió dieciocho que estaban en dificultades, y los cambió por caballos de los hombres del señor Maijun con un profundo agradecimiento.

Pero se quedó con Jiro; y quiso quedarse también con la yegua de Taizu: era buena, y al infierno las marcas, tenía sentido común en las batallas, el viejo juez había dicho la verdad... no se asustaba ni corcoveaba, y eso era más de lo que podía decirse de los caballos que estaba recibiendo.

Tomó las riendas de manos de Taizu y subió a lomos de Jiro, mientras el resto de los hombres montaba también. Pero cuando los señores lo recibieron a caballo, con su ejército tras ellos portando estandartes, vio la ansiedad en los ojos de los dos nobles y se le revolvió el estómago.

Después, se encontraron cara a cara las dos columnas. La de Reidi y sus hombres y él, y entonces notó que no lo miraban a él, sino a la compañera que llevaba a su derecha.

Una mujer con armadura. Claro que eso los preocupaba. Claro que miraban dos y tres veces, y se preguntaban si eso era una mujer o un muchacho demasiado femenino... O sea que habían oído algo sobre eso. Los muchachos de Reidi, pensó Shoka, y dijo, con toda la cortesía del mundo:

—Taizu, señores. Mi esposa.

Las miradas seguían siendo ansiosas, y lo miraban primero a él, después a ella. Y los señores hicieron respetuosas reverencias, y los hombres murmuraron:

—Ya lo sabíamos —dijo Lintai, demasiado apurado para pensar, y la mandíbula de Maijun se tensó, más discreto, y el señor se inclinó.

—Mi señora.

Shoka se estremeció, incómodo por aquel mi señora dirigido a Taizu; y se sintió todavía más inquieto ante los gestos que hacían las tropas cuando ellos pasaron cabalgando, la forma en que tocaban los amuletos y las miradas furtivas e inquisitivas que le dirigían.

—No te pongas tan seria —le susurró con violencia, una vez que estuvieron lo suficientemente lejos—. Sonríe, demonios.

Ella sonrió. Volvió la cabeza y sonrió deliberadamente, mostrando los dientes, y asintió mirando a los jinetes de las dos columnas que se ponían en marcha. Y después volvió a mirar hacia delante y dijo a Shoka con rabia:

—¡Lo saben de aquí hasta Mon!

—¡Lo saben por los hombres de Reidi! ¡No te enojés!

—¡Diles que soy de Hua!

—¡Ya se lo dije a Reidi! Podría habérselo dicho ahora. ¿Te parece que eso cambiaría algo? ¿Cambió algo con Reidi? El señor Reidi dice que eres la hija de Kaijeng... Que viniste para hacerme entrar en la lucha...

—¡Mentira! —El murmullo tras ellos se convirtió en algo más que un murmullo. Ella parecía a punto de estrangular a alguien. Y esa indignación borró los pocos celos que, según Shoka acababa de darse cuenta, todavía seguían molestándolo—. ¿Tú crees eso?

—Claro que no. Dejé de revisar tus pulgares cuando dormimos juntos.

—¡No me resulta gracioso, maldición!

No era gracioso. Y no era inofensivo, para ninguno de los dos. El se quedó un

largo rato callado, mientras cabalgaban juntos y los hombres de Reidi guardaban los estandartes y volvían a parecer mercenarios.

—Eres mi esposa. Hay un precio a pagar por eso. Tú lo dijiste, espera a que lleguemos a Cheng'di y tal vez cambiarás de idea. Yo digo que eres mi esposa, y ojalá pudiera desenredar todo lo que hice desde el comienzo, ojalá no hubiera pensado en...

—... ¿en qué? —preguntó ella después de un momento de silencio.

—... ojalá no hubiera creído que podía usar el rumor. Crear un poco de confusión, hacerlo tan fantástico que la gente no lo creyera, que la corte no lo tomara en serio... o que los enemigos no nos siguieran en la vuelta a casa, si es que realmente lo creían... Al infierno con ellos.

—Bueno, ¡diles la verdad!

—Ya lo hice, te digo. Si quieres, dilo tú misma. Eso no te ayudará. Nada puede hacer que la gente deje de creer en algo en lo que quiere creer. —El miró su rostro indignado, la verdad y la honestidad brillaban, y sintió un dolor en el corazón—. Soy un tonto. Creí que sabías eso. Me lo dices tan a menudo.

—¡No me resulta gracioso, maestro Shoka!

—No estoy tratando de hacerme el gracioso. Sé lo que cuesta, demonios, sé lo que cuesta. —Y la vio alejándose de él; la vio, incluso si sobrevivían, abandonándolo... para salvarse; e incluso eso podía generar rumores; y dejarlo deseando la muerte... esfumándose lentamente como los tontos de las baladas que él trataba de evitar. Pero hasta un corazón verdadero podía romperse después de tantas cosas y tanto tiempo. Apretó la mandíbula y miró las colinas frente a ellos, colinas que llevaban más y más hacia Choedri y que ellos recorrían con rapidez, cada vez en menos tiempo; los pensamientos de Saukendar seguían diciéndole a Shoka, el hombre, con sentido común frío y decidido, que lo que quería y lo que esperaba no sucedía en el mundo, y que ahora ciertamente no habría más alivio para sus penas. Los rumores eran un arma, él usaba incluso a Taizu, generaba miedo a su alrededor, era agresivo con los señores porque ellos estaban equivocados, y él tenía razón y no había otra forma de hacerlo que la que estaba llevando a cabo, Saukendar no tenía dudas, no tenía miedo, no sentía dolor por las cosas que hacía.

Excepto cuando oyó que la muchacha decía, con humildad:

—¿Maestro Shoka?

Él no la miró. Dolía demasiado.

—¿Mi señor? ¿Cómo debo llamaros? Nada me parece bien.

—Como quieras —dijo él, con demasiada brusquedad. Su ronquera estaba amenazándolo de nuevo. Se preguntaba con frialdad, muy lejos, qué pasaría si lloraba frente a Reidi y sus hombres, si eso les quitaría un poco de la confianza que le tenían. Pero la frialdad lo dominó. No ahora, se dijo, no con vidas en juego.

Muere ahora, maldición, y contarán cómo un demonio nos llevó a esto...

Taizu no dijo ni una palabra por un largo, largo rato. Los hombres los rodearon. No había intimidad para hablar.

Pero cuando volvieron a cambiar de caballo, ella se le acercó y le tocó el brazo.

—Lo lamento —dijo.

—¿Lo lamentas? —El estaba totalmente sorprendido—. ¿Qué es lo que lamentas, por los dioses?

Eso la confundió a ella. Shoka se dio cuenta.

Podríamos morir en una hora. Es una niña. Una niña. ¿Qué demonios está haciendo en medio de esto? ¿Por qué no la detuve?

—¿He hecho algo que tú no hayas querido? —Los hombres montaban alrededor—. ¿Sí?

Directo al corazón.

—Deberías estar lejos de aquí —dijo él. Y recordó que no había seguridad para la mujer de Saukendar. En ningún lugar. Nunca—. Maldición.

—¿Qué he hecho?

—Es culpa mía.

—No es culpa tuya. —Ella trataba de susurrar, y la voz se le quebraba en un nudo—. Demonios yo no soy culpa tuya, no soy culpa de nadie, solamente mía, no me digas eso. ¿Qué hice mal?

Él la miró, repasando aquellas palabras una por una. Podrían haber estado a la puerta de la cabaña. En la galería. Un año atrás. Por alguna razón, sintió que la serenidad le volvía, una calma fría.

—Nada —dijo él, tomando las riendas de Jiro—. Nada de nada. He visto a muchos peores que tú. —Maldición, ¿por qué no podía decirlo bien?—. A muy pocos mejores. Simplemente me gusta tu cuello, así como está. Cuídalo por mí. Escucha. Si esto sale mal... si me matan...

—No digas...

—Ve al campo. Mata a Gitu. Que paguen por lo que hicieron. ¿Te gusta eso?

Un fuego oscuro subió a los ojos de Taizu. Levantó un poco la cabeza. Asintió una vez, un gesto muy leve, muy seguro.

No estaba loca. No. Era como si hubiera derribado un muro que había estado allí durante días, y se miraron a los ojos otra vez y no les hizo falta dejar de mirarse ni desviar la vista.

Un caballo estornudó. Los hombres esperaban alrededor. Y ellos allí, de pie, como tontos.

—Tenemos que seguir adelante —dijo él con la voz pastosa, y se dio la vuelta y montó a lomos de Jiro, mientras Taizu saltaba sobre la yegua.

Saukendar y su esposa-demonio, dirían. Ella lo hechizó. Lo atrapó en la montaña

y aceptó ayudarlo contra sus enemigos, siempre que él la llevara como esposa y la convirtiera en dama de Chiyaden; y nunca, nunca tomaría su forma verdadera, excepto, tal vez, si él le era infiel, si algo rompía el hechizo...

Shoka vio cómo la observaban los hombres. Vio cómo le abrían paso y algunos de ellos la miraban fijamente por la espalda. Taizu tendría que tolerar eso... No era maldad, los dioses lo sabían. Nadie había experimentado el trato con un demonio, pero si una mujer encantada o un demonio los favorecía, y era evidente que favorecía a Saukendar y se estaba portando bien... Bueno, había demonios malos y demonios buenos, y un demonio con buena disposición era un aliado tan valioso como Saukendar. Tal vez tomaría su forma de demonio frente a sus enemigos, rechinaría los dientes, convertiría las rodillas de los mercenarios en agua con una sola mirada, los atacaría con leves espadas de relámpagos y fuego, llamaría al viento y a la tormenta...

Esperaban cosas como ésa, como esperaban que hubiera unicornios y dioses en lugares de poco tránsito humano; y quemaban incienso para dar felicidad a sus muertos, y llevaban amuletos para la suerte y la salvación de las almas en momentos de crisis. Así que por qué iba su demonio a volverse contra ellos, cómo podían salir mal las cosas si estaba Saukendar, a quien podían usar como un talismán, un talismán igual al que usaban en el cuello y los tobillos.

Al infierno con ellos, por tanta fe y por poner esa fe en él.

Y sobre todo por ponerla en Taizu.

Los campos alrededor de Choedri estaban labrados: la tierra mostraba un orden, trabajo de granjeros, de los que no había ni uno a la vista. No había siquiera un buey o una vaca... todo estaba lejos del camino, pensó Shoka, todo estaba en las colinas, en los pliegues de la tierra o encerrado dentro de las paredes del castillo de Choedri.

—Recemos para que el mensaje haya llegado a su destino —dijo Reidi cuando Shoka le hizo notar el vacío que los rodeaba—. El señor Kegi es uno de los leales, si aún no lo han atacado...

—Seguramente habría enviado alguien al sur —murmuró Shoka, cada vez más intranquilo—. Feiyan tuvo tiempo de llegar hasta nosotros, por los dioses...

Un par de hombres cabalgaron por delante, a una hora de distancia, disfrazados como viajeros comunes, sin armadura, nada marcial en ellos ni en los caballos. Sed respetuosos con todos los que veáis, les había aconsejado Shoka, sed mercenarios u hombres de Kegi. Ciudadanos de Ygotai. Vais a pedir ayuda a las autoridades regionales.

Esperaba que esos hombres pudieran cumplir con sus instrucciones. Esperaba que estuvieran vivos todavía, escondidos en los pliegues de la tierra, en los bosquecillos. De vez en cuando encontraban una mancha de harina en el camino, la forma en que



los dos jinetes les decían que todo iba bien hasta donde ellos podían ver.

Pero había demasiadas colinas, demasiados escondrijos.

—Otra marca —dijo Shoka, más y más inquieto; y casi deseaba, al comenzar un trecho de camino cubierto de bosques, no haber visto la mancha blanca en el camino. Si encontráis una parte difícil de cruzar, uno de vosotros debe quedarse atrás por seguridad, y esperar hasta que su compañero haya cruzado. No dejéis señales hasta que no estéis seguros.

Mierda, no me gusta nada esto.

—Dividid la columna —dijo a Reidi—. Y quedaos atrás. Nosotros pasaremos primero. Demonios, ¿es que Kegi no cree en tener despejados sus caminos?

—Planeamos estos bosquecillos —dijo Reidi—. Son útiles.

—También para el enemigo —dijo Shoka, tenso y frío, e hizo un gesto para que Reidi se quedara atrás. Pensó en enviar a Taizu con él, y después consideró que si algo iba mal, ella estaría mejor a su lado que junto a una tropa confundida y desesperada.

La columna se dividió y una mitad se quedó atrás.

Shoka hizo trotar a Jiro. La mitad de la compañía que venía con él siguió avanzando, un ritmo rápido a través de la sombra del bosque, un camino limpio, bien cuidado. Otra mancha de harina.

Después una curva en el sendero y una hilera de lanzas afiladas justo frente a ellos.

Los caballos se asustaron y las espadas salieron de las vainas.

—¡Desmontad! —aulló Shoka, y llevó a Jiro entre los árboles junto al camino. Ya había desmontado cuando apareció un grupo de hombres con los colores de Taiyi detrás de la barricada.

—¡Alto! —Aulló el segundo de Reidi, todavía sobre su caballo en mitad del camino—. ¡Alto! Es el señor Saukendar...

Era tiempo de mostrarse, pensó Shoka, esperando que el hombre de Reidi no estuviera a punto de recibir una flecha en el estómago.

—¡Cuidado! —dijo Taizu, y le temblaba la voz. Se había deslizado para bajar del caballo y ahora estaba acuclillada junto a él con el arco tenso y la flecha lista. Pero Saukendar no quería parecer un tonto, escondido entre los arbustos, así que decidió serlo: le dio a Taizu las riendas de Jiro (no tenía sentido hacer matar al pobre viejo) y salió al medio del camino con el otro tonto.

Pero realmente eran los hombres de Kegi. Tenían a sus exploradores, lo cual hablaba muy bien de ellos y muy mal de los exploradores, que liberados y avergonzados se dirigieron al segundo del señor Reidi para dar explicaciones; y los hombres de Kegi tenían la misión de correr frente a la columna hacia el castillo y decir al señor Kegi que todo era verdad, que el señor Saukendar había vuelto, que las

provincias de Hainan y Feiyan y Hoishi se habían rebelado, que sus señores avanzaban con sus guardias personales, que la gente estaba marchando...

Allí fue cuando Shoka oyó algo acerca del dragón que había anunciado su regreso, una gran bestia que había aparecido cerca de Ygotai y dejado huellas a lo largo de los diques, grandes cicatrices de garras y un inmenso cuerpo que se había arrastrado en zig-zag a través de las lagunas y pantanos, marcas que cualquiera podía ir a ver si quería.

Shoka miró a Taizu y la vio con la boca abierta, como si estuviese a punto de negarlo todo. Pero se quedó allí con las riendas de Jiro y las de la yegua blanca en la mano, al borde del camino; y él dijo:

—Taizu.

Ella le llevó a Jiro. El tomó las riendas y ella se quedó junto a él sin decir palabra.

Había mercenarios en Tengu, hacia el norte. La mayoría estaban en el Hisei, en Lungan.

Eso les advirtieron los hombres de Kegí. Malas noticias, pensó Shoka. El quería seguir adelante. Quería cubrir tanto terreno como pudiera, simular un avance mayor del que era en realidad... una conmoción, un alarde, éstos eran los mejores aliados que podía tener.

Pero la fatiga le nublaba la vista y el sentido común le decía: Detente ahora. Tal vez ya no habrá ocasión de detenerse hasta Choedri.

—Venid al castillo de Choedri, señor —le urgió el guardia del señor Kegí—. Nuestro señor está ansioso por veros.

Shoka lo pensó; deseaba una cama verdadera y una comida caliente; pero le corrían escalofríos por la espalda cuando pensaba en meterse entre cuatro paredes. Reidi había jurado que Kegí era leal. Pero también había jurado que los exploradores lo harían bien.

—No —dijo—. Mis disculpas a vuestro señor. Pero he hecho un juramento... — ¡Por los dioses, qué mentira tan pretenciosa!—. Un juramento de no entrar en refugio alguno hasta que llegue al Hisei. Pedidle a vuestro señor que venga a nuestro encuentro, junto a su puerta, esta noche, por favor. Yo... y el señor Reidi, descansaremos esta noche en el bosque junto al castillo. Hemos cabalgado mucho tiempo y estamos cansados.

—Mi señor —dijeron ellos entonces—. Sí, señor.

Y el capitán ordenó que retiraran la barricada, envió un mensajero a su señor, y una vez que Reidi y sus hombres llegaron hasta ellos y estuvieron al corriente de la situación, los acompañó hasta el extremo del bosque, una colina por encima de la gran llanura sobre la que se asentaba Choedri.

Y también les ofreció el agua y la comida de su compañía, escasas por cierto, y la mitad de sus hombres para cubrir la guardia mientras ellos descansaban, ahora que el

camino adelante parecía seguro.

—¿Podemos confiar en ellos? —preguntó Taizu, con calma, a un costado, cuando les ofrecieron comida. Estaba ronca. El sentía lo mismo, como si, ahora que había pasado el peligro inminente, su mente quisiera dispersarse y dejarse dominar por una sensación de sospecha generalizada, como alguien acorralado.

No estaba siendo racional, se dijo. Era la indicación más segura de que no estaba pensando con claridad: cuando empezaba a dudar de todo, de cada sonido a su alrededor y hasta el agua pura que le entregaban; y de un aliado sensato y bien preparado cuyo capitán parecía más que competente.

—No tenemos más remedio, demonios —dijo a Taizu.

No era el séquito de un señor lo que llegó por la llanura antes del anochecer, era una expedición: banderas, carretas, haciendo un rugido que despertó súbitamente a Shoka apenas una hora después. Durante un momento, con el corazón paralizado, se imaginó todo un batallón cayéndoles encima, pero los estandartes eran las insignias personales del señor de Choedri, súbdito de Deigi de Taiyi. Los guardias se acercaron a saludar a su señor, y el señor Reidi despertó a su séquito...

Shoka aplicó la punta de la daga al dorso de su mano, y después, con rapidez, cuando salió sangre, frotó el líquido sobre los vendajes que cruzaban la mejilla y la mandíbula de Taizu.

—Aj —dijo ella cuando la sangre apareció por el otro lado. Los ojos hicieron una mueca. La boca estaba oculta. Y los vendajes tomaron un tono convincente de tejido sanguinolento.

—Te dieron con una flecha en la cara —dijo él—; te arrancó algunos dientes, te rompió la boca, no puedes hablar, sólo gruñir. Mojaremos el vendaje una vez por día. Parecerá real después de un par de veces. —Envolvió en un lienzo la mano lastimada y dejó que uno de los hombres de Reidi se la atara. Vio cómo se extendía otra mancha sobre la mano vendada.

Los hombres que le había dado Reidi eran ayudantes de un señor... duros y cuidadosos en presencia de un caballero. Él les explicó las cosas en términos de disciplina desaliñada, les enseñó el sí y no de la jerga de la frontera, y además los hombres que había elegido eran sureños en realidad, con el dialecto de los campos de Hoishi, y eso era tan cerca de la frontera sur como la aldea de Taizu de la del este, y el dialecto era oscuro y casi incomprensible para otro Chiya cuando se hablaba rápido. Hablad como en el campo, les había dicho él, lo más confuso y rápido que podáis. Los Fittha pensarán que sois Oghin y los de Oghin, que sois Fittha. Y dijo esto último con el desprecio de los del norte, desprecio que le valió una mirada de Taizu. Confundidlos.

Entre las cosas que habían tomado de los mercenarios de Ygotai y del norte había objetos valiosos. Uno de ellos era una placa de marfil, el documento de un correo. De la compañía Aghi, decía.

Y había nombres. Taizu lo sabía... «Nos saqueaban muy a menudo», había dicho.

—Tenemos que saber quién es quién en el grupo de Gitu. No sé quién está vivo ahora y quién murió, pero son nombres reales.

Taizu estaba sentada en una roca con un vendaje sanguinolento que le cubría la mitad de la cara, tomando un poco de té que le manchaba el vendaje. Tanto mejor.

—Listo —dijo ella, a través de las vendas, devolviéndole la taza, y él la tomó, agradecido por el calor después de la sangre que había perdido. Le temblaba la mano. Debería haber usado uno de los caballos, pensó. Pero necesitaban la fuerza de los animales. Él permanecía sentado, al menos por un día o dos, y era más fácil sacar sangre de una mano humana para humedecer vendajes de manera creíble. Una herida terrible. Lo suficiente para explicar el silencio del joven de mirada salvaje con su chaqueta de piel de oveja... y para cubrir una mandíbula demasiado suave.

La luz del día, y todavía no había señales de vida en los caminos secundarios. Se

detuvieron un ratito para tomar té caliente, comer el arroz frío de la noche anterior y volver a montar. A los hombres se les veía serios a la luz del sol, harapientos, sin afeitar; probablemente ahora se daban cuenta de que estaban cabalgando hacia otro tipo de peligro del que afrontaban los compañeros que se habían quedado con Reidi y Kegi en el sur, un tipo de peligro que requería un coraje menos inmediato, pero nervios mejor templados.

Posiblemente, pensó Shoka, los hombres estaban sorprendidos al ver que Taizu se quedaba sentada mientras él la disfrazaba, en lugar de cambiar de forma ella misma; pero nadie preguntó nada, lo cual quería decir, supuso él, que ya habían pensado en alguna razón, y él prefería no saberla, ni siquiera quería imaginarla.

Demonios, la capacidad que tenía la gente para creer cuando no les quedaba otra opción... o aceptar que eran solamente ellos mismos y no alguien especial, alguien hechizado para acompañarlos hacia Anogi y abrirles paso entre los mercenarios del Regente.

Él habría deseado tener un demonio, o dos, si le daban a elegir.

Pero dado que no era posible, en una crisis en la que contara la astucia y la inteligencia, prefería tener a Taizu a su lado.

Un poco más adelante, un grupo de cansados mercenarios cabalgaba por entre escasos edificios de troncos y chozas de pescadores, más allá del límite sur de Anogi... al menos eso era lo que Shoka esperaba que la gente viera, once hombres con armaduras dispares, cubiertos de polvo amarillo, y caballos cuyo color había empezado siendo alazán y se había transformado en un amarillo tan fantasmal como el de sus jinetes; un jinete con la cara vendada, la tela convertida en una costra de tierra y sangre vieja y nueva, y ese jinete cabalgando agotado sobre la montura, entre otros con menos heridas. No era un grupo próspero... y la atención que les prestó la ciudad de Anogi fue apenas una mirada hosca y las ventanas cerrándose a su paso.

Clik, brun... un pestillo.

A través de la ciudad, y luego entre los mercenarios que hacían guardia junto al río... un campamento descuidado alrededor de una hoguera en la noche, junto a la cabaña del hombre que atendía la balsa...

—Allá atrás es un infierno —dijo Shoka, en cuclillas junto al líder aburrido del escuadrón mercenario, mientras sus hombres esperaban la balsa y compraban algo de arroz y un poco de pescado seco—. Eh, no nos robéis. Eso es una porquería. —Indicó el flaco pescador y el hombre añadió otro pedazo en la bolsa sucia, mientras lo miraba como diciéndole que ése era el límite—. Os diré —dijo Shoka, como con ganas de conversar—: soy de Bagoi, yo, y preferiría estar allá ahora. Todos son malditas mentiras. No lucharán, dice el capitán. Al infierno. A nosotros nos cortaron en dos. Nos cortaron en dos en el sur.

—¿Dónde están?

—¡En ninguna parte, en ninguna parte, eso es lo que pasa allá abajo! Toda la región se está volviendo loca. No me gusta.

A mí y a mis hombres, os diré, nos gustaría cortar por Mandi y salir de aquí cuanto antes, pero no nos han pagado, eso es lo que pasa, y va a ser un invierno muy, muy largo.

—Ese Saukendar... ese señor del que dicen que entró en el Imperio... ¿lo habéis visto?

—No sé. No sé lo que nos pasó por encima. No hemos visto nada, pero donde se suponía que estaban los nuestros, aparecieron ellos, y lo único que sé es que el capitán murió, y no hay paga, y yo les dije a los míos: nos vamos al norte, eso es lo que vamos a hacer... al norte, por el río, salir de aquí y llegar a alguna parte donde nos paguen, ahora mismo... Conseguir el dinero que nos haga falta para volver a casa si la cosa se pone fea...

—¿Creéis que vamos mal?

—Maldición, no sé. No lo sé. —Shoka vio con alivio que la balsa se acercaba a la orilla. Envolvió el pescado, se lo puso en la bolsa y se levantó—. Os lo digo: no es mala idea saber dónde está la salida en este momento. No vamos de triunfo en triunfo. Eso es lo que creo.

El mercenario lo miró preocupado.

—Van directos al norte —dijo Shoka—. Lungan, eso es lo que creo: ahí es donde van, directos a la capital, y después veréis cómo todo se hace pedazos. Prefiero enfrentarme a un ejército regular que a esos granjeros que atacan por los costados y muerden los talones. En serio. Pero no creo que vosotros tengáis mucha acción por aquí... no me parece...

Justo en ese momento llegó la balsa.

Un puñado de jinetes y monturas: tal vez algunos ciudadanos y granjeros pensaban usar la balsa esa mañana pero nadie quiso compartir el espacio. Los caballos bajaron muy nerviosos por la plancha hacia el área de carga, y tuvieron que sujetarlos con mucha fuerza para que no se espantaran cuando el suelo cedió sobre el agua (Jiro habría caminado con desdén, sin preocuparse, incluso después de tantos años), y fue una suerte que hubiera tres barreras firmes sobre la cubierta, porque sin eso al menos uno de los caballos se habría ahogado, probablemente el bayo de patas blancas con la cicatriz en el pecho. Y hubiera sido una suerte que se ahogara, pensó Shoka de ese caballo, vista la forma en que se había comportado en el camino. Pero el caballo se acomodó al fin, con la cabeza atada firmemente a la baranda de madera.

La verdadera ciudad de Anogi se acercó lentamente a medida que los hombres de la balsa movían los grandes remos... una balsa que se movía libremente esta vez,

pues el Hisei era demasiado grande, y estaba demasiado transitado para cruzarlo con cuerdas. Describieron un curso de media luna de orilla a orilla para poder hacer frente a la corriente, mientras otras naves más pequeñas y más grandes que iban río abajo pasaban rectas a su lado, botes pesqueros y botes de carga, y otros barcos. Al menos el comercio no se había detenido: había un aire de normalidad en el río, como si no sucediera nada en el sur... pero claro, la gente que vivía del comercio tenía que vender, y los soldados comían arroz y usaban telas y acero. Y los pescadores tenían que pescar: el mundo tal vez se estaba viniendo abajo, y quizás iba a ocurrir un gran desastre, pero esos botes tenían que seguir saliendo mientras el clima lo permitiera.

—No deberías hablarles —dijo Taizu. Esperaban junto barandas y trataban de mantener a los caballos en calma, mientras la balsa se elevaba sobre la estela de una gran nave que había pasado a su lado—. Te arriesgas. Siempre me dijiste: no hay que...

—Conseguí otro medio pescado —dijo Shoka—. Pensé que había sido muy inteligente de mi parte.

—¡No es una broma! ¡Son demasiados!

—Todo va bien. Que no te vean preocupada.

—¡Que no te vean preocupada! ¿Qué más...?

Un hombre pasó junto a ellos, corriendo hacia el remo, y Taizu se tragó lo que iba a decir. Estaban llegando a la verdadera Anogi; Anogi, amenazadora sobre la orilla, en terrazas; las dos mitades de la ciudad separadas y asimétricas a una y otra orilla del Hisei... pero así era cómo la corriente llevaba a la balsa y así había crecido la población.

—Pobre muchacho —dijo Shoka—. No trates de hablar. Se te abrirá otra vez la herida.

Taizu lo miró, furiosa.

—Confía en mí —dijo Shoka, y le puso una mano sobre el hombro. Estamos bien. ¿No te parece?

—No si sigues hablando con los soldados.

—Pero si yo he sido soldado —dijo Shoka—. No te preocupes por eso. Dónde están las malditas fuerzas de Choedri, eso es lo que necesito saber. Tal vez en el cuartel de Anogi. Tal vez en Lungan o más allá. Es algo que no puedo averiguar sin hablar con ellos. En otro tiempo yo tenía recursos en Lungan. Veremos si queda alguien...

—Y si no están demasiado asustados de Ghita...

—Es un riesgo que hay que correr. Ese riesgo siempre está ahí. La gente cambia. Y su forma de pensar también. No creas que no he pensado en eso.

—¿A quién piensas hablar? —le susurró ella, y tosió para detener lo que seguía: el remero volvía en ese momento, en el ajeteo general que significaba preparar la



balsa para atracar.

—Viejas amistades —dijo Shoka entre dientes, y miró hacia la proa de la balsa, dirigida hacia Anogi norte.

Pensó en el viejo y en Lungan casi al mismo tiempo. Se preguntó si Jojin viviría todavía... si el viejo gramático habría sido demasiado apasionado como para sobrevivir, o si las conexiones eclesiásticas le habían salvado el cuello.

Dos días en el camino y no había conseguido nada de la guardia de la balsa; sobre la orilla de Tengu, atrás, nada que no supiera ya o que no pudiera haber adivinado. La situación general era demasiado vieja para que la gente pasara chismes sobre ella, y los detalles del presente, demasiado intrincados para compartírselos a ciegas con un hombre que podía dar la alarma... eso era lo que había sentido cuando abandonó el intento de conseguir noticias.

Así que había vuelto al asunto del pescado, con mucha rapidez, y había tratado de no contestar nada y de reunir la información que pudiera por deducción.

Sobre Saukendar: sí, los mercenarios al norte del río sabían que estaba metido en la lucha.

Sobre los problemas, sobre una posible caída del sur en el caos total: eso los preocupaba, ciertamente, pero no tenían problema en creerlo.

Sobre una unidad mercenaria que iba hacia el norte sin su capitán: todo lo que les había dicho sobre escapar de un ataque nocturno, sobre venir al norte a dar el informe, todo les había parecido razonable. Gracias a los dioses.

Ya habían transcurrido dos días de los siete. Y no estaba tan cerca de Lungan como deseaba.

Nada salía como él quería. Ojalá hubiese traído uno de los pájaros. Si hubiera una buena razón que justificara que una banda de soldados comunes llevara una jaula con una paloma sobre la grupa de un caballo, la habría llevado. Pero había demasiadas cosas que podían salir mal, un pájaro como ése podía escaparse o ser enviado con un mensaje falso... era demasiado peligroso. Por lo tanto, hizo ese pacto simple con Reidi y un plazo que había de cumplir.

No entréis a ciegas en Lungan, había dicho Shoka. Tenéis que estar preparado para improvisar. No sigáis instrucciones estando al borde de un abismo.

Confiaba en que el viejo, que había preparado la mayor parte del asunto durante todos esos años, tuviera capacidad para improvisar en una crisis. Confiaba desesperadamente en el viejo, esperaba que la fuerza física de Reidi soportara la tensión, esperaba que Reidi tuviera la fuerza moral necesaria para ser más útil que Kegi y Maijun. Era mucho esperar de un viejo caballero hasta ese momento sedentario, y durante un momento confuso y estúpido se había preguntado incluso si Taizu sería capaz de hacer ese tipo de juicios al frente de una operación como ésa... él tenía ese tipo de talento, y ella también, pensaba Shoka, ella tenía la imaginación y

el sentido común necesarios para tomar la decisión correcta en cualquier situación, excepto en cuanto a tácticas de batalla, y había vivido lo suficiente para comprender la cobardía y la avaricia, y el deseo de gloria por sí misma.

Ella estaba aprendiendo. Había visto el brillo en sus ojos, había visto la forma en que escuchaba a los demás en las reuniones, la mandíbula rígida y en silencio, había visto las pequeñas tensiones que iban y venían cuando, estando los dos acompañados, alguien sugería algo que él tenía que rechazar... y en esos momentos, ella sí lo comprendía.

Muy bien, muchacha. Muy bien hasta ahora.

Ahora, debería hacerla marchar.

Entonces Shoka supo que estaba pensando en morir.

Hay que planear la retirada, maestro Shoka...

Sintió el dolor en la pierna, un dolor antiguo que nunca desaparecía del todo cuando montaba a caballo. Recordó el momento en que, cortando leña, vio el ceño fruncido en el rostro de Taizu. Recordó el ceño cuando la balsa golpeó contra la orilla y llegó el oficial de guardia del otro lado del río pidiendo nombre y asunto.

Entonces se le apresuró el pulso y puso su mente en la esencia de un tal Sengi, mercenario, de la compañía de Aghi, que llevaba un correo y que se había adelantado por si había problemas.

—Dicen que tengo que informar —dijo al capitán de la guardia; y después, arriesgándose deliberadamente—: Dicen que los oficiales tienen que hablar con nosotros. Si sabemos algo, ellos tienen que saberlo también. ¿Adonde vamos?

—Todo está en Lungan —dijo el capitán de la guardia—. No hay nada aquí.

—Es el lugar al que van ellos —musitó Shoka, dejando caer el documento de nuevo en el bolsillo de su cinturón—. Rápido. Vienen directos al norte, consiguieron refuerzos en el oeste. Algunos de allá. Probablemente estaban en ello desde el comienzo, y ahora son demasiados, atacan por todas partes. Todo está plagado de rumores... se supone que hay un dragón en Taiyi. Un demonio en el ejército de Saukendar. Os digo que es una locura.

—¿Alguien lo ha visto? —El capitán parecía Fittha. Su armadura estaba llena de amuletos y tenía crines de caballos entretejidos en las muñecas, contra los hechizos—. ¿Qué clase de demonio?

—No tengo ni idea. Si estaba allí, yo no lo vi, y no quiero verlo. Hay que hacer trabajar a los sacerdotes, eso es lo que hay que hacer. Mejor será que hagan algo, demonios, que enciendan sus velas de plegarias y todo eso. Yo no pienso mirar a ese demonio a la cara, os lo aseguro.

El capitán frotó uno de sus amuletos.

—¿Y qué están haciendo las compañías al sur?

Shoka se encogió de hombros.

—No tengo idea. No sé quién está allí. No vi nada. Nos atacaron en la oscuridad, y fue muy rápido y salimos vivos, eso es todo. Pero sabemos que Hoishi ya no es nuestra. Tenemos informes de allí; Hoishi es uno de los líderes, vimos los estandartes desde el oeste. Así que lo que yo sé, no sé quién más lo sabe, pero debemos informar, y pronto, antes de que esa cosa cruce el Hisei. Así que será mejor que siga mi camino.

—Ése no llegará —dijo el capitán de la guardia, con un gesto hacia Taizu, que había llevado su caballo a tierra y trataba de montar con todos los gestos de cansancio, mientras el caballo hacía círculos espantado, hasta que Taizu, con torpes movimientos, consiguió trepar hasta la silla, mostrando sus caderas femeninas a la mirada del capitán—. Mejor será que lo llevéis a un hospital.

—Mi primo —dijo Shoka—. Se lo dije. Pero no quiere. Tiene miedo de separarse de mí. Y yo le prometí a su padre que lo llevaría de vuelta a casa. —Shoka subió al caballo y retomó las riendas—. Lungan. Llegaremos. Cómo me gustaría quedarme... Aquí todo está tanto más seguro...

El caballo quería moverse. Shoka le dio con los talones y el resto lo siguió, haciendo ruido con los cascos sobre el amarradero de piedra, y después sobre las calles de Anogi.

Todo está concentrado en Lungan.

¿Ghita también? ¿Dónde demonios está el Emperador?

O esa maldita paloma.

Taizu se le acercó. No dijo nada. El corazón de Shoka casi se detuvo cuando ella subió al caballo a la vista del capitán.

—Esa chaqueta no es lo bastante larga —dijo Shoka—. Ten cuidado cuando tengas un hombre detrás.

—Ya me he dado cuenta —dijo ella entre dientes—. ¿Crees que me ha visto?

—Te cubriste. Eso espero. —Las calles de Anogi se abrían ante ellos, el mercado junto al río, un camino que iba a las afueras, y finalmente apretaron un poco el paso, juntos y de uno en uno cuando pasaron junto a un carro, juntos de nuevo cuando se acercaron a la orilla del río, las barcas amarradas y los pequeños botes de los comerciantes.

Y todo el tiempo, Shoka seguía pensando que no iba a funcionar, que los guardias iban a empezar a fijarse en la forma en que se movía Taizu, o que recordarían el acento de Saukendar y comenzarían a hacerse preguntas. Siguió esperando que los persiguieran, nervioso, como los hombres que lo acompañaban, sin atreverse a mirar sobre el hombro más de lo que haría un hombre que trataba de mantener unido a su grupo en una calle de ciudad.

Pero ahí estaba la puerta de la ciudad... sólo una señal en el camino, porque Anogi se había expandido más allá de sus viejos límites, y la muralla quedaba en

medio de casas y negocios, y la puerta se había transformado en un arco que daba refugio a los vagabundos.

Un gran número de vagabundos, cojos y mancos, algunos de los cuales habían sido soldados, sin duda.

O granjeros.

Sintió rabia al pensarlo. Vio la cantidad... vio el tipo de heridas, heridas de espada, vio el odio que sentían hacia ellos, la cabalgata hacia el puente a través de las sombras...

... odio a los extranjeros, a los soldados mercenarios. Odio por diez años de opresión.

Pensó en Taizu, mirándolo con furia en la galería de la cabaña.

Justicia, maestro Shoka.

Y pensó, y esta vez le dolía, Tonta, yo no puedo ayudarte...

Pero no estaban lejos de Lungan; ni del Regente. Y en ese momento, Shoka estaba realmente furioso, con una furia que Taizu había despertado en él; Taizu, sólo ella.

De sombra a sol, y el último despliegue de la ciudad frente a ellos, gente en sus asuntos, gente que esquivaba a los mercenarios a su paso, así era como vivían... salvo que no había hombres jóvenes en las calles.

Había jóvenes entre los mendigos, había algunos con las ropas amarillas de los monjes...

Pero nada más. Y las mujeres se envolvían en mantillas y chaquetas informes, cansadas, exhaustas y sin alegría, incluso las jóvenes.

Los fantasmas de muchachas risueñas se escapaban por los pliegues de la memoria, colores brillantes, ojos incitantes, pasos que eran parte de una danza...

Las mujeres de Chiyaden, las jóvenes mujeres, caminaban con los hombros caídos y temerosas junto al río...

Taizu, frente a él, en los escalones de la galería: Enseñadme, maestro Saukendar...

Taizu, en la lluvia, azotando el árbol, Taizu boca abajo en el barro, bajo los relámpagos...

... Taizu, con esa mirada demoníaca en el rostro, blanca y mojada y terrible...

Cabalgando junto a él, absoluta en sus intenciones, como él no había sabido ser. Justicia, maestro Saukendar.

No estaba seguro de la justicia de la corte de Cheng'di, pero tenía una idea bastante clara de la justicia que podía obtener de los tontos que mandaban a la juventud de Chiyaden hacia guerras de fronteras, y saqueaban su propia tierra y mantenían su poder con mercenarios...

Que usaban a los jóvenes de las provincias como moneda para comprar alianzas,

apoyando a un rey bárbaro y luchando contra otro... y lo llamaban asuntos de estado...

Cortarle la cabeza al monstruo era solamente la mitad de la batalla. El resto de la serpiente estaba en todas las provincias de Chiyaden, y costaría matarla, y ella llevaría la destrucción a todos los sitios a los que pudieran llegar las bandas de mercenarios.

Pero no sería peor de lo que veía a su alrededor.

No había forma de sacar a esa bestia de la tierra; y que los dioses ayudaran al pueblo si ellos descargaban el golpe.

Que los dioses los ayudaran, si ellos no podían.

Así pensaba a cada paso que daban los caballos. Cinco días más y Reidi asomaría el cuello, y con él toda esperanza de oponerse al régimen de Ghita.

Cinco días más y el puente de Lungan debía estar abierto. De este lado del río, no había forma de enviar a uno de los hombres de vuelta a Reidi, para informar de un cambio de planes, porque sospechaba, por lo que había oído de labios del Fittha, que Ghita estaba bien preparado para plantar un frente de batalla en el puente de Lungan.

Eso decía algo acerca del norte: que Ghita tenía la Provincia Imperial en un puño, así que podía ocuparse de Lungan sin pensar que algo pudiera atacarlo por la espalda. Así que ahí terminaban todas las esperanzas de que las tropas imperiales de la provincia se amotinaran, de que una ola de rebelión llegara desde las fronteras, de que hubiera suficiente incertidumbre como para que Ghita tuviera que refugiarse detrás de Cheng'di y del otro lado del Chaighin, en su propia tierra, en Kenji y Angen, donde podía virtualmente seccionar Ayenden, Shangei, Peng y Yijang, donde las fuerzas mercenarias eran muy poderosas, y donde los que lo apoyaban tenían títulos de nobleza. Una guerra lenta, horrible, pero mejor que combatir en el corazón de Chiyaden.

Pero las tropas imperiales evidentemente no habían reaccionado, el Hisei, y no el Chaighin, era la línea de defensa que había elegido Ghita, y el Emperador y la capital estaban bien, cogidas en sus manos.

Decididamente no era lo que Shoka había deseado.

Los pocos viajeros que recorrían el camino a Lungan tenían un aspecto desesperado: algunos mercaderes, gente ansiosa en carros extravagantes pintados de flores, y campesinos en simples carros de granja, o solamente gente de la ciudad, pobres, que caminaban con canastas y hatillos de tela. Cuando veían a los soldados, se apartaban del camino y se escondían, o se detenían y se inclinaban con respeto para no mirar ni siquiera una vez a los jinetes. Taizu cabalgó con frialdad entre ellos, vigilante, cansada como él la había enseñado a mostrarse, con los ojos alerta por encima de la máscara de vendaje sucio, mientras los hombres, algunos de ellos,

cabalgaban en silencio y trataban de no mirar a la gente: avergonzados, pensó Shoka; o con demasiado pesar...

Él mismo... trató de pensar lo que sentía, él, que podría haber venido antes (no podía dejar de pensarlo), podría haberlo planeado mejor y, por los dioses, podría haber obtenido mucha más ayuda de esa gente... si algunos de ellos hubieran estado deseosos de tomar las cosas en sus manos. No estaba seguro de si los amaba en general o quería atacarlos, o simplemente alejarse cabalgando y dejarlos salir del desastre solos, con palabras como que ellos habían llevado al Emperador al trono y a Ghita al poder y a él a la desgracia, con palabras, y después habían cambiado de opinión y lo habían convertido en dios para meterlo en aquel lío, toda la vida corriendo en una dirección y en otra con el aliento de la gente del pueblo; y toda su virtud trabajando para no hacer lo que ellos merecían...

... excepto que Taizu era una de ellos. Y no podía olvidarlo, cada vez que veía a alguien caminando por el sendero con una canasta o un hatillo, todo lo que tenían, todo lo que habían podido salvar del trabajo de una vida. Los señores combatían, los estandartes flameaban en el aire y las líneas grises de gente desesperada caminaban por los senderos con su mundo miserable en una canasta.

Taizu creía menos en los dioses después de conocerlo a él. Empezaba a saber de qué estaban hechos los héroes del pueblo: de exageración, de deseos desesperados, de superstición; y sin embargo, seguía con él, enredada en la misma red, mientras en el fondo de su corazón, Shoka estaba aterrorizado cuando pensaba que tal vez ella se levantaría una mañana y vería un hombre corriente, de cuarenta años, un cojo con un carácter muy desagradable y muy poca paciencia con la gente.

Shoka odiaba el poder sobre otros. Realmente lo odiaba. Y a veces los odiaba a ellos, eso era lo que lo avergonzaba, los odiaba porque arrojaban todas las virtudes que admiraban sobre un pobre ídolo, en lugar de buscarlas en ellos mismos.

Deseaba tener un par de dioses visibles para pasarles el fardo... pero si los dioses existían, parecía justo no hacerles aquello que tanto lo molestaba a él; era mejor contenerse y cargar con todo mientras pudiera. Y así, tal vez los dioses quisieran bajar y ayudar en un momento de crisis. Ése era el resumen de su religión, y pasó toda la tarde pensando en ello mientras caminaban hacia el lugar donde él los haría morir a todos.

Bueno. Señor Celestial, no estoy seguro de que pueda arreglar este lío. Ghita ha llevado a los extranjeros al corazón del Imperio. Es un tonto. Los reyes extranjeros lo ayudan mientras el ejército de Chiyaden lucha en las guerras de ellos. Pero son demasiados, y Ghita está metido en una trampa que ya debe de haber comprendido... demasiado arriesgado traer el ejército a casa, así que necesita a los extranjeros para mantener el orden, pero tiene que saber que si ellos encuentran un líder, ya no será una simple guerra de frontera. Por lo tanto tiene que hacer que la guerra de frontera

continúe, no solapara mantener ocupados a los oficiales, sino para que los extranjeros necesiten al ejército de Chiyaden. Y eso no puede seguir así durante mucho tiempo.

Chiyaden va a pagar por lo que él hizo, y va a pagar durante muchos años. Ya hemos mostrado demasiado de nosotros mismos a esos bárbaros. Conocen nuestra estupidez. Arregla eso, Señor Celestial, y sálvanos de nuestra propia ceguera: eso es lo que no podemos hacer por nosotros mismos.

Era la única conversación que había tenido con los dioses en once años; pero esa tarde lo necesitaba. Todavía no sabía qué haría, no sabía con qué iban a encontrarse, cuáles habían sido los preparativos del enemigo...

Y continuamente se cruzaban con gente que tal vez tenía esa información, gente que venía de Lungan y sus alrededores. Los refugiados, pensó, la gente que se escondía de ellos... con información vital. Pero, si él les decía la verdad sobre su identidad, llevarían el rumor de vuelta a las unidades mercenarias que habían dejado atrás.

Observó un carro en el camino al desastre, una muchacha con un bebé, un muchachito, un viejo... las ruedas del carro chirriaban bajo la carga de sus pertenencias, y el viejo caballo hacía un esfuerzo por seguir adelante.

En un impulso, Shoka bloqueó el paso del caballo con el suyo, y al ver el pánico de los fugitivos, se inclinó en la montura, cortés y sin apresurarlos, pero su compañía se apretujó a su alrededor al mismo tiempo.

—No pasa nada —dijo él en la jerga de los soldados, y levantó las dos manos para que vieran que no estaba armado—. Solamente queremos preguntar una o dos cosas sobre el camino. ¿Venís desde Lungan?

Las cabezas se inclinaron.

—¿El Regente está en Lungan?

Miradas aterrorizadas.

—¿Dónde está el señor Ghita?

Los ojos casi no parpadeaban. Solamente el viejo caballo se movía, inquieto bajo los cargados ejes.

—¡Quiero una respuesta, demonios!

—Lungan, señor. En Lungan. —El abuelo a punto del colapso—. Todos los soldados están allí.

—¿Fortificados?

—Sí, señor. Fortificados.

—¿Dónde?

—En el campamento, señor. Alrededor del campamento.

Demasiado miedo. Demasiada ignorancia. Todo lo que decía podía ser mentira, dirían cualquier cosa que él les sugiriera, cualquier cosa que les pareciera que él quería oír.

—Continuad —dijo él, y se apartó del camino. Agregó, con pena por ellos—: Yo no pasaría por Anogi si estuviera en vuestro lugar, y haría correr la voz por todo el camino. Hay un cuartel ahí. No hay que pasar por esa ciudad, si las cosas se ponen mal. Los mercenarios pueden empezar a saquear, y después marchar a Mandi. Haced correr la voz. Iros al norte de Anogi, por los caminos secundarios. Estaréis mucho más seguros.

Las miradas seguían llenas de terror. El bebé lloró y la muchacha le puso una mano sobre la boca, lo apretó contra su pecho.

—Adelante —dijo él.

El caballo avanzó. El carro pasó rodando junto a él.

—Y tirad la mitad de esa basura —aulló Shoka sobre el ruido de las ruedas—. Vais a necesitar ese caballo.

No era probable que siguieran ninguno de los dos consejos. Shoka miró por encima de su hombro el camino infalible hacia una tragedia.

—No puedes creer nada de lo que digan —dijo Taizu, poniendo el caballo a su lado—. Están demasiado asustados. Nunca confiarían en un soldado.

—Tontos.

Sabía que había hecho mal. Se sentía furioso consigo mismo, furioso con ellos, por razones demasiado complejas y demasiado difíciles de definir.

Si estuvierais allá, había dicho Taizu hacía ya mucho, arreglaríais las cosas.

Claro que sí.

Como trepar por un barranco. Sólo cuando uno miraba hacia abajo se les revolvía el estómago, cuando se daba cuenta, de vez en cuando, de dónde estaba, lo que estaba haciendo y lo que lo rodeaba.

Más camino por delante, pensando y pensando, vigilando a la gente que pasaba para ver si llevaban armas. Pero no había amenaza alguna en los carros y los carruajes ni en la gente que huía del desastre que preveían, que se apartaba aterrorizada de una compañía que creían parte de los mercenarios de Oghin. Muy pocos jóvenes, muy pocos; exentos como sirvientes de un señor, como granjeros que alquilaban las tierras de un señor, como hijos de una viuda, todas las razones que podía dar una casa para salvar a un muchacho del reclutamiento. Y de esos pocos, nada que no fueran reverencias, los ojos en la lejanía, como si estuvieran aterrorizados de encontrarse bajo la mirada de un soldado, y que éste pudiera revocarles la exención.

Claro que tomaban sobre todo a los jóvenes de las provincias centrales, especialmente de lugares cercanos a la capital, especialmente de ciudades y pueblos, donde se fomentaba el descontento y los jóvenes podían reunirse en tabernas y casas de té.

Y maldición si los que se quedaban iban a arriesgar su preciosa situación de



privilegio. Así que no hacían nada, no se atrevían a nada; pero alguno podía volverse loco de miedo, rodeado de soldados, y tener un arma escondida.

Así que cabalgó hacia una de las mujeres, cuando llegaron a otro grupo de refugiados... la última, que caminaba con un fardo demasiado grande para ella, y que no tenía ninguna posibilidad de correr. Ella lo miró cuando él detuvo el caballo a su lado. Era una cara bastante bonita. O al menos podría haberlo sido si uno olvidaba el calor y el sudor y el miedo.

—Muchacha —dijo él. Mantenía quieto el caballo, que se agitaba, y en ese momento vio por el rabillo del ojo que el penúltimo de los refugiados de la fila se había retrasado, un viejo con un carro que parecía querer hacer algo, sin estar seguro de hasta qué punto valía la pena un sacrificio moral como ése.

—Muchacha, solamente algunas preguntas. —En un acento culto esta vez, un lenguaje de la corte—. No quieto retrasarte. No voy a hacerte daño. ¿Quién manda las tropas en Lungan?

—El señor Ghita —tartamudeó ella.

—¿Está allá, personalmente?

Un gesto definitivo, sí. Miedo en los ojos, pero también una interrogación. ¿Quién sois?, decía, esa mirada, con miedo, pero tal vez con la súbita idea de que no estaba hablando con un mercenario.

—¿Quién lo está atacando?

—¿Señor?

—¿Quién ataca Lungan?

Una duda. El caballo mordió el freno y él lo sujetó con fuerza mientras esperaba la respuesta.

—Dicen que los señores del sur.

—¿Quién los guía?

—Dicen que el señor Saukendar. Dicen que hay demonios. Dicen...

—¿Qué, muchacha?

—Que viene con ayuda de los demonios. —La muchacha tragó saliva con rapidez, como si hubiera dejado salir demasiadas palabras. Su boca tembló un poco y ella la cerró con fuerza, la cara muy pálida.

—¿Dónde está el Emperador ahora, lo sabes?

Un movimiento desesperado de la cabeza. No. Miró a Shoka, miró sus manos, volvió a mirar su cara.

Y el viejo todavía esperaba, en un rincón del campo de visión de Shoka.

—Ese viejo parece que quiere ayudarte. ¿Lo conoces?

Una mirada aterrorizada.

—No, no, no.

—Yo viajaría con él si fuera tú. Vale mucho.

—¿Señor?

Pero entonces, él dejó que el caballo se alejara y siguió adelante, con toda la compañía a su alrededor, un día largo, caballos agotados.

—Ghita está en Lungan —dijo él—, y saben que estoy involucrado en lo del sur. Los rumores ya han llegado al norte.

—Señor —dijo el jefe de la escuadra. Y eso era casi todo lo que lograba de los hombres como conversación. Pero eran firmes, y ninguno de ellos era un tonto. Ninguno hacía sugerencias. Hablaban, cuando cabalgaban juntos o cuando se detenían a descansar, en voz baja, mirándose, a veces a él, a veces a Taizu. Por momentos parecían muy preocupados. Ahora, por ejemplo.

¿Os preguntáis qué estamos haciendo aquí?, se dijo Shoka.

¿Os preguntáis cómo vamos a entrar en Lungan y qué vamos a hacer? ¿Os preguntáis para qué vamos?

Yo también, señores. Estoy impresionado sobre la marcha. O tal vez es que siento una atracción especial hacia las mujeres con canastas.

Encontraron una pared y un refugio para acampar en la última hora de luz: una vieja capilla, cosa que los hombres creyeron signo de buena suerte. Hicieron un sacrificio con algo de arroz y algo de vino, y ofrecieron sus respetos a los dioses y a sus antepasados con mayor fervor del que podía esperarse de unos forasteros.

Tal vez pedían ayuda a los dioses. O tal vez pedían por el bienestar de sus esposas y padres, que quizá no volverían a ver.

Pero fue testigo de su devoción: después del anochecer los refugiados eran cada vez menos, y nadie se les acercó. Ni refugiados ni otras unidades, que era lo que Shoka más temía: encontrarse con otro escuadrón, mercenarios verdaderos que fueran hacia Lungan o se retiraran de la ciudad. Hasta ese momento, nada: o habían dado con el ritmo exacto para mantenerse apartados de todos, o ya no quedaban tropas que fueran hacia Lungan, y nadie volvía a salir.

Así que fue una cena simple, decente, en un campamento con cierta comodidad para sentarse y recuperar el aliento, en lugar de dejarse caer directamente en el sueño.

—Podríamos ganar algo de tiempo —les había dicho Shoka cuando se detuvieron—, pero conozco el camino en el que estamos y conozco Lungan, los dioses lo saben. Podemos detenernos ahora, dormir algo y llegar allá al mediodía, mañana, y si alguien entra, eso nos puede ayudar. Preferiría no tener que contestar muchas preguntas si puedo evitarlo, y si tenemos que hacerlo, será mejor dormir bien. Tomad algo de vino. Lo que os ayude a descansar. ¿De acuerdo?

—Sí, señor —dijo el jefe del escuadrón. Su nombre era Chun.

—No creo que haya tenido mejores hombres —dijo Shoka después de un momento, y los hombres parecieron impresionados durante un momento; después,

junto con Chun, hicieron profundas reverencias y murmuraron «mi señor» uno por uno.

Había fervor en la forma en que lo miraron, en la oscuridad, a la luz del pequeño fuego. Shoka solía odiar esas miradas. Pero no en ese momento. La sensación era mutua, pensó. Ésa era la diferencia. Chun. Eidi. Jian. Panji y Nui, primos. Liang y Wianchen, Yandai y Wengadi. Gracias a los dioses, no esperaban milagros, solamente órdenes racionales. Y trataban, seguían tratando de obedecer, tal vez simplemente porque había una mujer entre ellos, mujer al fin, aunque fuera un demonio.

—Ejem —dijo Shoka después de un momento, aclarándose la garganta, y se levantó y se alejó. Deseaba no haber dicho nada. Era una trampa. No tenían razón para sentirse impresionados por él. Él no tenía derecho a utilizarlos. Se olvidaba, se olvidaba, demonios, de lo que había aprendido en esos últimos años: a mantenerse apartado de la gente, a no atraer la atención, a no convertir a nadie en instrumento, con la poca virtud que había adquirido. A no dejarse usar y a no usar a otros. Y a no hacer que otros lo amaran.

Maldición.

¿Por qué no aprendo? ¿Qué me impulsa a hacer estas cosas?

Taizu estaba a su lado. Taizu le tocaba la manga.

—Maestro Shoka.

A Shoka le dolió. Apartó el brazo.

—Maestro Shoka. —De nuevo la presión en el brazo, llamándolo hacia las sombras del seto.

Él se alejó hacia allí con ella, hacia la oscuridad, y se detuvo, sin ganas de hablar, ni siquiera de mirarla. Pero puso la mano encima de la que ella tenía sobre su hombro.

—¿Pasa algo malo?

—Claro que no. —Él mantenía la voz baja. No tengo ni idea de lo que hago. No tengo planes. No sé dónde está el enemigo. Os he llevado a todos a un callejón y no veo la salida. Claro que estamos bien. Pero eso asustaría a Taizu, y si se asustaba, podía cometer un error, y si cometía un error, podía morir. No había cordura en ninguna parte.

Ella lo rodeó con un brazo. Apoyó la cabeza contra su hombro. Eso fue todo. Y él pensó en el puente, lo rastreó entre otras imágenes y recuerdos, cada vez que lo había cruzado, cada detalle que pudiera recordar de su construcción, preguntándose; si Ghita podría llegar a desmantelarlo... al menos en el centro. O cuántas tropas imperiales tenía el Regente a su disposición, o hasta qué rango había reemplazado a los oficiales con sus propios hombres.

—¿Podemos dormir juntos? —preguntó ella.

Él respiró con fuerza, pensó en los hombres, en la gente que lo rodeaba, en gente

que podía destrozarlo. Taizu le apretó el brazo.

Ni una vez desde los sauces. Ni una oportunidad. Habían estado durmiendo juntos, eso era cierto... oliendo a sangre y suciedad y caballos y humo, tan cansados que caían en la inconsciencia apenas cerraban los ojos, y despertaban doloridos en la misma posición en la que se habían dormido, y él se había preparado para lo mismo esa noche, hasta que ella lo dijo, y él reaccionó... ante una mujer hundida hasta la nariz en vendajes cubiertos de sangre y en una armadura con olor a sudor.

La abrazó, y fue como abrazar una roca. Y dijo, mientras le tocaba el cabello enredado y lleno de polvo, y la mejilla vendada...

—No podemos deshacer esto. No podríamos volver a ensuciarlo correctamente.

—Hagámoslo, ¿de acuerdo?

—¿Tienes miedo?

—No. —Corto y tajante. Ella tembló en sus brazos. Mucho—. Maldición.

El conocía la reacción. La sostuvo un momento. La llevó hacia el seto, a la oscuridad más profunda. La acomodó a su lado y empezaron a desatar los lazos.

—No podemos desarmarlo todo.

—Está bien —dijo ella. Y después—: Maldita sea. —Cuando se le cruzaron las mangas y el cuerpo de la armadura.

—Es sólo un problema de táctica. Paciencia. La paciencia siempre gana, eso es lo que me decía mi maestro...

No hubo finura en ninguno de los dos: corto, rápido; y después, él sintió que le latía el corazón, el murmullo de las hojas en un sonido leve, irreal, sobre el aliento cortado de Taizu. Sintió que ella le tocaba la mejilla.

Por si después ya no hubiera tiempo. Porque calentaba el cuerpo, ocupaba la mente, bloqueaba todo lo demás. Y ella era demasiado inteligente para creer en ilusiones. O para empezar con frases de consuelo. Estaba ahí, eso era todo, y él se habría puesto a pensar de nuevo si no hubiera estado demasiado dormido por el agotamiento.

Cerró los ojos. Estaba en casa otra vez. Las hojas susurraban sobre su cabeza como la lluvia sobre el techo de la cabaña.

—Recuerda el invierno —le dijo al oído.

—Recuerdo. —Ahogado por las vendas, confuso por el sueño.

—Ojalá pudiera decirte que tengo un plan. No lo tengo. Vamos a pensar en uno juntos. Para eso te traje.

Ella no dijo nada por un rato. Después:

—Podemos atrapar a Ghita.

Sencillamente. Así veía ella las cosas. Nueve hombres cuyas vidas no eran indispensables... manos y espaldas, y espadas que estaban donde se las necesitaba. Ellos mismos... una fuerza mínima, dirigida directamente contra el punto de

equilibrio.

Eso, siempre que pudieran cruzar las puertas.

Las puertas de Lungan eran la clave, había estado pensando Shoka durante todo el camino. En general, las ciudades se habían volcado hacia afuera, superando sus propias murallas, cuando las tenían, pero Lungan y su puente eran la puerta de Pan'yei y de Cheng'di, el mismo corazón del Imperio. Y el viejo Emperador, que actuaba como jefe de ingenieros en tiempos de su padre, había ordenado que se fortalecieran y acondicionaran esas puertas, que se levantaran aún más los muros, que se construyera el mercado cercado, que hacía de cuartel del puente cuando hacía falta, y que se construyera la garita sobre el camino a Anogi, para los tiempos en que hubiera que vigilarlo.

Y esos tiempos habían llegado. Sin lugar a dudas.

El grupo ajustó el paso y eligió la compañía para cruzar por las estrechas puertas: un vendedor de cerdos, con dos animales atados y un carro que volvía de arrojar basura. Shoka se acercó a ese carro con la intención de evitar las preguntas de los hombres de la guardia.

Pero un guardia puso una espada en el camino de su caballo y lo asustó.

—¿Adonde? —preguntó el hombre. Fittha, seguramente los tomaba por Oghin, y quería molestarlos.

Shoka tenía el documento del correo. Detuvo su pequeña columna en la puerta, para bloquear deliberadamente el camino con un grupo de cabras que venía detrás.

—Asunto del capitán, desde Anogi.

El hombre examinó el documento. No podría leerlo, pensó Shoka. Se lo llevó al oficial, mientras las cabras empezaban a moverse y a balar alrededor de los caballos asustados. El oficial volvió, y la compañía, siguiendo órdenes, retrocedió y cambió de dirección, en un movimiento que parecía causado por los nervios de los caballos, pero que iba destinado a bloquear la puerta. Las cabras balaban, los perros ladraban y el carro de basura debía de estar por alguna parte.

—¡Dejad la puerta libre! —aulló el oficial. Y algo más en un idioma extranjero.

—¡Aghi! —aulló Shoka, y señaló el documento mientras mantenía a sus hombres exactamente en el mismo sitio.

—¡Cerdo! —Le aulló el Fittha—. Preséntate en el campamento, el segundo a tu izquierda. ¡Vamos, muévete, cerdo!

Y le lanzó el documento por el aire.

Shoka lo tomó e impulsó con fuerza al caballo. Su compañía lo siguió. Mantente lejos de la vista de la gente, había dicho a Taizu. Eres demasiado llamativa.

Pero ella se le acercó cuando los cascos sonaron sobre la calle y doblaron la segunda esquina, junto a una casa de té con las cortinas cerradas, y una multitud de clientes que se apretujaron rápidamente contra las paredes para dejarlos pasar.

Acostumbrados a esquivar soldados, por lo visto. Llegaba un escuadrón desde el otro lado, y por momentos, marcharon en fila india.

Había dado una serie de instrucciones a Taizu y todos los demás: entrar, ver si los soldados se mueven libremente por la ciudad y ver la forma de desaparecer en las calles sin presentarse al comando de Ghita ni quedar encerrados en el campamento.

Así que cuando tomaron la calle que llevaba al puente y descubrieron que los soldados eran corrientes en la ciudad, Shoka disminuyó la velocidad del caballo, y finalmente los llevó hasta una esquina, a una calle de tabernas baratas. El aire olía mal, a cerveza de poca calidad, cloacas recargadas y brisa proveniente de los corrales de ganado.

—Paremos aquí mismo —dijo Shoka, y se detuvo y bajó del caballo. Taizu se dejó caer a su lado mientras el resto desmontaba y se reunía alrededor de los dos—. Comida y bebida, sitio para los caballos... —Miró el anuncio de alojamiento y observó las oscuras y ruinosas escaleras.

No era el lugar más próspero de la ciudad. Los oficiales seguramente se alojaban en lugares más finos. Los soldados comunes dormían en tiendas, con el batallón al que pertenecían. Pero los mercenarios eran mercenarios, iban y venían, y los oficiales les pagaban día por día para tenerlos mejor controlados: ese había sido el sistema desde hacía once años, no el procedimiento oficial, pero sí el que realmente se seguía.

Y como el espacio en las tiendas era limitado, si algún escuadrón mercenario iba a parar a una fonda se aceptaba, siempre que el magistrado de la ciudad no enviara quejas a los superiores.

Shoka, a la cabeza del grupo hacia la sucia taberna, esperaba que ésa fuera la forma en que los oficiales de Ghita manejaran el ejército.

La cocina del camino había sido mejor que el mejunje aceitoso y lleno de ajo que servían en el Peonía. Los hombres revolvieron el guiso, eligieron los pedazos comestibles, comieron el arroz, bebieron el vino barato y después respiraron todos al mismo tiempo.

Tres habitaciones, establos, comida para todos.

—El dueño estará muy contento —dijo Shoka—. Se asustó cuando le pedí habitaciones. Dije que éramos muy callados y tranquilos, que yo no dejaba que mi compañía se emborrachara, y señalé que con todos los soldados que hay en la ciudad, seríamos una gran ventaja en las habitaciones, le mantendríamos el lugar seguro y todo eso.

—¿Y el campamento? —dijo Taizu.

—Caminaremos un poco. Hablé con el dueño... para saber dónde estaba, dado que soy nuevo en la ciudad. Ghita está aquí, eso es cierto, acuartelado en una de las casas grandes. El campamento está donde están las tropas de línea, pero hay muchos alojamientos en la ciudad, para los que pueden pagarlos, sobre todo los de caballería;

muchos daños... muy mala disciplina. Le pregunté si solía recibir soldados, dijo que no, que siempre vienen los obreros del matadero del final de la calle, ellos están acostumbrados al mal olor, y en las otras casas de té muchos no los aceptan por el aire que llevan con ellos...

Los hombres nunca habían entendido su buen humor en el camino. Esta vez parecían comprenderlo, un humor leve, tímido, los ojos bajos.

Solamente Taizu, por la línea que había entre sus dos ojos, estaba seria. Comía, apartando los vendajes con los dedos de una mano para poner la comida dentro de la boca, tomando algo y manchando la sucia tela mientras lo hacía.

Impaciente. Preocupada. Los ojos alerta con cada movimiento en la habitación. El se estiró y le tocó la pierna.

—Tranquila.

Ella respiró hondo con un sonido bien audible.

—El tiempo —dijo en el murmullo gutural que era su voz pública.

—Estamos bien.

Un movimiento de los ojos preocupados. Se imaginó el resto de la expresión, el labio levantado. Estás mintiendo, maestro Shoka.

Puso una pierna sobre el respaldo del banco.

—Vamos, muchacho. Paseemos un rato... Vosotros no os mováis de aquí. Terminad de almorzar. Dormid algo...

—¿Dónde vamos? —preguntó Taizu cuando salieron a la calle retorcida y empedrada, frente a las casas de té y los vendedores de pimienta, y los negocios con aves colgadas y ristras de ajos. La gente los empujaba para seguir su camino. La guerra estaba en el aire, pero los negocios seguían. Las mujeres almacenaban alimentos. Los hombres llevaban bolsas de arroz al hombro. Los precios anunciados en blanco sobre los pizarrones, junto a la entrada de los negocios, eran un robo, como era de esperar.

—El campamento... hay que... —Vio que los ojos de ella iban como un relámpago hacia un carro que pasaba en ese momento—. Por los dioses, ¿qué te pasa? ¡Deja de saltar así por todo!

—¡No estoy saltando!

—Estás más nerviosa que... —Una virgen en un burdel, decía la expresión—. Tranquila, demonios.

Otro movimiento, un hombre con una carga de leña.

—Lo lamento.

—Tranquila, ¿me oyes? ¿Quieres preguntas? Yo no.

—Hay demasiada gente, demonios.

Él la miró, la tomó del hombro y la hizo apresurarse calle abajo, evitando los



arroyuelos amarillos que corrían entre los adoquines.

—Por eso es una ciudad, ¿no es cierto? —El pánico era contagioso. Y ésa era una debilidad que él no había previsto. Maldición, ella nunca había estado en una ciudad más grande que Ygotai: no habían pasado más que por las afueras de Anogi, a caballo y lo más rápido posible. En el camino, había mirado a la gente con ese mismo tipo de atención, siempre alerta. Una loca peligrosa, diría la gente.

Era lo que él le había enseñado en el bosque, seguir todo movimiento, todo sonido que le pareciera extraño, pero aquí todo era extraño, y excesivo, y vertiginoso.

—Cierra los ojos —dijo él—. Sé ciega. Confía en mí. Estás vigilando con demasiada atención. Espera que yo te lo diga, ¿entiendes? Como en un ejercicio. No reacciones.

—Sí —dijo ella con calma. Cambió el paso, caminó con más tranquilidad.

—Es sólo mucha gente. Gente civilizada. No te saltan encima. Por lo menos, no de día. Solamente mucho ruido, por esos malditos adoquines. Los ecos de las paredes confunden el sentido de dónde están las cosas. Un lugar nuevo, sentidos nuevos. Ya te acostumbrarás.

Mejor será que lo hagas, pensó. Y rápido.

Llévala de nuevo a la casa de té, déjala con Chun y los demás...

Ella no puede controlar esto. Va a cometer un error. El primero que la asuste, la paga...

Furiosa, ésa es la sensación que da.

Taizu en la oscuridad, una sombra desnuda entre los bandidos, la espada brillante...

Todo el mundo es su enemigo, todos menos yo. Todo el camino desde Hua... escondiéndose y corriendo... y dos años para aprender a oír el ruido que hace una hoja cuando cae... para aprender el ruido de mis pies, sobre el polvo, sobre la galería...

Cualquier otro, cualquiera que no pudiera identificar... muerto. Es rápida. Y le enseñé solamente una cosas: a reaccionar.

Ese es el error: que ella esté aquí; deberíamos dar la vuelta y regresar.

Llegaron jinetes por la calle, a sus espaldas. Ella no se dio la vuelta, no miró. Se estaba acostumbrando, pensó él. Claro que sí. Taizu nunca le había fallado, no le había fallado ni siquiera en un movimiento, entre los muchos que le había enseñado.

Llevarla a pasear, que vea el puente, que sienta la ciudad, hacer algunas preguntas y volver a la casa de té para tomar un trago y charlar en la habitación. Eso era lo que había que hacer.

El aire olía a río mucho antes de llegar al mercado, y los mástiles de los barcos, a pesar de que eran pocos, se destacaban contra el pálido gris del agua.

Una muchacha de Hua tenía que detenerse a contemplarlo, cuando lo vio. Un muchacho de Yiungei había hecho lo mismo cuando descubrió esa gran extensión de agua desde el caballo.

Más tarde, el joven aprendió las maravillas de su construcción: cuántos hombres habían muerto, arrastrados por la corriente, cuántos intentos habían fracasado, cuántas veces se habían derrumbado los andamios y todo el esfuerzo se había perdido, y cómo los ingenieros imperiales, bajo la dirección del que entonces era el príncipe, habían vencido a las corrientes traicioneras primero con un puente flotante, y después con piedra llevada en barcas hacia la única concesión que les había hecho la naturaleza, la isla medio sumergida en el centro del río, y después hacia la otra orilla, construyendo las secciones de piedra y llenándolas de cascotes... hasta que el gran Hisei fluyó dócil entre los arcos de piedra y los barcos pasaron por debajo.

—El viejo Emperador quería poner puentes en todos los ríos —dijo Shoka—, pero en estos tiempos... sólo los dioses pueden saber si fue una decisión sabia.

—¡En esa cosa caben dos carros al mismo tiempo!

—Claro que sí. Con espacio entre los dos.

—¿Qué vamos a hacer? —Había un matiz de pánico en su voz.

—No te preocupes por el puente ahora. No es lo más importante. No puede ser importante todavía. Tranquila. —Caminó con ella hasta donde la calle del puente daba paso al viejo mercado, y ése sí era un lugar bastante familiar para la hija de un granjero, pensó él. El campamento estaba a la izquierda, paredes muy altas de piedra amarilla, que cerraban la explanada hasta el borde del río. No estamos listos, pensó él mirando las hileras de tiendas, separadas de la ciudad, que llenaban la explanada empedrada, donde los vendedores ambulantes y los juglares habían hecho su carnaval en tiempos de paz, junto con una muchedumbre de vendedores de bebidas y pasteles. Pero no ahora. Habían desplazado todo el bazar. Era mejor caminar un rato sin dirección alguna para sentir la temperatura del lugar.

Si alguien estaba desesperadamente preocupado esos días, eran los mercaderes. Veían a los mercenarios aburridos y fuera de servicio, caminando en medio de los negocios. Hubo miradas para él y Taizu, miradas hostiles a pesar de que se habían limpiado el polvo en las habitaciones, pero no habían podido sacar el que quedaba en los pliegues, entre las placas y el tejido de la armadura, y la tela se había convertido en una especie de pátina confusa de suciedad y grasa.

—Mejor será que os limpiéis un poco —había dicho Shoka a la compañía—. Sacaos algo del polvo del camino.

Y ellos lo habían comprendido. Solamente los vendajes de Taizu habían escapado a la limpieza... y Taizu, con su sucia chaqueta de oveja, el cabello recogido y los vendajes, era obviamente la peor, porque ahora los vendajes también estaban manchados de comida, de polvo, una cantidad sorprendente de sangre vieja y un

pequeño círculo de sangre nueva... Eidi había contribuido esa mañana a hacer que la herida pareciera reciente, por miedo a que alguien preguntara si no era ya tiempo de sacar las vendas.

Pero las miradas lo hicieron pensar... una herida terrible, un soldado que venía del frente. La gente se alejaba de ellos y los miraba con horror, no sólo por el miedo al saqueo, y obviamente murmuraban cuando se quedaban solos.

Aquí también había veteranos de guerra, como en la calle del matadero. Y muchos soldados cuidando el puente.

¿Qué vamos a hacer?, se imaginó que diría Taizu. La sentía más firme, como si de nuevo viera las cosas con sentido común. Había ruido y confusión de todos lados cuando caminaron junto al muelle. Alguien mató un pollo junto a ellos, y Taizu miró hacia allí, pero cualquier soldado lo hubiera hecho. En el pasillo siguiente, una prostituta los importunó un momento.

—No —le ladró Shoka, y la mujer aulló algo acerca de los que aman a los chicos jóvenes y empujó a Taizu.

Un pedazo de carne dulce en medio del mercado, una taza de vino en una zona que olía menos a pescado y a vendedores de gallinas. Taizu bebió a través de los vendajes y devolvió la taza al vendedor.

Pasaron unos jinetes, no mercenarios. Estandarte de Angen, un círculo rojo sobre negro.

Gitu.

Taizu se quedó muy quieta. Sin pestañear. Después volvió a moverse con naturalidad, levantó la taza.

—¿Listo? —Una mano masculina trató de tomar la taza, cuatro, cinco soldados que se acercaron al vendedor de bebidas. Shoka retuvo el aliento, el corazón en la boca, pero Taizu asintió con calma, y antes de que él pudiera sacarla de allí, el hombre dijo:

—¿De dónde sois?

—Sur —dijo Shoka, tratando de ver cuál era la expresión de ella detrás de los vendajes, mientras sentía pánico al pensar en que, si él quedaba atracado en la primera oportunidad que tenían de conseguir información vital, tal vez ella se esfumara entre la multitud y lo abandonara. Le puso la mano sobre el hombro y sintió la tensión—. De Taiyi.

Los mercenarios estaban muy atentos.

—¿Anda mal la cosa allá abajo?

—Espantosa —dijo Shoka mientras se encogía de hombros—. Perdimos la mitad de la compañía.

—Os invito a un trago —dijo el hombre, y sacó la mitad del contenido de su taza, volvió a ponerlo en la jarra e indicó el extremo de la plaza del mercado, los negocios

en los que se tomaba vino sentado. El y los suyos querían oír los rumores.

—Perdimos todo el dinero —dijo Shoka mientras tomaba una taza de vino caliente, demasiado preocupado para sentir el alcohol que había tomado en el almuerzo y después, y gracias a los dioses que tenía el estómago lleno. Estaba preocupado por Taizu, pero si la preocupación quemaba el alcohol en su cuerpo de hombre, seguramente la de Taizu era bastante para quemarlo en el suyo, y estaba todo lo firme y tranquila que él podía pedir: ni siquiera le temblaba la mano cuando tomaba la taza, no tragaba el vino con ruido, bebía tragos medidos.

—Hace veinte años que ando por aquí —dijo Shoka—. Y no así. A mí me paga un señor, personalmente. Y desde que era un chico, como de la edad de Juni. —Y señaló a Taizu—. Viajamos con una caravana, nos quedamos en Ygotai, pensé que había visto una ciudad. —Sin demasiada confianza, no se podía demostrar demasiada confianza al principio. Dejé caer datos que había pensado decir, razones para que un mercenario hablara un lenguaje distinto del propio—. En esos días, Lungan... Bueno, llegué buscando trabajo, y en esos tiempos no había mucho, pero conseguí un puesto con ese caballero... solamente para cuidar los caballos. Y pronto estuve en la guardia de la casa. Diez años con ese viejo caballero. Después esto. El capitán muerto, sin paga... Así que vine aquí, demonios, a informar de lo que sé. ¿Y me pagan algo por arriesgar el cuello? Debería haberme ido a Mandi, salir de este infierno antes de que estalle...

—¿Y qué pasa allá abajo?

Shoka tomó aliento, meneó la cabeza.

—Sé demasiado.

—¿Como qué?

—No puedo. No puedo decirlo. —Puso una pierna sobre el banco, levantó la espada—. Vamos, Juni. Mejor será que volvamos.

—Estáis bebiendo de nuestro dinero, así que sentaos. ¿Qué habéis oído?

—No es oír, hombre, es ver. —Se acomodó de nuevo, se inclinó con aire de confidente sobre la mesa—. Eso es lo que no quieren que se diga... y no nos dan ni un cobre por eso...

Las cabezas se inclinaron hacia delante. Shoka miró alrededor.

—Todo el sur viene hacia aquí. Todas las provincias se han unido a los rebeldes y se están moviendo. Ya han reunido más hombres de los que uno hubiera creído que había en el sur... Yo los vi. Vi cada cosa... —Bajó la voz y miró a su alrededor mientras el camarero pasaba cerca—. Estamos sentados en medio de esta maldita ciudad... ¿tú sabes quién es ese Saukendar?

—Un líder, un guerrero. Que huyó del Regente.

—Era muy popular. Esta gente no está contenta. Yo te lo digo, veinte años en este

país y sé algunas cosas. Sé que hay algo que me asusta mucho en esta ciudad. El país está ardiendo a nuestro alrededor... eso es lo que siento, todas esas calles de mierda y esas ventanas que nos miran... Estuve en la rebelión, en Peng.

Los mercenarios se movieron en los bancos.

—Empezó con un carro en la calle. La gente en Peng. Los vi matar a un pobre soldado con horquillas...

Estaban mareados cuando se fueron. Shoka seguía con una mano sobre el hombro de Taizu, pero eso era lógico: dos borrachos que se sostienen uno a otro.

—Lo hiciste muy bien —dijo Shoka, apretando la mano de Taizu—. Lo hiciste muy bien, hijo.

—No hice nada...

—Eso fue lo bueno. —Otra vez un apretón de manos—. Muy bien. Estoy orgulloso de ti.

—Pero si estoy bien...

—Ya lo sé. Vamos a volver al albergue y tratar de que no nos encierren por vagos y borrachos.

—¿Vamos a atacar esta noche?

—Echaré un vistazo al anochecer.

—Juntos.

—Nada de «juntos». Eres demasiado visible. Yo lo haré. Tengo que hacer un mapa para ti. Tú vendrás cuando lo hagamos en serio.

—¡No confío en ti!

—¿Qué me estás diciendo?

—Eres el mejor mentiroso que conozco.

Él todavía lo estaba pensando mientras caminaban por la hilera de puestos hacia la salida trasera, entre las tabernas, decididamente la mejor manera para dos soldados borrachos de volver a las calles de la ciudad.

Recto por esa hilera y después doblando una esquina, se toparon cara a cara con un hombre de aspecto extranjero que llevaba una gorra con ribete de piel. Los ojos muy abiertos.

—¡No! —Shoka aferró al hombre y lo aplastó contra la pared mientras lo sostenía por un pedazo de carísimo encaje de Shin, pensando en el asesinato, una daga en el vientre y después silencio... no importaba que hubiera bebido el té de ese hombre y hubiera compartido su fuego.

El maestro Yi estaba pensando en eso también. Temblaba. Le castañeteaban los dientes.

—No os conozco —dijo—. Lo juro, no os conozco.

Si no lo mataba, era un tonto. Lo sabía. Un tonto con miles de vidas que

dependían de él. Pero el maestro Yi era un viejo, un viejo asustado que suplicaba débilmente entre sus manos y parecía a punto de morir de terror.

Arrojó al mercader a la sombra de una carreta, lejos de supuestos testigos. El maestro Yi jadeaba y él ni siquiera lo estaba apretando mucho.

—¡Maestro Yi! —dijo Taizu, la voz femenina, el murmullo demasiado agudo.

—¡Nunca os he visto! —Protestó el maestro Yi—. No sé nada, lo juro, no quiero saber nada...

—¿Cómo me llamo? —Le preguntó Shoka—. ¿Quiero que me digáis mi nombre, maestro Yi!

Un movimiento de la cabeza. No. Con fuerza.

—¡No lo sé, lo juro!

Alguien se acercó, decidió que no era prudente seguir avanzando por el mismo pasillo y se marchó...

—Claro que lo sabéis, maestro Yi.

—¿Vamos a matarlo? —preguntó Taizu.

—No, no, no —dijo el maestro Yi—. Lo juro, lo juro.

Shoka tocó la trenza dorada y la piel de la chaqueta del maestro Yi. El maestro Yi se quedó absolutamente quieto.

—Sabéis que no podemos dejar que vayáis por ahí diciendo mentiras —dijo Shoka—. ¿Cómo me llamo, maestro Yi? Estoy seguro de que nos seguisteis. Estoy seguro de que notasteis que de pronto había menos bandidos. Os hicimos un favor. Y ahora inventáis rumores sobre nosotros.

—¡Os di hospitalidad!

—Eso puede valer algo. La verdad tal vez vale algo. Vos sois un comerciante. Supongo que os dais cuenta del momento en que cambian las condiciones del mercado.

—Sí, señor...

—¿Señor qué?

—Lo que vos digáis, mi señor. —Una mirada a Taizu y después de nuevo a él—. Soy súbdito de su majestad de Shin. No me meto en política.

Shoka tomó un puñado de pieles.

—Ya oísteis los rumores. ¿No es cierto? Ya oísteis todos los rumores. Dejadme decir que los extranjeros no van a pasarlo bien aquí, no, para nada. ¿Sabéis qué hay detrás de ese puente?

El hombre meneó la cabeza, los ojos muy abiertos.

—Un ejército, maestro Yi... ¿Y sabéis qué hay de este lado del puente?

Un murmullo:

—Mercenarios, mi señor.

—Algo más, maestro Yi.

—¿Qué, mi señor?

—El pueblo, maestro Yi, el pueblo. Y mis agentes, aquí, donde yo quiera, por toda la ciudad. Ya sabéis lo peligroso que puede ser... para un extranjero. Por otra parte... un extranjero que probara que es un amigo... tal vez consiguiera... la gratitud imperial.

—Por favor. —El sudor corría por el rostro del mercader—. ¿Qué queréis?

—¿Por qué no vamos a un lugar más tranquilo?

Los guardias iban y venían, en lenta patrulla, arriba y abajo, frente a las murallas y la puerta. Tejados curvos, elegantes, que se elevaban en terrazas, galerías iluminadas con antorchas en el polvo. Guardias allí también.

—Grande como un castillo —murmuró Taizu.

—Casi —dijo Shoka, midiendo la pared con los ojos. Y sintió el dolor en la pierna, el dolor que venía con las noches frías, tras mucho caballo y mucha caminata durante el día. Por un momento, pensó en el obstáculo de los guardias y se desesperó. Demasiado alto, demasiado lejos, demasiado bien vigilado. Empujó a Taizu hacia atrás y retrocedió hacia una zona del terreno que ofrecía una vista del castillo de Lieng, donde el maestro Yi esperaba en el umbral de una puerta más modesta.

—¿Qué vamos a hacer? —murmuró Yi. Arrastrado desde el mercado al centro de la ciudad, espionando los cuarteles del Regente... El maestro Yi no era un hombre feliz.

No era el único en ese estado, pensó Shoka con amargura, pero se calmó al mirar a Taizu. No había pánico en su rostro. Solamente confianza en que después de todo, el maestro Shoka iba a tener alguna fabulosa ocurrencia.

Pero el maestro Shoka ya no podía escalar un muro.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó de nuevo el maestro Yi, la voz un poco más alta.

—Calmaos. Sé lo que hago. Vamos.

—Vais a entrar ahí.

Shoka se dio la vuelta y dejó caer una mano amable sobre la manga del maestro Yi.

—Maestro Yi, vos sabéis lo que vamos a hacer. Y ya sabéis cuáles son vuestras opciones. Y si sois la causa de un desastre para nosotros, no veo razón alguna para no implicaros en todo esto. ¿Me comprendéis, maestro Yi?

Yi asintió sin palabras.

—Bien. Muy bien. Supongo que tendréis algún amigo en el mercado que nos pueda prestar un carrito de mano.

Lo que subía chirriante por el callejón de la parte trasera del Peonía y se detenía

frente a la puerta no era nada extraño: un carro con dos tinajas bien tapadas. Un hombre que tiraba de él, un ayudante que jadeaba detrás, nada inusual que dos soldados cansados volvieran a casa a la misma hora en que llegaban los carros de basura.

—Muy bien —dijo Shoka al más viejo de los dos hombres—. Listo. —Tal vez era una mala elección de palabras. Palmeó a Yi en el hombro y levantó el fardo que había en el carro, junto a las tinajas—. Os debo mucho.

—¡Lo único que quiero es volver al mercado! —dijo Yi.

—Taizu.

Salió a relucir el acero. Yi y su sirviente miraron en esa dirección, levantando manos que nada podían contra una espada.

—Subid, maestro Yi. Estaréis a salvo... con mis hombres. No quiero ningún problema en este momento. Eso es todo. ¿Me comprendéis?

Chun miraba desde las escaleras. Bajó vacilante, pero cuando Shoka le hizo un gesto con la cabeza, sacó la espada y se acercó.

—¿Capitán?

—Un antiguo amigo al que quiero tener bien vigilado por algunas horas. Dadle un poco de vino, algo de cena. Ha caminado mucho. Su acompañante es bastante tranquilo. Pero sería mejor que se quedara sentado. Le prometí al dueño de esto que no habría problemas.

Arriba. Y de nuevo abajo, esta vez con un bulto alargado. Dos hombres de la basura envueltos en harapos pusieron el paquete en el carro, junto a las tinajas, y salieron de nuevo hacia la noche.

No había regla alguna que prohibiera que dos soldados pasearan con un arco, porque todos caminaban armados hasta los dientes y haciendo sonar sus espadas, pero en una ciudad como ésa, llena de ansiedad, en el barrio en que vivía el Regente, un arco era un arma que podía hacer que las miradas se desviarán más de una vez.

Los hombres de la basura, en cambio, no llamaban la atención. Nunca.

—Nadie se fija en los de la basura —había dicho Shoka—. Van y vienen. Especialmente cerca de las casas grandes. Y de noche, para que el dueño no tenga que verlos.

—No es peor que los cerdos —dijo Taizu—. Y yo limpié mucha basura de marranos, te lo aseguro.

Crujidos y chirridos contra los adoquines, cruzando la ciudad de Lungan.

—Malditos agujeros —dijo Shoka mientras el carro saltaba y se sacudía entre sus manos. Agarrotadas hasta la muñeca al doblar por una calle próxima a la mansión de Lieng, la pierna entumecida de dolor. Llevaban todo su equipo bajo los harapos. Taizu no tenía vendajes, la cara tapada por una gorra y una bufanda sucia contra el



filo del aire helado de la noche; Shoka con un ligero pañuelo y varias capas de ropa harapienta, muy cómodas si uno no llevaba dos toneladas de armadura por debajo, mientras empujaba un carro traqueteante cargado con dos tinajas que impedían ver los agujeros más adelante. El sudor caía sobre la cara de Shoka.

—El Regente no cuida mucho sus calles.

—Podría haber llovido y estar todo embarrado —dijo Taizu con alegría; ella, que había caminado libre como un pájaro todo el tiempo, y que ahora se sentía mucho mejor sin el tránsito de las horas diurnas. De vez en cuando se cruzaban con patrullas nocturnas, con algún otro carro como el de ellos, con algún borracho; otros con asuntos nocturnos, casi siempre en grupos.

Pero la calle de la casa de Lieng estaba muy vigilada, desierta e iluminada con antorchas, un camino largo y solitario hasta el lugar desde el que habían espiado antes, cerca de la puerta de la cocina.

Había soldados en el esquina. No mires a nadie, había dicho Shoka. Si quieres ser invisible, ha de ser recíproco. La gente invisible no mira a nadie: de esa forma nadie los mira a ellos.

Así que Shoka mantuvo los ojos en el carro y se refugió en su pequeña niebla privada, como había dicho a Taizu. Hay un momento para ver las cosas. Hay un momento para no ver nada. Nadie nos atacará sin previo aviso. ¿Quién haría algo así con dos basureros? Somos demasiado humildes y demasiado tontos para que los soldados nos desafíen, ni siquiera pienses en eso hasta que estemos en la puerta de servicio.

Los centinelas de la esquina no les dijeron nada. Shoka miró por encima de las tinajas y dirigió el carro al centro de la explanada, en medio de un traqueteo de ruedas.

Justo hasta la puerta.

—Buenas, señor —dijo Shoka. Tres guardias, uno que abandonaba la esquina para examinar el carro.

—No sois los de siempre —dijo el guardia.

—Se rompió el pie —dijo Shoka—. Me pidió que dejara los míos y tomara los suyos.

El guardia gruñó y abrió la puerta.

—Esperad. Ya lo traerán aquí.

Maldición.

—No os preocupéis, señor. Podemos ir a buscarla.

—Es la orden.

El guardia les dio la espalda. Y fue hacia la pared. El segundo y el tercero cerraron la puerta y retiraron la espada. Shoka empujó a uno, se dio la vuelta y golpeó al otro con la rodilla y el codo, se inclinó sobre él y se lo pasó a Taizu, mientras

giraba de nuevo y golpeaba al tercero, que voló hacia el carro.

El primero gritó. Shoka lo pateó, sacó la espada del bulto del carro y Taizu tomó el arco y el carcaj.

Al patio de la cocina, con la máxima rapidez posible, sin llamar la atención, y por arriba hacia una terraza del jardín.

—¡Lo lamento! —murmuró Taizu mientras se agazapaba junto a él a la sombra de un pino y lanzaba una flecha.

—¡Demonios, me estoy haciendo blando! ¡Quédate aquí! —dijo Shoka.

Se alejó a la carrera por la terraza, a través de las sombras de los pinos y la luz de las antorchas de la galería más arriba. El griterío y el ruido se esparcían. Los alaridos retumbaban sobre las paredes y se perdían en los umbrales de las puertas.

El conocía a Ghita. Sólo lo mejor. El centro de la mansión, el segundo o tercer piso, un esplendor elegante, un ambiente real.

Un error muy grande no haber matado a los pobres diablos de la puerta. Se habría ganado algo de tiempo... no mucho, pero algo.

Arriba por unas escaleras de madera, mientras abajo las antorchas brillaban y cambiaban de dirección. El se agachó y se lanzó por las escaleras, hacia un arbusto de enebros, justo cuando los guardias llegaban por el camino, hacia la puerta de la cocina.

No había duda de que Ghita ya estaba despierto.

Algo bueno con respecto a los guardias: hacían tanto ruido sobre los suelos de madera que él podía correr a toda velocidad sin llamar la atención. Fue hasta las escaleras, subió a la galería y se lanzó a lo largo de una hilera de ventanas, ¡zas!, directo al vestíbulo del segundo nivel.

Los guardias corrieron a detenerlo. Se abrieron en abanico. Error. Uno, dos, tres, cuatro y cinco... un arco de sangre se esparció sobre un fresco de niebla y montañas. Shoka recorrió el vestíbulo y abrió las puertas del fondo con brusquedad.

Más guardias en un pequeño pasillo iluminado, un grupo sorprendido de mujeres que no tuvieron tiempo de apartarse. Gritaban. Él acabó con un guardia y con otro; dejó al segundo con una herida terrible, aullando...

Un hombre frente a él. Una cara como una máscara de terror: túnica de encaje, cabello hasta el suelo. No era Ghita. El conocía a ese hombre, le decía su memoria, y una décima de segundo más tarde reconoció al muchacho en aquel rostro blando e hinchado.

El Emperador. Beijun.

—¡Shoka! —jadeó el Emperador, bajo el ruido de los guardias que llegaban.

Desde el pasillo, atrás. Muchos.

—¡Shoka, ayúdame!

Shoka se quedó paralizado, la espada en alto, los guardias detrás en una

habitación sin salida.

Y luego se volvió y cargó en el último instante, cortó lo que fuera, para abrirse camino a derecha e izquierda sin darse la vuelta jamás para ver lo que había hecho, con los ojos fijos en el sitio al que se dirigía. La pierna le quemaba cuando corría, se le desgarraba casi, los dioses sabían qué había pasado ahí abajo.

Corrió, dobló una esquina, encontró una escalera y la subió con abandono desesperado.

Una pantalla. La golpeó con el hombro, rodó por el umbral y salió a la galería de madera.

No tenía miedo de los ladrones el señor Lieng.

Directo desde la galería a los enebros, gracias a los dioses llevaba puesta la armadura. Se arrastró con las manos hacia la cerca baja de madera, pasó una pierna y se lanzó por la terraza, con los gritos de los guardias en los oídos y el brusco silbido de las flechas que lo perseguían.

Ella estaba allí, esperándolo entre las sombras de la pared, mientras los guardias morían tras él.

—¡Quítatelo todo! —le ordenó él en un susurro al llegar junto a ella. El se sacó los harapos, tomó un palillo de bambú de su armadura y se sujetó el cabello con furia. Ella arrojó el arco, dejó caer el carcaj, los harapos y el sombrero y se alejó por las escaleras tras él, hacia el patio de la cocina.

Los soldados entraron por la puerta abierta.

—¡Ahí arriba! —Aulló Shoka, señalando con la espada—. ¡Vamos, demonios, están allá! ¡Tú, y tú, la puerta!

Los soldados corrieron junto a ellos. Los que habían sido señalados se dieron la vuelta para cerrarla.

Y murieron en silencio.

—Malditos —dijo Shoka, y pasó sobre el cadáver que bloqueaba el camino hacia el carro que los esperaba en la acera. Un hombre se movía lentamente entre los heridos. Uno había muerto. Uno esperaba, quieto y en silencio.

Caminaron por la calle hasta la esquina donde había un centinela.

—¡Ha escapado uno! —dijo Shoka, la voz ronca.

—¡No he visto nada! —repuso un centinela.

Shoka señaló con la espada, hacia arriba, entre las luces.

—¡Vamos a ver allá!

Y fue fácil alejarse hacia el callejón, esconder las espadas y desvanecerse en el laberinto de las calles de Lungan.

Pero él tenía que contárselo a Taizu:

—No lo he matado. No pude llegar tan lejos. Me encontré con el Emperador.

Una cara suave, aterrorizada.

¡Shoka, ayúdame!

Cuando su brazo había temblado en el momento de matar.

¡Ayúdame!

¡Dioses, que tenga el valor!

—¿Chun? —preguntó Shoka, al llegar con Taizu a la puerta del vestíbulo de la planta superior del Peonía.

—Capitán —se oyó desde el otro lado, un sonido sordo, y se levantó una barra y luego alguien la dejó caer al suelo. Chun abrió la puerta. Los hombres estaban de pie, ansiosos, y también el maestro Yi y su sirviente, pero Jian sacó la espada y el maestro Yi y su hombre se sentaron de nuevo.

Chun cerró la puerta.

Shoka cruzó los brazos, se apoyó contra la pared y miró fijamente al maestro Yi, lo miró con amargura, un momento largo, largo, consciente, mientras los hombres le hacían preguntas que él no hizo ademán de contestar.

—Estoy seguro de que comprendéis —dijo cuando las preguntas se desvanecieron en un silencio muy pesado—, maestro Yi, que estamos hablando de vida o muerte. Estoy seguro de que entendéis... que os he mantenido a salvo a pesar de los inconvenientes. Otro hombre os habría cortado el cuello inmediatamente. ¿Me escucháis, maestro Yi?

—Sí, mi señor —tartamudeó Yi.

—Podéis iros.

—Por favor...

—No os preocupéis, maestro Yi. Vos o vuestro hombre. A menos que, de alguna forma, los hombres del Regente puedan rastrear ese carro o las tinajas. Lamento decir que en este momento están en un lugar muy poco conveniente. Vamos a tener que depender de vos para que tapéis el asunto con vuestro amigo.

Yo le diría que alguien robó el carro. No creo que quiera saber más. No creo que vos querráis saber...

—No, mi señor. —Un murmullo, en una habitación en la que un murmullo era algo audible.

—Yo no les permitiría que investigaran la procedencia de ese carro, maestro Yi. Vos sois un hombre sabio. Sabéis cómo es la policía. No les importa si estáis con nosotros o no. Vos nos procurasteis el carro, un carro que es evidencia incriminatoria. Vuestro amigo sabe que lo habéis hecho. Sugiero que le digáis a él lo peligroso que sería llenar un formulario de denuncia por robo... y porque odiaría ver cómo os arrestan, a vos, un extranjero, y os hacen preguntas que no podéis contestar. La ignorancia es mucho más segura, porque os estaremos vigilando, maestro Yi. Podéis creerlo. Ya veis que os hemos mantenido con vida. Y os vigilarémos. Nosotros recordamos a quienes nos hacen favores. Ellos no. Pensadlo, maestro Yi.

—Claro, claro, mi señor.

—Haced que vuestro amigo os crea, maestro Yi. Decidle lo peligroso que es.

Decidle en qué puede meterse. Tenéis tiempo si os vais ahora mismo. Y confío en que podáis garantizar el silencio de vuestro hombre.

—Sí, mi señor.

—Iros, maestro Yi.

El maestro Yi vaciló un momento, mirando a los hombres que lo rodeaban. Después se levantó, y con él su hombre, y Shoka se apartó de la puerta. Chun la abrió y el maestro Yi se inclinó al salir, con rapidez, llevando a su hombre con él.

—Lo perdimos —dijo Shoka cuando se cerró la puerta—. Tuvimos que huir. Pero encontramos al Emperador.

Las caras mostraron el impacto de la noticia.

—Aquí y en secreto —dijo Shoka—. Nos vimos. Me dijo: Ayúdame. Y para entonces, llegaron los guardias. No pude quedarme para preguntarle de qué tenía miedo o de quién. Supongo que Ghita está preocupado por lo que pueda hacer el Emperador si lo dejan en la capital, preocupado, tal vez, por la idea de que se le ocurra tomar el poder en sus propias manos. No lo sé. En este momento, lo que tenemos que hacer es marcharnos.

—Sí, mi señor.

Shoka miró a Chun.

—Capitán —corrigió Chun.

—Salgamos de aquí —dijo Shoka—. ¿Estamos listos? —Dos calles al norte, capitán— dijo Eidi. —Un lugar llamado Felicidad.

Inteligentes, los hombres de Reidi. Una palabra mientras se cambiaban y advertían al maestro Yi, y ya lo habían llevado todo a otro sitio: el dinero había pasado de uno a otro, Eidi había salido y había conseguido otro centro de operaciones mientras los demás pagaban el primero. El dueño del Peonía no controlaba las habitaciones de sus inquilinos; y en ese barrio, no era probable que osara alquilar la habitación antes de que se fueran, ni molestar a los caballos, pues no estaba acostumbrado a clientes como ellos. —De a dos y tres— dijo Shoka. —Por el callejón. Sólo lo indispensable. Me temo que no podemos llevarnos los jergones, solamente las mantas. No quiero llamar la atención.

El calor aterrizó sobre la espalda de Shoka. Apretó los dientes y los brazos se le tensaron, boca abajo en el suelo mientras Taizu pescaba los paños en la olla y los aplicaba, Shoka estaba seguro, con cierta satisfacción por lo que él estaba sufriendo.

Gracias a los dioses la escapada había sido cuesta abajo.

Otro paño. Oyó su aliento entre los dientes apretados.

—¿Te duele? —preguntó ella.

—No.

—Lo lamento. Ése fue el último.

Tenían la habitación con la pequeña estufa y la olla, la única elegancia del Felicidad. Chun y los demás tenían la otra, un poco pequeña para tantos: no está mal, capitán, había dicho Chun.

Si el dueño sabía cómo se habían dividido las habitaciones, no había duda alguna de lo que pensaba al respecto.

—Tienes un golpe muy feo aquí —dijo Taizu.

—Tuve suerte de no tener más que eso. —Sabía a qué se refería—. Malditos arbustos.

—¿Qué vamos a hacer?

Él respiró profundamente. Le dolía mucho.

—Reconocimiento. Otra vez. Nos hemos mudado. Ahora tenemos que saber lo que está haciendo Ghita. No sé cuál es la situación del Emperador, pero te aseguro que uno no lleva al Emperador al campo de batalla. Está cambiado. No está bien...

—¡No irás a tenerle lástima!

Shoka respiró de nuevo. Nada tenía sentido. Traté de enseñarle. No sé si pude hacerlo mejor. Tal vez si hubiera tenido más paciencia...

Hay inocentes que murieron por él. Y morirán más. Por él. Maldición, ¿por qué me detuve? ¿Por qué me detuve, por los dioses?

Vio la cara de Beijun, pálida, ojerosa, aterrorizada... asustada, pero no de Shoka. No de Shoka, a pesar de la espada. Como si lo hubiera considerado su salvador.

Taizu le tocó la espalda y dejó caer una mano sobre su hombro. Él abrió los ojos para liberarse de la cara de Beijun, miró directamente a los tablones castaños, los ladrillos sucios y amarillos de la pared, el poste que mantenía el techo sobre las cabezas de los dos.

—¡Ghita! —Murmuró Taizu con violencia—. ¡Eso fue lo que dijiste!

—Tienes razón, demonios. —Puso el mentón sobre su puño—. El problema es qué se sabe en la ciudad... sobre el hecho de que el Emperador esté aquí. Hay una posibilidad de que lo maten esta noche.

—Y te acusen a ti.

—Si Ghita se entera de que estuve allí, se sentirá muy tentado. Y una vez que se corra la voz de que estoy aquí... hay peligro. Hay alguna gente en esta ciudad que me ha visto bien de cerca. Ghita no va a sorprenderse por nada de lo que yo pueda hacer, pero apostararía a que esta noche está haciendo preguntas muy concretas al Emperador. Muy concretas.

—¿Como si está metido en esto, con Reidi?

—Con Reidi y conmigo.

Un silencio. Luego, despacio:

—Al infierno.

Él se retorció para verle la cara y vio el ceño fruncido.

—¿Al infierno? ¿Por qué?

—¡Al infierno Ghita y Gitu, y el Emperador, y todos los que están con ellos! Matan gente y queman casas, y salen bien parados, y tú les tienes lástima...

—Solamente he tenido dos discípulos. Uno fuiste tú.

—El otro, el Emperador.

—Pensó que había venido a ayudarle. —Como si me hubiera estado esperando todos estos años, demonios. Como Meiya en la ventana, creyendo que yo iba a volver...

¿En qué se ha metido ese joven imbécil?

¿Fue él el que acudió a Ghita?

Una mañana tranquila. Muy tranquila... La conversación en las mesas del Felicidad, mientras bajaban los mercenarios, los soldados reuniéndose en grupos en la calle, hablando entre ellos y con nadie más.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Shoka al pequeño grupo que se había parado a dos puertas del Felicidad. Solo. Taizu se había quedado en la habitación, un asunto que le había costado una buena pelea, pero las cosas se ponían turbias, había razonado él, ella tenía un vendaje nuevo (con una mancha de sangre discreta, de herida casi curada, a la que él había contribuido) y resultaba demasiado llamativa en una mañana en la que todos hacían preguntas... como él estaba haciendo.

Y eso provocó que lo miraran con las cejas altas y los ojos brillantes, antes de que un Fittha dijera en voz baja:

—Entraron en el cuartel general anoche.

—¿Los rebeldes?

El mercenario escupió a un costado.

—Veinte muertos. Dicen que el Regente dormía en la planta alta. Que estuvo dormido todo el tiempo, que no se dio cuenta de nada.

¡Ah, sí, claro! Shoka puso cara de sorprendido.

—¿Cómo entraron?

—Por la puerta de servicio.

—Deben haber tenido ayuda —dijo otro hombre.

—Demonios —dijo Shoka, y se fue, meneando la cabeza.

A otro grupo, junto al Peonía, la voz gangosa, su mejor voz de oficial:

—¿Alguno de vosotros sabe algo del Regente?

—¿Qué? —dijo un oficial, mirándolo cuidadosamente.

Shoka hizo un gesto hacia el costado para llevar al oficial hacia allí.

—Uno de mis hombres oyó el rumor de que el Regente está muerto. Dicen que lo están ocultando. Tienen miedo de una rebelión.

—¿Quién dijo eso?



Shoka se rascó el mentón sin afeitarse.

—Un Oghin. En la calle de las Flores. ¿Tú no lo has oído?

—No.

—Maldita sea. Quiero saber si es verdad. Los hombres me preguntan a mí. Dicen que los rebeldes tienen a alguien adentro. Tal vez a alguien muy importante.

—Mierda.

—Sí. ¿Y tú qué oíste?

—Que fue por la cocina, que hicieron abrir las puertas, tal vez unos veinte o treinta. Pero dicen que no tienen tantos cadáveres. Parece que todos eran de la guarnición.

—Mierda. ¿Y cuántos están aún dentro, buscando a los asesinos?

—Nosotros no. Mi dinero está en la Guardia.

—Mierda. Salimos de Taiyi, hechos pedazos. La mitad de la compañía muerta. Nos enviaron aquí, dicen que el frente está aquí. No he visto ningún frente y el tonto ese ni siquiera sabe vigilar sus propias murallas, ¿qué clase de porquería es ésta?

El Fittha se rascó la cabeza y sacó uno de los amuletos que llevaba colgados al cuello.

—Pagan.

—Sí —dijo Shoka—. Hasta ahora. Espero que el Regente esté vivo. ¿Qué hacemos si está muerto?

La cara del Fittha se ensombreció.

—¿Por qué no lo han dicho? —Preguntó Shoka—. Eso es lo que me pone nervioso. No se sabe lo que pueden hacer esos malditos. Mejor será que pongan algunas patrullas.

Y dirigiéndose a un monje de ropas amarillas en un callejón cerca de la calle de los panaderos:

—¡Tú! ¿Conoces a un viejo, un vagabundo que se llama Jojin?

La cara del monje se llenó de desesperación.

—No.

Fuertemente impresionado, durante un momento, además del horror natural de alguien al que están aplastando contra una pared con una mano en el cuello.

—Dile, si lo ves en el Monasterio Celestial, si es que sigue estando allí, que el muchacho que tomó las ciruelas lo lamenta mucho y que está en la ciudad. ¡Y recuérdalo bien!

—Lo recordaré. —El monje tenía unos cincuenta años, lo bastante viejo para ser auténtico, no uno de esos que descubrían la iluminación divina en el momento de la llamada a milicias. Y tuvo suficiente curiosidad como para mirar a Shoka a los ojos.

—Hazlo —dijo Shoka.

No fue difícil encontrar a toda una caravana en el mercado... en una ciudad que

nadie podía abandonar libremente. Mucha gente en el mercado, sin comprar demasiado, pero hablando en pequeños grupos, con miradas rápidas y ansiosas, y silencio cuando pasaba un soldado junto a ellos, o cuando llegaba otro a curiosear las cosas caras que exponían en una carreta con mostrador.

En el grupo de gente que se formaba alrededor era fácil llamar la atención de un mercader.

Y todavía más fácil si el mercader lo reconocía a uno.

—¿Esto es vuestro?

El mercader llegó hasta él con rapidez.

—¿Dónde está Yi?

El hombre no quería contestar a esa pregunta. Eso era claro.

—Será mejor que vayas a buscarlo —dijo Shoka—. No me importa lo que te haya dicho. Será mejor que lo busques. Dile que su amigo está aquí.

El hombre se alejó corriendo. Shoka revolvió un poco las cosas y eligió una chuchería para Taizu. Y caminó junto a las carretas, observando dónde se dirigía el hombre, escalones arriba.

Así que lo siguió, hasta un interior oscuro donde dos asustados mercaderes lo miraban con los ojos muy abiertos.

—Hola —dijo, cruzó los brazos y se reclinó contra la pared.

—¡Fuera de aquí! —dijo el maestro Yi. No a él. A su socio, y el hombre corrió hacia la puerta abierta y se alejó.

Shoka caminó por la alcoba de la pequeña carreta, en la que estaba sentado Yi, sobre almohadones, y se puso en cuclillas con cuidado, los codos sobre las rodillas; la espada que tenía detrás hacía que no fueran necesarias las palabras de cortesía. Y lo mismo decía el moratón en la espalda.

—¿Cómo estáis esta mañana?

El maestro Yi lo miró.

—Pensé que sería interesante venir a ver qué pasaba —dijo Shoka—. No os pongáis nervioso. Confío en que vos os habéis encargado de todo. ¿Cómo está vuestro amigo?

—¡Asustado! —dijo el maestro Yi, como para ver en qué andaban las cosas.

—Todo bien, entonces —dijo Shoka, y tomó un dulce de la mesa—. Mmmm. No os preocupéis. Pero la verdadera razón por la que vengo es que os aconsejo que consigáis un escondite en la ciudad. Buscad una habitación, sacad de aquí la mercancía cara...

Yi parecía ansioso. De pronto, se aclaró la garganta y se frotó las manos.

—Es considerado de vuestra parte, señor.

—Os lo dije. No olvido los favores que me hacen. —Shoka tomó otro dulce—. Mmmm. Así que me reconocisteis cuando nos encontramos en el camino. No creo

que haya sido la aldea la que habló de mí.

—Lo supe cuando llegamos a Ygotai, cuando hablamos sobre los bandidos... todos muertos...

—Buena nohcecita, sí. Así que os dedicasteis a hablar de nosotros durante todo el camino.

—No, mi señor. No éramos la única caravana. Había rumores por todos lados.

Palomas, pensó Shoka. Y dijo:

—Llamadme capitán. ¿Qué rumores?

—De que habíais vuelto, señor. Yo lo supe entonces... cuando nos encontramos. Pero para entonces habíamos avanzado demasiado, no podíamos volver al sur... teníamos miedo de lo que pudiéramos encontrar allá, así que seguimos adelante. Esperábamos que Lungan fuera un lugar seguro.

—Gran error. Y no creo que os dejen ir hasta Anogi.

Yi meneó la cabeza.

—Estamos atrapados aquí. Yo no soy el único. Nos confiscaron los caballos, nos dieron un papel que valdrá para recuperarlos... pero no podemos mover estas carretas sin caballos...

—Un problema terrible.

—Quiero ver a mis esposas, mi señor, a todas. Eso es lo único que me importa ahora, cómo vamos a salir de aquí y volver a casa, ¡al diablo con este viaje! No quiero involucrarme más. ¡No me preguntéis nada!

—Capitán.

—Capitán, mi s... —Yi se lo tragó—. Por favor, no me preguntéis nada más.

—Sólo os pido que hagáis correr la voz entre vuestros hombres: decidles lo que yo os he dicho. Que estamos aquí con todas nuestras fuerzas. Podéis decirlo a cualquiera en que podáis confiar. Habrá combates en los próximos días. Y sería mejor que fuerais al lado oeste de la orilla y os quedarais allí mientras dure la lucha. No os preocupéis por el resultado. Tenemos ayuda.

—Sí, mi... Capitán.

—Tenemos noticias del norte —dijo Shoka con pereza mientras tomaba otro dulce—. El ejército vuelve a casa. Y están de nuestro lado. Podéis decir eso también. Sería mejor que la gente lo supiera. Y que los mercenarios lo supieran también. Ya me comprendéis. —Tomó otros dos dulces—. ¿Tenéis papel? Mi esposa se sentiría encantada con ellos. No os importa, ¿verdad?

—No. Claro que no... —Yi tomó una servilleta de la mesa y se la dio, con el ceño fruncido—. Llevaros los que queráis.

—Le encantan esas cosillas. —Shoka envolvió el bol en la servilleta, miró los ojos de Yi y vio el terror en ellos—. En serio. Uno no lo hubiera creído. Yo no estaba seguro de poder... en fin, satisfacerla. —Se aclaró la garganta y envolvió los dulces

con toda la atención puesta en eso—. Vino a mí un atardecer, sí. ¡Por los dioses! Casi me mata. Me vigilaba, en las montañas. Parece ser que tenía un asunto personal con el señor Gitu de Angen, y me eligió a mí para llegar hasta aquí.

Los ojos del maestro Yi eran redondos como monedas, el labio inferior atrapado entre los dientes.

—No estaba seguro —dijo Shoka— de sobrevivir al honor que me hizo. Pero es mi esposa en muchos sentidos. Alegre. Terca como una muía, con un carácter terrible... pero muy, muy buena en la cama. Ya os lo imagináis.

El maestro Yi se lo imaginaba, no había duda.

—Hay ciertas... ciertas cosas que son diferentes cuando se hace el amor con ella. Especialmente en medio de una tormenta eléctrica. —Shoka avanzó los hombros—. Pero es una aliada excelente en algo como esto. Excelente. Y no me gustaría estar en los zapatos de Gitu en este momento. ¿A vos?

—No —jadeó el maestro Yi.

—Miembro a miembro —dijo Shoka—. Uno no puede ir contra los de su especie.

—¿Qué le hizo él, para que...?

Shoka se encogió de hombros.

—Tiene que ver con cerdos.

—Cer...

Shoka levantó una ceja.

—Es del campo, ya sabéis. Hicimos un trato. Ella me ayuda en esto, y ella y yo... ya os dais cuenta. Creo que está casi enamorada de mí. Y no me importa. Es muy buena en la cama y ya me he acostumbrado a sus... a sus peculiaridades.

El maestro Yi lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Ah, bueno —dijo Shoka—, os explico eso porque vos la conocéis y ya sabéis... algunas cosas. Yo no me interpondría en su camino... cuando se desate la tormenta. En caso de que estéis pensando en hacerlo.

—No —dijo el maestro Yi—. No, mi señor.

—Haced correr la voz, maestro Yi. Es muy difícil controlarla. A veces no entiende dónde debe detenerse. Es por ello que solamente nuestros enemigos deben estar en las calles. Pueden aparecer cosas... ya sabéis...

—Sí, mi señor.

—Las ventanas cerradas. Eso es lo más seguro. Quedaos dentro y no miréis. —Puso la servilleta en el cinturón—. A ella le gustará esto. Le diré quién se lo envía.

—¡Una vuelta a la manzana! —Gritó Taizu, que aguardaba junto a Chun y los demás en la habitación superior del Felicidad—. Por los dioses, ¿dónde has estado?

Ésa era la forma en que Taizu reprimía sus impulsos frente a los hombres. Viendo empezar un motín, lo miraba con ojos amargos y preocupados.

—Os dije que no os preocuparais. —Shoka dejó caer la servilleta en manos de Taizu—. Un dulce.

—Dijiste...

—Mujer...

Taizu lo miró con furia desde detrás de los vendajes, abrió la servilleta y dejó caer un dulce en su boca, seguramente para no poder hablar mientras Chun abría la puerta que daba a la habitación que compartían los hombres.

—Quedaos —dijo él—. Os diré lo que oí.

Los hombres y Taizu se sentaron. La servilleta llena de dulces pasó de mano en mano, de hombre a hombre. Y para la tarde, en la habitación común del Felicidad, Jian, que se había paseado vestido de civil, había recogido una colección de rumores.

Uno: Ghita había sido asesinado por, según versiones, demonios que cambiaban de forma y que habían matado también de diez a quince miembros de la Guardia; o por veinte o treinta asesinos guiados por Saukendar; o por una conspiración de los oficiales de la Guardia Imperial que estaban, según versiones, muertos o escondidos, secretamente en el poder, secretamente negociando con los señores rebeldes del sur... que eran, según versiones, de diez a cien aliados al sur del río, en compañía de, según versiones, uno a cincuenta demonios, los bandidos de Hoisan, mercenarios separados de sus capitanes, y uno a tres dragones que eran, según versiones, el alma del Viejo Emperador, los guardianes del Hoi y el Chaighin y el Hisei, o un dragón de la montaña que habían traído los demonios con los que había vivido Saukendar durante once años.

Dos: Ghita estaba vivo, y Saukendar había muerto en el ataque, o había escapado, o estaba en el camino a la capital, o había sido capturado y era prisionero del Regente, o estaba suelto en la ciudad, con de veinte a cien rebeldes y un número indeterminado de demonios que cambiaban de forma.

Tres: algunos sacerdotes habían declarado que el dragón era un buen augurio para el Regente; pero se había oído decir a otros que era un anuncio de desgracia.

Cuatro: todo el ejército rebelde había cruzado el puente, disfrazado de batallón mercenario, y de campesinos y mercaderes, y estaba esperando una señal, después de la cual atacaría el campamento y los cuarteles generales.

—Ojalá —dijo Shoka, con el mentón sobre el puño, escuchando el informe—. Pero no es probable. Ya he echado un vistazo. Se fijan muy bien en quién cruza el puente.

—Yo podría hacerlo —dijo Taizu, levantando una ceja, más alegre ahora, después de oír con amargura los informes sobre demonios y dragones. Él sabía cómo pensaba hacerlo, recordando la canasta. Probablemente, los hombres tenían ideas más fantásticas.

—Nos arreglaremos sin eso —dijo él—. Ya sabemos lo que necesitamos saber. —

Se cuidaban de no decir ni nombres ni detalles a pesar de la intimidad vigilada... porque si uno se acostumbraba, había dicho Shoka a los hombres, después cometía errores muy graves en público—. Iré al puente esta noche.

—Ambos —dijo Taizu.

—Llamas demasiado la atención.

Taizu se puso un mechón de cabellos sobre el labio superior. El se burló de ella.

—Un chico no puede tener un bigote como ése.

Ella dejó caer el cabello.

—La canasta —dijo.

—Ni hablar.

—¡Aquí no me quedo!

Se sentía demasiado en su casa con los hombres. Ahora estaba furiosa, él podía sentirlo a pesar de los vendajes, de los vendajes demasiado llamativos.

—Eres demasiado fácil de describir, esposa. ¿Quieres ver nuestras cabezas colgando sobre el puente de Lungan?

Ella no dijo nada. Lo miró, simplemente. Y entonces, él se sintió inquieto: la vio caminando por las calles, tras él en la noche.

—Ya pensaremos en algo —concluyó. En realidad, la imagen de ella cruzando la ciudad a solas lo preocupaba... Taizu, con su miedo a las ciudades, su falta de experiencia en cosas tan simples como caminar en medio del tránsito.

Y nada de eso iba a detenerla si estaba decidida. Nunca la habían detenido.

—Hay alguien en el vestíbulo —dijo Jian. Un tablón había crujió en la escalera y se oían unos pasos rápidos.

—Eidi —dijo Chun cuando Jian se levantó para acercarse a la puerta. Eidi era el que estaba de guardia.

Un golpe en la puerta, una voz baja. Jian abrió la puerta y dejó entrar a Eidi.

—Capitán —jadeó Eidi con una reverencia—. Dicen que el Regente va a hablar en el campamento para demostrar a todos que está vivo. Que todos deben ir. Que estamos... que los rebeldes están al otro lado del río, muy cerca. Que el Emperador está en Lungan e irá al campamento con el Regente.

Eso último fue lo que lo sorprendió... que Beijun todavía estuviera vivo. Que el Regente hiciera el movimiento que hacía...

—Ghita mueve sus piezas —murmuró, y se frotó la nuca bajo el cabello grasiento—. Y nuestros amigos podrían estar aquí un día antes de lo acordado; o tal vez algún explorador vio su campamento, y ahora Ghita sabe dónde están y espera que nosotros nos movamos siguiendo un informe falso y nos dejemos ver antes de tiempo.

Miradas preocupadas lo rodearon.

—¿Qué hacemos? —preguntó Taizu.

—Estoy pensando —dijo él. Y estaba pensando, con desesperación... sentado

allí, con los brazos sobre las rodillas, mirando los viejos tablones grises del suelo y tratando de imaginar un modo de establecer un contacto seguro con Reidi.

Tablones secos, grises por la edad.

—Es nuestro turno —dijo con orgullo. No podía evitarlo. Las cosas habían salido increíblemente bien, considerando el hecho de que él había improvisado continuamente. Y había hecho que sus blancos se mostraran a la luz del día.

Tal vez, pensó, considerando que lo que estaba en juego era Chiyaden, los dioses complacientes se estaban despertando.

O tal vez cierto viejo monje estaba rezando para que esos dioses salieran de la cama.

En sus días de joven piadoso, se habría preocupado por un pensamiento como ése.

Parecía un desfile, el flujo general de soldados hacia el campamento, bien entrada la tarde llevando las armas y las camas de campaña; grupos a pie y grupos a caballo; pero para un desfile, pensó Shoka, faltaban el público y los vítores. Los pocos ciudadanos que había en las calles o en las ventanas, o en los negocios, miraban con ojos atentos y amargos esas fuerzas que eran, ostensiblemente, las propias.

Les quedaba el arco... lo llevaba Chun, y también el carcaj, oculto en la única cama que se había llevado en la mudanza del Peonía al Felicidad.

Solamente mantas: todo lo demás estaba todavía en el Peonía. Eran una compañía de aspecto miserable que caminaba calle arriba en las últimas horas de la tarde.

Sonó un gong a lo lejos. En la calle, los soldados levantaron la vista de sus conversaciones y sus preocupaciones, y las cabezas de los ciudadanos se volvieron; toda la ciudad prestaba atención a ese sonido.

—Debe de ser Ghita —dijo Shoka, y después un minuto más de camino—: Trae al Emperador al campamento. Donde pueden alcanzarlo los asesinos. O nosotros. Es una trampa. Es una trampa por ambos lados... para hacernos salir del escondite antes de tiempo y ponernos al alcance de Ghita.

Unos pasos más.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Taizu.

Otra vez la llamada al campamento.

Y el Emperador como carnada.

Maldición.

Una callejuela estrecha cortaba la calle cerca del mercado, como muchos otros callejones por el estilo, pero éste tenía los postigos de las ventanas cerrados a cal y canto. Iba en dirección al campamento, y algunos de los soldados que respondían al gong podían tomar ese atajo oscuro y sinuoso detrás de las casas que daban al río. Shoka miró hacia atrás y vio que todavía los seguían algunas bandas, pero el tránsito disminuía, eso era evidente.

Así que doblaron por allí, y no llevaban a nadie detrás, no que supieran; él se aseguró de eso antes de tomar otra calle que iba otra vez hacia el norte, una especie de zanja oscura y muy estrecha que terminaba hacia el sur, justo cuando se acercaba al campamento.

Los hombres estaban impresionados, sin duda. Él mismo no tenía más que una ligera idea sobre la ciudad, el recuerdo de unos mapas que había visto hacía años; sabía que las calles tendían a la diagonal en ese distrito, que el Viejo Emperador en su juventud había tomado para sí una línea de depósitos que había frente al puerto y que había clausurado las ventanas y las puertas que daban hacia el agua, más barato que construir una pared de nueve metros de alto.

Y cualquier calle de ese barrio que no atravesaba esa barrera, chocaba contra la pared norte del perímetro cuadrado que era mercado en tiempos de paz y cuartel de las tropas en tiempos de inquietud, y esa pared era la cara cerrada de viejos depósitos y burdeles.

Pero los inquilinos habían vuelto allí, al menos los de los depósitos. Los burdeles y las tabernas buscaban lugares más transitados. Los pobres de la ciudad anidaban en la decadencia de los depósitos de ese barrio.

—Esa es la pared —dijo Shoka, señalando con la cabeza la cara de nueve metros de pared amarilla que sellaba el final de la calle, entre dos edificios inclinados y ruinosos, más allá de un lío de sábanas colgadas y barracas ilegales.

Mientras el golpe de los tambores y el sonido de las trompetas anunciaba la llegada del Emperador por el otro lado, los pobres que habían quedado de éste observaban con miedo a un grupo de soldados que se había metido en una zona que no solían frecuentar, y corrían a aferrar a sus hijos y cerrar las puertas y las persianas, una barrera entre ellos y los problemas.

—Esa puerta —dijo Shoka señalando a una muchacha, con un bebé en brazos, que corría hacia una puerta que una mujer mantenía abierta. Chun y Wengadi saltaron hacia el umbral y abrieron la puerta arrancándola de manos de la mujer, mientras Shoka subía los escalones.

—Por favor —dijo él, con acento del norte, y se inclinó con toda cortesía frente a la mujer aterrorizada—. Lo que queremos es que nos prestéis la planta alta. Por favor.



Los ojos de la mujer se abrieron más todavía. En ellos aún había terror. Pero ahora era diferente.

—Estáis con Saukendar —dijo, como si fuera lo único que podía explicarlo todo.

—Aquí tenéis. —Taizu cerró el puño alrededor de un amuleto de oro que llevaba, parte del saqueo a los mercenarios, y se lo sacó por encima de la cabeza—. ¡Tomad! ¡Pueden mataros a todos si estáis con nosotros! ¡Fuera de aquí! ¡Que salgan todos!

—Vamos. —Shoka siguió a Chun y a Wengadi por las estrechas escaleras, junto a balcones que se derrumbaban y frescos eróticos garabateados en las paredes, y arriba, arriba hasta lo más alto, donde una puerta débil daba a un oscuro tugurio, el alojamiento de alguien, un montón maloliente de basura, un techo bajo con pájaros que anidaban en las vigas y una luz muy leve que entraba a través de las tejas.

—Un desastre. Una pobre y sucia abuela obligada a formar parte de algo que podía suponerle la muerte si entraban los soldados a registrar.

¡Reidi, por todos los dioses, aparece de una vez!

—Arriba —dijo Shoka, y Jian y Wengadi tomaron una tabla que hacía las veces de mesa, y apoyándola contra la pared de ladrillos treparon para sacar las tejas, dando paso a una luz cegadora que llegaba desde lo alto.

Luego bajaron de las vigas, y entonces vino el problema.

—¡Yo lo haré! —Dijo Taizu—. Peso menos.

—No sabes a qué apuntar —dijo Shoka. Se sacó la espada, el equipo y la manta, y todo lo que le molestaba, respiró hondo y corrió por la mesa inclinada para cogerse a las vigas polvorientas. Desde allí se inclinó para trepar más alto y sacar la cabeza, a la luz del día que se esfumaba ya, con el pecho al nivel del tejado.

—¡Las tejas son viejas! —llegó la voz de Chun desde abajo—. ¡Tened cuidado!

Pero él ya miraba al otro lado, al futuro inmediato, al abigarrado campamento extendido a los pies de la pared que se erguía bajo ese techo... miraba las colinas borrosas por la distancia, donde debía estar Reidi... si es que estaba, más allá de la otra pared del campamento, la que daba al río, al otro lado del Hisei, donde estaba el puente.

Y después más cerca, nueve metros abajo, demasiado cerca, con sólo la cabeza y los hombros sobre las tejas, para ver la puerta que llevaba hacia el puente, y las tiendas a los pies de la pared, mostradas con espacio entre unas y otras, los pasillos acostumbrados para dejar paso a las tropas y caballos, en un laberinto de cuerdas y estacas, sin orden geométrico, una ciudad abigarrada de telas y pieles de cabra, y muchos otros materiales que habían traído los mercenarios desde sus países o habían robado en el camino. Piratas y bandidos, acampados en el lugar en que habían estado las tiendas pálidas y ordenadas de las tropas imperiales, cuando las visitas del Emperador; o más a menudo, las rayas y colores brillantes del mercado de Lungan, en los años mejores, más tranquilos del Imperio, un bazar seguro, cerrado, donde

unos pocos hombres de la policía en puertas fuertes y fáciles de proteger garantizaban un mercado honesto y muy pocos rateros y ladrones.

Ahí estaban las tropas, una multitud oscura alrededor de antorchas brillantes, lámparas encendidas contra la noche que se acercaba; estandartes; y el estrado que usaría Ghita. La procesión había pasado ya. Había algunas figuras en la tarima, pequeñas y brillantes de oro.

Él se izó con fuerza, confiando su peso a tejas viejas y madera antigua.

—Linda vista.

—¡Aquí tenéis! —dijo Chun desde abajo. Le alcanzó el arco, tendido para él. Él se dio la vuelta para ponerse de rodillas. Una teja crujió y se deslizó bajo su cadera. Se tumbó sobre el tejado y el deslizamiento se detuvo.

—¿Capitán?

—¡Callaos! Estoy bien. —La voz temblorosa, ante la idea de una caída de diez metros sobre un campamento enemigo. Shoka se relajó de nuevo, escuchó el ruido de las tejas y con mucho cuidado apoyó su peso en una rodilla, después respiró hondo y se inclinó para tomar las dos flechas que en ese momento le ofrecía Chun.

Desde allí podía ver las tiendas y el pasillo, y allá a lo lejos, los últimos rincones del campamento. Un tiro muy largo. Bastante viento en la espalda, un poco hacia el hombro izquierdo. Afirmó bien el pie y la rodilla, después levantó el arco, calculó el tiro y lo lanzó directo al campamento. Sí. Lo vio caer en la pared del otro lado, con la ayuda del viento y la altura. No necesitó la segunda flecha.

—¡Vamos! —susurró con severidad hacia el agujero negro de abajo. Y en ese momento, tembló una luz y una tercera flecha subió hacia él, esta vez con la punta encendida. Bien empapada: el fuego tembló y escupió chispas en el viento cuando él la preparó para un tiro alto y largo. La punta era más pesada. Caería con más rapidez. Una línea de fuego voló en el crepúsculo, más tenue que las antorchas.

—¡Aquí tenéis! —dijo Chun.

Otra flecha, y otra, hacia las carpas. En el momento en que la primera estallaba en una llamarada. En medio de una apretada jungla de tiendas, y con una buena brisa del norte, que extendería el fuego por toda la zona, y haría volar trozos de tela ardiendo por el aire, dentro de cuatro paredes, con una gran distancia entre el fuego y los dos pozos de agua.

Shoka vio el alboroto de las tropas saliendo de sus refugios, oyó las voces, débiles, que gritaban órdenes a medida que subía el humo, iluminado por un incendio cada vez más grande. Siguió disparando mientras le dieron flechas, estelas de fuego a través del cielo, hasta que Chun asomó la cabeza a través de la abertura y contempló el incendio que se reflejaba en las paredes, y en medio del humo, a los soldados corriendo para salvar lo que podían de su equipo y sus pertenencias. Eran mercenarios. Todo lo que poseían estaba en esas tiendas. Pero había ocho, nueve

puntos de fuego en el campamento, y dos de ellos bloqueaban la entrada. Los caballos relinchaban aterrorizados. Los jinetes forcejeaban para llevarlos hacia las puertas. Shoka tomó una flecha común y disparó a una masa de hombres que huían.

—¡Abajo, mi señor! —le rogó Chun.

Era tiempo de marcharse, pensó él. Se dispuso a bajar y las tejas se deslizaron, un resbalón hacia el borde del tejado.

Pero una mano lo tomó con fuerza y lo izó sobre la abertura, en medio de una lluvia de tejas, hacia un almohadón de manos y cuerpos.

—¡Demonios! —gritó Taizu.

—Lo tenemos, lo tenemos —jadeó Chun, y Shoka consiguió ponerse de rodillas en medio del descalabro. Al darse cuenta de que parte de la dificultad provenía del arco que todavía tenía entre las manos, lo dejó ir, se aferró a un poste y se puso de pie como pudo.

—Estoy bien —dijo—. Salgamos de aquí... —Mientras aferraba su espada y el equipo, medio sepultados bajo las tejas. Se inclinó de nuevo para tomar el arco, pero Taizu lo recogió, lo desató y lo envolvió junto con el carcaj en la cama que lo había ocultado, mientras Wengadi hacía lo mismo con la olla y el resto de la evidencia.

Por las escaleras, hacia puertas que todavía estaban cerradas, y de nuevo a la calle, por otro callejón.

Y a través del barrio principal, donde la gente miraba asustada el cielo encendido de fuego y humo.

Cuando los veían, se apartaban, con rapidez.

Pero después, una roca golpeó el hombro de Jian.

—¡Demonios! ¿Qué...? —aulló Jian.

—¡Abajo el Regente! —gritó alguien.

—¡Vamos! —dijo Shoka cuando vio que Chun se volvía—. ¡Salgamos de aquí! —Tomó el brazo de Chun y echó a correr, mientras las piernas volaban en el crepúsculo y chocaban contra los adoquines a su alrededor.

Vieron jinetes a la carrera delante de ellos, soldados que venían en desorden desde la orilla del río y el campamento...

... Buscaban el origen del fuego y de las tejas, pensó Shoka, y se encontraban la rebelión ya fuera de control.

De pronto, la calle se vació tras ellos, quedando sólo rocas y ladrillos, y los soldados se dispersaron buscando a los rebeldes.

—¡No podemos ayudarles! —Dijo Shoka—. Tendrán que arreglárselas solos. ¡Vamos! ¡Al Peonía, a por los caballos!

—Capitán —dijo el dueño de la fonda, siguiéndoles hasta el establo—. He cuidado bien de todo, no falta nada.

—Bien —dijo Shoka por encima del hombro—. Entonces, estáis a salvo. ¡Entrad de nuevo en la casa, señor!

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? ¿Qué se quema en la ciudad? ¿Hay lucha?

—Podéis estar seguro de eso. Cerrad las puertas con llave y quedaos aquí, hombre.

Chun arrastraba el equipo que había quedado en la cocina del hotel mientras Wianchen y Liang ensillaban y ponían las mantas sobre caballos demasiado tiempo encerrados en un establo, entumecidos y nerviosos.

—¡Siempre fui amigo del ejército!

—¡Callaos, señor! —Shoka tomó su equipo de manos de Chun, se volvió y miró al dueño con furia—. Será mejor que empecéis a pensar de qué lado estáis. ¡Están cruzando el puente!

El dueño del Peonía se calló. La puerta dio un golpe. Shoka levantó el equipo hasta el lomo de su caballo y lo ensilló, sin prisas, sin distraerse. El caballo de Taizu fue el siguiente.

—Tú te irás al alojamiento —dijo Shoka—. Taizu, ¿me oyes? No seas imprudente.

—Hasta ahora me he portado bien —llegó la voz femenina, leve, desde atrás—. ¿No es cierto?

—Tenemos una... —Y casi dijo «chusma». Las viejas costumbres, la antigua forma de pensar—. Un montón de tontos que no saben de qué lado están, así que, por los dioses, quédate cerca. Vamos a cruzar ese puente, vamos a hacer lo que es realmente inteligente, no necesitamos héroes.

Tenía las manos cubiertas de sudor sobre la cincha. Se había puesto la armadura completa, las tobilleras, los guantes y el casco; habían subido todo ese pesado y molesto equipo a la habitación, con los otros arcos y varios carcaj. El dueño del Peonía tenía esa cualidad al menos: nada de saqueo. Un hombre ansioso, preocupado.

Mierda, tiene derecho a estar preocupado. ¿Quién soy yo para criticarlo?

Hizo retroceder el caballo, subió a la montura y caminó en círculos mientras Taizu y Wengadi y Nui ensillaban los suyos.

—Tened cuidado afuera —dijo a los hombres—. Los ciudadanos no saben quiénes somos. Recordadlo. Solamente saldremos de aquí y cruzaremos el puente, si podemos, y si nos separamos, desmontad y esconded hasta que termine; si eso no os parece bien, recordad la puerta del este y corred lo más rápido que podáis. Ya hicimos lo que teníamos que hacer. Ahora hay que salir vivos de ésta. ¿Me oís todos?

Chun montó. Taizu también, mientras Wengadi llevaba el caballo hasta la puerta y la abría.

El olor del humo flotaba en el viento. Las antorchas del Peonía apagaban el brillo

del fuego del sur. Wengadi sostuvo la puerta abierta, y los demás lo esperaron en la calle mientras montaba. La puerta del Peonía quedó golpeando contra el poste en el viento.

A la luz de la antorcha se veían figuras negras por la calle del matadero, grupos pequeños que, sin retirarse hacia las aceras, los observaban con atención.

—Salgamos de aquí —dijo Shoka, y dirigió su caballo hacia la esquina, y luego por la calle de adoquines, desierta bajo la luz de algunas pocas lámparas y un cielo rojizo. Edificios oscuros, ventanas abiertas a la noche y al cielo oscuro. Lámparas en los balcones, que convertían a cualquiera que pasara por la calle en un blanco fácil y, al sur del callejón del Peonía, adoquines rotos y un cadáver sobre las piedras.

Shoka ordenó al grupo avanzar lo más rápidamente posible sobre el suelo irregular. El ruido de los cascos de los caballos volvía hacia ellos desde las paredes de ambos lados, ahogando los gritos que se oían en la distancia. Llegaron más jinetes y cortaron hacia delante, por una calle secundaria.

Patrullas. Escuadrones que huían. Desertores o saqueadores. Los dioses sabían qué eran. Se arriesgó a mirar atrás, a su propio grupo. Estaban cerca, todos, estaban con él, no por el centro de la calle, sino a un costado, donde al menos, gracias a una sombra de vez en cuando, eran un blanco más difícil para los que estuvieran en una de las dos mitades de la calle.

Dos calles hasta la explanada y el puente. Una sombra apareció en un balcón del otro lado. Volvieron los ecos, los de ellos y los de alguien más. Más cadáveres, sobre piedras y cascotes, los sucios adoquines. Uno de los caballos perdió pie y tropezó, y un pedazo de ladrillo rodó haciendo ruido a través del arco de la calle hacia la zanja.

De pronto, los rodeó una lluvia de rocas y una lámpara cayó desde un balcón y se estrelló; el fuego del aceite encendido se esparció sobre los adoquines, y la luz asustó a los caballos.

—¡Vamos! —aulló Shoka, espoleó al caballo y siguió adelante. Algo le golpeó la espalda. El caballo saltó y resbaló en el aceite, las rocas caían a su alrededor, golpeando a Shoka, golpeando al caballo, mientras el animal trataba de recuperar el equilibrio y resbalaba de nuevo.

—¡Demonios! —aulló en el momento en que el animal trataba de saltar, mientras las piedras seguían lloviendo. Un caballo había caído... el de Eidi. Shoka trató de sostenerse sobre la montura. El caballo volvió a patinar. Shoka logró sujetarse, pero el animal se lanzó a un galope sin control, presa del pánico.

Entonces llegaron más jinetes desde el río, más caballos resbalando. Eidi seguía en el suelo, Chun había cruzado con Wengadi y Jian. Taizu llegó en medio de la confusión con Liang y Wianchen. Nui después y Yandai con Panji aferrado a la montura, corriendo a su lado.

—¡Cubríos! —indicó Shoka a Panji a gritos—. ¡No podéis ir de a dos, cubríos!

Llegaban más jinetes, y también gente a pie, una avalancha que los amenazaba mientras la calle se llenaba de soldados, tratando de levantar una barricada.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —aulló Shoka, deteniéndose ante ellos.

—¡Están cruzando el puente! —aulló un oficial como respuesta.

—¡Estáis deteniendo a nuestras tropas, estúpidos! ¡Orden del cuartel general! ¡Esta calle abierta!

—Demonios...

Shoka blandió la espada arriba y abajo, y el oficial retrocedió tropezando y gritando...

—¡Abajo con eso! —Aulló Shoka, y empujó al caballo contra la barricada—. ¡Estáis deteniendo a vuestra propia gente, abajo con eso.

No estaba solo. Chun estaba con él, Eidi con el caballo recuperado, empujando deliberadamente a los soldados que trataban de poner la barricada, y hombres que seguían llegando del otro lado, que arrojaban a un lado las tablas, que empujaban y asustaban a los caballos, hasta que los que hacían la barricada abandonaron la partida y dejaron que los tablones de madera cayeran al suelo y los pisotearon, huyendo en retirada callejón abajo.

Shoka apuró al caballo y ganó todo el espacio que pudo.

—¡Vamos! —gritó a voz en cuello a los soldados que se retiraban—. ¡A las puertas del este!

No veía dónde estaban los demás. Miró hacia atrás. Vio a Liang. Vio a Taizu, que todavía se mantenía a caballo, y venía a través de la barricada.

Hacia la esquina, hacia el brillo del fuego de la ribera del río, el humo de los botes ardiendo, el incendio que destacaba los pilotes del puente mientras miles de jinetes se derramaban sobre él.

Shoka se detuvo, apretó su caballo contra la puerta de una taberna, la madera crujió cuando el caballo retrocedió. Eidi llegó enseguida, y Chun. Liang. Vio a Wianchen por encima de las cabezas de los soldados que huían, vio a Yandai y a Nui que se dirigían por la orilla hacia el puente.

—¿Dónde está Taizu, demonios?

Y en ese momento, oyó el ruido de los tambores y vio los estandartes sobre el puente, el rojo y el blanco de Feiyan, el loto blanco y negro de Hoishi brillando en la luz del fuego.

—¡Señor! —Gritó Chun—. ¡Quedaos aquí!

—¡No! —Shoka espoleó al caballo, esquivó a Eidi que quería detenerlo y dobló la esquina, hacia la calle, en medio de la multitud de soldados en retirada.

Ni rastro de Taizu. Ni de Panji ni de Wengadi. Tuvo esperanzas. Tal vez Wengadi había tomado por la calle secundaria, con Taizu, o los habían forzado a moverse hacia un costado. O tal vez se habían ido con el flujo de gente que ahora se había

convertido en rebelión, los caballos resbalando en las calles, los hombres que caían, pisoteados por los que venían detrás...

—¡Mi señor! —aulló Eidi, abriéndose paso—. ¡Volved, volved, por los dioses, no podemos perderos!

El se detuvo y volvió al refugio de la puerta, y se quedó allí mientras pasaba la vanguardia de la caballería de Feiyan, al galope, con los estandartes rojos y blancos...

¡Por los dioses, muchacha, escóndete, escóndete en alguna parte, baja de ese caballo y escóndete!

Dioses, ¿dónde podrá estar?

—¡Mi señor Saukendar! —gritó Chun.

Llegaron jinetes hacia ellos, con los estandartes del loto de Hoishi, los hombres de Reidi... el señor Reidi con el caballo blanco flameando en el viento.

—Mi señor Saukendar —dijo Reidi, mientras sus hombres desmontaban y lo rodeaban—, vimos vuestra señal desde las colinas. Cabalgamos a través de la orilla sur de Lungan con más velocidad de la que habría creído posible... Las unidades mercenarias huyen en desbandada, mi señor... en el puente casi no quedaban hombres...

Shoka oyó la voz de Reidi diciendo cosas que, en otras circunstancias, se habría sentido feliz de oír.

Y se habría sentido feliz si hubiera aparecido un pequeño jinete por la esquina, a sus espaldas. Condujo a su caballo hacia allá para ver.

—Señor Saukendar...

—Mi esposa ha desaparecido —dijo él. Trotó hasta la esquina, más allá de los hombres que lo molestaban, y vio una calle en la que la lucha ya había terminado, y restos de cadáveres y piedras a la luz y la sombra de las pocas antorchas que aún ardían.

—Mi señor. —Era Chun, cabalgando a su lado para ofrecerle una capa en la que brillaba el oro y la plata a la luz leve de las lámparas—. Llevad esto, para que nuestros hombres no cometan un error...

—¡Encontradla, Chun! Vos y Eidi... buscad en esta calle. Ella conoce vuestras voces...

—Tomad esto. Por favor, señor Saukendar.

Cubrios. A la puerta del este...

Ella no se atrevería. No si estaba sola, sin ayuda...

Matar a Gitu. Eso es lo que haría.

¿Pero dónde está Gitu?

En la casa de Liang, si... en el cuartel general. Allí es donde está el oro, allí, y no en el campamento... y él es hombre muerto sin fondos. Sin tropas, sin futuro...

Y Beijun, en manos de Ghita... el único camino de Ghita hacia la legitimidad...

—Mi señor...

—Necesito un grupo de hombres. ¡Vosotros os quedáis aquí y la seguís buscando! Si la encontráis... —se volvió hacia la tropa y eligió unos cuantos hombres entre los de Reidi—, buscadme en el cuartel general...

Un grupo numeroso de hombres lo acompañaba, estandartes blancos y negros a su alrededor, un paso seguro a través de las calles a un ritmo infernal que resonaba en las paredes y dispersaba grupos de personas que se apartaban del camino.

—¡Es Hoishi! —gritaba la gente en los balcones—. ¡Son los rebeldes!

Y en las calles:

—¡Abajo el Regente!

Lungan se sacudía a la bestia del lomo. Lungan golpeaba las puertas de las tabernas y se convertía en otro tipo de bestia, bailando a la luz de las lámparas, entre la ruina de barrios enteros, arrancando las piedras de la calle y armándose con las espadas de los muertos.

—¡Abajo, abajo! —aulló alguien desde arriba—. ¡Son los rebeldes!

Una cuerda extendida a través de la calle cayó al suelo frente a ellos, y los caballos la pisotearon al pasar. Doblaron una esquina que llevaba al mercado del norte. Había cadáveres de personas y caballos, muertos a flechazos. Shoka los llevó por el callejón, con rapidez, y se detuvo allí.

El que le acompañaba era el segundo de Reidi, ante la insistencia de éste..., el segundo de Reidi y un escuadrón de su guardia con su capitán, para ponerse al mando y descubrir cómo estaban las cosas, y después avisar a Reidi para que él los siguiera con las fuerzas ya organizadas: ese viejo caballero tenía una visión mucho más práctica que todos los libros de Kegi sobre la forma en que se debía responder frente a ciertas situaciones. Dos nombres en boca de Reidi y partieron, sin preguntas, sin tiempo perdido, sin confusión. Así eran esos hombres.

—Es la casa de Lieng —dijo Shoka—. ¿Alguno de vosotros la conoce? —Evidentemente no—. Al otro lado del callejón, media manzana al norte, el camino corta hacia el oeste y da a una pequeña entrada de cocina, un callejón sin salida. La calle principal pasa por la puerta. No sé lo que nos vamos a encontrar. Si parece fácil, quiero que vengáis conmigo y disparéis con cualquier cosa que sea convincente. ¿Entendéis? Si parece muy duro, volvéis inmediatamente y traéis a Reidi. No podéis pasar por la puerta de la cocina, el lugar es angosto y solamente pasa un carro de mano, y no hay forma de asegurarse la defensa... Demasiadas posibilidades de quedar bloqueados. Será por la puerta principal y hacia el norte si tratan de escapar. De todos modos yo trataré de abrir la puerta de la cocina. Decidle eso a Reidi. Podéis guiarlo hasta aquí, ¿verdad?

—Sí, mi señor —dijo el segundo al mando... hombres de Reidi, todos con los



colores correctos, con sus insignias individuales... y él, en la confusa armadura de los mercenarios.

Dio la vuelta y lanzó el caballo a la carrera, asustándolo, hasta el final del callejón, y luego hacia la calle, antes de oír el estruendo de la compañía que venía tras él...

Había hogueras en la calle, basura reunida en pilas que arrojaba una luz, chillona sobre las paredes, y suficientes muertos como para evidenciar lo que pasaba.

Así que cruzó la calle mientras los hombres de Reidi lo adelantaban y se agrupaban junto a la pared de la casa vecina a la de Lieng, sordos al ruido de las flechas contra los adoquines. Atacaron la puerta principal y luego se alejaron de nuevo, dejando un hombre muerto y dos caballos.

Maldición. Mientras, él se retrasaba...

Una resistencia dura... de eso no había duda. Tenían hombres suficientes ahí dentro, ya trataran de salvar su propio cuello o el de su señor.

Una pared baja, fácil de escalar. Los jardines de un hombre rico se vigilaban desde los balcones de la casa, con hombres apostados en las terrazas y en las altas ventanas.

Si Ghita estaba tras esas paredes, y no camino de Cheng'di, se había arriesgado a meterse en una trampa... la multitud alrededor, los señores del sur avanzando a través de la ciudad... La casa podía arder, y Ghita, el Emperador y todo lo demás con ella...

Pero Ghita tenía razones poderosas para retirarse en el caos: apoderarse de la nómina de pago de los mercenarios y reunir al personal que le quedaba, el corazón de las tropas de su guardia, esos pocos hombres leales que seguramente habían vigilado sus cuarteles.

Era evidente que Ghita no se atrevía a dejar esas tropas... ni el dinero. Los comandantes señalados a dedo y el oro para los mercenarios lo habían puesto en el poder, el dinero lo había mantenido allí, eso y los oficiales de Gitu en Angen y la élite de los hombres de Gitu. Y si tenían que hacerlo, si podían resistir lo suficiente, o escapar... quedaban los grandes cuarteles mercenarios de Anogi y Cheng'di, cuarteles que podían rodear a Lungan por ambos lados...

Si tenían un Regente vivo al que aliarse y que pudiera pagar después...

Shoka se mordió los labios duros y secos y miró la esquina en la que el camino doblaba hacia las puertas de la cocina. ¿Volver a intentar lo mismo? ¿Dos veces?

Los dioses sabían lo que habría hecho Taizu.

Si había llegado hasta allí, si siquiera había logrado atravesar las emboscadas de las calles.

Pero no podía arriesgarse a que ella estuviera allí dentro si se producía un sitio. Allí iba a haber muertes, y el Emperador como rehén, si Ghita estaba allí, y Shoka sentía cada vez más que así era...

Los señores del sur no querían que volviera Beijun. Pero estaban los sacerdotes, estaban los señores del norte, ligados por sangre a la dinastía, señores que disfrutaban de sus prerrogativas. Esas eran las repercusiones políticas que se alzarían contra el que causara la muerte del Emperador. Había una guerra de sucesión, sin lugar a dudas, más sangre, más locura, mientras los reyes bárbaros enviarían a sus mercenarios al corazón de Chiyaden y se harían cada vez más necesarios, con el ejército dedicado a absurdas escaramuzas fronterizas contra los enemigos de esos reyes.

Ese maldito tonto autoindulgente... Ayúdame, Shoka...

Estaba solo en la calle, solamente él, los muertos y los arqueros, que esperaban en la oscuridad. Pero había un sonido nuevo en el eco de las calles... un lejano galope de caballería.

¿Reidi? ¿O Beijun o Kegi, que llegaban desde el este?

Norte. Por los dioses. Los mercenarios dieron la vuelta en el norte, de nuevo hacia el cuartel general... algún capitán que vale lo que le pagan...

O Gitu. Con el oro de la paga aquí, en el cuartel...

Espoleó al caballo, y se deslizó hacia el lado oscuro de la calle antes de la esquina, galopando agachado sobre la montura. Esperaba que si alguien miraba hacia él, desde arriba o desde el otro lado de la calle, no alcanzara a ver más que un caballo sin jinete.

Eso le sirvió para cruzar la calle. Apoyó los pies en el suelo y llevó el caballo contra la pared, para interponerlo entre sí mismo y la calle vacía y mantenerse siempre en la sombra. Trató de recordar el otro lado, el lugar donde estaban los árboles y las terrazas.

Esta vez no tenía un carro para escalar la pared. Detuvo el caballo, se subió a la montura y puso una rodilla sobre el lomo del animal.

El animal se movió. Tiró de las riendas, puso el peso en el centro y lo detuvo, manteniéndolo casi quieto por un momento. No era demasiado alta. No era imposible, si el maldito caballo dejaba de empeñarse en ir hacia delante.

¡Quieto, demonios!

Levantó la vista, tomó las riendas de nuevo y trató de conseguir unos segundos de estabilidad.

Se agachó de nuevo, con una armadura muy poco flexible, apuntaló el pie maldiciendo las tobilleras y volvió a retener al caballo durante unos instantes.

Y se levantó sobre ese pie y saltó del caballo, que asustado retrocedió, para aterrizar de vientre sobre la parte superior de la pared del jardín.

Rodó con rapidez y se lanzó. No había la misma distancia hasta el suelo de ese lado. Lo supo en cuanto saltó. Era mayor.

¡Bum!

Sobre una terraza de adoquines, entre dos pinos plantados en macetas.

Se quedó quieto un momento para recuperar el aliento y comprobar que no se había roto nada. Después se puso a cuatro patas y se incorporó en silencio. Quería revisar los alrededores y la casa que quedaba al otro lado de la terraza, el camino hacia la puerta de la cocina.

Había muertos allá, bultos en medio de la sombra.

Se deslizó despacio por la ladera, sin perder de vista la cocina y las ventanas, y después se arrastró contra la pared hasta el pasador de la puerta.

Estaba corrido.

¡Esa brujita!

Shoka volvió a deslizarse contra la pared hacia la terraza siguiente, un territorio familiar. Hasta los pinos y arriba otra vez, pero no hacia la casa misma, con sus terrazas y sus arqueros. El patio central tenía que quedar cerca de la puerta principal, y en su mente, Shoka veía la puerta desde adentro, los hombres que corrían a por los caballos, buscando posiciones ventajosas de defensa apenas el centinela advirtiera movimiento en la calle.

Los defensores bien podían decidir dejar el cuartel y correr hacia la puerta norte, con una fuerza que podía permitirles abrirse paso hacia el camino de Cheng'di, con el oro, el Emperador y las alianzas con reyes extranjeros, todo lo cual significaba el desastre para el Imperio.

Y había una niña tonta perdida en alguna parte, en esa gran casa, tratando de asesinar a uno de los dos hombres de los que dependía todo.

Maldita la idea de haberle dejado el arco a Taizu, y a Wengadi y Panji los otros dos, maldita su ceguera al no pensar en armarse con algo más para sacar a esa tonta de una trampa mortal...

Un plan estúpido, mal preparado, mal hecho desde el comienzo. Estaba herido y exhausto, y confundido por los movimientos erráticos de sus propios aliados. Le estaba fallando la mente, estaba cansado, maldita sea y la gente que lo apoyaba lo hacía moverse una y otra y otra vez... había un límite. Y él sabía que ya lo había cruzado.

¿Cómo demonios hizo esa chica para atravesarlas las calles?

¿Cómo demonios entró sin dar la alarma? s demasiado baja para hacer lo que yo hice.

Si supiera por dónde entró, tal vez sabría dónde está.

No, no hace falta que lo piense. Hay que encontrar a Ghita, encontrar a Gitu, ahí está ella.

Si no la habían encontrado ellos primero.

No había arcos, ni uno, entre los muertos de allá abajo; así que el trabajo tenía que ser cuerpo a cuerpo, lo cual suponía tener que mezclarse con los mercenarios de la casa.

Tenía que llegar lo suficientemente cerca para alcanzar a Ghita, que conocía su cara tanto como Beijun, claro que la conocía; y para ello tendría que golpear a ese chico tonto.

Permaneció agachado mientras cruzaba las terrazas, y se dejó caer por la pared de la primera hasta una pendiente suave bajo la sombra de los pinos, se deslizó por un sendero y a lo largo de un seto serpenteante. Oyó caballos, más allá de la casa, y vio lámparas al final del seto, la puerta principal y el gran patio de la casa, una superficie

adoquinada, con espacio suficiente para los centenares de caballos allí reunidos, y que llegaba hasta las delicadas pendientes del jardín.

Unos hombres corrían hacia las puertas. Quienquiera que hubiese llegado lo había hecho con gran conmoción en la calle, pero sin atacar. Había demasiados caballos dentro para dejar entrar a más jinetes, pero las puertas se abrieron rechinando y los jinetes entraron, empujándose, hasta los jardines de ese lado del patio.

Y la mayoría siguieron montados. Se preparaban para una salida inminente.

Maldición, ni señales de Reidi. Los de Ghita se organizaban, sin duda se repartían por las calles para limpiar los alrededores de arqueros rebeldes que pudieran dificultar la situación y dar ayuda a Reidi y sus hombres... y el grupo que había vuelto a buscar a Reidi no tenía idea de lo que había llegado después. Si Reidi llegaba con sólo su compañía como apoyo...

¿Dónde demonios están Feiyan y Hainan? ¿Los destrozaron en las calles, los hicieron detenerse? ¿Están corriendo tras algún estúpido grupito en el camino del este? ¿Cómo dejaron que todos éstos llegaran hasta aquí?

¿Maldición, maldición, dónde están? Deberían estar tras las huellas de esta compañía.

Kegi. Mierda, Kegi probablemente está marchando hacia Cheng'di, seguramente Ghita le puso una trampa y él cayó en ella, todo entusiasmado. Ghita es bueno, muy bueno. Entablar una lucha corta y huir por la calle del puente, hacia la puerta del norte y la del este...

Y después vuelve a tomar Lungan desde esta calle, y de nuevo contra nuestras fuerzas en el puente, nos ataca y marcha hacia el sur, mientras los cuarteles de Cheng'di y Anogi se nos vienen encima por tres lados al mismo tiempo...

No está mal, viejo zorro. Pero no estás tomando en cuenta la rabia de la gente contra ti...

Y estás apostando a que los extranjeros pensarán que eres el menor de los males.

Y a que el Emperador supondrá tu seguridad con los sacerdotes y los señores del norte.

Los caballos cerca del seto, y mucha gente en el patio ocultando lo que tienes ahí, llega un ataque.

Y tienes tantos hombres como puedes dentro, y no en la calle, mientras cargan el oro y los documentos... Estoy seguro de que hay documentos que Ghita no quiere perder de vista... nombres y listas, material para chantaje o trabajo para, sus asesinos. No se separaría de eso. Es demasiado bueno y demasiado cuidadoso con lo que hace.

Por los dioses, Reidi, date cuenta de lo que pasa antes de entrar.

Se puso de pie. Caminó, una sombra a pie, entre sombras de caballos y jinetes, solamente un soldado más, dando vueltas por el patio, posiblemente uno de los recién llegados que había sido designado para vigilar el perímetro. Palmeó a un caballo en la

grupa y caminó ladera abajo.

Si Reidi llegaba por esa calle ahora, vería una fuerza de caballería relativamente pequeña que vigilaba la calle. Tal vez pensaría que eran las fuerzas del Regente, sacadas al exterior para defender el cuartel general... la perseguiría hacia adentro y descubriría que lo habían metido entre dos fuegos.

Ya no había tiempo. Reidi llegaría en cualquier momento, según la rapidez con que hubiese podido procurarse fuerzas y pasar las órdenes a otras compañías.

Directo a una trampa.

Shoka subió de nuevo por la ladera, buscando un buen lugar donde observar los caballos. En ese momento muchos estaban montando. No se veía ni a Ghita ni a Beijun, lo cual tal vez quería decir que no... Pero había una carreta, cerca de la terraza de la puerta principal. Una carreta fuerte con doble tiro de caballos. De ese lugar dependía todo... Los documentos, el oro y seguramente, no muy lejos, los oficiales y el personal que debían asegurar la protección de la carreta. La guardia de élite, los imperiales, o las tropas nativas de Angen, seguramente, no unos mercenarios capaces de robarlo todo para resarcirse, considerando que todo se iba al diablo, al infierno con el comandante y con Chiyaden.

—Eso que está ahí es el oro —murmuró Shoka a otro hombre de a pie—. Te apuesto a que es el oro. ¿No te gustaría vigilarlo?

—No se puede —dijo el hombre, pensativo, y escupió en el suelo—. Si te acercas, eres hombre muerto.

—¿Dónde está el comandante?

—Deberían estar afuera. No sé qué diablos hacen ahí.

—Esperan a los rebeldes. Yo ya me cansé de esperar. Perdí mi tienda. Perdí todo, al infierno con...

—Yo también. —Otro escupitajo—. No es que fuera mucho, claro...

—Hay mucho oro ahí dentro.

—No lo digas. Te pueden matar por pensarlo.

—No pienso. No pienso nada. Si pensara, no estaría aquí.

Shoka siguió caminando, despacio hacia la ladera entre los caballos... miró a lo alto cuando se abrieron las puertas y todo se iluminó. Vio las sombras de los guardias imperiales y de un número de oficiales que salían a la terraza.

—¡Fuera todo el mundo! —aulló un oficial, y los guardias imperiales abrieron un espacio alrededor de la carreta y llevaron ciertos caballos cerca de los escalones. Shoka se abrió paso para acercarse a la línea que formaban los imperiales y vigilar el umbral de la puerta.

Hay que planear la retirada, maestro Shoka.

Subir los escalones, cortar algunas cabezas y correr como alma que lleva el diablo por las terrazas hacia la puerta de la cocina... sí es que la pierna me aguanta.

El callejón de la cocina no tiene salida. Tengo que llegar a la esquina lo más rápido posible.

¿Dónde estás, muchacha? Por todos los dioses, ¿dónde estás?

Levantó la vista hacia el umbral de la puerta, por el que salían otros hombres, uno pequeño, con una túnica, al que llevaban entre otros. Y uno alto, flaco, en armadura, con una capa bordada en oro y un casco aún más barroco que la armadura.

Pero eso no tenía importancia. Shoka conocía la cara de Ghita, cada pequeño movimiento de su cuerpo.

—¡Tú! —aulló una voz desde la parte más alta de la escalera, y él levantó la vista, alarmado, y miró directamente a la cara de uno de los guardias.

—¡A él! —aulló el guardia. Y los imperiales salieron de la puerta mientras los soldados corrían para dejarles el paso libre, y Shoka sacaba la espada y mataba al primero y al segundo, y luego atropellaba a los demás hacia la puerta, al infierno con cualquier otra cosa que no fuera su blanco, blanco que retrocedía entre los guardias.

De pronto, relinchos de caballos y crujidos de ruedas en los escalones de la terraza, el sonido de la madera al quebrarse. Shoka se hizo un espacio entre los hombres y retrocedió cuando un caballo saltó entre él y los guardias; los caballos huían al galope en todas direcciones, aterrorizados, derribando barandas, destrozando setos...

Shoka se liberó de los guardias en un remolino de furia y se tambaleó bajo el golpe de un caballo espantado, se dejó ir en el caos general de caballos que saltaban y pateaban, y jinetes que trataban de controlarlos, y vio el fuego, vio una línea de fuego que venía por el aire y caía sobre la grupa de un caballo, aterrorizando a los que estaban a su alrededor al ver las llamas bajo sus pies.

—¡Taizu!

Shoka vio que la puerta se abría, vio hombres corriendo hacia la calle iluminada por las antorchas. Los caballos huían hacia allí. Desde algún lugar, en lo alto, llegó una voz magnificada por los ecos.

—¡Maldito seas, Gitu! —aulló la voz, femenina y terrible—. ¡Maldito sea tu primo! ¡Convertiré vuestros ojos en comida para los cerdos, ladrones! ¡Os asaré en el infierno y usaré vuestros huesos como collar! ¡Y a cualquiera que esté con vosotros, lo llenaré de enfermedades, le enviaré la peste y la viruela, lo maldeciré con camas frías y pies fríos y frío en los huesos toda su vida, hasta que muera y yo lo lleve al infierno para comérmelo en la cena, y lo haré con todos y cada uno de vuestros amigos!

Los hombres corrieron a la luz del fuego, tan enloquecidos como los caballos, huyeron por la puerta y las terrazas y los jardines, aferrando las riendas de los caballos, escapando como podían.

Ghita contemplaba el espectáculo desde los balcones. Shoka corrió hacia el

umbral de la puerta, saltó la baranda y se abrió camino con la espada entre los guardias, dos golpes, hasta que Ghita lo vio y retrocedió, tratando de esconderse entre hombres vestidos de civil que no querían tener nada que ver con todo aquello.

—¡Perro asqueroso! —aulló Shoka, y le cortó la cabeza, mientras el personal corría hacia las estancias interiores y los guardias trataban de defender a un hombre muerto.

Uno, dos, tres murieron antes de que el cuarto, que era un hombre rápido, comprendiera la situación y saliera corriendo hacia la baranda de la terraza y luego hacia el jardín.

Allí estaba Beijun, cubriéndose en el umbral. Taizu debía de estar en los balcones, en alguna parte, y Shoka no dudó.

Aunque en el fondo de su estómago se preguntaba si realmente había demonios, y si no iba a enfrentarse a algo que no quería ver.

Por las escaleras, subió y subió, una vuelta y otra, mientras el patio iluminado y la oscuridad giraban uno tras otro en sus ojos, veía cómo la zona adoquinada se iba vaciando, cómo ardía la carreta, cómo los jinetes salían por la puerta a la carrera, cómo se oía gritar y maldecir dentro y fuera de los muros de la casa.

Llegó al balcón, en la parte más alta de la casa, y se encontró frente a una forma blanca y demoníaca y una flecha que apuntaba a su corazón.

—¡Taizu!

La aparición giró y envió la flecha hacia las barandas, al patio.

Y se volvió a mirarlo, la cara blanca, la armadura blanca, el Cabello blanco girando en el viento.

Él la miró y ella dijo, con un susurro:

—Es harina.

—¡Al infierno contigo, esposa!

—Sabía que vendrías. —Ella sacó otra flecha de su carcaj y la lanzó cuidadosamente al caos del jardín.

—¿Cómo entraste?

—Con los de Ghita. —Elegió otra flecha—. Entré a caballo, bajé en la oscuridad y abrí la puerta de la cocina. Y conseguí la harina y el carbón y todo esto en la cocina. Vine aquí caminando. —Otra—. Hice los ecos con una olla. Iba a esperar hasta que abrieran las puertas, pero oí unos gritos y pensé que tal vez eras tú. ¿Vienen refuerzos?

—¡Espero que sí! Pero no tengo garantías, ¡vamos, vamos, demonios! —Se arrojó hacia ella y la tomó por el brazo, la arrastró hacia las escaleras—. ¡Deja ese maldito arco!

—¡Es tuyo!

—¡Déjalo! —La arrastró por las curvas de la escalera, al infierno el dolor de la



pierna. Ella obedeció, como obedecía todo lo que él le decía, pero él la dejó ir para que lo siguiera sola. El arco golpeaba en los escalones y las barandas mientras ella trataba de seguirlo esparciendo harina a su alrededor—. El Emperador está abajo. Estaba. Lo dejé para salvarte a ti. ¡Deja ese arco, demonios!

Taizu todavía llevaba el arco cuando llegaron al segundo piso. El fuego ardía por todas partes allá abajo, el patio estaba desierto, la carreta quemada estaba allí como los restos de un naufragio, sin caballos, volcada en un rincón de la terraza. Un pino se había encendido como una antorcha. Aún se veían caballos sueltos corriendo por el patio y el jardín, galopando como locos sin encontrar las puertas abiertas y la seguridad de la calle iluminada.

Shoka dobló la última curva de la escalera, sintió el temblor de los escalones y, en el instante siguiente, se vio cara a cara con los guardias que subían.

Gritó. Taizu gritó. Los guardias gritaron. Él tomó al primero, que se quedó paralizado de horror, y los tres que seguían rodaron por las escaleras. El segundo volvió a la vida al tropezar con el cadáver. Una espada brilló sobre su cabeza y arrancó la baranda de un solo golpe: terminó el trabajo y el hombre y su cabeza siguieron a la baranda en su caída.

Shoka corrió, arremetiendo contra los demás, tratando de aprovechar la inercia, tratando de ganar terreno... pero no sabía dónde se encontraba en ese momento, lo único que recordaba era la terraza y la puerta: la huida y el lugar en el que había dejado a Beijun.

Los guardias corrían, se atropellaban en el rincón, golpeaban las barandas, y finalmente se quedaron solos en el umbral, junto a la carreta quemada.

—¡Beijun! —aulló hacia el vestíbulo inundado de luz... como hubiera llamado al muchacho hacía veinte años—. ¡Beijun, demonios!

Olvidando los años y los títulos.

—¡Beijun!

—¡Shoka! —gritó el Emperador... y llegó tropezando desde la puerta, la túnica rota, perdido en el peso del encaje y el oro.

Como los estúpidos caballos, escondido en un edificio en llamas con la puerta abierta delante de las narices.

—¡Maestro! —aulló Taizu desde atrás. Él se volvió y dio un salto ante la visión de una docena de hombres, golpeó la pared y con el impulso se dio la vuelta dispuesto para el ataque.

No podría, pensó, mientras hacía girar la espada, no contra tantos, no en una trampa cerrada. Confiaba en que Taizu llevaría a Beijun hasta las puertas, y esperaba no haber abierto camino para más enemigos. Después dejó de pensar. Mataba, cualquier cosa, todo lo que encontraba a su paso.

Era lo único que podía hacer, lo último que podía hacer, con la rodilla casi

doblada por el dolor, los pulmones respirando fuego y los hombres casi paralizados por el esfuerzo y los golpes.

Llegar a la puerta.

Abrirse paso.

Para Taizu y Beijun, que lo seguían...

Alguien gritó algo a su espalda. No podía detenerse. Eso era asunto de ella. Él estaba entre dos fuegos y se estiró con desesperación para inutilizar a uno de los hombres, para terminar con su compañero, para saltar y hacer girar la espada frente a otro que trataba de estrangularlo...

En ese movimiento, giró y vio a Beijun corriendo y a Taizu también corriendo frente a una banda de hombres que doblaban la esquina del umbral.

Giró otra vez, se agachó de nuevo y mató al hombre de un golpe, desesperado, totalmente fuera de equilibrio. Levantó la espada de nuevo, mientras sentía un dolor desgarrador en la pierna y giró cuando Beijun se le abrazó y se escondió tras él. Taizu retrocedía ante un trío de enemigos que cruzaron el umbral de la estancia.

La atacaban por la espalda. Shoka corrió, gritando, pero ella ya se había dado la vuelta... detuvo el ataque, se inclinó y paró el golpe, pero sin equilibrio.

Luego, se derrumbó... y golpeó hacia arriba, justo bajo las faldas de la armadura de su enemigo.

Shoka mató al que tenía debajo con la misma falta de gracia. Y a otro después. Había cuatro hombres muertos en la terraza. Obra de Taizu. Shoka se tambaleó y la tomó por el hombro, mientras ella se ponía de pie, mirando a los hombres que gemían alrededor.

—Gitu —dijo ella, soltándose.

Y mató lo que todavía trataba de vivir, un golpe limpio que arrancó una cabeza.

Shoka recuperó el aliento, y la tomó del brazo para contenerla.

Llegaban jinetes, cascos sobre los adoquines, figuras sombrías que invadieron el patio.

—Beijun —aulló Shoka, empujando a Taizu hacia el jardín, hacia las sombras y la puerta de la cocina.

Ella le tomó de la manga, para correr con él.

Pero los estandartes de los invasores eran blancos y negros, el emblema del loto de Reidi. Shoka dejó caer el brazo que tenía la espada, dejó que se relajaran sus dedos. Estaba en el límite. Apenas podía tenerse en pie, pero caminó hacia delante, se inclinó ante su Emperador, se inclinó ante el señor Reidi, las cortesías indicadas.

Reidi bajó del caballo e hizo sus reverencias. Beijun tartamudeó algo sobre el señor Gitu, sobre la traición y las afrentas a su persona. El fuego y las sombras se deslizaban sobre los ojos de Shoka, y confiaba muy poco en sí mismo, muy poco en movimientos tan familiares, pero limpió la espada y le frotó el mango y la puso en la

vaina.

Dioses, tenía demasiada sangre encima.

Y Taizu... blanco manchado de oscuro...

Una baranda crujió y se derrumbó envuelta en llamas sobre la terraza, asustando a todos. Luego un pilar. Reidi ordenó a algunos hombres que trajeran cubos y hachas para impedir que se extendiera el fuego.

Beijun llegó hasta Shoka y le dio las gracias...

—Me obligaron a apoyarlos —dijo el Emperador—, me mintieron, Shoka... Por favor, créeme...

Shoka quería darse un baño. Quería sentarse. Quería estar en cualquier otro lado.

Miró a su alrededor cuando pudo hacerlo sin ofender al Emperador. Taizu no estaba donde él la había dejado. Sudó, decidió que ella debía de haberse sentado en algún lugar que no llamara la atención, en los jardines, para ahorrarse esa conversación insulsa sobre poder y gratitudes efímeras.

—Disculpadme —dijo de pronto, ya no le importaba a quién ofendía—. Disculpadme, mi esposa está por ahí, en alguna parte...

Los caminos no estaban muy transitados todavía. El olor del humo todavía estaba en el aire y una mujer que caminara hacia Choedri, aunque fuera una campesina harapienta con harina en el cabello, podía tener problemas. Pero Taizu llevaba la espada a mano, envuelta en el hatillo de harapos que cargaba sobre su espalda, un montón de telas de donde podía sacarla con rapidez si hacía falta.

No porque temiera a la justicia de los magistrados. Simplemente por el posible encuentro con algún soldado.

La había seguido una banda la noche anterior y ella se había sentido inquieta. Y se inquietó cuando volvió la vista y vio jinetes tras ella.

Pero:

—Mi señora —dijeron cuando llegaron hasta ella—. Vos sois la señora Taizu.

—Soy una campesina —dijo ella con la voz sombría. Eran hombres de Taiyi. De Kegí. Ella les gritó para que se fueran—. Me voy a casa...

Ellos se alejaron, pero uno se quedó: cabalgaba a la distancia necesaria para que ella no pudiera hablarle. Ella se volvió y le gritó, y lo insultó, y finalmente el hombre se quedó atrás.

Y llegó otro hacia el anochecer, un hombre en rojo y oro, sobre un caballo rojo con una yegua de tiro muy llamativa.

Ella siguió caminando. Siguió caminando cuando él ya la había alcanzado.

—Taizu —dijo él.

Era duro oír su voz. Muy duro. Ella siguió adelante, mirando los campos iluminados por el brillo deslumbrante del atardecer, y él se detuvo.

Bajó del caballo y caminó junto a ella. Era Jiro el que montaba, claro, y junto a él su yegua de patas blancas.

—¿Te vas a casa? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros y lo miró, pero él brillaba tanto que le dolieron los ojos. Jiro, en cambio, era el mismo Jiro de siempre, y cuando ella se detuvo, le olió la mano para ver si era realmente ella, y para que le acariciara la frente. Ella se sentía tonta. Todo el país hacía lo que Saukendar quería. Ella lo había visto... desde lejos. Todo ese brillo. Y los gritos. Él la había hecho seguir desde el puente de Lungan. Un señor podía hacer eso.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le preguntó él.

Ella se encogió de hombros por tercera vez. La gente quería una leyenda. Eso era todo. Querían a Saukendar y al demonio. Que ella se fuera era parte de la historia. Los demonios siempre se iban una vez que había terminado la pelea.

—¿Me odias? —preguntó él.

Ella meneó la cabeza.

Él empezó a caminar de nuevo, en la misma dirección, Jiro y la yegua detrás.

—Te daría el caballo pero no quiero tener que correr tras de ti.

—Lo harías, claro.

—¿Qué diablos estás pensando? Tengo hombres siguiéndote desde hace dos días...

La mandíbula de Taizu se puso tensa.

—Beijun ha nombrado Canciller General a Reidi —dijo él—. Yo decliné el honor. Eso no la sorprendió.

—Ojalá Beijun hubiera muerto —dijo ella—. Te habrían hecho Emperador. Eso es lo que harían, si fueran inteligentes.

—Claro que no. Le dije a Reidi... él dijo que iban a destrozar al viejo Baigi en Yiungei. Le dije que era una pérdida de tiempo, mejor quitar a ese ladrón y poner a otro. Así que Reidi me ofreció Yiungei. Era mi provincia. Dije que no.

Ella escuchaba. Parecían las palabras de un tonto.

—No me digas. Hua.

—Me quieren en las fronteras. Quieren que firme un tratado con Shin, que trate de mantener estables las fronteras. Es el viejo trabajo de Reidi. Dije que prefería ayudarlo en Hoishi. Delegado del Señor Canciller. Señor Guardián del Sur. Algo así.

Ella le echó una mirada. Tenía que ver la cara que iba con una locura como ésa, o si algo así podía suceder realmente. Era él, a pesar del brillo. Los mismos ojos, la misma boca. El mismo bribón con las mismas jugarretas de siempre.

—Así que voy para allá —dijo Shoka—. Keido es la casa familiar de Reidi. No viviré allí. Quiero una casa pequeña cerca de las colinas de Mon. Hay que ensanchar un poco la frontera. Dos o tres montañas. Poner un pequeño cuartel sobre el río,

algunos hombres que tengo en mente... En realidad, lo que más quiere Reidi es mi reputación. Y la de mi esposa. Acabar con los bandidos, mantener el camino abierto. ¿Dónde ibas tú?

Ella frunció el ceño y se mordió el labio. ¡Maldita sea!

—¿Vas a darme mi caballo?

El le dio las riendas de la yegua.

—No nos deis mucho trabajo, muchachas. Jiro es demasiado viejo para una persecución.

Ella hizo un ruido con los labios, tiró su hatillo sobre el lomo de la yegua, y lo ató, a un lado y a otro, pero sacó la espada y se la puso al hombro. El subió a Jiro. Ella montó a la yegua y lo miró con los ojos fijos, muy abiertos.

—¿Me estás mintiendo?

Él meneó la cabeza con solemnidad, inocente como un muchacho.

—Nunca —dijo.